



Hugo Alfaro
**REPORTAJES
A LA REALIDAD**

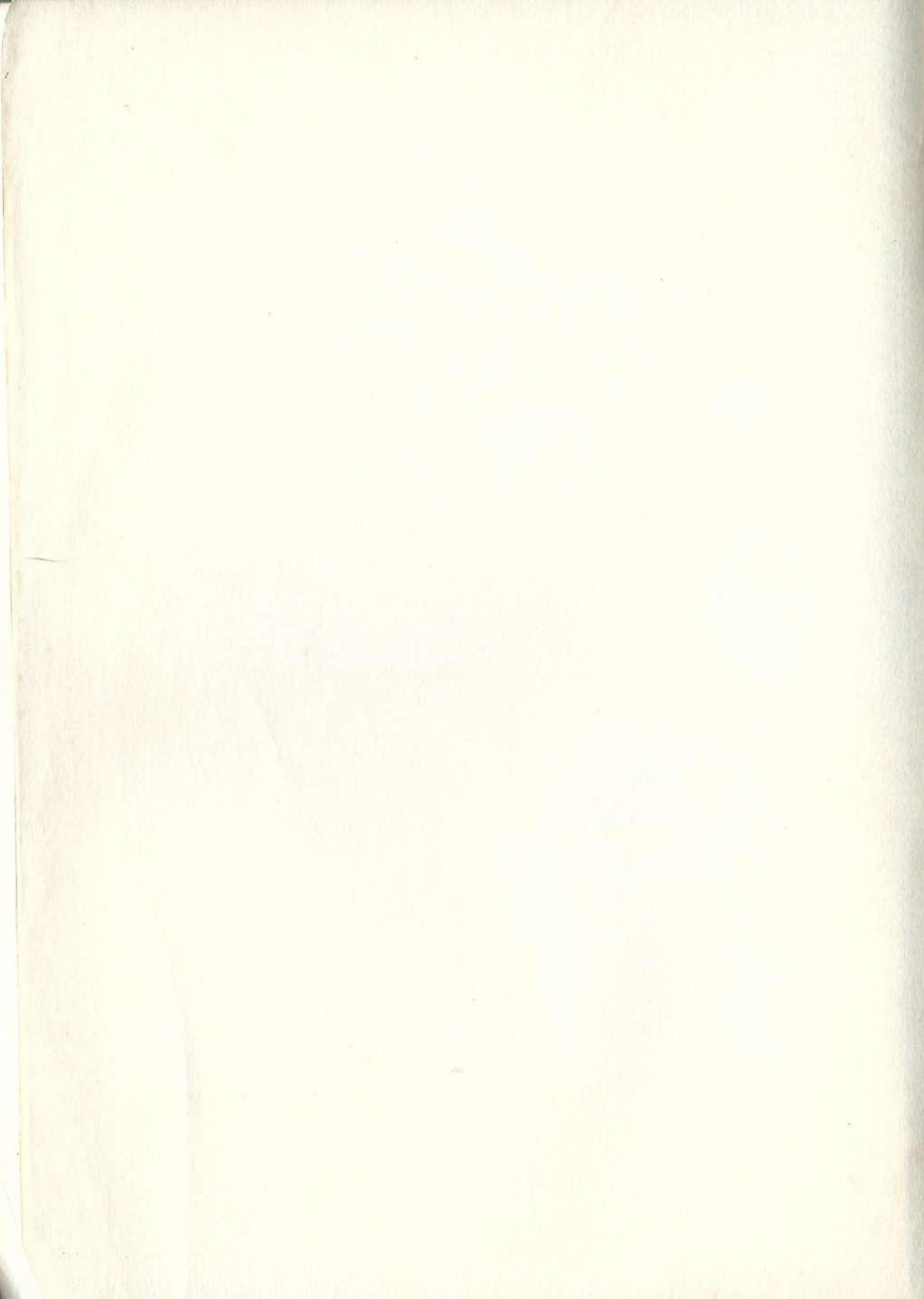
"Marcha" (1971-1974)

Ediciones de la Banda Oriental



REPORTAJES A LA REALIDAD

115



Hugo Alfaro

REPORTAJES A LA REALIDAD

("Marcha", 1971 a 1974)

EDICIONES DE LA

REPORTAJES A LA REALIDAD

MONTEVIDEO

115

REPORTER A. L. WELLS
211

Hugo Alfaro

REPORTAJES A LA REALIDAD

("Marcha", 1971 a 1974)

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL
MONTEVIDEO

Hugo Altaro

REPORTAJES A LA REALIDAD

("Marchas", 1971 a 1974)

©

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL SRL

Gaboto 1582 - Tel. 4.32.06 - Montevideo

Queda hecho el depósito que marca la ley

Impreso en Uruguay - 1985

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL

MONTVIDEO

Puntualización

Estos Reportajes a la Realidad ya fueron publicados en el semanario "Marcha", entre 1971 y 1974; es decir, los años pre-golpe, golpe y post-golpe. Algunos, por otra parte, habían visto la luz en 1972, en un tomito de la colección Vaconmigo, de la Biblioteca de Marcha.

Reunirlos ahora tiene el sentido de una mirada crítica al pasado de nuestro país muy precisamente ubicado en las vísperas de la ruptura institucional de junio de 1973 y hasta un año largo más, cuando "Marcha" es clausurada en noviembre del 74.

No pretendo que se desprenda de estas páginas ninguna lección. Apenas el recuerdo de que, mucho antes de la quiebra institucional, el país ya estaba quebrado en sus condiciones de vida, de las cuales las instituciones son la cáscara reseca si no pueden actuar sobre ellas para modificarlas. Ahora, cuando nuestro pueblo recupera vigorosamente el derecho de decidir por sí qué quiere (aunque sobreviven alarmantes resabios de la dictadura), quizás no sea del todo inútil enfrentarnos a aquel simulacro de democracia, para abolirlo como modelo y como nostalgia. Las garantías formales son garantía cuando no son sólo formales. Y por ser letra muerta es que aquellas cayeron, antes de la caída del 73. El futuro entraña un desafío demasiado grave para olvidar el pasado; sobre todo el ayer, pero no sólo el ayer.

No creí pertinente la publicación explícita de ciertos nombres y apellidos (de torturadores, proxenetas y prostitutas), porque este librito no es el ámbito natural de denuncias concretas por violación de derechos humanos. Pudo ser —fue— la finalidad de los reportajes cuando iban siendo publicados, viernes a viernes, en "Marcha". Ahora la visión es panorámica, razón por la cual también figuran reportajes (pretendidamente) humorísticos. Y más que volver a nombrar, diez años después, a los protagonistas de segunda fila, importa, me parece, señalar en qué entorno social tenían lugar aquellas violaciones. De las cuales las más graves —porque no tienen responsable concreto y se pierden en la rutina burocrática y la indiferencia general— se cometían y se cometen contra los niños pobres y

contra los pobres en nuestros hospitales y en el cantegril. Pero esos nombres completos figuraron en las notas originales, y la reproducción actual lleva la fecha de cada una al pie.

H.A.

LA OTRA CARA DEL CHUECO MACIEL

Durante toda la noche del viernes ardieron eucaliptos y cubiertas de auto en el perímetro de la manzana enmarcada por Aparicio Saravia y Enrique Castro, en pleno cantegril Plácido Ellauri. Allí, en la modesta vivienda (una más) de Pasaje A, al costado del tanque de agua, eran velados los restos de Nelson Julio Maciel Rodríguez, oriental, casado, de 20 años, muerto esa madrugada tras un tiroteo con la policía. Las chanchitas habían intentado acercarse, pero fueron disuadidas por aquel cerco de llamas y por los disparos que sonaron en la noche como una advertencia. Era la respuesta airada del cantegril a la policía que acosa a los del "cante", y más allá, a la sociedad que los ignora, los margina y los condena antes de delinquir. De todo lo cual, la sonrisa helada de Nelson era un trágico testimonio.

El sábado no hubo diarios, pero el domingo se disputaban los cabezales de primera página, equitativamente, las noticias de que Nacional no va a poder jugar su segundo partido en Wembley —mire usted—, y la de que el Chueco Maciel había sido muerto al cabo de otra de sus fechorías. Y después, el cliché habitual: cayó el malviviente (lo de malviviente, sí, es verdad) que asoló, hurtó, rapiñó, resistió, se entregó, se fugó y se murió. Todo a pesar, supongo, de las brillantes oportunidades que la sociedad le dio para rehabilitarse.

Significativo: fue muerto, pero él no había matado a nadie, nunca mató a nadie. Ese verbo transitivo no pudieron hacérselo conjugar al Chueco las crónicas policiales. Lo que no fue óbice para que "La Mañana" titulara en primera, a cuatro columnas y tinta roja: **TRAGICO FIN DE UN FEROS DELINCUENTE**, como si hubiera querido depositar, caritativamente, una lápida en su memoria.

El resto es silencio; un silencio espeso, hecho de indiferencia y complicidad. Nuestra mala conciencia reclama explicaciones simples y versiones oficiales, lisas y tranquilizadoras: ¿qué pueden hacer las fuerzas del orden frente a estos pequeños salvajes incorregibles, que se alían entre ellos, se arman y atacan? Matar a alguno, claro. Pero es inútil, los demás no escarmentan.

Arrabal amargo

Cuando la niebla matinal del domingo se fue disipando, brillaban en las esquinas los basurales que allí, por encima del hedor, tienen un sentido bien distinto del que le damos en el resto de la ciudad. Los cantegriles atesoran esas montañas de basura que no se forman, como aquí, por la suma de la incuria municipal más el aporte febril de las amas de casa; al contrario, ellas son el fruto de una paciente, exhaustiva recolección practicada en todos los barrios y que luego se vuelca en un fondo común para su clasificación. Los niños, desde seis, siete años, van separando en cucullas prolijos montones de botellas, latas, papeles, trapos, codiciados metales que otros arrojan al ducto por inservibles, o restos de comida, de festejada aparición. Los más chiquitos, cuatro y cinco años, hurgan al azar y convierten el basural en su parque de diversiones. Sobre todos planea la sombra de los que explotan la miseria del cantegril, los que se alzan con la utilidad de las reventas, ese mundo sigiloso de reducidos e intermediarios a los que explota, a su vez, el capitalista, el único que se gana la vida con el hedor de su frente.

Es raro encontrar a alguien con un oficio que, viviendo en el "cante", vaya a trabajar al Centro. Y sin embargo, de entrada nomás nos cruzamos con quien resultó ser un tornero que trabaja en La Comercial. Casado, dos hijos pequeños, con dificultades, como todos, pero relativamente libre de las acechanzas de la miseria.

—Y usted, que parecerla en condiciones de hacerlo, ¿no aspira a irse del cantegril?

—Sería darle la espalda a todo esto. Hace mucho que vivo aquí y hay que tratar de mejorarlo. Pero no crea; alguna gente empieza a despertar, a comprender.

—¿Conoció al Chueco Maciel?

—¿Al Chueco? Sí, claro. Era flor de diablo. Pero, ¿y qué quiere? Aquí no es fácil escapar a la delincuencia. Y el delincuente, a su modo, es un rebelde. Primero roba para comer, y después para vengarse de lo que intuye que es injusto.

Nuestro joven sociólogo de los suburbios resulta ser un hombre lúcido, politizado, lector al día de todo cuanto ocurre en la comarca y en el mundo. Ya nos sentíamos con él como charlando en una mesa del Jauja; pero pronto nos devolvió él mismo a la realidad, su realidad.

—Miren, aquí viene el Peirano Facio de la zona. Tiene un carrito, un caballo, un tanque, y vende agua. Cien pesos el barril y copa la banca.

—Pero, (señalamos esos mustios monumentos a la OSE, que son los depósitos de agua), ¿y los tanques no funcionan?

—Funcionan. Pero los chiquilines, bandadas de chiquilines, suben y se bañan allá arriba, y después, ¿quién toma el agua? No lo hacen por higiene, usted comprende, sino por diversión. Mire el hormigonado de las calles; los muchachos lo deshacen porque sí, como si quisieran vengarse en las cosas. Es bravo, ya lo creo; muy bravo. Pero uno está como atado a esto. Irse, sería desertar.

Por Trápani se baja una cuadra y ya estamos en Aparicio Saravia, la vía blanca del cantegril. Omnibus, caballos sueltos, carritos, colachatas que pasan velozmente sobre los charcos de agua, dejando a los desprevenidos peatones mirándose las ropas encharcadas y con el croquis de una interjección en los labios. Doblando a la derecha, a treinta metros, se encuentra uno de los mejores edificios de la zona, la escuela católica La Virgen de los Pobres, para el vecindario "la escuela de las monjas". Requerimos a los muchachos que juegan vóleibol al sol del mediodía, la presencia de alguna Hermana o de la Madre Superiora. Las mayúsculas parecen perchas de las que colgaran impecables hábitos almidonados, pero es alguien "de civil" quien se dispone a atendernos. Cunde el desconcierto en la aplicación de las medidas prontas de sociabilidad: Hermana, Madre, señora, digo, perdón... señorita. Todo se hace muy cómodo, sin embargo, cuando nos sentamos a conversar con ella en los propios bancos de una de las aulas: espaciosa, aseada —pupitre, mesa y asientos, todo en cármica— y una bandada de palomas fingiendo volar en la pared del fondo.

Resumo el ping-pong de preguntas y respuestas:

—Esta escuela es obra de la gente de la zona. El viejo galpón que ustedes vieron a la izquierda, al entrar, es el local antiguo. Este lo hicimos entre todos. Los vecinos destinaban su día franco para venir a trabajar aquí. Ahora tenemos comodidad para vivir nosotras, sin tener que venir diariamente desde lejos; y sobre todo tenemos comodidad para un salón comedor de unos ciento cincuenta comensales. Todo es gratuito: los cursos y la comida. Actualmente vienen a clase unos trescientos niños (hay un hombrecito de 17 años en 6o.), y el comedor, como se imaginará, trabaja a capacidad plena, entre escolares y quienes no lo son, no estando limitado el acceso a nuestros alumnos. ¿Deserción escolar? Sí, es elevada; el 60% sólo termina el primer ciclo. Es que desde chicos los niños trabajan como adultos por el sustento familiar. Aquí también damos cursos de artes y oficios, para que los muchachos se defiendan mejor. (Sonríe) No, no usamos hábito. Esto es más natural. E im-

partimos enseñanza religiosa pero con un sentido amplio.

Alentado por esos indicios, señalo las paredes desnudas y comento la ausencia de imágenes religiosas.

—No es que no queramos tenerlas. Es que no podemos. Hace un año que se inauguró la escuela nueva y todavía hacen falta muchas cosas más urgentes. Tampoco tenemos capilla; sólo una improvisada para nosotras, arriba (debe ser en el mismísimo cielo). ¿Cómo? ¿El Chueco Maciel? No, no lo conocí. El no vino a esta escuela, pero un hermanito suyo sí; y tengo buen recuerdo de la madre, una de esas madres que se preocupan por el comportamiento escolar de sus hijos. Ustedes quieren su dirección: seguramente figura en la libreta de matrículas.

La pulcra libreta —misma letra enhiesta, misma tinta azul en un largo lapso— entrega el dato preciso: año 1963, Ramón Maciel Rodríguez, Pasaje A 4054. La casa del Chueco.

La casa y la caza

Es como si hiciera mucho tiempo que estábamos tratando de llegar. Un caso límite, una injusticia en estado de pureza, descubiertos en el rincón oscuro de una vivienda de cantegril, tan lejana (a pesar de la escasa media hora que pone el 169 en llegar desde el Centro por General Flores), tan fantásticamente lejana de nuestro mundito confortable e individual.

Y sin embargo, el de los Maciel es un hogar como todos. Ante la muerte del Chueco, se ve rodeado por el afecto del barrio. Una madre envejecida, sin lágrimas, el rostro silencioso hundido entre las manos, preside desde la camita de hierro el renovado tránsito de vecinos, hijos, sobrinos, nietos, que acuden a acompañarla en su dolor; y ahora, hasta un periodista entrometido. Tanto, que pide permiso para pasar a la habitación contigua, el dormitorio de un hermano del Chueco, donde encuentra, no sin asombro, en la estantería con libros, la Biblia, "Ese mundo del bajo", de El Hachero, las poesías de Liber Falco, "Rayuela", de Cortázar, cantidad de libros de historia y de religión. Volvemos al ruedo familiar, y la sublevante historia, que se adivina contada y vuelta a contar, se enciende otra vez al calor de los recuerdos.

—Lo tenían sentenciado, señor. Desde 1966, M. y D.S. nos vienen diciendo lo mismo: "Se lo voy a bolear. Si no se presenta, cuando lo agarremos le voy a meter un balazo aquí", y M. se marcaba el entrecejo. Y hace dos años C. dijo: "De mí no se burla el Chueco, yo lo mato por la espalda". Aquí venían y rompían todo a pata-

das y a la señora la agarraban de los pelos y la arrastraban hasta la calle, exigiéndole la entrega de su hijo. Lo querían limpiar; lo hablan dicho y lo hicieron. ¿Usted vio en los diarios el parte policial? Habla de un balazo. Nosotros vimos el cuerpo del Chueco en la morgue. Empezamos a contar los balazos, las patadas y los pinchazos, y un botón nos dijo: "Ya está, muchachos, ya está... vayansé". Unos vecinos dicen que vieron cuando los milicos subían a alguien en la camioneta, alguien que se quejaba y que parecía herido en las piernas. Si esa versión fuera cierta, entonces estése tranquilo que al Chueco lo remataron con saña en el viaje al hospital, porque allí llegó muerto y en el estado que le dijimos. Lo mismo que Carlitos Suanes, ¿se acuerda? Tenía 22 años, lo mató la policía hace poco más de un mes. ¿Por qué los hijos de perra de los diarios —disculpe, no—, por qué hablan así? "EL RAPIÑERO CARLOS SUANES", bruta fotografía, bruto título. ¿Sabe cómo quedó la madre cuando lo leyó? Carlitos no era un rapiñero, era un laburante, trabajaba catorce horas por día, todos lo conocen aquí. Andaba armado, sí, pero era primario. ¿Y qué? Los botones, y los que no son botones, ¿no se alzan con todo, no coimean, no cashan a las yiras, no se reparten el botín "en el lugar de los hechos" o propiamente en la comisaría? A Carlitos lo acribillaron, lo dejaron irreconocible a patadas. ¿Sabe por qué? Porque somos del cantegril. Por eso. Primero nos matan, y después averiguan qué pasó.

El feroz delincuente

Antes de ser El Chueco Maciel —eso que la hipocrésia periodística llama "el tristemente célebre"—, Nelson era un pibe risueño, más bien callado, de los cuatro hermanos el más trabajador. Teniendo cuatro años (imagínese a sí mismo el lector o imagine a sus propios hijos), se levantaba a las tres, cuatro de la mañana, invierno y verano, y salía al campo a buscar la yegua para arreglar la jardinería e irse con su padre al mercado. La familia es oriunda de Tacuarembó; y como tanto peón hambreado por el latifundio, el hombre se vino con los suyos para Montevideo, "donde hay más posibilidades"; prudentemente recaló por los aledaños de Aparicio Saravia. Nunca más saldría de allí. Llegó a tener una pequeña chacra, algunos animales, las cosas no iban del todo mal. Pero Maciel era asmático, sufría frecuentes y devastadoras crisis; murió joven todavía, cuando los muchachos eran aún unos niños; precoces en el duro aprendizaje de ganarse el pan, pero unos niños aún.

Para el Chueco fue una dura experiencia. Había vivido desde

muy chico apegado a su padre, acaso por la profunda piedad que sienten por los asmáticos los seres que los rodean y los quieren. O simplemente por la viril solidaridad del trabajo en común, en esas crueles madrugadas en que atravesaban la ciudad en el carrito, el niño apretado contra el padre. La verdad es que el Chueco fue otro desde que quedó huérfano. Empezó a sufrir crisis nerviosas, en medio de las cuales gritaba que a su padre lo habían dejado morir. Tenía 14 años; sólo había hecho 10. de escuela y apenas sabía escribir y leer, más bien no sabía. A los 16 se casa con una chica de 13. No se diferencia ni quiere diferenciarse de sus compañeros de cantegril. Es un marginado y asume plenamente su condición de tal. Todo está dispuesto para que el Chueco Maciel comience su "carrera delictiva".

Un mundo feliz

Es fácil ser virtuoso o pretender serlo y adoctrinar a los demás, índice en alto, con la barriga llena. La barriga llena no es un concepto moral; es un hecho fisiológico que nos procura calorías, sin un mínimo de las cuales el organismo humano se deteriora, y las buenas maneras, a Dios gracias, también. Cuando las clases dominantes exclaman (apretándose al mismo tiempo el corazón que quiere saltar y la billetera que no quiere): "¡Delincuencia! ¡Criminalidad!", cualquiera sabe que antes, cronológica y cualitativamente antes, otros gritaron: "¡desocupación, miseria, hambre!". Pero bajemos de los signos de admiración hasta el tanque de agua de Pasaje A donde se reúnen, como antes, los compañeros del Chueco.

Alguien ligó y convida. Todos fuman. Como reflexionando en voz alta, dicen su rencor. "Si usted va a pedir trabajo, no diga que vive acá porque lo rechazan. Por el solo hecho de ser del "cante" lo rechazan. No importan los antecedentes ni que sea obrero calificado. Le cierran la puerta y se acabó. Y usted, que tiene familia que mantener, ¿qué hace? ¿Mudarse? ¿Adónde? ¿Con qué? Lo obligan a robar a uno, lo obligan a robar".

Cuando, acosado, el individuo por fin sucumbe y roba, satisface quizás su necesidad urgente y personal. Pero sobre todo cumple con una necesidad histórica del sistema: confirmarse como ladrón, como inadaptado social, como malviviente, haciéndose acreedor a las sanciones penales y al índice acusador de los bienpensantes. Y al exilio, a la muerte civil, al confinamiento —suyo y de sus hijos— en el basural donde no estorban, donde no se ven. Bueno... antes de morirse, el Chueco quiso estorbar un poco, hacerse ver.

¿Morirse, dije? Ni eso pudo: no se-murió, lo-murieron.

Si el estado represivo es abominable, el paternalista no lo es menos. En realidad, el Chueco se defendió mejor entre las patas de la caballería rusticana que entre los brazos del Consejo del Niño. Tuvo el privilegio de conocer los galpones del "Álvarez Cortés" y las celdas del Pabellón Asencio, de lúgubre memoria. Cuando le llevaron al Penal de Punta Carretas los homosexuales lo atacaron, carabina a la espalda y sable en mano; y cuando recayó en sus crisis nerviosas, lo mandaron al Cuadro Bajo del Vilardebó, donde el doctor Barindelli tiene su infierno propio. Allí le aplicaron —fuera de toda prescripción médica, de toda sana razón y del más elemental humanitarismo— tres inyecciones de trementina, acto de sadismo propio de otros siglos. Y una enorme cantidad de electrochoques, la suficiente como para agarrar fuerzas y salir corriendo en dirección contraria hasta llegar a cualquier parte. Es lo que hizo el Chueco, y llegó de vuelta al cantegril. Los cofres se cerraron y las líneas de plomo se agolparon en las linotipos, atropellándose para decirlo todo: fechorías, andanzas, malviviente, tristemente célebre, EL CHUECO SE FUGO.

El regreso al "Plácido" es su hora más gloriosa. Bufidos de indignación del comisario de la 17a. y honda preocupación de la Defensora de Menores, que se acerca al grupo familiar y aconseja al muchacho. Aquello ya es una superproducción y el Chueco es el protagonista. Es cierto que no se trata de un camino hacia la libertad; o sí, se trata de un camino hacia su libertad pero no hacia su liberación. Alienado intelectualmente y condenado al cantegril, el Chueco se limita a sentir la ebriedad de andar suelto, al frente de una banda de compañeros con la que levanta barricadas y tiene en jaque a la policía. Carencia de una base ideológica y espontaneísmo puro, por supuesto. ¿Y que otra cosa se podía esperar? Pero los humillados —y sobre todo los humillados del lumpen— no olvidan una experiencia en la que fueron (fugazmente, confusamente, es verdad) dueños de la situación, y por primera vez, dueños de su situación. Quizás ahora sepan, y deben agradecerse al Chueco Maciel, que no se trata de ganarle a los botones una pequeña escaramuza y caer mañana; sino de ganarle la partida al régimen, lo que no será fácil pero sí —para ellos y para todos— la única que nos queda.

Al caer la noche

Ahora el día huye velozmente y con las primeras sombras de la noche nos disponemos a partir. Extraña jornada, a través de la

cual la gente, y el cantegril mismo, han ido configurando una imagen humana de la que poco o nada sabíamos al llegar y que todavía se sigue nutriendo con nuevos testimonios. Es la imagen del Chueco, en la versión distintamente coloreada de los demás; pero es también la imagen de los demás, la imagen colectiva y la de cada uno. El hermano del Chueco, lector de Falco y de Cortázar; una Madre o Abuela Coraje, que conocí en mis interrogatorios de ese día, cuidando de sus nietos con terrible celo y un majestuoso estilo oratorio; el tornero de La Comercial, especie de conciencia vigilante de la izquierda, para que todo ocurra cuanto antes pero bien; la Hermana o hermana de la escuela de monjas, austera y afable, melancólica y eficaz; el viejo don Antonio, que antes de morir quiere ver los cambios de la sociedad, me parece que por curiosidad vital tanto como por afán de progreso; hasta el taximetrista que nos condujo de mañana, obstinado en no cobrarme —y no me cobró— cuando le conté (sin imaginar las consecuencias) que iba por "Marcha" y a qué. Y los jóvenes cristianos, la sal de la tierra en el cantegril. La gente que está tratando de convertir la astucia y el coraje de los Chuecos Maciel (Nelson no es el único), en un instrumento consciente para el cambio y, ellos insisten, para la creación del hombre nuevo. Todos eran amigos del Chueco y se atropellan para exaltar su generosidad. "Fue un Robin Hood, daba a los demás todo lo que tenía. Una vez, cuando aquí había mucha fiaca, hizo parar con su banda al camión de la Conaprole y repartieron toda la leche en el vecindario. Pero hay que luchar para que otros como él no se sacrificquen ciegamente".

Cuando ya nos íbamos, cerrada la noche, uno de esos jóvenes nos acompañó hasta General Flores. Pensé que era un gesto de amistad, de compañerismo. Pero no, él también iba a tomar un ómnibus.

—Y cómo, ¿tú no vivís aquí?

—No, vivo en la Unión. Pero hace como seis años que vengo al cantegril. Aquí tengo mis amigos; en la Curva estoy aislado, me disperso. Aquí aprendí a luchar junto a los que sufren.

En el último tramo de nuestro viaje del día hacia la noche, el cantegril nos entregó al fin su secreto: viñas de ira madurando en los soles de la rebelión.

(25/6/1971)

EL POZO

Uno puede deslizarse imperceptiblemente desde los hermosos inmuebles de Parque Visión, frente al obelisco, hasta el hoyo donde se hunde el primer hogar uruguayo bajo tierra. Son dos cuadras hasta la Plaza Artigas; al fondo, en el predio donde se pensó construir el nuevo edificio del SODRE y a espaldas del monumento a Rivera, se abre el agujero que conduce a ese hogar. Toda la noche del lunes había llovido, y el martes (¿usted recuerda?) llovió a cántaros hasta media tarde. Yo fui a mediodía bajo un diluvio, y agarrándome como pude de los garfios retorcidos que emergen de los cimientos, bajé por una enclenque escalerita de madera hasta el piso de barro.

Ya me había dado la voz de "¡Pase, pase!", uno de los dueños de casa. Avancé a ciegas. En la penumbra cuesta aclimatar la mirada. Pero un par de velitas y el acostumbramiento, me permiten reconocer de a poco a las personas y al lugar. Hombre alto y fuerte, de sonrisa franca y humor cordial, Luis Alberto Barrientos hace el gasto de las presentaciones y la información. Aquéllos son los restos de una obra abandonada casi al empezar. La planchada y unos pocos cimientos le dan al sitio un aire encajonado de refugio anti-aéreo de emergencia; pero para ellos la emergencia se llamó no tener casa. Y al menos allí, encontraron techo y tres ya que no cuatro paredes. Son dieciséis entre mayores y menores, más perro y gato. Dos matrimonios con cuatro hijos cada uno y un hombre viudo con tres más. El mayor de los pibes cuenta 13 años y el menor 5 meses. ¿Y la integración generacional? Allí es forzosa. Ni Julio Morales ni Abril Villalba están ahora en casa; aquél se fue a hacer changas al Mercado Modelo, y Villalba, técnico electricista, salió también por rebusques que en días de lluvia se dan. En el confuso ambiente, ya todos los perfiles están bien delineados y distingo al fondo dos camitas de hierro.

—Ahí dormimos los seis —me dice Barrientos—. ¿No ve las cuatro criaturas?

Estaban en efecto, acostadas. Dos silenciosas, los ojos bien abiertos; uno de diez meses, dormido, y una nena de tres años, jugando con un gatito que intentaba zafar de sus manos. El frente

trata de ser un living, con un sofá en el que duerme un perro y colgando de la pared un espejito. No hay cuarto de baño, y todos se esmeran en ser limpios y discretos. Pero todo el lugar se inundó por las lluvias porque en esa parte no hay planchada, y los objetos tirados (palos, papeles, cáscaras de naranjas, el canasto roto de una damajuana) flotan sobre el agua de abajo, castigados por el agua de arriba. Se llueven las paredes, y el piso es un masacote de tierra empapada y aserrín. Visto desde el pozo, parece que el mundo todo se hubiera agachado a llover. El hombre, entonces, se pone a recordar su vida como quien canta una milonga.

Yo soy de Fray Bentos

Me crié en el delta, entre el agua. Y mi mujer también es de allá. ¡Qué no hubiéramos trabajado si nos quedamos en mis pagos! Pero me vine. Me vine cuando los colorados ganaron la intendencia y me echaron. A los quince días de estar yo en la intendencia, va y gana Gestido, y queda Falcone de intendente. Yo había trabajado pa los blancos y me echaron. Que no tenía antigüedad y cétera. Nos vinimos pa Montevideo. Yo sé hacer de todo mire, sin despreciar. Los del Rayo Rojo, de babi fútbol, que tienen la cancha acá la vuelta, en Acevedo Días, me dieron un techito y me instalé como oficial hojalatero. Pregunte en el barrio. Yo no sé decir que no. Primus, estufas, ollas, lo que haiga de soldar, traigameló. Trabajaba de día hasta las 5, y a las 6 me iba a la parada de taxis de 8 de Octubre y Larrañaga hasta las 2 de la mañana. Sueldo no pagaban, pero la propina era asunto. Yo atendía el teléfono en la garita y a la gente que pedía coche. Estaba contento. Pero entonces se nos murió un chiquito de nueve meses. Un ataquecito al corazón. Yo falté mucho a la parada cuando eso, y perdí el trabajo. ¡Y quién le dice a usted que después ganaron los blancos la intendencia! Ganó Barriola, del Wilson, pero con los votos nuestros, los de Aguerrondo-Jeber. Las cosas por acá no andaban bien. Así que voy y le digo a ésta: "¡Vámonos pa Fray Bentos... qué vas a estar haciendo acá! A más, ganaron los blancos, puedo volver a la Intendencial" Y nos fuimos. Nos fuimos con todo: las criaturas, las herramientas, muebles y cacharpas.

Barrientos me mira como si quisiera mirarse a sí mismo.

¡No fue tan fácil, la cosa, mi amigo, nada fácil! Nos tuvimos que ir a vivir a un rancho en La Cantera. El secretario de Barriola me tenía a cuentos. Que el Puente Unzué, que esto, que aquello. Nos morfamos de hambre. Tuve que ir vendiendo todo pa darles de comer a las criaturas: las herramientas — fíjese ¡las herramientas!...

Yo las miraba, antes de darlas— el primus, el reloj, la ropa. Vendí en mil pesos la ropa que había en una valija, con valija y todo. En tres meses tuve dos changas en el puerto: una vez descargué azúcar y otra vez trigo. Resolvimos venirnos de vuelta. Habíamos ido con todo y volvíamos con lo puesto. Figuresé. Antes había trabajado de sereno en lo de Mingacho, que tiene depósito de fierros, ¿conoce? me dio un trabajito. Después trabajé con una zorra en el mercado, tuve un puesto de verdura en Industria y Algarrobo. Ahora no consigo nada, y sin herramientas, menos. Salgo con el carrito —hoy me encontró por la lluvia—, y hago changas. Ella no puede trabajar, tiene fractura de columna y desviación. Trabajando se cayó de una escalera de 7 metros, la pobre, ¿qué le va pedir? Hace todo lo que puede: cocina, se ocupa de los chiquilines, sale a pedir por ahí... Estábamos intrusos en una casa vieja, pero nos sacaron. Y vimos ésto. Nos convenía. Primero éramos dos familias, y una noche cayó otro matrimonio con hijos, que si había un lugarcito para ellos. "Pasen, pasen. Estéense cómodos". Y aquí están con nosotros. Ahora somos una sola familia con un montón de hijos. La semana pasada vinieron de la intendencia a darnos el desalojo. ¿Qué me dice? Los intendentes la tienen conmigo. Pero nos dieron más plazo y parece que nos van a arreglar en una vivienda de Cerro Norte. Mejor así. Esto no es bueno, con chiquilines. ¿Ve ahora con la lluvia? Si mañana hay sol, aquí apesta. Salen perros y ratas muertas de cuando esto era un basural. No es bueno, no. Pero no podemos perderlo.

Las mil y una

Se oyen, acercándose, risas de mujer y de niños. Risas que chorean agua, como ellos mismos. Es la mujer de Barrientos y algunos pibes de la colectividad que, mientras nosotros charlábamos, habían salido y ahora regresaban de una expedición por la zona en busca de víveres. El botín parece espléndido, a juzgar por las ávidas miradas de los mayorcitos que quedaron acostados y ahora se empinan para celebrar la llegada del cortejo. La joven señora, realista, pone las cosas en su lugar:

- Algo se consigue, pero es más la relajada.
- ¿Qué pasó? (la pregunta es retórica; don Barrientos ya sabe qué pasó, a menos que se trate de una gentileza hacia el visitante).
- Y... lo de siempre.

Se tientan, tapándose la cara con picardía, una mocosa de doce años y un chico de trece que acompañaron a la señora.

—Se meten con ésta... bah, con ella y conmigo. "¡Hombre, es lo que ustedes precisan!" nos gritaron unos. Y si no: "¡Atorran-tas, vayan a trabajar!"

La mujer —un rostro grave de mujer joven— ha ido poniendo en su lugar a las distintas unidades del botín, que a la hora del recuento resultan pocas y deslucidas; un trozo de queso, medio pan, recortes de fiambre, unos bizcochos, alguna fruta, alguna verdura. Los más chicos entregan los 47 pesos que habrán recibido de distraídos parroquianos de un café o de algún apresurado transeúnte. Irrumpe, triunfal, la chica terminando de ajustarse el pulóver que le regalaron. Un pez grande, al recoger la red. La donante le había recomendado:

—Cuidalo, era de una hermana que yo quería mucho.

¿Y leche? No, leche no consiguieron.

Barrientos, ensimismado, mira desde el agujero el cielo cerradamente hostil, y murmura:

—Si est'agua sigue, habrá que irse de aquí antes que caiga la noche.

(26/X/973)

EL GALLEGUITO

Se desplaza casi a tientas por la ciudad. De 71 años, don Constantino Arza tiene cataratas en la vista derecha y desprendimiento de retina en la izquierda. Pero es raro el día en que no viene al Centro desde Malvín (vive en Enrique Estrázulas, a dos cuadras de Aconcagua, donde puede tomar el 107 o el 60). Al Centro y al Centro. Porque el eje de la vida de don Constantino, desde hace 30 años, está en Canelones 1003, sede del Centro Cosmopolita de Mozos y del Sindicato de Obreros Gastronómicos. Estos días anduvimos caminando con él por la Ciudad Vieja y al expresarle mi alarma ante la idea de que cruce solo Rincón, Sarandí o Buenos Aires, se burla con un gesto ampuloso.

—¡Pero compañero! Siempre estoy rodeado de amigos. Los niños, los peatones, todo el mundo me ayuda a cruzar. Y en las paradas, la gente que espera su ómnibus me avisa cuando viene el mío. Además usted se olvida de Mateo, mi mejor amigo. Nos conocimos en la Argentina, cuando los dos trabajábamos de cocineros en Buenos Aires, hace 35 años. Y desde que perdí casi la visita, me acompaña todo lo que puede. Vamos juntos a la Caja, a cobrar y a las reuniones sindicales en el Centro, casi todos los días. El también vive en Malvín, a diez cuadras de mi casa. No se preocupe, pues.

La liviandad de su cuerpo enjuto y la forzosa vacilación de sus pasos, hacen de don Constantino una especie de peatón del aire, alguien que apenas se apoyara en el suelo al caminar. El largo uso ha hecho que sus ropas modestas sigan, como una segunda piel, todos los recodos de su anatomía y hasta las vicisitudes del diario vivir, redondeando una figura entrañable. Pero si una impresión de fragilidad prevalece al mirarlo —y los lentes de endebles patillas dan ese aire—, ella desaparece en cuanto se habla con él. Tal es su memoria para remontarse a la misérrima Galicia en que nació, la frescura de sus recuerdos de cualquier época, o la gallardía de su vida sindical que le valió la deportación de Argentina en 1942 y su afincamiento definitivo en Montevideo. Cuando entramos en la sede del Centro Cosmopolita yo insisto en tomarlo del brazo y guiarlo tenuemente como estuve haciéndolo en la calle, al salir de la re-

dacción de "Marcha" o al entrar en un café. Pero justamente allí no me necesita. Como si una venda hubiera caído de sus ojos, don Constantino entra con resolución que yo confundo con temeridad, y poco falta para que sea él quien me gule. Primero un escalón, después cuatro. ¡Cómo no va a saberlo, si envejeció entrando a ese local, y el local envejeció con él! El mundo de las cosas queridas le responde ahora, ciegamente.

La pieza de bramante

— ¿A qué edad resolvió venir al Río de la Plata, don Constantino, y por qué?

— El hambre y la miseria, el catecismo y las vacas es lo que más recuerdo de mi niñez en Parada, una villa de Galicia donde nací en 1901. Allí no había nada, ni escuela del estado ni sanidad ni asistencia médica. Dos muelas que tuve que sacarme cuando muchacho, me las sacó el cura a lo bruto. Mucho cura y poca comida, eso sí. Y por el año 20, la guerra en el Marruecos.

— ¿Le tocó ir?

— Tal vez me hubiera tocado, no sé. Porque en el año 1921 murieron allá veinte mil españoles; entonces el gobierno empezó a cubrir las plazas a toda velocidad, adelantando el sorteo de reclutas, que era como se hacía el llamado a filas. Antes de saber el resultado del sorteo, mi padre se las arregló para sacar dos pasajes, para mí y mi hermano. Y así nos embarcamos para Buenos Aires en noviembre del 21. Veníamos a hacernos la América, pero al llegar vimos que la América ya estaba hecha.

— ¿Fue difícil encontrar trabajo?

— Sin instrucción ni oficio, en una ciudad desconocida, vaya si me costó. Pero yo estaba en el Hotel de Inmigrantes, que era también como una agencia de colocaciones. Un día se apareció un cristiano diciendo que necesitaba "un galleguito recién llegado". Ya se sabe lo que en lengua madre eso quería decir: mucho trabajo y poca paga. Y así fue, en efecto. Me fletaron para Cruz del Este, en la provincia de Córdoba. Digo "me fletaron" porque el Hotel pagaba el pasaje del tren; en tercera, no crea usted. Era para trabajar en una tienda, sesenta pesos mensuales. ¡Qué iba a saber yo de tiendas! A poco llega una clienta y me pide bramante, que como usted sabrá pero yo no sabía, es un género, vamos, un lienzo. Pero en Galicia, bramante le decíamos al piolín. De modo que yo buscaba el ovillo de piolín mientras mis compañeros, ante el asombro de la señora, señalaban la estantería: "¿Pero qué buscas, Constanti-

no, no ves ahí la pieza de bramante?". No duré más que unos meses en la tienda. Sesenta pesos secos eran pocos para mí, y serían muchos para el dueño. Sin embargo, yo tenía que quedarme los domingos a lavarle el Buick, mientras mis compañeros se emperifollaban y salían a pasear. ¡Tanto catecismo me habían enseñado en Parada! ¿para qué? Un oficio o números o letras, vamos, es lo que me hubiera valido. De allí pasé a peón de cocina en Villa María, también en Córdoba. Y ya no salí de los sótanos de los restaurantes, en Córdoba, en Buenos Aires y en Montevideo.

Rebelión en la cocina

—¿Y a Buenos Aires cuándo volvió?

—Alrededor del 24.

—¿Empieza entonces su actividad sindical?

—Sí, al lado de compañeros que abrieron los ojos antes que uno, y le enseñaban a uno a abrirlos. Pero a los pocos años yo ya estaba en primera fila, con los demás. Empezar la actividad y empezar las detenciones fue todo uno. Pero la lucha no puede parar, y después de cada detención redoblábamos la actividad. A principios de la década del treinta yo militaba en el Partido Comunista y en el Sindicato de Gastrónomos, filial de la CGT. Y en el 32 quedé marcado. Habíamos salido otro compañero y yo a pegar carteles en Parque Patricios, por el aniversario de la Revolución de Octubre y contra los legionarios, que eran allá los "jupos" de entonces. De repente se apareció un policía a caballo, y mi compañero le disparó dos tiros y huyó. Sorprendido, yo caí. De todos lados aparecieron policías. Me molieron a palos, y el oficial empezó a tirar de las dos puntas de mi corbata hasta cortarme casi la respiración. Querían el nombre de mi amigo. "¿A qué horas pasa el tren de Villa Soldados?" preguntó el oficial. "A las doce menos cuarto". Miró el reloj: "Son menos veinte. Llévenlo a la vía amarrado". Me llevaron con cadenas; yo veía ensangrentarse los puños de la camisa por las heridas en las muñecas. No pensaban matarme, ¡vamos!, pero eso lo supe después. El oficial volvió a llamarme para otro interrogatorio. Yo dije una serie de tonterías. Que estaba allí porque me gustaba una moza del barrio. "¿Dónde vive?" "Es lo que no sé. Estaba tratando de averiguarlo, cuando llegó un hombre al que no conocía y poniéndome unos pesos en el bolsillo (por suerte yo tenía algunos) me pidió que lo ayudara sin que yo supiera cómo". La declaración me valió otra andanada de golpes, el pase a la comisaría sec-

cional y 54 días de arresto en Villa Devoto. Pero el nombre de mi compañero nunca se supo.

Deportación y asilo

—¿Y la deportación, don Constantino?

—Eso fue justo diez años después. Yo había estado detenido en varias ocasiones. Ocho meses en 1940. Cuando salí el jefe de policía me mostró el pasaporte y me dijo: "¿Ve? Esta vez se salvó. La próxima lo deportamos". Volver a España en aquella época —el Generalísimo recién parido, y yo un comunista deportado— era ponerse para el garrote. Pero hijo, ¿no habíamos dicho que la lucha sindical no puede detenerse? Y no se detuvo. En el 42 encabezamos una movilización por despidos en el restaurante del club Gimnasia y Esgrima, donde yo era cocinero, y me suspendieron por 85 días. Cuando me iba a reintegrar, la policía fue a buscarme a casa. Cumplidores: era la deportación. Me llevaron derecho al "Cabo de Buena Esperanza" (eligieron hasta el nombre), que zarpaba con destino a Bilbao. Hubo protestas y actos solidarios en Argentina, en Chile y sobre todo aquí, en Uruguay. En la Argentina se movieron el Partido, la CGT, el sindicato y en la Cámara de Diputados, Agustín Rodríguez Araya, quien propuso y obtuvo que se levantara la sesión para que delegados de todos los partidos (demócrata, conservador, radical y socialista) vieran al presidente Castillo —¡vamos, el dictador!—, para que derogara el decreto o me autorizara a desembarcar en cualquier puerto, antes de llegar a España. Pero aquel cristiano no accedió. El presidente uruguayo, en cambio, general Baldomir, oyó el reclamo popular y pude acogerme al derecho de asilo. Ya había pasado el barco por Montevideo cuando eso ocurrió, de modo que tuve que seguir hasta Río. Después de hacerle un corte de mangas al "Buena Esperanza" y al Generalísimo, tuve que hacérselo también a Getulio Vargas que demostró tenerme ojeriza. Pero por fin, llegué y aquí me tiene.

—Por suerte aquí lo tenemos, pero pasaron treinta años desde entonces...

—Bueno, llegué a Rivera. Y allí me esperaban amigos gastronómicos, republicanos españoles, uruguayos antifranquistas y hasta mi amigo Mateo, que estaba trabajando en el Hotel Casino riverense. Todos estuvieron de acuerdo, lo que es raro entre tantos españoles, en que lo primero que había que hacer conmigo era llevarme a una peluquería y lo segundo alejarme de la frontera. El día siguiente estaba en el tren y de tardecita en Montevideo. No

diré que había una multitud en la Estación Central, —yo no soy andaluz—, pero sí mucha gente. Entre otros habló el secretario general de la recién constituida UGT, compañero Enrique Rodríguez, y de allí la columna marchó al Sindicato. El primer día de mi llegada al Uruguay puse los pies en el Centro Cosmopolita de Mozos y desde entonces ésa, y no la pieza miserable en que vivo, es mi verdadera casa.

Don Constantizo Arza trabajará en Montevideo de cocinero durante veinte años. Entre el Victoria Plaza y las más modestas fondas de barrio, recorre el sub-mundo de las cocinas, esos huecos insalubres hasta donde no siempre llegan los inspectores municipales. Muy pocos establecimientos cumplen el horario legal; en la mayoría se trabaja diez, doce, trece horas, en medio de un denso vapor. "Los cocineros tenemos el vientre quemado y alguna dolencia al estómago", señala don Mateo, que más bien mira y admira a su amigo. Pocos también se ajustan al laudo. Invocan la crisis para pagar por debajo de él, pero haciendo figurar lo que corresponde; el obrero, ante el espectro de la desocupación, va y firma. El Victoria Plaza perfeccionó el sistema defensivo: a los 89 días de su ingreso, todos los obreros deben firmar como recién ingresados, para no cobrar indemnización en caso de despido. ¿Violencia de arriba? No, libre empresa. En 1962, don Constantino visita por primera vez el único templo uruguayo en que los creyentes terminan ateos: la Caja de Jubilaciones.

Actividad de un pasivo

—Cuando llevaba 67 meses yendo por mi expediente —¡67 meses!—, hablé con un jerarca administrativo. Me dijo:

—¿Y usted no tiene algún diputado, algún político amigo que le dé una recomendación?

—¿Para qué preciso recomendación? ¿No tengo derecho a jubilarme?

—Sin ninguna recomendación le va a resultar difícil, hágame caso.

Amargado e indignado, me fui al 5o. piso, al directorio. Quería hablar con el presidente, señor Lapido Dodino. Golpeé la ventanilla y salió un portero.

—¿Qué deseaba?

—Quiero hablar con el señor presidente.

—¿Usted no ve el letrado, ahí, los días de audiencia?

—Sí, lo veo. Lunes y miércoles. Pero yo quiero hablar ahora con el presidente.

—¿De parte de quién?

—De parte de un afiliado de la Caja.

—Así, con prepo, no.

—Mire, señor portero: aquí no hay más prepotencia que la de la Caja de Jubilaciones con nosotros, los afiliados.

Total, que tuve que ir un día de visita. Hablé por fin con el señor Lapido, y me dio lo que llaman un Pronto Despacho. Pero entonces, no sé por qué, mi expediente volvió a Liquidación, a Cómputo y perdí el Pronto Despacho. Volví a la presidencia, que ya no la ocupaba el señor Lapido sino el interventor señor Carlos Fresia. Me paré ante la puerta y el portero me advirtió que no podía estar ahí. Yo le dije que por algún lado yo entraría al ver al presidente.

—Usted no va a entrar ni por esta puerta ni por ninguna.

—Yo no me voy de acá hasta que hable con el señor presidente, ¿estamos?

Al rato, como yo me había sacado el saco porque hacía mucho calor, el portero me dice:

—Póngase el saco, que va a hablar con el señor presidente.

Pasé y el señor Fresia (que se había sacado el saco por el calor) me atendió muy bien. Estaba con su secretario y me dijo:

—Vamos a darle un Pronto Despacho.

—Señores: no quiero un Pronto Despacho. Quiero que me den la jubilación. Pronto Despacho ya tengo.

—Pero lo perdió; al pasar el expediente a Cómputo, el Pronto Despacho se pierde. Por eso vamos a darle otro Pronto Despacho.

—¡Para empezar de nuevo...! No, no. No quiero Pronto Despacho. Quiero mi jubilación.

Ante mi insistencia, el señor Fresia llamó a una secretaria y le dijo:

—Bueno; póngale fecha para el 22 de febrero.

(Olvidé decirle a usted que el expediente había sido iniciado en 1962 y que ya estábamos en 1967).

—Muy bien, pero si ustedes creen que me voy a convertir en un Justo Cresci (el yugoeslavo que se había pegado un tiro porque no le salía la jubilación), están muy equivocados. Yo no voy a suicidarme. Voy a seguir peleando por lo que es mío.

Y me fui, sacándome el saco por el calor.

Hacer bandera

—Volví el 22. Pero en el 5o. piso encontré un letrerito que decía: "La presidencia no atiende público". ¡Vamos, era demasiado! Como es lógico, estallé en cólera. Después me puse a pensar: "Muy bien, ¿ahora qué tendría yo que hacer? Acá tenemos que hacer una lucha distinta". Me fui a la calle Piedras, entre Bartolomé Mitre y Juncal, donde hay una casa de toldos y banderas, y me compré una bandera nacional. Volví a la Caja, cerca del mediodía. Me senté en el suelo y me cubrí con la bandera uruguaya. El público se acercó, y me rodeó solidariamente, acompañó la protesta. Hasta que llegó un señor con aspecto y modales de ser allí autoridad.

—Levántese, levántese.

—¿Y usted quién es?

—Soy el inspector general de la Caja (señor Alonso, se presentó). Venga conmigo, que vamos a la administración.

El directorio estaba reunido, y según me informó este señor Alonso, iba a resolver mi caso. Me pidió que volviera el día siguiente, para conocer el resultado. Fui y me felicitó por el resultado.

—Muy bien, pero... ¿cuál fue el resultado, cuándo me van a pagar?

—Dentro de una semana. Y ahora dígame: ¿a usted quién lo instigó a hacer esta protesta?

—Señor Alonso, hay un instigador. El instigador de mi protesta es la corrupción de los jerarcas de la Caja de Jubilaciones.

—Yo no le pregunté eso.

Pero me había preguntado eso, y yo le contesté. Finalmente, volví a los ocho días, a cobrar. No me pagaron, por hache y por be. Bueno. Yo llevaba siempre la bandera nacional en el bolsillo. No pensaba desprenderme de ella mientras no estuviera jubilado. Fui a la planta baja, y por segunda vez me senté en el suelo y me cubrí con la bandera. Por segunda vez se produjo gran revuelo a mi alrededor. Ahora es la policía que se me acerca.

—Levántese. Si no, va preso.

—No me levanto.

—Levántese, le digo.

—Le digo que no me levanto. Levántame usted, si quiere. Y si quiere, también lléveme preso.

Y efectivamente, el policía me arrancó la bandera y se la arrojó como una toalla a un compañero ubicado a unos metros.

—Tomá, agarrá la bandera y ayudame a levantarla.

Y así, entre los dos, me levantaron. Dialogaron con el señor

Alonso, y cuando decidieron llevarme preso, uno de los policías —furioso conmigo, sin darse cuenta que éramos iguales— me retorció los dedos de tal modo que, mirelos usted, después de cinco años todavía los tengo agarrotados. No tiene ninguna importancia, más que para probar el error de aquel hombre. Me llevaron a la seccional 5a. como si fuera un ebrio o un ladrón, y me metieron en un calabozo. Al llegar, un jerarca preguntó:

—¿Y éste?

—Es el que se sentó en la Caja.

—Ah... llévenlo al calabozo. En Inteligencia y Enlace van a aclarar el caso. Debe ser comunista.

Fue lo único que acertó. Me tuvieron dos horas, incomunicado, y después quedé en libertad.

La lucha continúa

—¿Y la jubilación, don Constantino?

—La cobré el 12 de abril. No está tan mal. Sesenta y siete meses había estado quieta, y en un mes y medio la moví hasta que salió. ¿Y sabe qué hice el día siguiente, 13 de abril? Lo que había prometido hacer cuando estuviera jubilado: llevar la bandera al Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y donarla para la primera escuela rural que fuera a inaugurarse. Nunca se me borró el recuerdo de mi infancia en Galicia, sin escuela ni instrucción. Por eso será que siempre traté de leer, de aprender. En Buenos Aires, siendo ya un hombre, fui a la academia francesa a aprender algo del idioma porque en la cocina, según la categoría del restaurante, a veces se precisaba entender los nombres de la cocina francesa. Y hace dos años, casi a los setenta, empecé a estudiar ruso. Fui al Instituto Cultural Uruguayo-Soviético, el ICUS, y gracias a la señorita Diana, que tuvo una paciencia enorme conmigo, aprendí a leer en dos meses. No vaya a confundirse: hablar no, sólo leer. Pero la letrita del texto era tan chica que ahí me enfermó de la vista. Me operaron y ya ve usted; ahora no puedo leer ni ruso ni español. Pero tareas no faltan. En la Confederación General Reivindicadora de las Clases Pasivas ayudo en todo lo que puedo a don Paulino González y en el Frente de Inquilinos el doctor Mauricio Kryger me conoce bien. Y diga que tienen suerte los de la Caja de Jubilaciones: si no estuviera medio ciego, empezaba otra lucha para que nos paguen los cien mil pesos que nos deben, como promedio, a cada pasivo, y para que se mejoren las miserables pensiones a la vejez. Es una desgracia con estos ojos...

—¿Se levanta temprano, don Constantino?

—Tomo mate desde las cinco o seis de la mañana. Prendo la portátil y pongo el primus ahí, donde supongo que está su grabador. El agujero no lo veo pero el oído sí, y dando cincuenta vueltas —dije: sin cuenta—, al final emboco. No tengo necesidad de mdrugar, ¡pero qué quiere!, me desvelo. Pienso en el sindicato dividido, y no me puedo dormir. Ahora estamos organizando otra vez a los cocineros. Nos reunimos los lunes y viernes en el sótano del Centro. ¿Por qué no viene una tarde a vernos trabajar? Hay café.

Al mirarme lo hace con un ligero desenfoque, como si yo estuviera algo corrido. Pero en realidad me mira a mí, y nos mira a todos.

(25/V/972)

HISTORIA EN DOS CIUDADES

Sergio Denis no podía creerlo. Y yo tampoco. El, porque sólo conoce ruidosas manifestaciones aprobatorias de sus oyentes veinetañeros; y esa noche (sábado 29 de enero) el público que desbordaba el Country le pedía a gritos que se fuera, que no cantara más, que ya habían tenido bastante de Sergio Denis. El ídolo gusta levantar un brazo en señal de apoteosis, pero esa noche su mano, indecisa, se heló allá arriba y Sergio optó por bajarla y por bajar él mismo del escenario, ahora sí, en medio de la algarabía general y de su propia confusión, mezcla de amargura, rabia e incredulidad. En cuanto a mí, tampoco podía creer en aquel acto de justicia artística. Porque "el ídolo de la juventud de América" desafina gloriosamente, sin traumáticas inhibiciones. Pero cómo pensar que el dorado ambiente puntaesteño habría de sancionarlo de tan mala manera. Pensé: la insurgencia juvenil (y hasta la de los cabellos plateados que también se crisparon) está dándose hasta en las mejores familias.

Había un error, sin embargo. En realidad, todos adoraban a Sergio Denis. Pero no esa noche, no en ese momento, en ese preciso momento en que todo el Country —que es como decir todo el mundo que importa— estaba pendiente del fallo que habría de consagrar a la Reina de Punta del Este 1972. La pasarela era el brazo de una península que se internaba profundamente en otra playa brava, y nada ni nadie podía oponerse a la voluntad popular. Para mejor, el jurado, en plena sedición, resolvió (cuidando sabiamente sus huesos) dejar la decisión final en manos del pueblo. Así es como el Cantegril Country Club se inició esa noche, históricamente, en las prácticas excitantes de la democracia directa. De modo que cuando las chicas entraron en la recta final a definir, "tête a tête", las posiciones, a su vez las señoras y los caballeros, las otras chicas y los otros chicos, "hot-pants" y unisex en ristre, se subieron primero a las sillas y después a las mesas, y desde allí aclamaron, abuchearon, levantaron los puños en demanda de justicia e impusieron la candidatura de la joven boliviana, que no ni no. Era el soberano a punto de optar por la vía armada. De lo más sentador.

Me llamó la atención la absorta reticencia de un muchacho de unos 18 años que, sentado a veinte metros de aquel ruido mundanal, asistía con sus compañeros, como desde otro mundo, a la proclamación de una reina. Era otro mundo. Desde la zona en sombra de los canteros que bordean la piscina del Country —unos lengüetazos de luz lamiéndoles los championes polvorientos— los cuatro seguían el "show" ensimismados, como ante la pantalla de un televisor o un cine que dieran películas de exóticos países.

—Que gentío y qué entusiasmo, ¿verdad?

—Esto no es nada. Va a ver el martes, cuando venga Palito Ortega.

—Es fenómeno. Ese es el Rey.

—No te perdés ni una, ¿eh? ¿Trabajás aquí?

—Sí.

—¿En qué?

—De guardián y jardinero.

—Cuidás las plantas.

—Las plantas, las flores, los árboles, el césped, los canteros...

La compacta masa vegetal lucía ciertamente hermosa, aunque poco discernible en aquella zona marginada por los reflectores.

—¿Trabajás aquí todo el año?

—No, sólo en verano.

—¿Y después?

—Vuelvo a Maldonado, mis pagos.

—¿Qué hacés en Maldonado?

—Esperar el otro verano.

—¿Y mientras esperás?

—Lustro zapatos, ando cerca del bar de la Onda. Siempre hay algún rebusque en la construcción, en lo que venga.

—¿Y aquí cuánto ganás? Digo: si no te molesta la pregunta...

—Ochocientos por día.

—¿Cuántas horas?

—Doce.

—Vas a creer que soy inspector de la Impositiva, pero, ¿tenés beneficios sociales?

Silencio en primer plano y banda sonora de la fiesta, al fondo. Tercia un tapecito que disfrutaba a codazo limpio el desfile de las misses.

—Sí, podemos venir a sentarnos acá y mirar todo.

Carcajada general.

Puerta de servicio

Guardianes, jardineros, niñeras, mucamas, cadis, cocineras, lavanderas, peones, es la esplendorosa ocupación estival de los desocupados de Maldonado y San Carlos. Después de la semana de Carnaval, en que todo Punta del Este semeja la escenografía de una superproducción que empieza a ser desmontada, viene el repunte de Turismo y luego el desbande. Los ricos huyen a sus afelpados cuarteles de invierno, en la capital o en Barrio Norte. Y los trabajadores zafrales vuelven al rebusque barato o a la desocupación, a las formas declaradas o encubiertas de la miseria. Consumidas, en junio o julio, las reservas de la temporada, a esperar el verano otra vez, como el muchacho del Country. En Barrio Kennedy —un absceso de pus en la piel tersa del balneario— esa espera es colectiva: abarca a toda la población, unas mil personas, desde los niños a los viejos.

Hay que descubrir el barrio tras los sofisticados laberintos que conducen a las mansiones más suntuosas. Y a medida que estas surgen —espléndidas cuando se está frente a ellas pero como arropadas por el follaje para no ser vistas fácilmente por intrusos— uno piensa que también la oligarquía pasó a la clandestinidad; y que la que se deja ver en los entreveros de medio pelo del Country, no es ella.

De repente, calle por medio con el Club de Golf y con lo de Berembau, se desemboca sin paños tibios en Barrio Kennedy, un caserío miserable que altera violentamente la gobernada topografía del lugar. En realidad, se desemboca en él con paños tibios: en esa misma esquina alza su pulcra construcción la obra social "Nuestra Señora de Lourdes", policlínica, biblioteca y servicio religioso. Echo un vistazo al lomo de los libros: "Manual del rotario", "Selecciones del Reader's Digest", gruesos volúmenes religiosos que se hunden en los estantes por su propio peso, y revistas triviales.

Encontramos a la encargada en la puerta, como a la espera de las criaturas del Señor. Pero las criaturas no se dan por aludidas. El llamado no les llega o no se sienten identificadas con él. "No comprenden ni lo que les conviene; una quiere ayudarlos pero es inútil" (se queja por lo bajo). "Pero igual hay que ayudarlos", agrega, vocacional. "En esta zona pueden trabajar, afincarse. Y además, Punta del Este necesita tener a su lado un barrio obrero". Cuando nos retirábamos un automóvil se detuvo ante la obra. El chofer desciende, emprende una carrerita en redondo hasta la puer-

ta trasera del lado opuesto, la abre y por allí aparece el cura párroco, una solemnidad que choca con el silencio y la soledad reinantes.

La presión de los fuertes

Hace más de diez años, el 12 de agosto de 1961, el embajador de Estados Unidos de N. América ante la OEA, de Lesseps Morrison —echadas a vuelo las campanas de la Alianza para el Progreso en las reuniones del CIES ese año, en P. del Este— presidió el acto de donación al miserable caserío, de un equipo generador de energía eléctrica y agua potable (valor estimado en la época, U\$S 3.750). “Detrás de la idea de regalar un equipo generador —dijo entonces a “El País” el representante de la Fairbanks Morse Inc.—, “el propósito es ayudar a estos pueblos a que puedan liberarse de la miseria en un régimen de libertad política”. El pueblo, agradecido, pasó a llamarse Barrio Kennedy. Y Morrison dijo en la ceremonia de entrega: “Este gesto es un símbolo del nuevo lenguaje de entendimiento de las Américas, que empiezan a marchar unidas en la Alianza para el Progreso”. Pero por esos mismos días, el Che Guevara había explicado en el ámbito de San Rafael, de qué era símbolo el nuevo lenguaje del Departamento de Estado y qué podían esperar de la Alianza para el Progreso, los pueblos latinoamericanos. Y Eduardo Víctor Haedo, a la sazón presidente del Consejo Nacional de Gobierno, le entregó a Morrison, cuando éste terminó de hablar, una moneda de diez centésimos “significando que los uruguayos no necesitaban dádivas y que, por el contrario, respondían a los actos amistosos con la misma moneda del afecto y del corazón” (codazos discretos de los funcionarios acreditados). Menos retórico y elusivo, el director de relaciones públicas de la Intercontinental House aclaró sin ambages que “se eligió este barrio a fin de que todos los representantes diplomáticos pudieran ver los equipos y hacer pedidos a su representada”. La Caja Registradora se tragó los discursos, incluida la moneda de Haedo. Es que el partido se jugaba en otra cancha.

Y aun en otra. A la altura de Parada 10, en la entrada a Punta del Este, entre la vía férrea y la Costanera, se levantó durante años otro barrio obrero, La Pastora. Mano de obra barata para cubrir la demanda del balneario en expansión edilicia, hace 20 o 30 años. Pero con un defecto insanable: está demasiado expuesto a la mirada escrutadora del recién llegado, quizás inversionista. Había que barrer del mapa el adefesio, sin perder de vista a las mucamas, a los jardineros, a los peones, esos imprescindibles por 90

días. Aquellos terrenos del dominio municipal se habían valorizado notablemente, y no eran sólo razones de buen gusto las que condenaban la existencia de La Pastora. El forcejeo duró muchos años (porque allí también creció la semilla de la especulación, sumándose a la necesidad de unos y otros) y sólo en 1965 llegó el malón al barrio.

Desalojos masivos, presiones indebidas, y hasta buldócers girándole en redondo a los ranchos —nuestro Far East en acción—, con la amenaza de destruirlo todo. Tras el efecto anestésico de años de amagues, la gente debió abandonar las casas con lo que tenía puesto. Y con un Premio Consuelo: la “corrida” hacia otro barrio obrero, el Barrio Kennedy, que aseguraba a ambas partes lo que ya tenían: a unos, la fuente de trabajo; a otros, la mano de obra barata. Sube la oferta de brazos y caen los salarios. Los vecinos de La Pastora van sabiendo qué es la Alianza para el Progreso.

Don Policarpo Pérez

Los paños tibios terminan en la misma esquina de la obra social. A veinte metros de “Nuestra Señora de Lourdes”, las criaturas del Señor —4, 6 y 10 años— ayudan a su padre a vender hongos en un puestito improvisado bajo los árboles, al costado de la calle que bordea por atrás al Club de Golf. Más que ayudarlo, lo acompañan y le ceban mate. El movimiento es poco y los autos, espaciados, cruzan raudamente haciendo vibrar la copa de la tarde, llena de silencio. Alto, flaco y aindiado, don Policarpo Pérez me recuerda a José Pedro Young, aquel cañonero de Peñarol que en 1933 hacía goles sin mirar a quién. Su alegre sombrerito de ala roja, caído en la cabeza como quiera pero siempre bien, parece el marco festivo que necesitan sus ojos vivaces. Y en cuanto empieza a hablar, todo en él trabaja para la imagen del criollo “siete oficios”, ocurrente y “vivido”, conocedor de hombres y caminos, receloso del gringo y pierna cuando se le necesita.

Acampados en familia, bajo los árboles, señalo con un gesto el contraste entre el rancharío pobre de la derecha y las mansiones de la izquierda, separadas por unos pocos metros. Don Policarpo, dando vuelta el mate, redondea lo que quiero decir:

—Y, sí... Aquí vivimos como la gata de Abella, mirando la fiambrera.

Un buen comienzo.

Aquí me pongo a cantar

—Hace 25 años que estoy en el barrio. Soy el primer fundador, Cuando vino el gringo a la inauguración (que después le voy a contar cómo fue) querían que yo fuera a saludarlo. Vení que es mister Morrison, me decían. Y yo soy mister Péreson. Habían estado perforando para hacer el pozo, pero llegaron a la piedra y no siguieron. Entonces llenaron unos tachos de agua de allí, de la bomba (que los sacó del apuro), y los vaciaron en el pozo y entonces inauguraron el barrio con luz y agua. Pero de palabra, porque no había nada. En el 46 vinimos cinco familias de Punta del Este, con la esperanza de que nos iban a hacer una mejora. Cuando llegamos, esto era un desierto. Acá me trajo éste que le dicen el Beto Acosta, Acosta Arteta, que ahora ganó la intendencia, relesionista por más datos y que en ese tiempo estaba de suplente de Roque Masetti. Nos dijo que íbamos a tener vivienda decorosa.

—¿Y qué era Acosta Arteta, un benefactor?

—¿Benefactor, el Beto? Lo que él andaba buscando era gente que trabajara en el Club de Golf, y nos trajo con el cuento de la vivienda decorosa. A mí no; a mí no me traen con cuentos. Yo vendo hongos, mejillones, soy albañil, trabajo la tierra, he pasado de todo. Cuando vine, trabajé los cimientos del Club. Después eso se terminó y empecé de cadí. Pero me echaron. Los socios quieren cadis que sepan, y yo conozco todo del juego. Pero ellos me echaron; tres veces me echaron.

—¿Y por qué, siendo bueno?

—Porque dicen que yo era comunista. Ese nombre me lo pusieron ellos, no fui yo que me lo puse, y yo todavía lo conservo. Como no me podían sacar ninguna ventaja porque yo sabía del trabajo y les reclamaba todo... dijeron que yo era comunista. Yo me llamo Policarpo Eugenio Pérez Vázquez y esto se puede decir: Fulano, el del sombrero, nunca tuvo ninguna observación, nunca fue suspendido. Echado sí, porque no les convenía a ellos: sabía del trabajo, ventajas conmigo no había. Y los socios me querían. Estoy seguro que si voy por allá y me paro, me ven y me dicen: "¿Y tú andas por aquí? Ven, ven a trabajar conmigo" (Don Policarpo, con los ojos chiquitos de burla, simula afectación para imitarlos). Pero... como dicen que soy comunista no puedo volver. Nos tenían encerrados como en jaulas y el socio venía, nos miraba y elegía a uno.

—¿Rinde el trabajo de cadí?

—Según la categoría. Hay tres. Primera, 1.200 pesos por día,

segunda, mil y tercera 600.

—¿Y quién decide la categoría?

—El socio, quién va' ser.

—¿Los mismos que contratan el servicio?

—Los mismos. Pero el socio conoce, sabe elegir, no le va'ndar garroneando. Peores son los de adentro.

—¿Quiénes son los de adentro?

—Hay cuatro o cinco vivos adentro. Cadis que se metieron adentro y manejan todo.

—¿Van algo?

—Y claro... Hay coima como en la baraja.

—¿Qué es lo que se paga 1.200 pesos, una vuelta de 18 hoyos?

—Esato.

—¿Y cuánto demora una vuelta de 18 hoyos?

—Unas cuatro horas.

—Vienen a ser 2 o 3 vueltas por día... Entonces, ¿cuánto saca un buen cadi en la temporada, digamos en dos meses?

—Unos 60 mil pesos, si no acaba en pedo.

—¿Por qué en pedo?

—¿Doce horas con un gringo, de acá p'allá? ¡Dejemé...! Pero son muy pocos los que trabajan tanto, y es pa'dos meses, nomás.

—¿Hay muchos muchachos de este barrio que son cadis?

—Todos son cadis.

—¿Primera categoría?

—¿Primera? Ja... Muchos no vieron nunca un hoyo (don Policarpo rompe en una carcajada que, junto con los ojitos que le echan chispas, da un sentido de zafaduría a sus palabras).

—¿Y qué hacen después del verano?

—Changas, algún remiendo de albañil en los chalés. Los chalés de los que siguen viniendo los fines de semana, en invierno. Y muchos juntan pelotas perdidas.

—¿Pelotas perdidas?

—Claro: las pelotas que se pierden abajo de la cancha, en verano... no va'ir a buscarlas cuando están jugando. Quedan ahí, algunas aparecen por casualidad. Pero después de la temporada andan todos como bichos en el campo, buscando las pelotas. Las pagan 100 pesos cada una, y ellos las venden a 700.

—Perdone, don Policarpo: ¿quién se las compra? ¿y a quién se las venden?

—Las compran los cuatro vivos de adentro. Y después ellos se las venden al club.

—¿Y por qué los muchachos no se las venden directamente al

club, a 500 o 600 pesos?

—Es una mafia, ¿no entendió? Si usted le vende directamente las pelotas al club, no trabaja en verano.

La sombra de los depósitos montevideanos cubre la conversación: otros Cantegriles pero el mismo basural.

Las voces del camino

Salimos a recorrer el barrio. Don Policarpo quiere mostrarnos la cocina en la que se criaron sus ocho hijos. "Se tambalea pero todavía no se cayó". Llegamos a su casa, un predio bastante grande, y en medio del terreno, al frente, la cocina. Una pieza hecha con latas, ahumada, queriendo caerse sobre un costado como si una fuerte ráfaga de viento la empujara. Pero la tarde es serena y la cocina sigue en pie; se suspende la caída por buen tiempo. La mujer de don Policarpo atiende sus muchas, comprimidas tareas. Otros vecinos se van incorporando a la caravana. Curiosean, se acercan, opinan. Nos siguen los chiquilines y los perros. Y por entre los árboles diviso el cuello estirado de la señorita de la obra social, seguramente intrigada por nuestros pasos y nuestras intenciones.

En el periplo doy con una gordita pachequista. Desenfadada, dueña de sí misma.

—¿Y usted de qué diario es? Porque una, antes de contestar, tiene que saber quién le pregunta.

—Está muy bien. Soy de "Marcha", el semanario "Marcha", de Montevideo.

—Mmmm... Sí, ya sé. Esos que son de "Marcha", del Frente Amplio... Diga nomás que aquí no podemos quejarnos. Tenemos trabajo y podemos criar a nuestros hijos. Lo único que falta es agua. Pero fuera de eso, no hace falta nada.

—No hace falta nada... ¡pa'rabiari! —redondea don Policarpo, que no se aguanta callado.

Pero la gordita está en plena ofensiva:

—Y diga que el Barrio Kennedy no es un cantegril. Aquí los niños no andan entre la basura, como animales.

Lo dijo en mala hora. Porque a dos metros suyo, sus propios hijos, de tres o cuatro años, casi desnudos, se revolcaban en la tierra, entre los desperdicios, y emergían como niños envueltos, pidiendo a gritos un baño o un lavado que no podrán tener.

Seguimos el camino entre las primeras sombras de la noche. Un cerdo, atado a cadena, le gruñe al suelo cuando pasamos a su lado,

sin atreverse a levantar la cabeza. El flaco Frade dispara a quemarropa el chiste electoral, de humor más bien negro:

—Si los chanchos votaran, ¿por quién votarían?

La encuesta es insólita; pero en seguida surgen ofertas, tan gratuitas como la demanda. Luego se hace silencio, a la espera de la solución. En medio de un acceso de tos, que puede ser festejo anticipado o asma, Frade entrega la respuesta:

—¡Por Cattivelli, hombre, por Cattivelli Hnos.!

La alusión a los condenados que votan por su verdugo cae, vertical, sobre el grupo, cuyas risas sin quererlo, se van convirtiendo en reflexión. El Flaco no da puntada sin nudo. La noche sigue anunciándose de a poco, como con cámara lenta. Y la conversación vuelve a los temas cotidianos.

—Pero el año pasado se dijo que iban a traer el agua y la luz...

—Sí; un mes antes de las elecciones anduvo Berreta ofreciendo puerta por puerta el agua y la luz.

—Berreta es colorado, ¿no?

—Relesionista, de Acosta Arteta. Puso canillas, ¿eh? ¡puso de canillas, mire! Lo que no hay es agua, pero canillas no vamos a decir que no hay. En casa hay dos, pero no puestas. Yo ya sabía que era un cuento.

—Pero algunas casas ahora tienen luz...

—Claro; los comercios y los comités del Beto.

—Así que metieron la política...

—¿Si metieron? Berreta anduvo diciendo que a los que votaran el 28 por el Frente, el 29 los corrían de las casas. Y a mí Salazar me dio 24 horas para irme. Porque soy comunista (el nombre me lo puso él).

—¿Y los corrieron?

—¿No me ve aquí, paradito?

Promesas. Promesas y amenazas. Amenazas y promesas. Los dueños de todo (y sus capataces, desde mister Morrison hasta el Beto Acosta), administran la sal y la alegría, la miseria y las frustraciones de los demás. Hace veinticinco años era la vivienda decorosa para don Policarpo (que entonces era Policarpo, nomás, un hombre joven de 35 años); hace diez años, "vengan a Barrio Kennedy, luz y agua para todos. Se los dice la Alianza para el Progreso y la Intercontinental House" (aviso para diplomáticos: "Los pedidos de equipos electrógenos deben hacerse a Mr. Blair Bolles, Hotel Nogaró, Punta del Este"). En 1965 son los desalojos en La Pastora y el hacinamiento en Barrio Kennedy. En el 71 —año electoral— canillas para todos, agua para nadie y luz para el reeleccionismo

(oscurantista nato). Y ahora, hoy mismo, una nueva promesa echada a rodar:

—¿Usted se anotó para eso que dicen que van a hacer un barrio nuevo?

—Otro cuento. Mire: yo en el único lado que no estoy apuntado es en la comisaría. Demás, en todos lados. Pero yo ahí no me apunto, ¡ah, no!

—Sin embargo, aseguran los que dicen saber, que ahí sí van a tener luz, agua y viviendas decorosas.

—¿No lo ve claro? Están queriendo corrernos de este barrio, como antes de La Pastora. Esto vale demasiado para vivir nosotros. Además, vamos a suponer que les cobraban, como decían que les iban a cobrar, tres mil pesos por mes. Un suponer: usted paga en verano uno o dos meses. ¿Y después? Aquí nadie puede decir que cuenta con tanto y cuanto. Después de carnaval, puede ser que quede algún peso flotando en el espacio. En un abrir y cerrar de ojos ya no lo vio. Entonces usted se atrasa dos o tres meses y pierde todo. Meterán en ese barrio nuevo al que ellos quieran. Puro negocio. Aquí mismo, el que tiene palenque pide un sitio y lo consigue. Lo vende y pide otro. No dan título ni nada. Es al más ligero, nomás.

Ahora sí, la noche se instala entre dos luces. Don Policarpo está en cuclillas, el sombrerito más hundido. Empuja unas piñas con una rama seca.

—Mire: si yo algún día tuviera plata, que sacara a la quiniela o por hache o por be, yo siempre digo. Me compraba un campo bien grande, me hacía una casa en el medio y lo cerraba todo. Para no ver tanta miseria. La miseria es una cosa que a la persona que sea humana, la achica. Si usted ve tanta miseria como hay aquí, usted va empezando a'nalizar y a'chicarse también. Claro que uno no se achica porque donde se achique, está muerto.

Ya somos apenas siluetas. El piberlo se junta frente al auto y nos disponemos a partir. Pero antes mi amigo, que no es un demagogo, los hace subir a todos y los saca a dar una vuelta. Gran algarabía. Al regreso un chiquito se acerca al Flaco y le pregunta:

—Diga, ¿cuándo vuelven?

(25/II/972)

LA SOMBRA

El sábado 19 de febrero la radio de Paso de los Toros transmite el texto de un aviso trivial: "Se necesita matrimonio para trabajar en establecimiento de campo. Tratar en calle tal, número cual". O algo parecido. El domingo se presenta una interesada, pero no hay nadie en la casa. La joven mujer se acerca al garaje, advierte que el candado acciona; está abierto, decide entrar. El garaje sirve también de depósito al dueño de casa. Allí hay diversidad de objetos: productos químicos de la actividad veterinaria de aquél; y también de uso doméstico: ropa vieja, ovillos de lana, etcétera. La mujer sustrae alguna ropa, algunos ovillos y un bolso, donde guarda todo. Al salir, es descubierta por el matrimonio que regresa. La intrusa —dieciséis años, embarazada de cinco meses— se defiende: tiene un bebé de siete meses al que no puede alimentar por falta de recursos, su compañero no encuentra trabajo, por favor, no la denuncien, sólo iba a vender eso y comprar leche para su hijito. Formulada sin embargo la denuncia, la mujer, Vilda González, permanece detenida en la comisaría local, mientras pasan los antecedentes a la justicia. En el Interin, el martes muere por desnutrición el bebito, que estaba a cargo de su padre. Este, Roberto Sánchez, de veintitrés años, desesperado, se ahorca. El miércoles entierran a los dos, en tanto Vilda sigue detenida.

El viernes llegué a Paso de los Toros y éste es el reportaje a la realidad que allí habría de encontrar. Lo debo al testimonio de los amigos y de los enemigos de la pareja, del médico que certificó las dos muertes, de las enfermeras del hospital donde ahora Vilda espera la decisión del juez, de los vecinos del matrimonio, en Playa de los Curas, de los hombres para los cuales Roberto trabajó, de los pocos parientes ubicables de uno y otro, del hombre que hizo la denuncia del hurto, de algunos jefes policiales, de la funcionaria de la policía femenina que custodió a Vilda, y de la propia Vilda, postrada, absorta, en su camita del hospital. Sin proponérmelo, fue también un reportaje a la realidad de Paso de los Toros.

Hundí la mirada en la mirada perdida de Vilda, observé las latas miserables del rancho en que Roberto se ahorcó, y los camiones militares, armados a guerra, que atraviesan constantemente las calles del pueblo. Por encima de los trágicos protagonistas —dos que ya murieron, uno que trata de vivir y otro que trata de nacer— se eleva la imagen de este Uruguay en que vivimos: el país condenado, el que se encoge de hombros con terrible indiferencia, y el que sufre y lucha; y aun el que sufre y todavía no lucha. La sombra del muchacho ahorcado en Paso de los Toros cruza el Río Negro y se alarga y se bifurca y se multiplica buscándonos, hasta alcanzarnos a todos; cuando llega a nuestros pies, echamos de ver que es nuestra propia sombra. Nada de lo que le pasó a Roberto, a Vilda y a su hijito, les pasó sólo a ellos.

El hilo de la madeja

La sola miseria podría explicarlo todo. ¿No explica acaso diariamente la muerte de algún lactante uruguayo por diarrea o deshidratación? Pero los padres de esos niños no se ahorcan, y el dato sólo queda registrado en las estadísticas del hospital y en la memoria del cantegril. Roberto, en cambio, se mató. No; no estaba loco; no se eliminó después de haber dado muerte a su propio hijo. En un rapto de desesperación pudo hacerlo, y no faltó quien lo afirmara, con más saña que objetividad. El dictamen médico del doctor Zerbóni fue, sin embargo, terminante: no encontró el menor rastro de violencia en el cuerpo del niño, y si todos los síntomas de muerte por deshidratación, razón por la cual la justicia no entendió necesaria la autopsia. Hubiera sido un alivio para la mala conciencia de algunos isabelinos y la del propio sistema, poder desplazar la tragedia hacia la tierra ambigua de la insanía mental, donde todos podemos lavarnos las manos y dar vuelta la hoja. Pero no. Todo lleva a pensar que Roberto decidió colgarse de los tirantes de su rancho miserable —latas y adobe, calor y moscas, piso de tierra en la única pieza— después de muchos años de amargura y pocos de edad.

Muerto su padre siendo él muy chico, y lejos de su madre, que se radica en Buenos Aires, Roberto es criado por su abuela. Pasan la vida junto al río. Sus pocos años dichosos. Ella es lavandera y el niño la ayuda. La abuela muere, el muchacho ya está solo en el mundo. Hizo primaria; es inteligente, alegre y vivaz. No le falta disposición para el trabajo. Pero la vida empieza a jugarle sucio a Roberto. Un pariente acomodado lo llama a su taller: soldador, el

oficio que le gusta y del que algo sabe. Pero debe trabajar de diez a doce horas diarias por trescientos pesos y la comida. Aguanta cuanto puede, después se va. Agarra en una panadería y arregla con el dueño: él compra una bicicleta para el reparto y paga las cuotas con lo que gana. El empedrado de las calles suburbanas acaba con la bicicleta y con el empleo. Sale a carpir en una chacra; trabaja de sol a sol dando vuelta la tierra y cuando termina le dan doscientos pesos por día. Protesta. Andá, andá que estás bien pago. Llega un circo a Paso de los Toros y cuando enfilan los carros rumbo a Durazno, el muchacho se incorpora a la farándula, quizás apostando a la libertad del camino más que a la seguridad del trabajo. A los ocho días aquello no da para más y Roberto vuelve al pago. Es improbable que al avistar Paso de los Toros se haya sentido feliz.

Agua Tónica y metralletas

Si, la miseria podría explicarlo todo. Pero hay más, mucho más. Allí tiene su asiento la Región Militar No. 3, con jurisdicción sobre una vasta zona del norte del país. Es una presencia determinante en la vida de Paso de los Toros, por la sencilla razón numérica (hay otras, además) de que las 180 plazas de soldados rasos de antaño fueron aumentadas, durante el pachecato, a cerca de cuatrocientas. Automáticamente, el cuartel pasó a ser la única fuente de trabajo del pueblo, y las madres empezaron a mirarlo como la ansiada meta en el futuro de sus hijos. Hace unos cuantos años esa meta era la fábrica de agua tónica "Paso de los Toros" (de la época en que los uruguayos podíamos tener lentas, conversadas digestiones). Pero la Pepsi compró el paquete accionario —imagino el gesto displaciente de Joan Crawford, en Nueva York—, y desguzó la fábrica para instalarla en Montevideo, dejando a ochenta familias de Paso de los Toros sin trabajo.

Ahora el maná es el cuartel. Lógico. Los soldaditos, que de otro modo andarían como los demás muchachos pobres del país, gambeteando la pobreza entre el delito y la desocupación, ganan allí treinta mil pesos mensuales, más la "ración seca" que les representa, en regalias, otro tanto. ¿De qué antimilitarismo se me está hablando? Allí comparecen los jovencitos de Paso de los Toros como un solo hombre, disputándose a codazos la oportunidad de su vida. Si llegan a alcanzarla, después se les verá de verde, patrullando las calles del pueblo, armados a guerra, flores exóticas de romances viejos, ajenos al humor cordial de las gentes y extraños a sí mismos. Tienen una obsesión, la de sus jefes: descubrir sedi-

ciosos. La obsesión se transforma en histeria, la histeria degenera en torturas. Ahora hay torturadores en Paso de los Toros. El ex-vecino tortura al vecino. Un aire torvo y malsano cubre el pueblo. Es el fruto corrompido de la persecución. Dentro de este marco es que la miseria no alcanza como explicación del nudo que se desliza para siempre por el cuello de Roberto Sánchez:

"No robarás"

Siempre a salto de mata, ya casado y con un hijo, Roberto busca trabajo constantemente y algo encuentra. Un amigo le facilita las cosas para que venda diarios. No varios, sino uno; y no uno cualquiera, sino "El Popular". Roberto se había vinculado en la campaña electoral al Frente Amplio y encara esa tarea como una forma de militancia que les permitía, a él y su familia, sobrevivir en el límite mismo donde empieza el hambre, un límite que habrán tenido que vadear más de una vez. Los quioscos que en el país venden toda la prensa, no se queman por vender la prensa de izquierda. En Paso de los Toros, hoy (y con más "razón" en noviembre del 71), alguien que vende sólo "El Popular", sí, se quema. Roberto se quemó por eso, aunque en sus circunstancias (y en cualesquiera) el hecho parezca inverosímil. El mismo amigo que antes lo ayudara, le dio ropa para vender y así lo hizo él un tiempo, hasta que empezaron a cerrársele las puertas a Roberto, "el comunista". En su propio barrio sus vecinos, el pobrerío de Playa de los Curas, lo hostilizaban, llegando a negarle agua y apedrearle el rancho. "No se daban con nadie", me dijo mirando para otro lado con gesto agrio, su vecina de puerta. "Era un haragán y mollá a palos a su mujer", me informó otro, con ecuanimidad. Un tercero reflexionó (pero no allí): "Y qué nos van a sacar los comunistas, ¿el hambre que tenemos?".

Rechazado una y otra vez, Roberto vuelve a "El Popular", pero eso terminó de aislarlo. Era como correr, correr, correr, y estar siempre en el mismo sitio. Hasta que el sitio fue un garaje —el del matrimonio que puso el aviso—, y entonces fue Vilda quien hubiera querido correr. Pero es inútil, aquí llegan los dueños de casa. Por favor, no me denuncien, era para alimentar a mi bebito.

"Después que hice la denuncia", me cuenta el denunciante, "intenté retirarla —uno estaba acongojado con todo este asunto, ¿me comprende?—, pero el juez dijo que ya no era posible. Y ahora, qué quiere que le diga, creo que es mejor así. No puede ser que a uno lo desvalijen de esta manera, y todavía siga sosteniendo que el

bolso era de ella, cuando mi hijo, en cuanto lo vio, dijo que era de él''. Hay que sacar a luz todo el Paulo Freire que se tenga en alma y mente, y su Pedagogía del Oprimido, para comprender hasta dónde ese pobre diablo de veterinario también está formado y deformado por el sistema, y que la solución no es reventarlo (aunque la tentación sea fuerte).

La voz de adentro

Ahora Vilda está sentada al borde de la cama del hospital, con aire absorto. Tiene la edad de su dolor —un dolor cansado, grave, sin lágrimas— más que los dieciséis años que realmente tiene. Le explico mi tarea, conversamos, me permite registrar el diálogo en un grabador.

—Nosotros nos encontrábamos sin nada en mi casa y teníamos el botijita de siete meses y él no conseguía trabajo. Y llegué hasta la casa esa del aviso y golpié, y como no había nadie entré a un garaje. Y saqué unos vestidos, una ropa vieja que no vale nada, y cuando salía fue que me encontré con ellos. Yo les pedí, le rogué al hombre que tenía un botijita chico, que me largase, que no me llevase a la comisaría. Pero igual me llevó. Y después fue que él (Roberto) fue a la comisaría a verme y no lo dejaron verme. Y mi hijito murió de hambre y él se mató de desesperación.

—¿Cómo era tu marido con ustedes?

—Era muy bueno, más bueno de lo que era no podía ser. Él si conseguía cien pesos, cien pesos me los trafa a mí. Todo así. Un buen compañero era, él me ayudaba en todo lo que podía. Nadie lo quería ayudar a él a conseguir trabajo.

—¿Y por qué era eso?

—Eso no sé por qué era. Como él era del Frente Amplio, sería por eso digo yo que nadie le daba trabajo.

—¿Tuvieron problemas con los vecinos, los apedrearon?

—Sí, los vecinos de allí nos insultaban. Nosotros prácticamente vivíamos encerrados cuando estábamos en casa, y si no en el río. Los vecinos de al lado, no sé si usted fue allí a hablar, esos apedreaban, insultaban la casa. Todo era así. Y después que estaba muerto lo fueron a llorar. Eso es lo que me dolió más a mí. Yo sí pasé necesidad, hambre, días y días sin comer pasábamos, y nunca lo abandoné.

—¿Era nacido aquí, Roberto?

—Sí, él no tiene madre, se crió solo, lo crió una abuela. La madre está en Buenos Aires.

—¿Hace tiempo que lo conocías?

—Dos años y que me junté con él, un año. El se crió solo se puede decir, porque la abuela es muerta también. Tiene familiares que son ricos, tienen taller, y nadie lo ayudaba, nadie le daba trabajo. Podían darle una mano, pero todos fueron malos con él.

—¿Y a qué lo atribuí? ¿Era cumplidor en el trabajo?

—Era, sí. ¡Si él quería trabajar! Pero de malos nomás; era gente macheta que no querían ayudarlo en nada (Larga pausa). El, seguro, al ver el nenito que se le había muerto de hambre y que a mí me tenían detenida, él pensó en matarse, fue lo que pensó, desesperado se mató. Y dejó una carta para mí que no me la quisieron dar.

—¿El había intentado alguna vez, en el pasado, esto mismo?

—Sí, el día de las elecciones. Tomó querosén. No sé por qué fue. Volvió cansado, porque él fue delegado del Frente Amplio. Dijo: "Ahora sí vamos a pasar hambre", y después tomó querosén.

—¿Y en su carácter, tú notaste algo que ahora te haga pensar que terminaría así?

—No, nada. El era un hombre normal, era bueno conmigo y con el hijo. Yo salía a trabajar y él lo bañaba, lo cuidaba, era como si estuviera yo en casa.

—¿Criabas bien a tu hijo?

—Sí, tenía siete meses y nunca lo tuve enfermo. Lo cuidábamos los dos. Seguro se debilitó los días esos que a mí me tenían detenida y no me dejaban que él ni el nenito me vieran. Y él no habrá conseguido plata para leche y en esos días fue que el nenito se debilitó y murió de hambre.

—No pensó que trayéndolo al hospital lo hubieran atendido...

—Sí, pero quién sabe... El, como nunca lo había visto enfermo, quién sabe, se desmayó, cualquier cosa y él pensó que se le había muerto. (Larga pausa). Adoraba al hijo. Seguro pensó en eso...

—¿Puedo serte útil en algo, ahora o después?

—Trate de conseguir ropa negra para mí. Una pollera, una blusa, cualquier cosa. Quiero salir de luto.

El que vendrá

¿Y ahora qué? En lo referente a la libertad de Vilda, no hay problema. Va a estar libre en las próximas horas. Desde el "hurto famélico" de la Edad Media al "estado de necesidad" del artículo 27 de nuestro Código Penal, pasando por el histórico pan de Jean Valjean, en "Los miserables", toda la literatura jurídica y de la otra, está a favor suyo. Por menor de edad es inimputable, y por "causa

justificada" su delito no es tal.

¡Pero de qué poco va a servirle la literatura a Vilda, de aquí en adelante! Dentro de cuatro meses tendrá un hijo, en el que va a volcar su amor por los que murieron. Cuando él crezca, querrá saber quién fue su padre, cómo vivió y por qué murió. Entonces el joven/la joven —que ahora mismo, en la vida intrauterina, está recibiendo a través de su madre tan alarmantes noticias del mundo exterior, y verá la luz con esa dolorosa experiencia— sabrá que su padre fue limpio, puro y bueno, que miró por los suyos y por los demás y que murió acorralado por una sociedad terriblemente injusta y cruel —la nuestra—, en la que todo le fue negado, hasta por aquellos a quienes también todo les es negado. Pero mientras tanto, ¿qué será ahora de él y de su madre? Imagino a Vilda, parada en la puerta del hospital, con su valijita y su embarazo, y entiendo muy bien que no sepa qué hacer. Esperaba a su padre, procedente de Durazno, cuando estuve con ella; si en un corto plazo no llegaba, alguna repartición del Consejo del Niño era su próximo destino. Otra carrera desenfundada se inicia, de esas en las que se corre, se corre, y no se sale del mismo sitio.

El caso sigue abierto, igual que el de tantos Robertos y Vildas, que nos rodean y a los que tratamos como extraños. Pero no nos engañemos: su carrera es la nuestra, su sombra también.

(3/III/972)

FELICIA Y MERCEDES

El apartamentito del Palacio Salvo en que Felicia trabaja parece quedarle chico, tal el aspecto macizo y la actividad que despliega la mujer, una abuela todavía joven. En cuanto a su nieta, María de las Mercedes, denuncia a simple vista su deficiencia mental. La sonrisa y la mirada de la niña de ocho años parecen irse y perderse, como si carecieran de objeto. Mercedes entra con nosotros al living, y allí se entrega a su propia actividad, imprevisible y confusa. Abraza a su abuela, se me acerca, observa el grabador, se dirige al piano abierto y extrae de las teclas un acorde curiosamente armónico, toma entre sus manos el metrónomo que la dueña de casa había silenciado y lo echa a andar, y acepta pasivamente que se la aparte del piano y del metrónomo. Y al requerimiento de que cante, al empezar a hacerlo nosotros, entona, con buena afinación, el erroró y después el comienzo de la balada de "Sacco y Vanzetti". Es una linda cara de niña en la que se querría encontrar esa luz gobernada, propia del rostro de cualquier niño normal. Después de servir café, la dueña de casa se lleva a Mercedes para que Felicia y yo podamos conversar, mientras los dos hermosos gatos que hacen la decoración móvil del apartamento siguen paseándose por la habitación, silenciosos y seguros de sí mismos.

Nosotros vivimos en Los Bulevares, por el quilómetro 14 de Simón Martínez, en la ruta 1, de la Monte Carlo para adentro. Yo, de Simón Martínez estoy 18 cuadras. Tenemos el 427, de Coetc, que va al Buceo, y el 95, de Amdet que va al Clínicas. Yo hice los trámites en la intendencia por los boletos gratis para Mercedes. Conseguí en Cutcsa y en Amdet, pero el 95 pasa muy poco, no lo puedo esperar. Entonces para no pagar otro boleto para la nena, tengo que caminar todos los días 18 cuadras. Ida y vuelta, con una niña que a veces no tiene ganas de caminar.

Hay muchos pozos por el camino y ahora que llovió hay mucho barro; están las calles pésimas. No tenemos alumbrado. Se me pidió que yo pagara la luz a mercurio que van a poner por 40 metros, que es la calle principal, una avenida. Pero yo vivo por Oficial 1o., ¿por qué yo voy a pagar por 40 metros si hay vecinos más cerca que yo? Es a lo que pueda pagar cada uno, pero la cuota mínima es de

dos mil pesos. El día que vaya por Oficial 1o. yo no tengo inconveniente; yo y toda mi familia pagaremos la luz. Pero que la pongan en mi cuadra.

No tenemos tampoco ni obras sanitarias ni aguas corrientes. Son pozos manantiales. Casi todos somos propietarios ahí, hacemos la comodidá lo mejor que podemos. Se hizo toda la cañería para el día que haya. Pero ahora no, no hay obra sanitaria. El día que llueve se corta la luz, por cuatro o cinco días estamos sin luz. Hay una bante de luz terrible, a las diez de la noche yo ya no puedo mirar más televisión. ¿Teléfono? La mitad de los días no lo tenemos. Hay uno en la Comisión de Fomento y otro en el almacén de Carbajal. La mitad de los días usted va a hablar por teléfono y no hay. Tiene que trasladarse hasta la Comisaría de la 23 para hablar por teléfono, por cualquier circunstancia de un enfermo. Y la comisaría está a más de veinte cuadras. Servicio médico, sí, tenemos en la Comisión Fomento. Es de Salud Pública, pero funciona bastante bien. Yo a la verdad no lo he usado; tengo para las niñas la Caja de Asignación, que me da los medicamentos y el médico. Pero he visto que van vecinos de mi barrio.

Con mi esposo y yo viven dos nietas: Mercedes, de 8 años, que es ésta y Rosario de 9. Rosario es muy despierta, va a la escuela del Aire Libre, está en tercer año. Mercedes quedó así del meningitis que tuvo al mes de nacer. Y como no se trató de un principio, recién se viene a tratar ahora. Y es como se está recuperando. La madre decía que no, que era una niña normal. Yo le decía: "Mirá m'hija que esa niña es enferma". "Pero mamá, ¿no se va a dar cuenta el doctor?" El que se da cuenta es el familiar, la madre, el padre, el que tiene al niño. El médico lo ve un momento y no se da cuenta de lo que el niño siente. Mercedes empezó a caminar a los cuatro años. Y recién ahora está aprendiendo a hablar.

Todos los días yo tengo que venir con ella adonde trabajo. Llueva, truene, tengo que venir con ella. En mi casa no puede quedar. Una, porque Mercedes se lastima mucho; y segunda, que para tener dolores de cabeza la traigo conmigo. Salgo de mi casa a las siete y media de la mañana. Pero la Coetc no me da los boletos para Mercedes, y para no caminar esas 18 cuadras tendría que pagar dos boletos y no tengo plata. Por eso vengo a trabajar al centro todos los días. De lunes a viernes. Ahora: los sábados, estando lindo, de sol, y que yo tenga plata (tengo que tener por lo menos quinientos pesos) la llevo a Playa Pascual, a una profesora particular que le da clases a Mercedes, mientras yo le trabajo. Yo no le cobro y ella no me cobra. Es el sacrificio que hago para que le den a Mercedes educa-

ción, mientras no solucione el problema de conseguirle una escuela. Y durante la semana anda conmigo en todo, no la dejo sola. Hasta las 8 de la noche que volvemos: ella cansada, yo no es problema, 18 cuabras, imagínese en invierno, entre el barro, en aquella boca de lobos.

Yo por ejemplo tengo la mueblería para limpiar. Yo la siento ahí. ¿Me traslado al piso de arriba? Me la llevo conmigo. Adonde voy yo, la llevo. Más acá, más allá, la voy llevando. Porque así trabajo tranquila. Perdería mucho tiempo: "Mercedes, dónde estás!", "¡Mercedes vení para acá!" No estaría tranquila. Ya me ha pasado otras veces. Cuando recién empecé a trabajar con ella, se me perdió. Anduvo un patrón mío buscándola durante tres horas por la Ciudad Vieja. Y la vine a encontrar en la comisaría de la 1a. Hace tres años de eso. Y después en la mueblería, también. Se subió, pasó la azotea de ahí, pasó la azotea de al lado y pasó la otra de al lado. Vino a pasar tres azoteas. Me la trajo un señor de la mano. ¿Si esa niña cae por un tragaluz, qué pasa? Es mi nieta, pero es como una hija. Yo le digo "m'hija" y ella me dice mamá. La tengo por el juez, soy la tutora.

Cuando llego a trabajar aquí, ya fui a otro lado. En 18 y Ejido es la primer limpieza que yo hago. De allá me vengo caminando para acá. Acá trabajo hasta el mediodía, después me voy a una mueblería, después limpio una oficina, vengo para acá, le hago algo de comer a ella, limpio todo acá, después voy a otra casa que tengo y a otras oficinas. Siempre Mercedes conmigo, al lado mío. Cuando termino la baño, me baño yo y nos vamos. Me voy en el 127 porque ella tiene boleto. En el ómnibus se porta bien; se sienta, quietita. Lo único que hace es cantar. Yo digo: si la niña tuviera un lugar estable, estaba mucho mejor. Porque los días que yo no salgo a trabajar, la niña no se oye en casa. Ella se pone muy nerviosa con esas corridas mías. Porque yo vivo el día corriendo, con tantas limpiezas. Se excita mucho los nervios, porque es una niña muy nerviosa.

A la escuela Morquio fui el año pasado tres veces. Dos veces por mi cuenta; la tercera me llevó la Caja de Asignación, la visitadora social, la señora Teresa. Me la tuvieron a Mercedes dos días, a los tres me la dieron. Que dice que no era para esa escuela. Yo pregunto: si mi niña no es para esa escuela, tiene que haber una escuela en el Uruguay para mi niña. Conseguí esa escuela. Presenté una carta a la Caja de Asignación Familiar pidiendo que se me pagara esa escuela que yo había conseguido, la Mira y López, en Punta Gorda. Pero esa escuela me cobraba el año pasado, al empezar el año, 39.000 pesos. ¿Con qué pago yo esa escuela? El padre no me

da a mí nada más que la asignación y dice que me da mucho. Ahora yo tengo dos, el año pasado tenía tres hijas de él. La madre, m'hija, antes me ayudaba mucho, ahora no. Tiene con ella a la mayor. Ta, no es problema. Pero el padre, sí, trabaja, debe aportar para la educación de su hija. Para mí no le pido nada. Peleo por la niña, que recupere algo.

No queda escuela que yo no haya recorrido. Casi todas las de recuperación las caminé. Y en todas: que no es el nivel para esta escuela. A la de 19 de Abril he ido varias veces. Este año ya fui tres veces. Fui el 12 de enero, me dijeron que todavía no se apuntaba y que llevara el tes. El 15 tenía el tes, fui el 16 con el tes. Me dijeron que no me apuntaban de mañana, que apuntaban de tarde. Me quedé allí para la tarde. Había ido a las 8 de la mañana y me quedé. De tarde me tomaron los datos, y después me contestaron que la niña no era para ahí. Que no tenían nivel para ella. Después me mandó una señora de acá, del Palacio Salvo, a hablar con un maestro de ahí, de la escuela 19 de Abril. Se interesó mucho por la niña: la llevó al médico, habló con la directora, y ahora tengo que volver a hablar con él, a ver qué pasó. Hablé con una doctora del Consejo del Niño, me atendió muy bien. Empezó a llamar por teléfono a una cantidad de lados, escuelas privadas y públicas. Todas ocupadas. No el teléfono, las escuelas. Una era de la Divina Providencia, pero tampoco habla lugar. Creo que ésa era gratis. Ahora; si hay que pagar, algo yo puedo pagar. En lo que estaba con la doctora, llegó un señor alto, de negro, y ella le explicó todo. Dijo que lo iba a arreglar enseguida. Y lo arregló. Consiguió una cuidadora para mi niña. Pero cuidadora ya tiene, soy yo. Ella lo que necesita es una maestra que la enseñe, que la haga progresar. Pero vamos a decir las cosas: me desorientan. Voy a un lado, voy a otro, y en todos lados me dicen lo mismo: no hay nivel.

Ahora han agarrado otra costumbre. Como abrieron algunas escuelas de recuperación este año, me dicen que no estoy en zona. Yo acá, atrás de la Casa de Gobierno, tengo una escuela bien cerca, la escuela Perú, que me vendría muy bien. (Sí, es escuela, pero además tiene recuperación). Fui y apunté a la niña. Cuando dí dónde vivía, me contestaron: no, no es de zona. Yo pregunto si para tener una niña en la escuela se necesita zona. Trabajando como yo trabajo, muy bien que la podrían tener de mañana. La niña aprendería algo y yo descansaría un poco.

El médico no es suficiente. La caja me lo paga, pero Mercedes necesita una escuela también. Yo pedí en Asignación otro médico. Me dieron otro médico. Pero no estoy conforme, y si se enojan

es lo mismo. La niña no recupera nada. Por más que tenga los remedios, si no tiene educación es un animalito. Pero ha progresado. En un mes que va a la maestra particular, ha progresado. Esa señora le ha enseñado modales, le ha enseñado a hablar, le ha enseñado a comportarse con la gente, le ha enseñado a vestirse que no sabia, a calzarse, a lavarse la cara, a hacer mención que se peine. Hacer las necesidades, siempre pidió; y limpiarse y tirar la cadena también sabe. Eso yo la enseñé. Come sola, por sus manos. ¿Quiere agua?, agarra una taza y se sirve; me ayuda a poner la mesa, busca un cuchillo para cortar el pan. Esas cosas las hace. Ahora yo quisiera que aprendiera a escribir. Yo aprendí hace muy poco. Fui a la escuela nocturna y aprendí algo. Que a ella le enseñen a escribir su nombre. No que sea una doctora o una escritora, pero que sepa leer el destino del ómnibus. Porque hoy me tiene a mí, mañana no sé si me tendrá. Y si no me tiene a mí, ¿adónde va a parar?

Los gatos se habían echado, con indolencia, sobre los almohadones de un sofá. Silenciosos, indiferentes, seguros de sí mismos.

(27/IV/73)

HOMBRES DEL BASURAL

Lo hemos dicho otras veces. El Uruguay, de espaldas a América Latina; Montevideo, de espaldas al resto del país; y el centro de la ciudad, de espaldas al suburbio. Pero cuidado. El suburbio se mueve, no tiene límites precisos, nuevos sectores pauperizados se le incorporan. Ya no podemos no enterarnos. Una legión de mendigos, cuidadores de autos, vendedores de baratijas en los ómnibus y postulantes a empleos que no existen, opera torvamente en la Ciudad Vieja y en 18 de Julio como el brazo largo y mendicante del cantegril. Los demás —obreros de la construcción desocupados, gente del interior que cree ensanchar el magro horizonte pueblerino con los espejismos de Montevideo, y hasta empleados públicos en plena misiadura— se instalan como pueden en la vecindad del basural: Aires Puros, Casavalle, Barrio Borro, La Teja, el Pantanoso, Plácido Ellauri, Barrio Marconi, Isla de Gaspar, Aparicio Saravia, la vía blanca de los marginados. Es la explosión demográfica del cantegril. ¿Generará otras explosiones? Ya no se trata sólo del lumpen alienado, al que la sociedad margina y al que condiciona para que también se desee marginado. Al lado suyo el recolector de basura ve instalarse —primero con recelo, después aceptándole una cebadura o un Republicana— a un empleado venido a menos, la clase media proletarizada, o a un albañil desocupado que en las tertulias nocturnas va contando su experiencia sindical. Arrinconándolos, el basural también los une.

Cotejan las experiencias diarias, la bronca razonada porque a uno le sacaron el carrito los inspectores municipales o la policía (pobres desgraciados a su vez, rueditas desdentadas de un mecanismo que los usa), y a otro llegaron a quemárselo, y a todos les juntan la cabeza a la hora de la verdad que es el depósito. No me engaño ni sobrestimo el hecho. No digo que cada marginado sea un rebelde en potencia. Algunos lo son y no sólo en potencia. Son los que despiertan y llaman a los otros a despertar. Nadie los alecciona políticamente. En las costas del Miguelete, infestadas de ratas, a la altura de Propios, un club de Glauco Segovia le recuerda al mal nacido que el bien nacido vela por él. Los Movimientos "Gustavo Volpe" y "Pro-Vida Mejor" (al margen de las devociones persona-

les, sin duda estimables) realizan una labor ambigua: prestan al marginado una asistencia humanitaria y de algún alcance social, pero de efecto anestesiante porque no va —no quiere o no puede ir— al esclarecimiento de las causas del problema. Actúan sobre los efectos, como la aspirina. Y como a ésta, hay que agradecerles el alivio. Pero todo sigue igual. En el "Volpe" parece insinuarse, quizás por la acción de sus técnicos más lúcidos, una evolución del paternalismo tradicional hacia tareas más comprometidas de promoción y concientización. En cuanto a la izquierda se ha lavado las manos, decretando de hecho que el basural y el mundo de trabajo miserable que lo rodea, simplemente no existen. Sólo algunos jóvenes están desde hace un tiempo acercándose e integrándose a los cantegriles, politizándolos en su modesto alcance y siendo politizados por ellos, porque el contacto con la realidad siempre enriquece.

Hablé con muchos recolectores de basura que empiezan a ver claro en sí mismos, y en todo lo que los rodea. Otros se hunden en el alcoholismo, en la Metropolitana, o en otras variantes igualmente sórdidas de la degradación. Los más, viven sitiados por el implacable horizonte del día que empieza. Armando como pueden un carrito, allá van al basural el hombre y su mujer, la muerte en el alma, los hijos y a veces un perro. No sé si como último eslabón de la cadena estará Mr. Brown (o alguno de sus iguales en el trust del papel); pero el primer eslabón bien puede ser un niño pensativo que junta papeles en la mugre. Esto no es chantaje sentimental ni **love story**. Yo lo vi en el basural de Burgues, en la patriótica mañana del 25 de agosto.

Competían la luminosidad del cielo y el hedor penetrante de las basuras descompuestas y de las aguas corrompidas de un cañadón. Pero el niño, de unos ocho años, ignoraba esa lacónica paradoja. Con la velocidad de un experto iba separando la basura valiéndose de un gancho, y ensartaba en los garfios de éste el papel que le parecía rescatable. Una bolsa de arpillera que él iba desplazando, era su base de operaciones. De pronto el basural, hasta entonces silencioso y casi desierto en el feriado, se pobló de los ruidos mezclados de un motor poderoso con gritos infantiles de algarabía. "**¡Llegó la fruta, llegó la fruta!**" Y de los ranchos vecinos de Burgues y de Lancaster surgían los pibes en tropel, propinándose festivos empujones. Era el ya conocido camión de Francisco Caputto, que cada ocho o diez días va al basural a descargar veinte o treinta cajones de la fruta y verdura (mayormente naranja y cebolla) que no tuvo salida en el mercado. No le conviene al fuerte productor salteño rebajar el

precio de la mercadería (santo y seña del sistema capitalista, que Caputto no inventó), sino pagar almacenaje y dejarla en depósito. Pudriéndose, claro. Cuando se junta una cantidad respetable (de olor, también) va el camión y vuelca la semi basura en el cantegril, donde "esa gente" aprovecha todo: para comer, para vender o para engordar chanchos. A su modo, Caputto también es un benefactor.

Los pibes, por su parte, decidieron qué hacer ese día con la dádiva. Usándolas como proyectiles, se arrojaban entre sí las naranjas podridas (cuidando de comerse o guardar las que aún no lo estaban), con lo que se entregaron a un regocijado recreo. Pero el niño juntapapeles se abstuvo de intervenir. Desde una distancia de treinta metros, advirtiendo el revuelo de los otros, enderezó el cuerpiito y medio se apoyó sobre el gancho para descansar. Por un momento contempló sonriendo la escena como si ya fuera el adulto que muy pronto va a ser, y enseguida volvió a la basura, a ensartar con metódica velocidad los papeles mugrientos. Esa es la violencia del sistema. Cuando llegué al Centro, terminaba la oratoria patriótica en la Plaza Independencia.

El poder y la gloria

Mediodía caluroso en Carreras Nacionales y avenida Centenario. Dos hombres deambulan por la cantera casi desierta.

—¿Ustedes también juntan?

—Yo sí; él no.

El moreno continúa nerviosamente la tarea. Pero el viejo lo observa todo —a su compañero, a nosotros, al paisaje caldeado— con una sonrisa de superioridad. Socarrona y suficiente, y deliberada.

—¿Y da?

—Dar, da. Según: hay días que da quinientos, seiscientos, hasta mil. Pero también hay días de doscientos. Muchos. Puro tacho.

—¿Tacho?

—Sí, papel de tacho. Es el papel sucio, el que viene con desperdicios. ¿No ve?: esto es puro tacho.

Vista así, la gran extensión de una manzana muestra una perspectiva uniforme de desperdicios de escaso valor.

—¿Cómo le pagan?

—Seis pesos.

Hay, pues, que buscar. El gancho rastrea. Y a la respuesta blanda del papel, el trapo o la basura descalificada, sucede de tanto en tanto el ruido seco, auspicioso, de un metal, o el tintinear de una botella.

—¿Y botellas se encuentran?, ¿o metal?

—Botella sí, alguna. Cincuenta pesos la docena. Pero metal, por casualidad. Fierro fundido, a 2,50 el quilo.

El viejo se sale de la vaina por intervenir. Pero no tiene más remedio que afiliarse al interés con que escucho al moreno, y cambia el aire suficiente del principio por una especie de paternalismo magnánimo. En cuanto el tema se desvía de la aridez de los datos sobre la oferta y la demanda y entra en las praderas del historial del barrio, carraspea como pidiendo la palabra.

—¿Y la cancha del Fantasma era por acá?

Le hace reír mi ignorancia.

—¡Qué pregunta! La cancha del Fantasma era ésta, donde usted está pisando (supongo que era donde pisábamos los dos, pero diciéndolo así cree subrayar mi torpeza). La sede y los vestuarios del Clú Atlético Fantasma estaban allá (corrige la dirección errática, básicamente desinteresada, de mis ojos). No, no, allá. Y la cancha era todo esto. Hasta que vinieron del Municipio con la historia esa de la cantera y dejaron todo pelado, para rellenar con basura.

—¿Usted no junta?

—¡Yo no! (Otra vez se sube mentalmente a la estatua de sí mismo, y desde la altura observa la faena del negro). Este sí, pero yo no. Yo crío chanchos. Da más, pero hay que tener capital.

—¿Usted tiene capital?

Quizás estuvo todo el tiempo esperando el momento de poder decirlo. No por nosotros, aves de paso. Sino —se me ocurre— por su compañero, al que querrá infligirle cuantas veces puede la historia de su vida, que marca la diferencia de linajes.

Se derrama en protagonismo:

—Yo nací en cuna de oro. Como lo oye.

—¿Ah, sí?

—Soy de los Almiñana, ¿le suena? Pantaleón, don Pantaleón Almiñana (y va desplegando los patronímicos como si fueran una pancarta), para servir a usted. Mi mamá tenía una fortuna, y murió cuando yo era chiquito. ¡Para qué! Me quedé con todo. Y cuando yo era joven fui muy pícaro, hice mucha travesura.

—No me diga... ¿Y qué travesuras, si se puede saber?

—Bueno... me fui al bajo y al cabaré. Y allí conocí mujeres, mu-

cha mujer, ¿sabe?

—Sí, pero... ¿y las travesuras?

—Me sacaron todo. Todo me sacaron. Unas diablas. Diga que tuve cabeza y guardé algo. Algo guardé. Y gracias a Dios y a que mi mamá fue tan buena, ahora tengo ese carro y los chanchos.

Y paseó la mirada por encima del moreno, que fingía no escuchar, abstraído en el va y viene del atareado gancho.

Arrancamos en el auto de Julio Blixen y cuando, unas cuadras más allá, cargábamos nafta, ante nuestro divertido asombro vemos pasar a don Pantaleón Almiñana señoreando en su carro, de pie en el pescante. Llevaba en alto las riendas del matungo, y parecía un Ben Hur de cantegril en su cuadriga. Cambiamos efusivos saludos al paso. Lástima, pensaría él, que no estaba el moreno para mirar la escena, aunque fuera de reojo.

Barrancas al sur

Cae la tarde, y una melancolía taciturna se apodera del paisaje. Son las barrancas que dan tristemente hacia la refinería de ANCAP, Pantanoso por medio. Había llovido varias horas la noche anterior, y el barrial nos hizo dificultoso, a través del terreno abruptamente quebrado, llegar hasta las casuchas miserables. Son cuatro o cinco familias: matrimonios, chiquilines, alguna abuela, perros, algún caballo, carros, que trabajan en la recolección.

Al llegar, nos miran como lo que somos: sapos de otro pozo. Pero pronto entendieron. Jesús se queda inmóvil, con los brazos abiertos, quizás aludiendo a la falta de comodidad con que debe recibirnos. Bajo un árbol frondoso el pasto está casi seco, y allí nos echamos a conversar Jesús, mis compañeros y yo. El era albañil, pero desde hace dos años está sin trabajo.

—Alguna changa hay todavía. Pero no se puede contar. Ahora estoy en la basura y me defiendo. Tengo carro y caballo, pero no son míos. ¡D'íande! El dueño del depósito se los empresta y usted le da de comer al caballo y trabaja para el depósito. Tiene muchos empleados así. Antes nos pagaba todo; ahora es mitá y mitá. La mitá de la recoleta es para él, y nos paga la otra mitá.

—¿A qué precios?

—Asegún. Papel de tacho, tres pesos.

—¿Tres pesos? En otros barrios pagan más. Por Carreras Nacionales, el doble.

—De acuerdo. Pero no puedo cambiar. Voy a otro depósito, y pierdo carro y caballo. ¿La botella? La botella de vino de un litro,

cinco pesos cada una. La de Espinillar dos y el descarte un peso.

—¿Qué es el descarte?

—Suponer: botellas raras, que no hacen cantidad. Pueden ser buenas botellas. Pero son tan pocas que no interesan. Es descarte, se pagan un peso.

—¿Pero al depósito no le interesan?

—¡Claro que le interesan! (La respuesta de Jesús es una exclamación llena de sobreentendidos). Porque ellos sí, hacen cantidad. No tienen apuro, las van juntando. Y cuando tienen 100, 200, se las venden a las fábricas. ¡Y a qué precios! Pero a nosotros nos pagan como descarte, ¿fue viendo?

—Podrían juntarse varios recolectores... Aguantarse (total, si pagan tan poco...) y cuando tienen cantidad, venderlas directamente a la fábrica. Pero venderlas ustedes.

—¿Juntarse quiénes? Aquí somos cuatro o cinco. No va a estar esperando un año a juntar cien botellas; y si precisa el peso va y vende. Además el carro es del depósito; si usted se les aviva se lo sacan y es pa'pior.

El viejo y el perro

Habíamos encontrado en el camino, sentado en un cajoncito, a un viejo que miraba a su perro y era mirado por éste, como si se tratara de dos seres inseparables. Ya no estaba al regresar nosotros, y expresamos alguna palabra de contrariedad porque hubiéramos deseado hablar también con él. Pero Jesús, desde lo alto de la barranca, nos llamó la atención, señalando hacia lo que parecía una casucha de juguete (de juguetes viejos): grande para ser la casilla de un perro; chica, extremadamente chica, para ser una pieza habitable. Fue de allí, al sentir nuestras palabras, de donde empezaron a surgir, por su orden: la cabeza del viejo, la cabeza del perro, el cuerpo de éste y el cuerpo de aquél.

—¿Se les ofrece algo? —dijo el hombre, todavía inclinado.

En aquellas circunstancias, no atiné a decir más que unas palabras absurdas:

—¿Cómo le va?

Naturalmente, era más grande que la casilla de un perro. Era la casilla de un perro más un hombre. Y pocos centímetros más "de aire". Había que agacharse para entrar y luego —el dueño de casa nos mostró desde afuera— no se podía estar más que acostado. A partir de eso toda pregunta resultaba superflua, y nuestra sola presencia, aun en los alrededores, era como un abuso de confianza.

Pero don Idilio no tenía inhibiciones y de hecho nos invitaba a deponer las nuestras.

Así supimos, a través de un calmoso relato dictado por su inocencia (al fin de cuentas, quiénes éramos nosotros para que de buenas a primeras nos contara su vida), que no estaban tan mal en Rivera cuando, hace cuatro años, resolvió venirse a Montevideo.

—Nos vinimos caminando, él es muy caminador. (Y busca con la mirada al perro, que olisquea con desconfianza nuestros zapatos embarrados.) Nos gustaba caminar, ir conociendo. (En el empleo gozoso del plural asocia el animalito a una especie de conciencia compartida, los húmedos ojos de éste mirando por los ojos del viejo). Trabajé en la policía, en el ejército, en la construcción. Hubiera podido jubilarme. Pero me cansé de ir por la Caja. Al principio gastaba en el ómnibus o iba a pie, hace ya como dos años. Hasta que empecé a juntar; en el depósito me dieron un carrito y saco para los dos. Tengo esa casilla, ¿que más? Ahí dormimos. Y de día salimos a juntar. Con tal de que no nos quiten el carrito...

—¿Quitárselo? ¿Quiénes?

—Los del municipio, los de la policía... Siempre nos andan mirando como si no fuéramos buena gente.

El viejo y la luna

Plena noche. A lo lejos se divisan las luces de Carlos María Ramírez, y al fondo las de la refinería de ANCAP. No es fácil aventurarse en la vasta zona intermedia, pero nos habíamos empeñado en buscar al "hombre que duerme al sereno". Sí, en la escala descendente que pasa por la tapera inhóspita de Jesús y sigue por la casilla de don Idilio, hay un escalón todavía más bajo: el del hombre que no tiene donde dormir y duerme a campo raso.

Nos habían hablado de él. Pero una cosa es la tradición oral, con sus anchos márgenes para la fantasía, y otra es descubrir (agárrense de alguna vocal, si encuentran) a Karl Krappelheim, instalado con sus módicos enseres en medio de un islote de arbustos que lo protegen y lo disimulan (a medias, le hacemos notar, bromeando). Después de la sorpresa y de unas fintas, Karl nos recibe como en el living. Nos invita a tomar asiento (en la tierra, como él), y desarma con su conducta natural el aparato de presupuestos... melodramáticos que la situación, quieras o no, conlleva.

Sí, es cierto: duerme a la intemperie, invierno y verano. No exactamente aquí, sino contra aquella arboleda, según la dirección de la lluvia o el viento. Es un sitio abrigado (pero el catarro

puebla su conversación de blandos sonidos cartilagosos), y para dormir se enfunda en una bolsa de arpillera de doble forro, de modo que el frío no es problema. ¿Y el famoso viento montevideano de julio y agosto, sobre todo aquí, al descampado? No es para tanto; se exagera mucho con la surestada. Y nos pasa la botella de grappa, ese forro interior. Pero ahora mismo —quizás ofendido por el desdén de Karl— silba el viento despeinando los árboles a lo lejos y huyendo con el rezongo de un animal maltratado. Nosotros, reacios, palpamos con la mirada el techo ilimitado del cielo amenazador. Pero el hombre nos tranquiliza con su indiferencia (como el dueño de casa que, sin prestar atención, distingue los ruidos familiares y sigue conversando).

Con ese entrecocar de consonantes, Krappelheim no podría ser más que alemán; pero vino muy chico al país, con sus padres que huían de la primera guerra mundial. Y visto en la perspectiva de sus 60 años largos, ¿esto no es peor? No podría hacer comparaciones. No tiene puntos de referencia. Vivió aquí su niñez, su juventud, su madurez. Tuvo mujer; no tiene hijos. Y ahora es un viejo en ciernes, más parecido a otros viejos montevideanos en el tobogán, que al alemán inimaginable que pudo ser en su tierra (próxima a los Alpes suizos, un recuerdo borroso de nieve, sin embargo cálido). Rodó desde cargos administrativos de oficinista hasta sereno en una fábrica de ladrillos, la cual, orillando el sarcasmo, primero se tambaleó y después terminó en ruinas. Los pasos siguientes reconocen también una impronta uruguaya: van de la ocupación plena a la semiocupación, y de ésta a la miseria plena. Luego es el basural, el tráfico entre los desperdicios y el depósito. Y el peso, que si da para comer día a día (la botella no cuenta, es sagrada) no da para pagar la pieza, y al revés. Adivino un fiero orgullo escondido en los repliegues de este ermitaño que no acepta migajas del festín de otros, y se exilia en la noche. Que cuida de él.

La piedra en la honda

Los caballos caracolean al aire polvoriento de la tarde calurosa. Son las 3, y no cesan de llegar al basural de Burgues y Aparicio Saravia los camiones municipales que descargan allí toneladas de basura. Los esperan decenas y decenas de hombres, mujeres y niños. Pero por un rato son los dos agentes de la Metro a caballo quienes atraen la atención de todos. ¿Qué hacen allí? ¿Qué pasa? Revolean los machetes sobre un desparramo de muchachos, y llueven de todos lados los improperios.

—Es increíble... ¡les preocupa que juguemos al fútbol! Tendrán miedo que tomemos agua sudando. O que algún pelotazo vaya a estropearle el jardín a un jerarca...

Es un muchachón de veinte años quien así habla, con ganas de hacerse oír. Podría seguir horas en ese tren, si es que antes no va a parar a la 17. Le hago el gusto de servirle de público. Para llevarlo después a mi tema que, por supuesto, es sobre todo suyo.

—¿Estos? Estos no tienen goyete. Muchos salen de los cante-griles, como nosotros. Pero los suben a un caballo, les dan un garrote, y ellos, ¡meta palo! ¿A quién? A los que trabajan el cante, a los que no tienen un guita, a los que fueron sus vecinos, sus amigos, sus compañeros de escuela. Como ése, de los dos el más joven, que se crió en Trápani, a seis cuadras de aquí.

Los agentes, al paso de dos buenos tordillos, patrullan la zona, ahora en tensa calma, con la mirada fija en algún punto lejano del horizonte. No ven —no quieren ver— la hostilidad que van dejando atrás. No se trata de permitir o no dejar jugar al fútbol; para nada.

—Tiene que verlos, a ésos y a los del municipio, sacándonos el carro. ¿Usted se da cuenta? Lo único que tenemos para trabajar. Entonces, o usted los coimea, ¡y se pierde el día! o tiene que pagar la multa. Y no es broma la multa: tres mil mangos. Siempre que se lo quieran dar. Ahí están pudriéndose las jardineras en el campo de la Guardia Republicana, en avenida Centenario. ¡No ve que a uno lo obligan a hacerse chorro!

Quedó claro, al irse alargando la charla, que yo no le quitaba el tiempo. Uruguay López (yo no los busco, se llama así) viene al basural con su padre y dos hermanos chicos. Para ellos la faena empezó de mañana y no termina hasta el día siguiente. Vienen desde lejos (Alfárez Real y Timoteo Aparicio), y prefieren irse con el carro bien lleno y tener trabajo para dos días. Pasan allí la noche (la de hoy va a ser benigna, pero vienen prevenidos por las dudas), y bien temprano de la mañana la búsqueda recomienza.

El chico me acepta como público digno, y yo lo reconozco como la voz del cante.

—Sí, nos obligan a robar. Y mientras tanto nos roban. El hierro viejo lo pagan a dos cincuenta el quilo, pero si usted tiene que cambiarle la llanta al carro, la planchuela le sale ocho mil pesos. Y los envases, ¿cuánto le pagan un envase si usted lo lleva al almacén o al bar? Veinte o treinta pesos la botella. A nosotros el depósito nos paga seis pesos. Y no trate de venderla en un bar, porque si no la compró allí no se la aceptan. Si usted tiene carro propio, lleva el papel, el frasco, el trapo, adonde quiere; pero si el carro es del de-

pósito está agarrado del gañote. Tiene que vender ahí. Tampoco importa demasiado, porque los precios —que los fijan los capos— son bastante uniformes para todos los depósitos. ¿Pero vio cómo hacen los supermercados? De repente le bajan el precio de un artículo, al costo o menos, como gancho para vender lo demás. El depósito hace igual. ¡Si les convendrá comprar, que a veces le suben el precio al tacho, la botella o el vidrio —por un tiempo nomás, no vaya a creer— para atraerse a una redada de juntadores! Alguien se está haciendo la pelota, créame. El de Guarapirú y Aparicio Saravia, ése tiene autos, casas y ciento cincuenta carros para “pres-tar”. Pero trabajan a su vez para depósitos más grandes, que los explotan a ellos. Son jodedores jodidos. El papel se lo venden al depósito de un tal Jacobo —¿no oyó hablar de él?: el capo máximo, según dicen— y Jacobo es el que se entiende con las fábricas. Y las botellas se las venden a los lavaderos, que son los que las venden al fabricante. Cada uno va ganando más que el anterior. Cuando llega al industrial, éste la paga diez o veinte veces más de lo que nos dieron a nosotros, que somos los que metemos las manos en la mugre para desenterrarlas. ¿Pero qué representa eso para el fabricante, comparado con lo que le sale la botella nueva? ¿Y cuánto ahorra el país en divisas, recuperando gran parte de la basura, en lugar de importar materia prima? Nada de eso tienen en cuenta. En cambio nos sacan los carros y encima nos tratan de haraganes o delincuentes. Ponga todo eso en “Marcha”. ¿Lo va a poner?

El muchacho es un tiro. Tiene el problema alojado en el corazón y en la mente. Sin orificio de salida, de modo que la presión lo exalta.

—¿Estudiás?

—Estudié. ¿Ve a mi viejo? Es aquél. Aunque me vea charlando, él sabe que no echo para atrás. Lo ayudamos todos. Es enfermo de la columna y perdió el empleo de mecánico en un garaje. Yo estaba en segundo de liceo y tuve que dejar. Leo todo lo que puedo, pero es muy poco. Si pudiera seguir en el Nocturno, el año que viene...

Desde hace un rato estamos sentados en el suelo, apoyada la espalda contra la rueda del carro de su padre. Aunque el chico aparenta seriedad y concentración —las de un adulto con responsabilidades— sabe bromear a costa de sí mismo, pero siempre en la dirección de sus pensamientos:

—Ahora éste (por el carro) nos sirve de apoyo, pero dentro de poco quién sabe...

—¿Por qué dentro de poco?

—Se acerca la temporada. Todos los años, en noviembre y

diciembre, requisan pila de carros. ¿No se da cuenta? Es por los turistas. El gobierno dice que los carros quedan feos. Los pichis también debemos quedar feos, pero a nosotros es más difícil escondernos. Y como diciendo lo que quizás deseaba decir hace tiempo, seguramente desde antes de nuestra llegada: ¡Somos unos carneros! ¡Mire que no unirnos para fijar nosotros los precios!

Queda como galvanizado por sus propias palabras. Se para de un salto, toma puntería contra un blanco fijo llamado injusticia y arroja fieramente la piedra con la que jugueteaba.

La tarde es hermosa, enigmática, triste.

(8/X/971)

"SI HE DE MORIR LUCHANDO"

Si he de morir luchando prefiero
morir luchando pero no
entre grandes edificios
o contra una cuneta desangrado.

Si he de morir luchando prefiero
morir luchando pero
entre montes y helechos
para sentir a modo de exorcismo
el aroma de la tierra
y el canto de los grillos.

(de "Prójimo/Léjimo")
Agosto de 1970

El domingo 27 de febrero almorzó en Punta Gorda en casa de sus padres, con éstos y con Olga, su mujer (los dos, 22 años). "Mientras ella iba a casa de una compañera a estudiar" — me dice Ibero padre, en el ámbito familiar de la calle Hernani, lleno de la ausencia del hijo muerto— "a él lo llevé a su casa en el auto. Eran alrededor de las tres de la tarde. Quedó parado en la esquina, la última imagen viva que tengo de él. Le dije: 'Ibero, no dejes de darnos noticias tuyas'; porque a veces pasaban uno o dos días sin que se comunicara con nosotros, y eso nos intranquilizaba mucho a la madre y a mí. Y me contestó las últimas palabras que pude oírle: 'Bueno; y tú no dejes de preguntar por mí'. Y quedó en la esquina con el brazo levantado".

Olga toma el relato en ese punto. Es el tipo de chica montevideana de clase media que desde las aulas, desde los Comités de Base y desde el interior de los hogares está ayudando, con sus compañeros, a cambiar la mentalidad del país. Por momentos se empañan sus ojos y se quiebra el hilo de su voz, pero el relato continúa. "Ibero tenía que preparar el domingo un análisis sobre la actividad estudiantil dentro del '26", con motivo del reingreso a las facultades. Y yo tenía que estudiar con una amiga porque el lunes, el día siguiente, dábamos examen" (Test 1, de 3er. año de Psicología, Facultad de Humanidades). "Quedamos en encontrarnos a las diez y media u once de la noche, y tratábamos de ser puntuales, porque teníamos poco tiempo y para ahorrarnos preocupaciones. Así que cerca de medianoche mi amiga y yo estábamos muy nerviosas, porque Ibero no aparecía. No quise quedarme sola en casa esa noche;

preferí ir a lo de unos parientes. Ellos me acompañaron al apartamento y comprobamos que todo estaba allí en orden, como lo habíamos dejado en la mañana. El lunes temprano fui con el padre de Ibero a Jefatura, donde nos informaron no saber nada: no estaba detenido ni tenían noticias suyas. Esto resultó más alarmante aún. Durante todo el día seguimos las averiguaciones, inútilmente. Hasta las siete de la tarde, en que la policía nos pasó el aviso: Ibero Gutiérrez está muerto; fue encontrado en Camino de las Tropas y Camino Melilla, cerca de la Tablada, asesinado. Pero no nos entregaron el cuerpo hasta la media mañana del martes, y eso después de penosas gestiones. Al sufrimiento de la muerte se agregó el sufrimiento de esa espera horrible''.

Adentro de su cuerpo, trece impactos de bala calibre 38. Y encima un letrero firmado por el Comando Caza Tupamaros, simple disfraz del Escuadrón de la Muerte: "Vos también pediste ¡¡perdón!! Bala por bala. Muerte por muerte. CCT''.

¿Por qué este crimen, con tal ensañamiento?, ¿por qué esta venganza? Maneras apremiantes de preguntarnos quién era Ibero Gutiérrez González.

Retrato de un artista adolescente

Fui componiendo su imagen (yo no conocí a Ibero) a través del testimonio de sus padres, de su compañera y de su hermana, en un itinerario de fuera hacia adentro, que parte de los titulares de los diarios ("Estudiante asesinado", etcétera) y el asombro inicial, y va penetrando en un mundo interior sorprendentemente rico aunque soterrado. Porque Ibero, bienhumorado y sano, y hasta suave practicante de una ironía del absurdo (quería y conocía la obra de Ionesco), era pudoroso e introvertido, por una calidad del sentimiento que le hacía huir de todo exhibicionismo. Tampoco sentía el orgullo de su soledad. Llegó a autocalificarse de egoísta — me cuenta Olga — por una cierta incapacidad suya para la comunicación fácil, incluso con muchachos de su edad e inquietudes similares. Pero no era eso. Trataba de llegar al fondo de la gente; era de escuchar, no de contar. Tenía un gran sentido del silencio. Decía que había que ser como los hindúes: reencontrarse y encontrar la paz espiritual, estar callado, pensar, no escapar de sí, estar consigo mismo; no juzgar, comprender; conocerse, y por conocerse conocer al prójimo.

Sólo quería estudiar, pintar y escribir. Estudiaba filosofía y psicología en Humanidades, e historia informalmente, por simple inclinación vocacional; y siguió siendo un estudiante serio, después

de haber sido en primaria (Escuela No. 81 del barrio) y en secundaria, incluidos preparatorios de derecho (Instituto Dámaso Larrañaga), un estudiante brillante. A los veintidós años no le alcanzaban las paredes de su casa y de la casa de sus padres, y los cajones, las libretas de apuntes y hasta los vidrios esmerilados del cuarto de baño, para colgar o guardar su pintura (óleos, dibujos, collages, algunos notables). Tenía dieciséis años cuando dibujó el autorretrato que tengo delante. Y el poema que sirve de acápite, es uno en un acerbo de poesía inédita a la que parece haber tenido acceso sólo Olga, en los últimos dos años de que data la relación entre ambos. Así exteriorizaba Ibero su registro sensible del mundo. Y cualquiera sea el juicio que merezcan su poesía y su pintura a quienes realmente entienden, yo —que de pintura y poesía sólo sé qué me gusta, pero no por qué— no pude sustraerme al impacto de esa entrega apasionada, esas comprometidas señales que se alzan entre las ocho paredes de dos casas. El revés de la trama de un solitario, de un introvertido.

Joven de dos mundos

Otras señales de Ibero, en cambio, debieron ser seguramente perceptibles desde el mundo exterior. Porque el día de su entierro una multitud veinteañera quiso llevar a pulso el cuerpo del compañero asesinado, las treinta cuadras largas que separan (y ahora unen) el hogar de sus padres y el cementerio del Buceo.

¿Cómo no percibir su autenticidad y su nobleza? Ibero era sobrio, austero y reservado; huía de las comodidades y de la vida fácil que su hogar de burguesía media le proporcionaba. Un revolucionario, solía decir, ha de preferir el pan duro. Y más de una vez dio calladamente su ropa a los cañeros; tan calladamente, que ahora que alguien lo dice estará ruborizándose en algún lado, así sea en el recuerdo de los suyos. Asimiló, según sus padres, la esencia misma del Evangelio, y efectivamente Cristo habita de un modo u otro en cuanto escribió y pintó. Católicos "prácticos" (a don Ibero no le gusta nada la palabreja), los padres del muchacho orientaron a sus hijos —"sin forzarlos", subraya la mamá, y Sarita, la hermana, asiente— en su propia fe. La compartió Ibero desde chico. Pero bastó que Pablo VI, dirigiéndose en Medellín a los campesinos explotados, les pidiera "un poco de resignación", para que aquél se sintiera desde entonces ajeno a la iglesia vaticana, aunque no —y por la misma razón— a la iglesia pobre y combativa del Tercer Mundo.

A los dieciocho años triunfa —con otros siete, entre doscientos cincuenta participantes— en un concurso de Radio Habana. Tema del trabajo a desarrollar en no más de quinientas palabras: "Análisis del discurso de Fidel Castro en la OLAS". Premio, el tradicional: un viaje a Cuba. Viaja a la isla a fines del 68, y sus padres, "con préstamos y no pocos sacrificios" le financian una corta estada en Europa. "Para contrabalancear un poco, al contacto con una civilización milenaria, su previsible entusiasmo por la revolución", me explican ahora, burlándose suavemente de su propia ingenuidad. Y en efecto: Europa le sirvió a Ibero para afirmarse más en Cuba, de la que había salido "con el entusiasmo previsible". Pasa de largo por el Louvre (¡él, un "pintor"!), y, en cambio, vive o convive entre los estudiantes del Barrio Latino, recién salidos de la experiencia fermental de la "revolución de mayo". Dos regalos inesperados le reservaba la civilización milenaria: un allanamiento para-policial en París y otro en Madrid. En aquel momento esos hechos parecieron la consecuencia exagerada de un viaje a Cuba, y fueron olvidadas. Hoy la familia se pregunta, tanteando ciegamente conjeturas que le digan algo, si no fue entonces que empezó a formarse la nube ominosa donde se gestó el crimen.

Retorna al país y a la Facultad de Derecho, donde ingresara el año anterior, 1968. Milita en la "Agrupación de Avanzada Universitaria", y es de ese año que data su bautismo de lisa y llana represión: golpes y confinamiento en el cuartel de Burgues, al cabo de una manifestación prohibida, en solidaridad con los estudiantes que ocupaban la Facultad de Medicina. Callejero y desafiante, no parece el mismo muchacho retraído que hemos venido conociendo. Pero es el mismo. Este Ibero militante ya era y sigue siendo, a los 18 y 20 años, un estudioso de la filosofía y la historia, y un pintor y un poeta en agraz, y un solitario que gusta asomarse, por la parte posterior de su bohardilla en el piso alto de la calle Hernani, a los árboles y a un pedazo de mar de Punta Gorda. Tampoco se parece este muchacho al cuerpo acribillado a balazos por el Escuadrón de la Muerte. Pero es el mismo.

Ser y no ser

De regreso de Cuba cuenta su experiencia e impresiones de viaje a un grupo de compañeros, en reuniones sucesivas. Ese grupo, o parte de él, es sindicado, por esos mismos días, como autor del "atentado a la casa presidencial", e Ibero —que pasó esa noche en su casa, ajeno al episodio— fue implicado en él por la policía.

Siendo aquéllas, más aún que las actuales, épocas de torturas y confinamientos, el abogado de Ibero aconsejó (basado en que no había requerimiento judicial), que éste no se presentara espontáneamente en Jefatura. Y pasó a vivir en una semi-clandestinidad (tan relativa, que no le impedía moverse libremente en todo el extendido ámbito de su familia) y de la que, transcurridos seis meses, se declaró harto. A fines de diciembre se reunió en cónclave (familiares, unos pocos amigos, Ibero y su abogado) para decidir qué pasos se darían y cuándo. Decidieron que se presentaría. Pero siendo inminente la feria judicial quedó todo postergado para febrero. Sobrevino un hecho, sin embargo, que precipita las cosas.

A la misma hora en que se realiza esta reunión (lo que facilitó a la defensa el suministro de testimonios fehacientes), un comando tupamaro realiza un operativo en el Banco Francés e Italiano, y los partes policiales identifican fantásticamente entre los participantes a Gutiérrez González, "requerido además por coautoría del atentado a la casa presidencial". Entonces sí, Ibero decide presentarse en seguida para aclarar su situación. Pasa a juez en los primeros días de 1970, y, contra las evidencias de ser inocente, resulta procesado "por asociación para delinquir". Tan frágiles parecieron los fundamentos del auto de procesamiento, que a los tres meses el fiscal de crimen decreta la excarcelación del procesado por falta de pruebas y el sobreseimiento del caso. Ibero sonríe con un dejo de tristeza: se ha pasado el año alegando no ser tupamaro. Está muy lejos de considerar desdorado el serlo. Simplemente no lo es.

Desde marzo del 70, en que sale de Punta Carretas, hasta el domingo pasado, es la incesante actividad gremial y política. Sobre todo en la Facultad de Humanidades y, desde sus primeras reuniones constitutivas, en el Frente Amplio. Cuando surge el Movimiento de Independientes "26 de Marzo" se incorpora de lleno a sus filas, siendo delegado al plenario en representación de la agrupación estudiantil. Junto a la actividad, la represión. En agosto del 70 Ibero estuvo internado en el CGIOR durante 35 días; en enero del 71 lo retienen 48 horas en Jefatura; en marzo del mismo año vuelve al CGIOR, ahora por dos semanas. Salen las libretas repletas de poemas y apuntes en dibujo. Nace Makinato, personaje de cuartel, que desplaza toneladas de humanidad y gordura. Ibero ve a sus carceleros con un ojo crítico y sin embargo cordial. El viejo humanista que hay en él —viejo de 22 años—, no cesa.

Tampoco cejan los enemigos. El 28 de enero último, un extraño procedimiento obviamente militar (uniformes verdes a bordo de un "guanaco", según el testimonio de vecinos) tiene lugar en la

casa de la calle Hernani. Ibero hijo no vivía allí, y el resto de la familia se encontraba pasando en la Coronilla unas cortas vacaciones. Timbeándose alegremente la inviolabilidad del domicilio, las fuerzas del orden penetran a la casa por la ventana (forzando pero sin romper la cortina, tras la cual las hojas de aquélla están abiertas). Fuera de ese "detalle" actúan correctamente, dejando todo en orden. El extraño procedimiento culmina de un modo teatral: una humilde vecina sexagenaria es invitada a asistir como testigo del operativo. Ella declina cortésmente la invitación, pero "ante tanta insistencia" se ve obligada a aceptar. Al término de la visita se le formula una pregunta significativa: "¿Vio por aquí estos días al hombre ése... ése... del Penal?". "No sé de quién me está hablando". "¿No vio la foto en los diarios?", "Yo no compro diarios". El hombre era Leoncino, el guardián de Punta Carretas muerto dos días antes por los tupamaros.

La educación sentimental

Entre la militancia y la represión, la creación y los estudios. Son los tiempos difíciles y hermosos de la relación con Olga. "Nosotros nos dimos cuenta que teníamos que vivir de apuro, porque tal vez el tiempo era corto. Había que vivir cada momento y vivirlo plenamente. ¿Como una premonición de muerte? No; no era eso. Sino que la vida misma nos parecía... cómo decirlo: gustosa e intensa. Pero no para nosotros solos; más bien con relación al mundo. Sentíamos que nuestra pareja era importante, nos queríamos. Pero no tenía sentido si no era en relación con los demás, con la causa, la causa de la liberación del pueblo. Habíamos perdido la individualidad, ya no éramos yo y él; éramos la pareja y la pareja en el mundo. Y sin embargo, no podíamos realizarnos más allá. Era el sistema que estaba cercenándonos. Nos habíamos casado hace cinco meses, y no íbamos a tener hijos por ahora, a pesar de que Ibero deseaba muchísimo tener un hijo. Pero hubiera sido muy cómodo decir: bueno, el mundo marcha por allá y nosotros por aquí, en nuestro hogar, realizándonos. Con todo lo que le importaba vivir en sus intereses, Ibero no quería aislarse de los otros, y así es como trató de hacer lo que entendía que era bueno para todos. Solíamos decir que la relación carnal de la pareja era nada sin la relación ideológica y afectiva, y vivíamos queriéndonos en medio de las luchas estudiantiles y las tareas políticas. El domingo fue así y había sido siempre así, durante los últimos dos años".

El revés de otras tramas

Pero la pregunta golpea con insistencia. Se retira en el vaivén de la conversación, y vuelve a golpear otra vez: ¿Por qué Ibero, por qué él? No se trata de encontrar justificación para un crimen horrendo si la víctima hubiera sido otra, más verosímil en un cálculo frío, descarnado, de probabilidades. Dados la víctima y el crimen, averiguar o imaginar las causas de la elección. Eso es todo, una vez que el hecho está consumado y el dolor encuentra en sí mismo razones para indagar, para negarse a dar vuelta la hoja. Y las causas deben ser políticamente viables, lo que significa descartar los actos individuales de insanía o de venganza, persona a persona. Nuestro deber es, ahora, pensar crudamente con la cabeza del enemigo, el Escuadrón. Su propio "currículum-muerte" nos ayuda. Por dos veces atacó y ultimó con saña bestial a militantes frentistas de niveles intermedios. Porque al margen de talentos y calidades personales —de excepción en ambos casos—, ni Ramos Filippini ni Gutiérrez González tenían posiciones relevantes en la dirección del Frente, pero sí en las bases estudiantiles donde actuaban. Allí, donde la vulnerabilidad es mayor porque casi no existen defensas, es donde ha elegido golpear el Escuadrón de la Muerte. Es el terror para sembrar el miedo, el miedo para llevar al inmovilismo. El Frente Amplio no es aún el pueblo organizado, pero es el pueblo que empieza a despertar y a organizarse. Se tortura y mata para suprimir a un militante notorio, y para amedrentar a sus familiares, a sus amigos y al resto de la militancia. Así, el crimen resulta ser lo que se propuso: un ataque indiscriminado al Frente y al MLN (ejecutado en la persona de quien no era tupamaro).

Curiosamente, el comunicado de las Fuerzas Conjuntas da pábulos a la misma confusión. Sugiere (qué digo sugiere), proclama que Ibero es "el sedicioso muerto", sabiendo que iban a coincidir en el tiempo —y de hecho coincidieron— su propia versión adjetivada de lo ocurrido y las expresiones de solidaridad del Frente Amplio y del "26 de Marzo" que, como no podía ser de otra manera, hicieron suyo el martirio de Ibero Gutiérrez González y el dolor de sus familiares. Pero una cosa es el celo que se puso en la redacción del comunicado, y otro el que se pone en la investigación de los hechos. Las Fuerzas Conjuntas pueden no tener éxito en las pesquisas, pero la opinión pública y "nuestro estilo de vida", tan manoseado, exigen que se diga claramente si las hay y en qué estado se encuentran. Gana la calle la convicción de que grupos parapoliciales (Escuadrón de la Muerte, JUP, DAM o CCT, el disfraz no ha-

ce al caso) operan impunemente y podrían muy bien ser los autores de este y otros crímenes (¿dónde está Ayala, dónde Castagnetto?). Las torturas y la muerte salvaje impuestas a Ramos Filippini claman justicia. Los trece balazos (en la frente, la cabeza, un oído, el cuello, el tórax, una mano, un brazo, y los puntapiés en las costillas y el abdomen) con que se ultimó al estudiante de 22 años, también claman justicia. No se crea que el paso tárd de los días borrará el recuerdo de tanto horror.

Los limpios de alma

Mientras tanto, Ibero padre observa la foto de su hijo en la primera plana de los diarios y exclama: "Fijese en la seriedad y la pureza infantil de su mirada. Eso fue él, madurez siendo casi un niño, e ingenuidad siendo casi un hombre. Esa mirada que al mismo tiempo acusa y perdona, va a seguir a los culpables, y ése será el castigo". Olga —que igual dará su examen dentro de quince días y ya volvió a estudiar— se empina sobre sí misma y dice: "A nosotros nos duele horrible la muerte de Ibero. Todavía hoy no podemos creer. ¡Pero lo tengo todo tan claro! Como cuando él vivía. La muerte de Ibero es para seguir adelante y para mostrarlo. Ante estas cosas el pueblo, en vez de retroceder, ve más claro y avanza".

La corona del "26 de Marzo" lucía esta leyenda: "El mejor homenaje es continuar la lucha". La lucha continúa.

(10/III/972)

INTERNARSE EN EL VILARDEBÓ

Visto desde lejos, el Hospital Vilardebó es aún hoy una hermosa construcción. Data de 1880, obra del ingeniero Eduardo Canstatt. Pero ya en 1860 fue arrendada la casaquinta de ese predio del Dr. Teodoro Vilardebó con fines hospitalarios, trasladándose a 28 enfermos mentales que empezaban a ser demasiados para las posibilidades asistenciales del Hospital de Caridad. Cuando se inauguró, la capacidad del "Vilardebó" era de 700 camas, y los montevidEOS, aunque debían emprender una verdadera expedición para trasladarse hasta allí, estaban orgullosos del que entonces, sin sombra de burla, fue llamado Manicomio Nacional.

Un siglo después, en lugar de orgullosos, estamos todos francamente avergonzados (con fácil tendencia al olvido, eso sí). Paul Groussac cuenta, en "Viaje intelectual", un paseo al Vilardebó que hace con Sarmiento en 1883; y el placer que a ambos produjo, en un día de sol radiante, la caminata por aquel manicomio ejemplar, donde hasta se cultivaban flores. Hace ya muchas décadas que el Vilardebó dejó de ser ejemplar, y la primera locura es pretender que la dolorosa realidad de hoy pueda ser tratada con esquemas asistenciales que ya eran caducos en 1920.

Porque es de una desconcertante frivolidad invocar las mesas de cármica del nuevo comedor y otras mejoras chiquitas, mientras los enfermos, con poquísimo abrigo que a menudo alcanza la semidesnudez, vagan ateridos de frío desde las 6 de la mañana, muchos de ellos descalzados, por los corredores encharcados o la quinta enlodada, buscando el amparo de los muros o apretándose unos contra otros al calor de un fueguito, ensimismados y solos de toda soledad.

El Vilardebó es hoy un monumento a la demencia de los cuerpos, de la cual los enfermos son las víctimas. Cada director, cada médico, cada integrante del personal secundario puede responder por sus culpas propias y también, en no pocos casos, por su dedicación y hasta su heroísmo, cómo no decirlo. Porque una cosa es la tarea del periodista, que echa un rápido vistazo por el hospital, anota las deficiencias y vuelve a la redacción a escribir, feliz de no estar "loco" y de no tener allá algún ser querido. Y otra, más sacrificada, es la tarea de la gente que trabaja en todos los niveles, no

sólo en medio de la alienación ajena capaz de engendrar formas larvarias y aun declaradas de la alienación propia, sino acorralada por la más absoluta inadecuación de los medios a los fines y, en última instancia, condenada a la impotencia.

Dormir, tal vez morir

Así como hay un mundo entre el Vilardebó y el resto del país —un mundo tan ancho como el deseo de todos de olvidar—, también hay un mundo entre los suburbios del hospital y sus centros neurálgicos. El área del Vilardebó reproduce en pequeño la distribución de la ciudad por "clases sociales" o relación de poder: los gobernantes, los funcionarios de jerarquía, el poder eclesiástico y el pueblo (enfermos, empleados y médicos). Al frente del edificio está la casa de gobierno, la intendencia, la oficina de inmigración y la capilla, todo alrededor de la plaza principal, con las mejores instalaciones, decorosa pintura al aceite y un hermoso farol a la entrada (cuyo pulido costó 29.000 pesos). Hay en esa zona privilegiada mejores condiciones de trabajo para médicos y funcionarios, y hasta un baño con agua caliente y demás comodidades, que el administrador aprovecha a mostrar al visitante porque después... qué va a mostrar. En él se le da un baño a todo enfermo que ingresa, quizás para que se despidan del confort y la higiene más elementales. Lo esperan después los baños cotidianos, ensopados en agua y orines, sin agua caliente, a veces simplemente sin agua, todo deteriorado y los enfermos harapientos valiéndose de aquello, a la vista de todos, con la inocencia del alienado, que espanta al que no lo es. Un hedor insondable —el hedor triste del Vilardebó—, hace de manto igualitario y lo cubre todo.

Conducidos por el hedor, que será nuestro guía, vamos internándonos en el hospital. Unas pocas salas son relativamente decorosas, y la actual dirección parece empeñada en impulsar ciertas mejoras. Pero las medidas —opinan varios médicos consultados— apenas arañan la superficie del problema y dejan intactos los vicios endémicos del Vilardebó. Mientras tanto, la mayor parte de las salas ofrece, sobre todo de noche, la imagen dolorosa del desamparo. No hay camas suficientes y abundan los enfermos que duermen en colchones tirados en el suelo. Colchones sin sábanas, mugrientos, húmedos de orina en días lluviosos porque no se secan más que al sol. Ni soñar en camiseta o calzoncillo; los enfermos duermen con lo que ya tenían puesto, bajo una raída frazadita con la que hacen frente, en desventajosa lid, al viento frío de la noche que

se cuele por los vidrios rotos. Los más afortunados duermen con un perro en la cama, intercambiando pulgas y calor animal, en el sentido más humano de la palabra.

Había una extraña calma en una de las salas, cuando estuve allí, hace unas noches. Porque no todos los enfermos dormían y los que permanecían despiertos estaban absortos en sus pensamientos, acaso el recuerdo confuso de un pasado mejor. Esos me veían atravesar la sala inmóviles, mirándome sin verme. Pero uno, que parecía dormido, se incorporó de pronto y como si esperara encontrarme allí me dijo con toda seriedad: "Decile a mi mamá que venga a verme". Y como si hubiera extraído ese anhelo del fondo de la almohada —una almohada sin funda, casi sin estopa, exangüe, como la cara de la desgracia— volvió a hundirse en ella y desapareció, seguramente en busca del regazo materno.

El cuerno de la escasez

En lo que podría considerarse el lujo de la miseria, hay en el Vilardebó siete dentistas y seis cocineros. El equipo se completa con los propios enfermos que trabajan en la cocina diez y doce horas diarias, por un churrasco adicional. Sería ligeramente cínico argumentar que esto es laborterapia, aunque de todas maneras es mejor que los enfermos no estén ociosos. Más bien el hospital se vale de ellos para cubrir los servicios esenciales, a tal punto que si el enfermo no rinde es devuelto al rincón de sus soledades y ahí te pudras (con perdón de la palabra, pero el hecho es ese). Lo dijo Antonin Artaud, sabiendo por qué: "Se sabe —nunca se sabrá lo suficiente— que los manicomios, lejos de ser asilos, son cárceles horrendas donde los reclusos proveen mano de obra gratuita y cómoda". El mecánico del Vilardebó, loco él, dejó a nuevo un ómnibus del hospital que estaba fuera de combate y cuya recuperación en manos de un profesional hubiera costado varios cientos de miles de pesos. ¿Laborterapia, o lisa y llana explotación? La ropa sucia de todos los hospitales de Montevideo es lavada por los enfermos del Vilardebó. Gratuitamente. Pero aquí faltan el jabón y el papel higiénico, y escasean la comida y los medicamentos. Con razón encontré este letrerito en uno de los abandonados galpones del fondo: "El amor al arte. Juan Lindolfo Cuestas". Humor surrealista, poco apto para cuerdos.

—¿Escasea la comida?

—Y... sí. Antes se hacían 1200 litros de guiso; ahora dicen que alcanza con 800, pero es porque lo bautizan. Lo mismo el postre:

usted lo ve y son 500 litros de leche, pero yo le garanto que son 180 de leche y 320 de agua. (Con razón después de ésta no alcanza para los baños) Y ni un grano de azúcar, ¿eh? sólo cuatro cucharadas de sacarina. Los únicos que están contentos son los diabéticos, pero no son muchos... Y el guiso se hace con carne picada: 50% de grasa, también garantido.

—Sin embargo, cuando yo llegué estaban descargando de la camioneta de Cattivelli unos lindos jamones y buenas butifarras.

—Ah, pero eso es para la cantina. Venden de todo, ahí no falta nada: pan, fiambres, dulces, bizcochos, jabón, Coca-Cola, papel higiénico, aspirinas. Todo a precio de minorista, como en cualquier almacén.

—¿Venden aspirinas a los enfermos, aquí en un hospital?

—Claro. La farmacia del hospital no tiene, pero la cantina sí.

—¿Y de quién es la cantina?

—Del hospital. La atiende la Hermana Carmela.

—¿Quién es la Hermana Carmela? ¿Podré verla?

—Ahora debe estar en la capilla.

Voy a la capilla. Hermosa. Mármoles, maderas, olor a limpio, a lindo. Un islote de paz. **Hortus Conclusus Ora Pro Nobis.** La Hermana Carmela está reclinada, orando por nosotros. Lo bien que hace, pero yo vuelvo a la realidad.

—Sí, los medicamentos también escasean. Para conseguir un supositorio antiespasmódico o un manómetro, hay que recorrer todo el hospital. Diga que los médicos traen todo lo que pueden en los bolsillos. Escasean los remedios y también los médicos y los enfermeros. Un médico para 150 enfermos, un enfermero para 200 o más. Así es como marcha el clorpromazina para todos, al barrer. Igual que el guiso del mediodía. Los únicos que están al firme son los enfermos. A menudo los médicos faltan a las guardias. Y nosotros le disparamos al turno de la noche y los domingos muchos nos vamos al estadio a vender café. ¿Sabe cuál es nuestro sueldo promedio? 15 mil pesos (no olvide el lector: 1500 nuevos pesos); si es para agarrar un fierro cuando alguno nos habla de deber y de la solidaridad. Y me imagino la gracia que les hará a los médicos la palabra Apostolado; ellos cobran unos 25000, creo que no alcanza. Yo sé que se habla de coimas, de ventas de camas, de robo de comida y de cosas peores que hacen los enfermeros. Alguno habrá. También hay los que dejan el alma en el trabajo. Pregúntele a los médicos. Lo que es yo, ni héroe ni malandra. La mayoría labura honradamente para ganarse el mango. ¿Y usted sabe lo que es trabajar aquí, con esta pobre gente? Es la muerte. A propósito, ahora tam-

bién escasean las tablas para los cajones.

—¿Qué cajones?

—Los cajones de muerto. Hace pocas semanas no se sabía qué hacer con dos muertos. No había tablas. La carpintería no quiere fiar más. Ahora se resolvió que los cadáveres que la familia no reclama vayan a la facultad. Sirven para algo y les sale más en cuenta. ¿Qué me dice?

Esos son los barrios pobres del hospital. Después viene el cantegril (sí, también acá), desde los talleres hasta el fondo, varias hectáreas de campo raso. Como los vagabundos de *Miracolo a Milano*, los enfermos se arraciman contra el muro, siguiendo el lento viaje de un rayo de sol, el último de la tarde invernal. Otros bracean en los tachos de desperdicios, seleccionando huesos de imprevisible destino. Allá hay tres que hicieron fuego con unas tablitas y parecen contentos. Me acerco y elogio la lumbre, alentador. Ellos asienten, y la sola comunicación redobla mi entusiasmo y los elogios. Más realista, un enfermo comenta:

—No tanto... Pa disimular, nomás.

En chozas semiderruidas, que son agujeros insalubres, se alojan los ermitaños, enfermos mansos que prefieren vivir y morir en esa imponente soledad. Reinan por encima de las aguas corrompidas y los olores fétidos, como si fueran vencedores del Vilardebó. Trato de expresarles mi simpatía, pero es inútil: como verdaderos soberanos, se muestran ajenos a las lisonjas. Se muestran ajenos a todo, es claro. Y el hospital, a su vez, los ignora.

Descenso al infierno

No se estuvo, realmente, en el Vilardebó si no se bajó al "cuadro de presos", el lúgubre Cuadro Bajo, éste sí, tristemente célebre. No es mucho peor que lo que ya vimos. Quizás más ratas, más hacinamiento, más enfermos durmiendo en colchones tirados por el suelo. Y toda clase de enfermos, en econada convivencia. Los peligrosos, que se comprende deban estar en pabellones especiales, aunque no estos pabellones. Pero también enfermos no peligrosos: los periciables, que esperan se les asigne un destino definitivo; los sometidos a medidas de seguridad curativas, y los condenados que contraen en Punta Carretas o Miguelete una enfermedad mental y por falta de salas psiquiátricas en el hospital carcelario son traídos aquí, aunque sean tranquilos. Una convivencia insensata, destinada a multiplicar los males ya existentes.

Recorro la sala. La mayoría de los enfermos duerme; los que no,

me miran en silencio, severamente. ¿Por qué no encarar esa mirada como un mandato, más que como una reconvencción? El mandato imperativo de que quien vio, hable. Debo hablar por ellos, al menos por dos cuyos casos conozco. Antes debe saberse que aunque la medicina psiquiátrica proscribió hace muchos años de sus técnicas asistenciales la inyección de trementina, ésta sigue siendo aplicada en el Cuadro Bajo del Hospital Vilardebó, Montevideo, Uruguay. Cuando un enfermero habla allí del Triple Plan, se sabe de qué habla: chaleco, electrochoque y trementina, en una sola sesión. Cuando es el enfermo quien exclama, con intenso dolor en el muslo: "¡Me dieron la clementina, doctor!", también se sabe.

La trementina es aguarrás y se usa en la composición de la pintura. Inyectada por vía subcutánea o intramuscular provoca un absceso de fijación por el dolor y la fiebre, ambos muy intensos; esa bolsa de pus incorporada al organismos puede tener secuelas (deformaciones, necrosis de los tejidos afectados, retraimiento muscular, arteritis). Distinguidos catedráticos en la materia, profesionales universitarios y el propio Sindicato Médico del Uruguay, invitados por nuestro semanario a opinar sobre el tema, se pronunciaron de manera terminante contra el uso medicinal de la trementina ("Marcha", ediciones de 16 y 23 de julio de 1971).

Walter Humberto Minetti

Este caso lo conocen también nuestros lectores. Una carta firmada por los presos políticos del CGIOR se publicó en "Marcha" (25 de junio, pág. 4) y reproduzco de ella el párrafo principal: "El detenido a que se hace referencia (WHM) estuvo recluido casi dos años en Punta Carretas. Durante ese período estuvo atendido por la Dra. Ofelia Bachini, la que le comprobó trastornos psíquicos (estado de ansiedad y angustia). Una vez internado en este cuartel pide atención psiquiátrica al Dr. Milton Faravelli, quien decide enviarlo a la policlínica psiquiátrica del Hospital Militar. Allí lo examina el Dr. Guidobono, quien decide internarlo en el Vilardebó. En dicho hospital ingresa el martes 10. de junio; se le efectúa un electrochoque y una inyección de trementina, la que le produce un edema inflamatorio e impotencia funcional del muslo izquierdo. Antes de las 24 horas retorna al cuartel con una nota en que se afirma, por parte del Dr. Tobler, director del referido hospital, que el paciente no padece alteraciones mentales".

En las semanas posteriores a esta carta, Minetti vuelve del cuartel al Vilardebó, luego es trasladado del Vilardebó al Centro de Ins-

trucción de la Marina, y finalmente pasa del CIM al Cuadro Bajo del Vilardebó cuyo jefe, el Dr. Luis Barindelli, se niega a prestarle asistencia (menos mal) porque se trata dice, de "un simulador". Al momento de escribir esta nota hay una pericia pendiente para dilucidar el punto. Pero hay algo que ya está claro: o Minetti tenía trastornos psíquicos y no debió ser devuelto al cuartel, o estaba sano y no se le debió administrar electrochoques ni trementina. ¿O es un tratamiento de rutina, como anotar a los enfermos en el registro de ingresos? Los responsables deben contestar.

Ruben Omar Bentancur

Trate de imaginar el lector a un niño de 12 años "medicado" con trementina en el Cuadro Bajo del Vilardebó. El administrador del hospital se había hecho el gusto de mostrarme un baño con agua caliente. ¿Podría él hacerme ahora el gusto a mí, mostrándome algo que deseaba ver? "Sí, no faltaba más". "Qué amable". Y así es como pude ingresar al "cuadro de presos" e interesarme por un niño allí internado.

Ruben es un pibe despierto, alegre, un típico chiquilín montevidiano de barrio pobre (aparenta, al menos, ser todo eso, aunque sé de sus graves problemas de conducta). Uno se lo imagina jugando al fútbol en la calle, haciéndose la coladera o rompiendo faroles en las plazas. Y huyendo de la cana. Canillita, antes que estudiante. Florencio Sánchez, más que José Pedro Bellán. Imposible no simpatizar de entrada con él.

Le pregunto, tratando de que no parezca interrogatorio:

—¿Precisás algo de afuera? ¿Que le dé noticias tuyas a tus viejos?

—No tengo.

—¿... o a tus hermanos?

—Tengo seis pero no sé dónde viven.

Lo interroga el administrador:

—¿Cómo te sentís?

—Y... bien.

(Hacia mí):

—¿Vio?

(Hacia él):

—¿Aquí estás mejor que antes?

—Y... ¿Cuándo me suben?

—Portate bien y quedate aquí que es mejor para vos (Hacia mí, por lo bajo): —Se quiere fugar. ¿Te hacen algo aquí?

—Eletroshó.

Ligero desconcierto. Administrador carraspea. Tengo una corazonada:

—¿Y la pierna cómo anda?

—Ahora anda mejor. Todavía tengo como una pelota aquí (señala el bulto del absceso bajo el pantalón), pero me duele menos.

Vigoroso contraataque del jerarca:

—Este personaje es un psicópata. No pudieron con él en el Consejo del Niño, ni en el Dámaso ni en el Alvarez Cortés. Es un fugador, un agresivo, un violento. Tuvieron que mandarlo para acá. El Cuadro Bajo es el único lugar para recluir casos como él. Y hubo que hacerle trementina, la ordenó el médico. Es muy doloroso para nosotros, pero qué más remedio... Ni usted, periodista, ni yo, administrador, sabemos de eso. Lo que yo le puedo asegurar es que la trementina...

Etcétera, etcétera.

Al día siguiente quien asume la defensa del caso es el propio director del Vilardebó, Dr. Carlos H. Tobler. Con la autoridad de una larga y exitosa carrera en el ejercicio de la psiquiatría (es famosa y muy concurrida su clínica privada), el Dr. Tobler también sostiene el valor terapéutico —actual— de la trementina (contra la opinión científica mundial) y por otra parte encuentra natural e inevitable la internación de un niño de 12 años en el Cuadro Bajo del hospital que dirige.

Lo que está en juego es demasiado grave. No puede ser que se presente como inevitable aquello que el sentido común más obvio señala como contraindicado. ¿Se está castigando a Ruben —¡y cómo!— porque se fuga de lo que para él no son sino cárceles? ¿O a esto se le llama reeducación? Conste que depongo la imagen suya de pibe macanudo (imagen fugaz, momentánea), en homenaje al mejor conocimiento que tengan de él quienes lo vienen tratando. Parece indudable que por psicopata que Ruben fuera —y con mayor razón cuanto más perturbado se encuentra— no puede ser que se arroje a un niño a esa ordalía de promiscuidad, homosexualismo, mugre, desatención y trementina que es el Cuadro Bajo del Vilardebó. Si no somos capaces de resolver racional y humanamente este caso, por lo menos seamos conscientes de que a los veinte años, quizás antes, Ruben será el "delincuente común" que hicimos de él. Dispuesto a matar y morir en las calles, como tantos otros.

Ignoramos qué se hará mañana —o pasado mañana...— por la salud pública y la asistencia psiquiátrica en el país. Pero antes de eso alguien debe abocarse hoy, ahora mismo, a sacar a Ruben Omar

Bentancur, oriental, menor de edad, sin padres ni domicilio conocidos, del peor lugar que pudo imaginarse para él. La causa de los niños no admite demora, y también por esto deben contestar los responsables.

Se eleva la mirada por encima del caso concreto y en la vista panorámica toda la población hospitalaria es una procesión de dolor. Sé que se trata de enfermos de una índole especialísima. Pero cuando se considera que en este país devastado por la crisis, hay una industria que conoce la prosperidad —la industria de la asistencia psiquiátrica privada—; cuando se sabe que un tratamiento de rutina cuesta alrededor de cien mil pesos por mes, y que ciertos sanatorios privados pagan buenas comisiones a ciertos médicos que les llevan enfermos mentales (al estilo de los "lechuzas" que olfatean la muerte en las cercanías de los hospitales, para colocar un servicio fúnebre al postrer suspiro), entonces se advierte hasta dónde el problema supera las mejoras decorativas a base de mesitas de cármica y algún baño más con agua caliente.

En el Vilardebó, es todo el viejo Uruguay lo que está cuestionado.

(16/VII/971)

LA VUELTA DEL POCHO

El jueves de noche —víspera de la llegada de Perón— el aspecto de Avellaneda era fantasmal. Empezaba una lluvia que habría de prolongarse por largas horas, hasta la media tarde del viernes, y no se veía un alma en las calles silenciosas. Sólo hablaban las paredes por la voz de los murales de bienvenida al líder, y de las consignas estampadas en aerosol: **Luche y vuelve**. (Usted luche y él vuelve). Después de una noche de 17 años, el regreso estaba ahí nomás, a la vuelta de unas pocas horas. Esa soledad, ese silencio de Avellaneda era el primer dato enigmático de una jornada de 48 horas plena de violentos claroscuros. Y encerrada como entre paréntesis por dos puentes; el de Avellaneda sobre el Riachuelo y el de Saavedra, en Vicente López. Con una escala obligatoria: el Aeropuerto Internacional de Ezeiza.

Bajo una cortina de agua tomamos el viernes temprano por la avenida de circunvalación General Paz, en busca del cordón que en cierto punto fatalmente nos cerraría el paso. Un gigantesco dispositivo militar —150 mil hombres en todo el país y 35 mil en Buenos Aires, armados a guerra— erizaba la piel de la ciudad desde el día anterior; ya sabíamos, por otra parte, que el aeropuerto mismo nos estaba vedado. No fue suficiente el carné de "Marcha" para ser acreditados en Casa de Gobierno (resabios de la prohibición de entrar en la Argentina, que pesa sobre el semanario), y naturalmente resolvimos correr las vicisitudes de cualquier militante o mero curioso que, desafiando el temporal, haya querido acercarse al acontecimiento hasta donde lo permitiera el largo brazo de las ametralladoras y las bayonetas caladas (también por la lluvia).

Franqueamos, sin embargo, la primera línea de contención (en fija que el soldado se dijo: "Con ese carné raro, en el próximo puesto los rebotan"). Nos rebotaron. Y aunque Ezeiza estaba prácticamente tan lejos como antes, pudimos ver en ese tramo los restos inequívocos de una refriega reciente: troncos atravesados, pertenencias que en el apuro alguien debió abandonar, y esas pequeñas alteraciones de la escenografía —acicalada y bucólica en General Paz— que denunciaban el paso de la violencia. Ya en la autopista Ricchieri nada era bucólico. Al fondo, una línea de caballería

cerraba el paso a toda aspiración no autorizada; y el estallido de gases lacrimógenos, ahogándose en el aire lluvioso, anunciaba unos choques y desalentaba otros. De atrás vimos avanzar una treintena de tanques y a un hombre solitario enfrentarlos —amparado en la desproporción de fuerzas— al grito desafiante y reiterado de “¡Viva Perón!”, que el tronar de los tanques asimilaba y convertía en patético.

El área inmensa puesta bajo severo contralor militar fue escenario de otras escaramuzas en las que (después se supo) sumaban miles los partidarios de Perón que intentaron romper el cerco aislante. Pero lo cierto es que ni el número de esos simpatizantes peronistas ni la entidad de los enfrentamientos, tienen nada que ver con las previsiones de lo que sería ese 17 de noviembre argentino.

Sin embargo, la madrugada ya había cobrado una muerte. En un episodio no totalmente aclarado y al que borró de las noticias la única que importaba realmente a todos, unos sesenta hombres, suboficiales del 2o. Batallón de Infantería de Marina de la Escuela de Mecánica de la Armada, con sede en la Avenida del Libertador, rodearon la casa de oficiales y se apoderaron de un puesto de guardia, y de cuatro rehenes. Perseguidos por efectivos militares del operativo de seguridad, puestos a cumplir esa inesperada faena, los rebeldes se rindieron en las proximidades de Lomas de Zamora, cayendo bajo el fuego un cabo segundo. Se acepta en medios castrenses que los sublevados eran peronistas dispuestos a llegar a Ezeiza rompiendo cercos, ellos también. La llamativa aventura habría sido el aborto de una rebelión de suboficiales de varias bases, que falló por el traslado de esos efectivos a otras unidades. Más allá de su aparente insensatez, el episodio arroja una luz sobre la composición ideológica de la oficialidad joven del ejército argentino. Y a cuenta de esa reflexión, fue detenido en pleno Ezeiza y en plena recepción el teniente (R) Julián Licastro, peronista notorio, al que se le sospechan vinculaciones con los infantes de marina sublevados.

Es como una marea sorda que se interpone —sin llegar a ser protagonista— entre la expectativa y el espectáculo. Que debiendo ser carnal, multitudinario y caótico —Juan Domingo Perón pisando otra vez tierra argentina— se convierte, quiere ser convertido, en un ejercicio abstracto de aeropuerto: escalerilla de avión, gran paraguas, confuso pasajero que saluda al vacío con los brazos en alto, quizás en aras de las relaciones públicas. Es el último esfuerzo de las FF.AA. —un exorcismo, un conjuro, un mal de ojo— para fingir que “el hombre” no vino y no viene; que se trata de otro avión, otro aeropuerto, otra escalerilla, otro pasajero. Pero al bajar de la inter-

minable limusina, el teleobjetivo lo cerca y lo acerca, y lo pone con sonrisa y todo, Perón, Perón, qué grande sos, en la mesa de todos los argentinos. Alejandro Agustín Lanusse había volado a Bahía Blanca para agregar, por algunas horas, otro poco de distancia entre la pesadilla y la realidad. Pero es inútil:

A las once cero ocho llegó el Pocho, llegó el Pocho

Le espera, sin embargo, la prisión dorada de Ezeiza.

Los muchachos peronistas

Durante toda la tarde, es el reencuentro con los amigos. Ciento cincuenta de ellos venían acompañándolo desde Roma —en el "Giusseppe Verdi" de Alitalia— y trescientos más fueron autorizados a darle la bienvenida en plena pista. Entre ellos se encontraban los líderes de distintas fracciones, prontos para el besamanos fraternal. Es también la hora de Arturo Frondizi, abucheados ante cámaras por el comité de recepción al grito sin remilgos de: "¿Ya te olvidaste cuando nos encanabas a todos?", o "¿Venís a buscar otro pacto?", que el líder del Movimiento de Integración y Desarrollo explicó elegantemente, ante los sabuesos de la televisión, como "excesos explicables por la euforia que se vive". Magnánimo. Es sobre todo la hora de José Antonio Alende, Vicente Solano Lima, Jorge Selser, Alberto Fonrouge, Mario Amadeo, Marcelo Sánchez Sorondo, Eduardo Paz, Rodolfo Tecera del Franco, todos tratando de hacer buena letra ante cámaras.

— ¿Cómo encontró a Perón?

— Ah, muy bien.

— ¿Y él cómo lo encontró a usted?

— Muy bien.

— Se dijo que a usted no había querido recibirlo.

— Mire, señor: hablé como una hora con el ex-presidente y creo que fui de los primeros en entrar. (Primer plano cara satisfecha).

Es —a justo título— la hora de Héctor Cámpora, José Rucci, José López Rega, Abal Medina, otros líderes sindicales, otros secretarios particulares, otros dirigentes del justicialismo. No es en cambio la hora del brigadier Ezequiel Martínez, secretario de la Junta de Comandantes en Jefe, destacado a Ezeiza en ese carácter para entrevistarse con Perón. Tendría que haber sido el primer contacto

oficial entre el gobierno y el recién llegado. Enorme expectativa, rating absoluto. Pero el general se niega a recibir al brigadier. Se niega también a realizar la anunciada conferencia de prensa y a hablar por la cadena de radio y televisión que el gobierno le ofrece. Sonrisa descompuesta del animador: "En instantes volvemos a conectar con Ezeiza". Y en la tanda aparece y reaparece, una y otra vez, el rostro del Presidente Lanusse hablando en un "tape" de pacificación y de concordia, de los escépticos que no creían (empezando por él mismo) y de la misión redentora de las Fuerzas Armadas. Y justo ahora Perón, que también habló de prenda de paz, se pone difícil y se niega a todo. ¿Qué está pasando? El Viejo lo dice claramente: se niega a hablar con el gobierno y con los periodistas y a presentarse en televisión, mientras no hable con su pueblo. "Aquí en Ezeiza soy un prisionero".

Operación Concordia

Es entonces cuando el dispositivo de seguridad empieza a revelarse como lo que es: una llave maestra manipulada por el ejército para aislar al pueblo de su conductor. Primero no se creyó que Perón volvería ("No le dará el cuero"), y ahora que volvió se quiere desactivar el bumerang. Se trata también de una pulseada: jaquear al peronismo para que "se aguante" el manoseo, y si no se lo aguantan poder imputarle los desórdenes y el caos que acompañan —"como siempre", dirían— el accionar del líder. Macaco viejo, Perón olió a palo podrido y no subió. El cejijunto brigadier Martínez tiene que resignarse a cambiar de tema y de interlocutor. Hablará con Cámpora, no con el ex-presidente; y no de los planes políticos del jefe justicialista sino de la situación real, física, en que éste se encuentra en Ezeiza. Las posiciones se invierten, la iniciativa cambia de mano.

Mientras tanto Pinky se pone seductora para que no nos vayamos de Teleonce, pero a esa altura nos tienta más recorrer la ciudad.

Deambulamos por el Centro y el espectáculo es llamativo, hasta para los poquísimos porteños que asisten a él. Se puede cubrir, con la mirada a ras de suelo, toda la extensión de Florida, desde la arboleda de la Plaza San Martín hasta el macizo edificio de la diagonal; y lo mismo Corrientes, desde Leandro Alem hasta el obelisco. Exceptuados don Enrique Erro y algunos periodistas uruguayos, los peatones no exceden la media docena, perdiéndose en el vasto escenario deshabitado, el mismo que pudo inspirar a Piazzolla su "Verano porteño".

Extraña situación: no quedó amigo que en Montevideo no envidiara esta misión periodística que nos permitiría asistir al formidable estallido popular del peronismo aclamando a su jefe. Y hoy, el día señalado, no se ve un alma en las calles. En Paseo Colón se puede, sin riesgos, sostener una conversación en medio de la calzada; y San Telmo es un retazo montevideano de tarde dominical, el silencio rasgado por las voces de unos pibes que pelotean de vereda a vereda. El transporte funciona (paró apenas de 11 a 12); pero el subte, siempre atestado, hoy arranca vacío desde Catedral. Sólo unos gurises, seguramente pordioseros o lustrabotas, ocupan quizás desde hace horas un coche detenido, durmiendo placidamente esparcidos por los distintos bancos. Confundidos entre la multitud nadie repararía en ellos; pero hoy, habiéndose retirado el oleaje de la gran ciudad quedan, como los guijarros en la playa, al descubierto. Es algo más que un feriado, o un domingo, o un día de paro, este singular viernes porteño. Es el día en que volvió Juan Perón y no pudo verse con su pueblo. De regreso al hotel nos detenemos ante "La Nación". Ninguna noticia del retorno. Cerrando los ojos, Perón no existe. En cambio el primer titular de las pizarras reza: "Con motivo del feriado de hoy, el sorteo de la lotería nacional se efectuará mañana sábado".

Mal tiempo, mala cara. No hay espectáculos. Pero en televisión hay un viernes larguísimo con la mejor serial del mundo: La Vuelta del Pocho. Sí, Pinky, ya estamos otra vez con vos. "¡Compañeros!". No, no es la famosa apelación a los descamisados; son los camisados de la tele dándose órdenes: "¡Compañeros de Casa de Gobierno! Cortamos para pasar a Ezeiza donde parece que hay novedades". Toda la Argentina es un inmenso televisor. En el pasaje de un canal a otro (en puntas de pie, para que Pinky no se entere), el fútbol propone su poderoso magnetismo. Están pasando por uno de ellos el partido Boca-Ferro, pero hay más emoción y suspenso en la puerta del hotel de Ezeiza que en la puerta del arco de Gatti.

Así fue como, con creciente asombro, millones de argentinos asistieron a la evolución de unas maniobras (¿grandes o pequeñas?) que, encarada por los periodistas televisivos como una simple cobertura informativa —ilustre por la ocasión, pero nada más— fue mostrando paso a paso su razón política de ser hasta convertirse, sin duda a pesar suyo, en un documento histórico. No menos sensacional que aquel en que la televisión norteamericana capta el preciso instante en que Lee Oswald, el presunto asesino de John Kennedy, era baleado por Jack Ruby a la salida de un tribunal, ante la sorpresa o la complicidad de sus guardianes y el atónito asom-

bro de la platea preguntándose si aquello era en directo o en diferido, documental o de ficción. Gracias a la vilipendiada teve, cuyas cámaras recogen con aparente o real inocencia lo que sus lentes encuentran por el camino, se fue haciendo evidente el verdadero juego de los militares respecto del regreso de Perón. El peronismo querrá sin duda conservar esos rollos reveladores.

Televisión educativa

A las diez de la noche los movimientos indicaban que el jefe justicialista y su comitiva habían resuelto abandonar el Hotel Internacional de Ezeiza. Ajeteo en el foyer: amigos, secretarios, guardia personal, que van y vienen dando y recibiendo apuradas instrucciones. Y en la pista, dos hechos concluyentes: numerosas valijas son cargadas en los autos y el Falcon negro de Perón se desplaza lentamente hacia la puerta del hotel. Los canales se bifurcan y entrecruzan a la busca del ángulo más eficaz. El gran ausente de once horas está a punto de salir y Su Majestad LA NOTA luce como una vedette radiante. Al demorarse todo un poco, vamos un instante a estudios centrales, donde otra majestad, no menos poderosa —LA TANDA—, pide implacablemente la palabra. Por centésima vez, es el turno de Lanusse, lo que obliga a bajar discretamente el sonido. Y después un whisky, una línea aérea, un vermouth, un banco, una malla de baño, todos pidiendo el voto popular. Cunde la impaciencia en el living.

—Estaba a punto de salir, ¿no habrá salido ya? (Y el dueño de casa atraviesa a nado todos los canales, buscando uno sin tanda y sin camisetas de Boca).

—¿Vos te creés que van a perderse un momento así por pasar un aviso?

El escéptico coloca una suave dosis de veneno:

—Estate tranquilo que si el aviso es de Alitalia, el Pocho espera.

Pasan el aviso de Alitalia, volvemos al móvil 1, en Ezeiza, y aquí no ha pasado nada. Puro divague. Mucho: "Mire, señor..." A ver, a ver... ahora parece que sí. Pero tampoco. La pulseada sigue. Cabildos, incertidumbre, desconcierto. Hasta Lanusse luce cada vez más harto. Llegan trascendidos del interior del hotel. Cámpora afirma: "La habitación de Perón es una celda, la celda No. 113". Respuestas oficiosas: "Puede irse cuando quiera; él es libre".

Pero las imágenes niegan a las palabras. Los efectivos militares que guardaban hasta entonces una prudente distancia, se acer-

can al centro de los hechos —que sigue siendo la puerta del hotel— y colocan unas vallas metálicas que enmarcan la ubicación del Falcon, encerrándolo en un área estrecha que ellos se disponen a controlar en posición de tiro. Las cámaras barren el campo visual, seguras de encontrar incongruencias en cualquier parte. La que encuentran ahora es resistida por la evidencia de los ojos. Y la misma exclamación debe de haber resonado en todo el país, ante la pantalla chica.

—¿Pero están locos?!

Deben estarlo: tres soldados forcejean en la gramilla tratando de desplazar una ametralladora pesada de notable poder de fuego (por lo que a simple vista es dable observar). Se trata, en efecto, de una ametralladora antiaérea 767, que será emplazada por sus servidores ante la puerta del hotel, también en posición de tiro. Interviene el escéptico:

—¿Están seguros que no es la transmisión del partido? Parece que van a tirar un penal.

Es el triunfo de la hilaridad —risa nerviosa, diría yo— sobre el valor informativo y político de estos hechos poco creíbles. En el reflujo, sin embargo, es el dramatismo de la situación lo que se impone. Tras largos minutos de aguda tensión, ante la cual hasta las tandas retroceden, se ve, sucesivamente, bajar las valijas de los autos, conducir a éstos, incluido el Falcon, hacia los garages interiores, desmontar y desplazar nuevamente la ametralladora, levantar las cercas de metal y distanciar otra vez los efectivos militares a sus primitivas posiciones, mientras las cámaras echan un último vistazo melancólico sobre el escenario de conductas (por decir lo menos) tan extrañas. Perón, obligado a desistir de sus propósitos de irse, vuelve a sus aposentos de la celda 113.

Los custodios de la libertad

A la dureza sucede el desparpajo. Es la hora de Edgardo Sajón, secretario de prensa y difusión de Casa de Gobierno; y la hora del comodoro René Sallas, jefe del operativo de seguridad en Ezeiza. Ante el (moderado) embate de los periodistas, ellos insisten:

—¿Perón preso? ¡Qué disparate! Puede irse en cualquier momento.

—Quiso irse y no lo dejaron.

—Ah, bueno. Pero las Fuerzas Armadas contrajeron una gran responsabilidad —la protección personal del señor Perón y de su co-

mitiva— y no pueden resignarla a su antojo. Los criterios de seguridad son prioritarios.

—Sí, pero... ¿Y esos extraños movimientos ante el hotel, y el desplazamiento de una ametralladora?

—Fue un cambio de guardia, quizás demasiado aparatoso —alega el astuto comodoro.

—Un ejercicio rutinario de adiestramiento, —corroborra Sajón, animándose.

Las conexiones se suceden sin tregua. De Ezeiza a Casa de Gobierno, de Casa de Gobierno a estudios centrales, y desde allí despachos telegráficos, tandas de publicidad, otra vez Lanusse, y "La noticia que también importa: Boca 2, Ferro 1. Terminó el partido". El escéptico insiste:

—¿Vieron? Ganó Boca por el penal.

¿Quién se va a ir a dormir? Es cerca de la una del sábado y se anuncia una conferencia de prensa de Sajón y Martínez en el aeropuerto, hacia donde se desplazan ambos en helicóptero desde Casa Rosada. La Junta de Comandantes acaba de reunirse y tomó resoluciones que aquéllos darán a conocer en Ezeiza.

Y en Ezeiza sigue el peloteo:

—¿Usted cree que las declaraciones formuladas por el doctor Abal Medina, en el sentido de que el señor Perón está prisionero de las Fuerzas Armadas, se compadecen con las reiteradas declaraciones de propósitos de paz?

Sajón:

—Mire, señor representante del diario "La Prensa": si usamos la palabra que usa el doctor Medina, yo tendría que decir que si en algún momento el señor Perón estuvo prisionero, fue de sus propios partidarios. En cuanto al operativo de seguridad, no es una afrenta para el pueblo argentino, como se ha dicho. Su razón de ser es garantizar la paz y la tranquilidad.

Después se conocieron las condiciones impuestas al señor Perón por la Junta de Comandantes. Con respecto al retiro de Ezeiza, comunicarlo a las autoridades con tres horas de anticipación; y con respecto al acto público con sus partidarios, autorización para realizarlo ese día, sábado, a las 18 horas y en local cerrado. Perón contestó a las tres de la mañana: "Nos vamos del Aeropuerto Internacional a las seis. Y el acto será cuando nosotros queramos, no cuando quiera el gobierno".

El general nació al amanecer

A las siete el partido empezó a jugarse en Vicente López, la cancha de Perón.

No fue del todo su cancha, sin embargo, hasta las primeras horas de la tarde del sábado, en que las FF.AA. levantaron el cerco militar, similar al que habían implantado en Ezeiza y que siguió a Perón como su sombra. Eso sí: todo o nada. A las trece horas no quedó un soldado en Vicente López, extremo no menos reprochable que el otro, por el que se erizó de metralletas el camino del retorno. Vueltas, cuando se entendió oportuno, hacia el propio Perón. La lección de las horas que siguieron sirvió para enseñar que las prevenciones eran excesivas: no hubo desmanes y el júbilo popular no atentó contra la propiedad privada, más que pisoteando algunos jardincitos de Vicente López o abatiendo alguna rama de los árboles a los que se trepó la euforia de los más entusiastas. Quedó claro que el propósito real de la Junta de Comandantes era impedir que el retorno tan temido (aunque auspiciado) se convirtiera en clamoroso veredicto popular capaz de moverle cielo y piso al general Lanusse. Por ablandamiento de las horas transcurridas, la militancia peronista se fue desmovilizando en procura del televisor familiar, que la hipnotizó hasta la madrugada. Tascando el freno, supo esperar.

El sábado de tarde se abrieron en Vicente López, frente al chalet de Gaspar Campos 1065, las compuertas de una alegría largamente contenida. Eso duró hasta el lunes de madrugada, en que el caudillo rogó a la gente que se fuera a descansar ("Dispersión/dispersión/ Es la orden de Perón"). Hasta entonces fue un desfile incesante, clamorosamente pautado por las apariciones de Perón en las ventanas de su casa (unas treinta "salidas a escena", en el fin de semana). En bata, en pijama, en traje gris u oscuro, con y sin corbata, solo o acompañado por Isabel Martínez, Jorge Osinde o López Rega, respondiendo siempre al requerimiento de la calle que quiere verlo, oírlo, alcanzarle un mate, una bandera, un niño.

Sócrates en pijama

Es un diálogo constante, entre solista y coro, rico en espontaneidad y en estímulos recíprocos.

Perón: Les pido disculpas por irme a dormir la siesta. Son muchos días seguidos sin parar. Igual que ustedes. Pero ustedes son unos muchachitos, y yo apenas un muchacho.

Coro: Su/per pibe Su/per pibe.

Inútil calcular el número de manifestantes. Se renuevan sin cesar, cubriendo las adyacencias con pocas esperanzas de poder acercarse. Grupos compactos tratan de penetrar en cuña entre la muchedumbre, usando como ariete sus propias consignas que, o bien se imponen por la puntería del mensaje o mueren en la orilla, si encuentran otras más felices. La línea dura parecía mayoritaria, consecuencia natural de la edad media imperante (unos 20 o 22 años). Pero si un sector proponía, por ejemplo, **Lucha, lucha armada/Perón a la Rosada, o Fusil y machete/Por otro 17**, los demás le daban la bienvenida: **El FAR y Montoneros/Son nuestros compañeros**. Luego la multitud atronaba el espacio con cuartetos de aceptación universal: **La casa de gobierno/cambió de dirección/Está en Vicente López/Por orden de Perón**. Algunas homenajean al niño: **San José fue carpintero/y María fue modista/y tuvieron un hijito/compañero peronista**. Otros homenajean a la mujer: **Mujeres/Mujeres son las nuestras/Mujeres peronistas/Las demás están de muestra**.

La imaginación y el ingenio popular bonaerense, con larga tradición en las peleadoras canchas de fútbol, son inagotables, y expresan a la realidad del momento todos sus jugos (pienso, con tristeza, en nuestro monótono y esclerosado **Que sí/que no/Sasía los fundió**, o **Cubilla o Artime**, o el goleador de turno, y esa es toda la variante que nos permitimos) Cuando sobre las banderas y los estribillos se elevó el suave taladro de un helicóptero, en seguida la burla se hizo verso: **Aquí están/Estos son/Los que cuidan a Perón**. Otros vienen con el maquillaje puesto, pero es lindo pensar en el grupo de muchachos de barrio, mateando y puliendo la cuarteta para que diga lo que quieren decir, y que salga de las gargantas sin fisuras. Un grupo que viene doblando por Haedo exhibe el orgullo de un buen trabajo: **Se está poniendo de moda/tirar gorilas al mar/Lanusse que es precavido/está aprendiendo a nadar**.

Hace un buen rato que Perón no se da una vueltita por la ventana, así que ahora el reclamo es unánime y más bien ululante. Por fin accede, y en esta ocasión la salida es con premio. Habrá "discurso".

—Cuando los pueblos cuentan con una juventud que se interesa por la cosa pública y el destino nacional, ese pueblo tiene asegurado el porvenir (pero hay uno que sigue dándole al bombo como quien lava y, pariente del perro del hortelano, ni oye ni deja oír). Que se calle el del bombo. Tenía razón Evita cuando decía que los pueblos que olvidan a su juventud, renuncian al porvenir. Una juventud politizada, respetuosa de la historia y del destino naciona-

les, siempre triunfa contra los viejos decrepitos y decadentes que se le oponen. La juventud está en la edad, pero también en la mente. Hay jóvenes de 80 (Su/per/Pibe Su/per/Pibe) y viejos de 20 (¡uuuuuuuhh!). Atención muchachos. Muévanse con prudencia y tranquilidad. Hay amenazas de que se van a tomar medidas contra nosotros en defensa de los vecinos. No le demos pretexto a la canalla para cometer canalladas que ya se preparan. Todo puede hacerse con tranquilidad. Para eso hay muchachos nuestros organizados ("Perón Perón/qué grande sos". Y todo el himno, que va ganando adeptos hasta la lejana orilla de la singular asamblea).

Melodía de arrabal

Brazos en alto, es la despedida. Pero antes, unos consejos.

—Se acerca la noche, hace frío y están todos mojados (había caído horas antes un violento aguacero que a nadie dispersó). Sería bueno, les iba a aconsejar, que se retiraran. Yo me imagino que en las casas de ustedes algunas viejitas estarán pensando que no les pase nada (La vida por Perón/La vida por Perón/La vida por Perón). Bueno, los dejo y hasta luego.

Damos un rodeo de varias manzanas. Vicente López, zona residencial de buen nivel, tiene sus chalets cerrados a cal y canto. Ni un alma en las puertas o los jardines, o tras las ventanas. Estarán tratando de digerir la presencia del nuevo vecino. Sólo una leyenda hablando, también aquí, desde los muros: **Payasos, váyanse a Moscú** (todos los figurines atrasados, los de la política y los del humor). Terminamos desembocando en la gran avenida Maipú (—**Che, ¿el mural no decía: "Váyanse a Maipú?"**). Sorpresa mayúscula: resulta que el gentío de Gaspar Campos sólo es un apéndice del que aquí cubre las diez o quince cuadras que nos separan del puente de Saavedra. Y Maipú debe ser casi tan ancha como 9 de Julio. Seis filas de autos entre ida y vuelta, un mundo de gente en las aceras y el delirio en todas partes. El repertorio de estribillos es prácticamente el mismo; registramos otros dos, fierros: **Si lo tocan a Perón/habrá guerra y paredón. Qué lindo que va a ser/Lanusse boca abajo/Perón en el poder.** Y uno "murguista": **Atención/Atención/Lanusse está de encargue/por culpa de Perón.** No doy, con lástima, otros dos bien palabroteros.

De pronto se hace un silencio enorme, inexplicable para mí. Los ruidos, los cantos, las voces propias de una muchedumbre entusiasta van apagándose, como si alguien les bajara el volumen. Quedan suspendidos en el aire algún pregón tardío o una errática

bocina. Pregunto discretamente de qué se trata.

— Son las 8 y 25.

— ¿...?

— La hora que murió Evita. (La respuesta tiene el tono seco de una amonestación. Por lo bajo otro me explica: — No, no es el aniversario. Es la hora que murió).

Cuando el minuto pasa, el clamor es indescriptible: **Se siente/ Se siente/Evita está presente.**

Qué lejanos parecen la lluvia en General Paz, las maniobras de Ezeiza, el "tape" de Lanusse, toda la torpe chicana para parar lo imparable. Pero, cuando cese el festejo, cuando el gordito silencio el bombo, y el justicialismo tenga que dar respuestas concretas a problemas concretos, ¿qué espera en el futuro a este heterogéneo movimiento, capaz de concitar en el pueblo una mística esperanzada y un principismo confuso y generoso? ¿Y qué pueden esperar de él la Argentina y Latinoamérica? A la hora del relevo de Perón, que no es eterno, ¿empunarán el timón Cámpora, o Isabel Martínez o (Cruz Diablo) López Rega?

Pero todavía es la hora del bombo y de la sana alegría popular. Nuevas columnas se incorporan; parece que todo empezara recién.

(24/XI/972)

LO QUE EL FUEGO SE DEBIO LLEVAR

—Diego, pueden contar con el arpa aquella, que me regaló mi abuela.

Diego es Errandonea, actual director interino del SODRE. Y el nieto, que con tanta naturalidad se desprende del regalo de su abuelita, es Saúl Sempol, 75 años, propulsor de las bellas artes como empresario y alma bella, él mismo. Esta es la octava llamada telefónica que en un rato se recibe en el apartamento de la calle Reconquista. Esther trata de interceptar las condolencias para que nuestra entrevista pueda tener alguna continuidad. Pero no es fácil hacer "el duro" ante aquella corriente viva de simpatía que quiere manifestarse de algún modo, útil o no, ante el incendio que el sábado destruyó totalmente el Estudio Auditorio. Todavía es domingo de tarde, y por muy buena que sea la disposición de cada uno, no cabe sino quedar a las órdenes y esperar. Los más impacientes pasan a las vías de hecho. Como Sempol y como Irene Kosilikin, viuda del no vidente Homero De Gregorio, que le deja a Errandonea (compañeros de preparatorios hace 40 años) unas líneas y veinte mil pesos para "alguna colecta que hagan".

—Ves: estas cosas —los ofrecimientos, la plata que a Irene no le sobra, el arpa de Sempol— son las que te desarman, las que te hacen sonar.

Chiste cantado:

—Sí, como arpa vieja.

Ya se puede bromear un poco. Primero, porque siempre se puede bromear un poco. Y luego, porque lo peor ya pasó. O mejor dicho, no llegó a pasar. La lista de lo que se rescató a tiempo es más importante que la de lo que se hizo humo. Se salvaron, por ejemplo, los instrumentos (menos los timbales), las famosas grabaciones de la Discoteca Nacional, los filmes de Cine Arte, los rollos del Archivo de la Palabra (conferencias, reportajes, desde Igor Stravinski a Paco Espinola), y ochocientas de las mil partituras en archivo. Quinientas quedaron en su sitio, aisladas del fuego, y de las otras quinientas —transportadas en un nervioso pasamanos desde los ventanales del teatro en llamas a la calzada— trescientas quedaron intactas, y ya hay un equipo de entendidos para ordenar y restaurar las doscientas restantes, que por un rato alfombraron desordenadamente la sorprendida calle Mercedes. Todo ese acervo cultural

salvado in extremis, es una especie de lucro cesante al revés: lo que le fracasó al incendio.

Pero lo que no le fracasó, también es impresionante. Me asomo al horrible agujero que el techo desplomado dejó en exposición y el efecto, involuntariamente, es teatral. Los alvéolos vacíos de los palcos son un espectro ruinoso del pasado esplendor. También en setiembre, pero en 1906, la Bella Otero se despedía de nuestro público desde el mismo escenario del flamante Urquiza, y el cronista de "El Siglo", quizás parado donde yo estoy ahora, asiste con regocijo al acontecimiento y lo relata así a sus lectores: "Con motivo de ser su función de despedida, la Bella Otero anoche sacó de sus casillas —es decir, de sus asientos— a los que se hallaban en el teatro Urquiza. Después de la "Aragonesa", la "bailaora" gallega fue objeto de una demostración maravillosa por la unanimidad, el entusiasmo y el ruido infernal con que el público expresó su satisfacción. Anoche, después que fueron arrojados a la bella gallega flores y sombreros, un numeroso grupo de entusiastas le tomó de asalto para tener el gusto de estrechar la mano de Carolina Otero al son del bombo y de los platillos, mientras los demás hacían un extraordinario coro de "voce diverse" e "suon di man con elle". Por fin todo concluyó por falta... de luz, no de entusiasmo". Espontaneísmo puro, inimaginable en los apocados montevidéanos de hoy.

Tengo que frenar los recuerdos de Errandonea (por supuesto no tan antiguos), si no quiero ser barrido por la corriente del pensamiento. Sempol, en cambio, que declara no recordar qué pasó ayer, siente todavía el cariñoso pellizcón que le da en las mejillas Sarah Bernhardt, cuando él, de nueve años, y su padre, visitan a la diva en su camarín, la noche de "La dama de las camelias". Inútil agregar "noche inolvidable": fue exactamente el lunes 11 de setiembre de 1905.

Nace una radio

—Diego, ¿cómo empezó la historia del SODRE?

Empezó con un grueso error, como en las mejores comedias de equivocaciones. Errandonea, que trabajaba en el instituto desde 1931, un año después de su inauguración, señala que la ley de creación es de diciembre de 1929 (—¿Sabías que el Dr. Quijano fue uno de los autores y que integró la primera comisión directiva? —Sabía). El flamante Servicio Oficial de Difusión Radioeléctrica (SODRE) iba a contar con una estación de broadcasting de 1 (un) kw de potencia, propiedad desde hacía 4 años del Ministerio de Guerra y Ma-

rina. Pero hete aquí que dicho ministerio encarga a Estados Unidos una estación de radiotelegrafía para el Cerrito. Y por error, de allá mandan una estación de radiotelefonía. Para Tartaglia y Mazzei, técnicos de Radiocomunicaciones, aquello era un juguete caído del cielo. Lo armaron, y en medio de general alborozo empezó a funcionar. Había nacido CX6, aunque no se sabía bien para qué. Entonces irrumpe vigorosamente en escena Francisco Ghigliani.

Más vigorosamente habría de irrumpir el mismo personaje en la escena nacional cuatro años después, cuando se transforma en el duro lugarteniente de Gabriel Terra (o acaso en la eminencia gris del régimen), y con la complicidad de los señores Luis Alberto de Herrera y Alfredo Baldomir, el presidente se declara dictador (31 de marzo de 1933). Ghigliani escribiría entonces en "El Pueblo" aquellas palabras infames: **"Amansarse y vivir o rebelarse y morir"**. ¿Es el mismo hombre que concibió, amó y echó a andar ese formidable vehículo cultural que fue el SODRE? Claro que sí. No debe sorprendernos descubrir estos claroscuros en los repliegues de una personalidad tan enigmática y compleja. Este hombre que se recibe de médico para curar a su mujer parálitica, y fracasa en el propósito pero la atiende devotamente durante 30 años; este hombre que a los sesenta largos se divorcia para casarse con una chiquilina de 25, y que, según todos los indicios, termina suicidándose (en 1936), este hombre vislumbró como ninguno —ni después ni ahora— la importancia del papel del SODRE en nuestra vida cultural. Un episodio revela otras facetas de aquel hombre de gafas negras. La dictadura ya había cometido los atropellos de rutina: atentados a la libertad en todas sus manifestaciones, prisión de opositores, etc., etc. En aquel clima alguien debió salir, en cierta ocasión, al escenario del Estudio Auditorio para anunciar que el concierto de esa tarde no podría ser dirigido (olvidé las razones) por el maestro Baldi. Alguien, sí; pero no necesariamente Ghigliani, precisamente no él. Pero fue él quien quiso salir —a los toros— y hacer el anuncio. Un ruidoso abucheo tapó sus palabras, y el episodio se convirtió en un rotundo plebiscito adverso. Pudo muy bien Ghigliani ahorrarse la prueba, pero prefirió afrontarla; más aún, ir a su encuentro. Con imperturbable frialdad dijo sus palabras, que nadie oyó, y se retiró sin alterarse, enigmático. El personaje seguía fiel a sí mismo.

Hoy un incendio destruye la parte perecible de su obra pero vindica la otra, la que ahora debe servir de ejemplo. No es poca fortuna, ciertamente, poder contar en la emergencia con un hombre como Faget animado, desde la presidencia, de un interés serio y creador hacia el SODRE. En su corta actuación debió hacer mucho, pudo ha-

cer algo e insinuar más, y ahora tendrá que estar en todo.

La Radio Oficial empezó a trabajar en el Palacio Legislativo (1930), pero la obsesión de Ghigliani era la sala propia y la orquesta nacional, para ofrecer conciertos públicos y transmitirlos. Era el Estudio Auditorio en ciernes. Entonces el SODRE tenía sólo ocho funcionarios (ahora, novecientos) y se financiaba por la percepción de dos impuestos: uno, del 60% sobre el aforo de cada aparato radiorreceptor que pasara por aduana, y otro, de diez centésimos, por cada disco fonográfico importado. Saliendo agresivamente a la conquista del público, el SODRE empieza a transmitir los mejores espectáculos del Colón, y los partidos de fútbol desde el Estadio Centenario, inaugurado el 18 de julio de 1930 con el Primer Campeonato Mundial (hasta 1935 transmitió Ignacio Domínguez Riera y después Carlos Solé).

Ante los crecientes ingresos del SODRE, el estado dispuso que éste tuviera su presupuesto anual y que aquellos se vertieran en Rentas Generales. Pero ya Ghigliani tenía la plata para comprar el Teatro Urquiza (\$ 340.000 al contado). Y como sala y orquesta iban de par, se llamó a los músicos a riguroso concurso para integrarla, acudiendo los de los conservatorios pero también los que habían amenizado las funciones de cine mudo y algunos que trabajaban en el cabaret. Pronto estarían alternándose en el podio Virgilio Scarabelli y Vicente Pablo, primeros directores de la OSSODRE (siglas, ésta y la del SODRE, asimiladas desde entonces al habla cotidiana de la ciudad). A los dos meses de creada, la orquesta respondió a la batuta del famoso Ernest Ansermet, iniciando una pródiga relación con eminencias mundiales de la dirección orquestal. Después es la incorporación al SODRE de Eduardo Fabini, la revelación musical de la niña Nibya Mariño Bellini (9 años, vestidos de terciopelo negro y un talento pianístico deslumbrante) y la contratación como director estable del maestro Lamberto Baldi, que impuso una disciplina profesional en la orquesta y fue creando, en una labor honesta y tesonera, el gusto musical de una generación que por primera vez asomaba sistemáticamente a una sala de conciertos (al punto de que fue necesario colocar en el lugar más visible del teatro, y durante muchos años, un letrero luminoso con la palabra SILENCIO, que se encendía cuando algún pasaje tumultuoso amenazaba desencadenar ovaciones prematuras). Detrás de todo eso, lo grande y lo chico, está Francisco Ghigliani, quemando las que habrían de ser sus últimas energías.

Héroes anónimos

—Y ahora, Hugo, tu dirás si te bombardeo o no con los nombres ilustres y los acontecimientos grandes que jalonan una actividad ininterrumpida de cuarenta años. Con la gente más valiosa del país y con gente de fuera. En música, teatro, ópera, ballet, cine y hasta en figuras populares (conozco tus flaquezas), desde Anibal Troilo hasta Duke Ellington. ¿Te bombardeo?

—Yo diría que no. Personalmente estoy marcado, como todo montevideano medio melómano de mi generación, por Kleiber y su ciclo beethoveniano, por Juan José Castro y su profunda lección de música moderna, por Marian Anderson, por Fritz Busch, por el cuarteto Vegh, por los ballets Joos y José Limón. Y por Nibya, Balzo, Fanny Ingold, Héctor Tosar, Nelly Pacheco, Jorge Risi... A qué seguir; ahora soy yo quien te bombardea.

—Entonces te propongo otra lista, la del soldado desconocido, la del héroe anónimo. En algunos casos, felizmente, no tan anónimo. Gente que le ha entregado la vida al SODRE, sólo porque se encariñó con la Institución.

Encantado. Y ahora rivalizan Diego y Esther, mencionando luminarias que desconozco. Isabelita Tonelli, que sigue en sastrería porque no puede vivir lejos de sus vestidos, verdadera conservadora de museo; Esther Piacentini, que desde hace años ve avanzar, al par que el asma, una dolorosa alergia a las uñas, causadas ambas por los materiales, las tintas y el polvo de las telas; María Isabel Suárez, ingeniándose para sacar, como quien dice, sombreros de una galera. Capaces las tres de hacer en veinte días ochenta o cien trajes para vestir un coro o un ballet, pero no con todos los elementos a mano, lo que no disminuiría su mérito, sino como en casa de pobre, donde todo falta y hay que arreglarse con lo que hay (avergüenza decir cuánto ganan). Y qué escribir de Hugo Viñals, sacando un partido increíble del más increíble subdesarrollo en luminotecnía, como que datan de 1911 los materiales con que trabajó hasta ayer, retocando aquí un mecanismo y allí un aparatito con una inventiva dictada por la sagacidad cuanto por la devoción. O de Juancito Barbieri, 70 años de edad y 40 en el SODRE, jefe del personal de servicio, ahora convaleciente del pre-infarto en que estalló su angustia, en plena calle ante el incendio desatado. También aquí el bombardeo podría resultar interminable: nuestra querida Pilar de Cárdenas, Jassa, Balmás, los utileros, los pintores, los maquinistas, todos sacando con amor el mejor partido de la pobreza en que trabajan.

Un Sodre perimido

Y no es sólo el personal del SODRE. También es el público, que el pasado sábado, a las 6 de la tarde, como si se tratara de un concierto más, se volcó hacia el Estudio Auditorio para quedar en suspenso en las esquinas próximas. Esa onda emocional —que culmina en el infarto de Barbieri, en el convulso desconsuelo del arquitecto Faget, en el acercamiento masivo de músicos y artistas que quieren hacer algo— eso no se improvisa. Montevideo siente como propio al Estudio Auditorio. Y quiere salvarlo. Pero no sólo del incendio de hoy. Quiere salvarlo de sus propios vicios, algunos de los cuales son suyos propios y otros son propios del sistema. El primero, la politización o politiquerización del instituto, que lleva a los cargos jerárquicos, en el mejor de los casos, a esas almas cándidas que creen que para dirigir el SODRE alcanza con ser bueno, bueno de verdad; y en el peor, a caudillos desahuciados para otras ambiciones que lo mismo podrían estar en Salud Pública o en Turismo, y que quizás desembarcaron en Andes y Mercedes porque siendo jóvenes oyeron (no quisieran mentir, pero les parece que una vez oyeron), y les gustó, la Rapsodia Húngara No. 2, de Franz Liszt. Cuando no se trata de personeros vergonzantes del mandamás, que a falta de una política cultural desarrollan una política represiva, instaurando la delación y la persecución ideológica a todo nivel y a toda histeria (Daniel Viglietti, por ejemplo, fue borrado de los programas del SODRE en persona y en pasta, en la radio y en el canal). Es que solemos olvidarlo: no hay más que dos culturas, la del proletariado y la de la aristocracia. Nuestras clases dominantes son el medio pelo. Y uno de sus stands de exposición han sido siempre las plateas teatrales, cuanto más excluyentes mejor. Por ejemplo: la del SODRE, los sábados a las 18.30, saco de piel en Las Cuatro Estaciones y solemne aburrimiento en cuanto empieza la música. Todo eso es peor que el fuego.

Y trae consigo la inercia y el conformismo de los planes —o la ausencia lisa y llana de éstos—, mientras una juventud invasora reclama o toma por su cuenta un papel activo en la vida del país; también en la vida cultural, por supuesto. Para esos jóvenes y para muchos que no lo son, lo que el fuego destruyó se puede reconstruir. La pregunta es si queremos reconstruir el viejo SODRE o construir el nuevo. Y el nuevo no lo va a levantar (aunque capitalice las generosas ayudas, y otras no tan generosas, que ya empiezan a llover de todos lados) el mismo Poder Ejecutivo que ayer nomás elevó al

parlamento un proyecto poniendo a la enseñanza bajo el control groseramente macartista del poder político.

¿Qué hacer? Por lo pronto conocer la realidad y hacerla conocer, para presionar "desde las bases" por soluciones de fondo. Por ejemplo: el presupuesto del SODRE asciende, cifras redondas, a 270 millones de pesos. Para sueldos y jornales se destinan 250 millones (con picos de arbitrariedad tales como que un paracaidista ya gana 100 mil pesos en el canal de televisión, y el director general, con 40 años de antigüedad y un desvelo que las planillas no computan, sólo 27 mil; sí, Diego, lo averigué y lo difundo, aunque te enojés). Sólo los veinte millones restantes son para gastos, y de éstos sólo uno está destinado a programación (el pasaje del maestro Mitchell y sus gastos aquí, consumen el rubro). Resultado: no hay trapos de piso para la limpieza y el personal de servicio debe traerlos de su casa, por simple decoro nomás. Faltan bombitas de luz por todos lados, las cisternas no funcionan, no hay cañillas en los lavabos. Y los músicos pierden la salud en invierno por falta de calefacción o la paciencia en verano buscando por ahí algún ventilador.

Leña al fuego

Pero ésas son las carencias a nivel doméstico; las que se pueden (no siempre) ocultar a las visitas. Otras carencias son más graves. La instalación eléctrica del SODRE es de una venerable ancianidad y sólo por azar no ocurrió antes un desastre. Mirando los cables forrados con tela vulcanizada, que a los treinta años ya tienen derecho a pudrirse; mirando pasar esos cables por paredes de paja prensada, que es todo lo que el SODRE puede permitirse en materia de aislación de sonido; mirando los patéticos tableros de seguridad, que más bien anuncian los incendios en vez de impedirlos, uno se pregunta azorado: ¿cómo no ocurrió antes? Y cuando se entera de que hace ya cinco años fueron colocados en el escenario los rieles para instalar una cortina aislante del fuego, pero los rieles están y la cortina no, entonces se ve claro a través del humo: el incendio del sábado lo fue incubando el mismo SODRE, como si toda una política condenada hubiera tenido que estallar así. Junto con la pena innegable, deberíamos sentir también algún rubor.

Sí, una política condenada. En la última década la OSSODRE se ha ido empobreciendo de manera alarmante. No puede ejecutar ciertas obras del repertorio moderno por carecer del equipamiento mínimo (percusión e instrumentos electrónicos, vibráfonos, etc.).

Pero más grave que no tener instrumentos es no tener ejecutantes, o haberlos tenido y perderlos. Es impresionante la fuga de músicos, muchos de buen nivel y algunos de excepcional calidad, registrada en el SODRE en los últimos años. Y se explica. Músicos calificados como son, aquí ganan 40, 50 o 60 mil pesos. En Buenos Aires, Córdoba, San Pablo o Caracas, tres o cuatro veces más, y no hablemos de Estados Unidos o Europa. Claro que es muy lindo decir: "Yo de mi país no me voy, sobre todo ahora". ¿Cuántos, frente a la oportunidad concreta, lo hacen o pueden hacerlo? Pero a nadie puede exigírsele que se quede ni enrostrarle el que se vaya. Y cuando se da un caso como el del violinista Jorge Risi, que pudiendo ser una **vedette** a nivel mundial, opta lúcidamente por el país en crisis, no queda más que admirar su ejemplo y seguir gozando de su música.

Cual no será la situación de los bailarines, cuando éstos llaman privilegiados a los músicos. No les falta razón. Trabajan como ellos 40 horas mensuales, pero ganan la mitad, y algunos el sueldo mínimo (\$ 15.000). Encima, otro matiz desalentador: trabajar no quiere decir actuar en público que es, por supuesto, lo que todo bailarín desea. El Consejo Directivo del SODRE dispone para el cuerpo de baile la realización de tres programas anuales, que se cumplen en 15 funciones a lo largo de 2 o 3 meses. Después, otra vez el retiro. Un retiro sin horizontes, desquiciante de todo espíritu creador y hasta de la disciplina corporal que, carente de la elástica tensión y el estímulo que sólo da el contacto con el público, cae en un inevitable deterioro. Resulta penoso concebir a un bailarín, o a cualquier artista, sólo como un funcionario presupuestado. Pero la política del SODRE en esta materia, como en otras, es la de un jerarca abúlico que no cree en las propias tareas que emprende.

El coro (igualado por lo bajo, desde el punto de vista presupuestal, a los demás rubros), también languidece, cuando acaso podría cantar un oratorio por mes e ir a la universidad, a las escuelas y a los sindicatos, o actuar en forma periódica y gratuita para los jóvenes, obreros y estudiantes, en el Estudio Auditorio. ¿Tampoco cree el Consejo Directivo del SODRE en la alegría de cantar y en la de oír cantar? La sección Cine Arte, a su vez, debe asistir con desaliento al lento y seguro deterioro que el solo almacenaje impone a los filmes procesados a base de nitrato, en lugar de tirar copias contratipadas para asegurar su conservación. No lo hace "por falta de recursos". Pero cada temporada de ópera le cuesta al instituto alrededor de ocho millones de pesos y juicios fundados de que, por ejemplo, la última versión de "Carmen" fue digna de Ramón Collazo y la Troupe Ateniense (con la salvedad de que el humorismo

de éstos, y el de Merimée, eran deliberados, y el del espectáculo del SODRE involuntario).

Cuando hablamos, ahora, de la reconstrucción del Estudio Auditorio, ¿es que se quiere reconstruir también todo eso? Llegó el momento de barrer tanto las ideas vetustas como los compromisos espúreos. Y de tener claro qué ideas no lo son o pretenden no serlo. Frente a la Gran Comisión de Ayuda (tantas mayúsculas asustan un poco), formemos comisiones de estudio con la asesoría de los sectores involucrados. Aquí se necesita imaginación, además de plata. Y puesto que se trata de la organización de la cultura popular en algunos de sus aspectos fundamentales, la prensa —escrita, oral, y si no es pedir peras al olmo, televisiva— tendría que abrir el tema para una discusión nacional; lo que ya constituiría, por sí mismo, un hecho fermental, estimulante.

No soy ciertamente pirómano; pero si esa revisión profunda llega a darse, quizás todos terminemos diciendo, como las cazuelas del Urquiza: **Fue una desgracia con suerte.**

(24/IX/971)

EL ARTE DE LA FUGA

¿Qué es más sorprendente: el talento infinitesimal con que el MLN planeó y llevó a cabo la fuga masiva del domingo-lunes, o la torpeza, también infinita, con que las autoridades específicamente encargadas de impedirla, de hecho la hicieron posible? No es fácil contestar. En realidad, brillaron a gran altura tanto la capacidad de unos como la histórica ineptitud de los otros. Y no hay tampoco por qué desestimar el papel del azar. No sé si el coronel Cirillo, a cargo de la dirección del Penal, se habrá animado a hablar de mala suerte, pero es seguro que los Tupamaros dirán que a ellos los ayudó su buena estrella. Parece innegable que los ayudó la "triple": el azar indescifrable, su propia capacidad operativa y la ceguera increíble de sus custodios. Por los intersticios de esa mezcla heterogénea se cuela otro elemento, quizás fundamental: la convicción ideológica de uno de los bandos (sus tácticas no se cuestionan aquí) y la desmoralización del otro, obligado a asumir consignas de bienestar supremo y honor nacional en las que no cree, porque contrastan con el misérrimo y corrompido mundo en que está inmerso.

Uno se asoma al boquete abierto en pleno comedor de la casita de la calle Solano García y cree presenciar la escenografía para una pieza de teatro del absurdo: inocente mobiliario de una familia montevideana de empobrecida clase media, violentamente refutado por ese agujero de medio metro de diámetro, al que rodean altos montículos de tierra. Para mejor, doña Elena es una anciana encantadora, como aquélla de "El quinteto de la muerte". Se pasea con toda naturalidad por el abrupto escenario, domesticándolo con su sola presencia. Y cuando le pregunto si no tuvo miedo la noche anterior, responde:

—¿Yo, miedo? Mire: a mi marido, que era de carácter fuerte, yo lo enfrentaba y así lo desarmaba.

—Ayer no pudo hacer lo mismo...

—Ayer no. Pero no se portaron mal con nosotros. Eso sí: nos encerraron en una pieza de la vecina (Dolores Castillo), durante ocho horas. Pero yo les decía: "Diga, ¿y hasta cuándo nos van a tener aquí?", "Diga, ¿no se puede ir a comer algo y volver?". El chico nos calmaba y autorizó a Billy (hijo de la señora Castillo) a cruzar a la cocina a preparar algo.

—A propósito de "buen trato", ¿fue peor que la otra vez?

—¡Ah, la otra vez... hace cuarenta años! Usted se refiere a la fuga por el túnel de la carbonería "El buen trato". Todavía queda algo de la construcción, puede verla aquí al lado. ¡Mire que eran buenos los Gatti, Gino y su mujer! Nosotros ya hacía cinco años que vivíamos aquí, y nos queríamos mucho con ellos. Buena gente, quién iba a decir: ¡anarquistas, ácratas! Una semana antes de la fuga ella me había dicho que se iba a Italia con la nena. "¿Con la nena sola?", le digo yo. "¿Y vas a dejarlo a él, 32 años, buen mozo, solo aquí?" Pero ella se fue, desapareció. Y a los ocho días, ¡qué me dice!, la fuga. Igualito que ahora. Hicieron un túnel desde los baños del Penal hasta aquí al lado. Y también agarraron para Joaquín Nuñez, como éstos, pero a campo traviesa, porque el escribano Curi vino mucho después. Ahora, ¿quiere seguir el recorrido por la casa?

La vivienda de Solano García, elegida por los Tupamaros para su evasión, tiene muy poco frente y mucho fondo. Como hay piezas a ambos lados del pasillo, éste resulta estrecho y da al que se desplaza (¿o yo estaría sugestionado?) una sensación de entubamiento medio alucinante. No cuesta mucho imaginar a aquel centenar largo de hombres emergiendo de la tierra en el silencio de la noche (seguramente poblado de ruidos secos y órdenes tajantes, aunque musitadas), para desembocar en la luz incierta de aquel otro túnel amueblado, con recodos que parecen conducir, como en los sueños, a paisajes ya vistos.

Por la mitad del recorrido o algo más allá, empieza la vivienda de Dolores Castillo, profesora de filosofía, periodista, cardíaca, convaleciente aún del shock que le produjo la multitudinaria visita nocturna. El domingo había ido al Eliseo a ver **Un día en dos vidas** (título con secretas afinidades) y al llegar, a las 21 y 30, ya encontró la casa copada. Derivando de la alarma al asombro, la dueña de casa fue retenida con los demás, en número de siete, en el dormitorio de Billy. Hasta más o menos las cuatro de la madrugada, en que todo volvió a la honda calma propia de esa hora.

—¿Se imaginaron, antes del desfile, de qué se trataba?

—En absoluto. Y no tanto porque fuera inconcebible (al fin de cuentas ya lo habían hecho con las mujeres y en verano lo habían intentado ellos mismos), sino porque no nos veíamos nosotros como protagonistas, aun forzados, de semejante acontecimiento.

—¿Qué hicieron en tantas horas de espera?

—Mientras nos dejaron tener esa veladora encendida, estuvimos bastante animados, comentando interminablemente lo que

nos pasaba, sin saber bien quién era. Yo observaba mi propio corazón, como si fuera de otro, sabiendo que su calma de esos momentos era engañosa y que estaba incubando esta crisis de ahora. Pensar que estamos dando en clase William James y las modificaciones fisiológicas que pueden causar ciertas emociones; después les voy a explicar bien a los chicos de qué se trata. Para distraerme, hasta intenté hacer crochet. Pero más tarde nos hicieron apagar la veladora y entonces no hubo aquí más luz que la de la estufa. Fue bastante siniestro. Por la rendija de la puerta, que si no recuerdo mal nunca estuvo (la puerta) cerrada del todo, más que ver adivinábamos el ajetreo. Se entrecruzaban las transmisiones de Radio Patrulla, con noticias de la asonada de La Teja, y las breves e ininteligibles palabras que, por el walkie-talkies, cambiaba con alguien el muchacho que nos vigilaba. Fuimos alguna vez al baño y Billy fue autorizado a emprender dos excursiones: una a la cocina, porque doña Elena y todos ya sentíamos hambre, y otra al cuarto de al lado, donde duerme Dobby (un espléndido Doberman que me rodea murmurando por lo bajo, quizás a la espera de órdenes de su ama para atacar). Dobby, que es muy tranquilo si nos ve en la casa a mí o a Billy empezó a escandalizar y fuimos conminados a calmarlo de apuro. Como a las dos o dos y media, todo cambió. Pero no para nosotros, que seguíamos confinados. Aunque habían alfombrado el pasillo (con sacos y ropa diversa, como vimos después), no, por cierto, para no ensuciar sino para ahogar los pasos, éstos se escuchaban apresurados y cada vez más numerosos, interrumpidos también, de tanto en tanto, por cortos intervalos. Las sombras fugaces que huían hacia el fondo obedecían voces apremiantes: "¡Vamos, vamos!, ¡rápido, rápido!". Pero se ve que tomaron algún trago en la cocina (la señora mira sin mezquindad la cota de whisky en la botella), quizás mientras se quitaban la ropa embarrada que traían y que dejaron allí amontonada. Aquello era interminable, y desde hacía rato, evidente: los Tupamaros estaban fugando del Penal.

No habían fugado, aún; estaban fugando. Todavía quedaban por delante jardines, galpones, boquetes, baldíos, boquetes, jardines, pasillos, paisajes ya vistos (quizás temieron terminar otra vez en la celda No. 73), hasta alcanzar los rodados que esperaban en la calle Joaquín Núñez, como en 1931.

Algo más increíble que la fuga

Ahora los señores Pacheco y Sena apuntan el dedo acusador hacia el personal de vigilancia de Punta Carretas. Es obvio. Aun-

que aún no se conocen detalles, cuesta descartar omisiones y negligencia, quizás a más de un nivel. Pero un manto de ridículo cubre también, inevitablemente, al gobierno todo y su aparato de seguridad. Ellos querrán ahora consolarse, pensando que desde que hay presos en el mundo ha habido fugas o intentos de fugas. Y que si bien las exitosas son muy pero muy pocas, cuando se dan, se dan.

Lo que ocurre es que a este gobierno, que gasta millones en medidas lentas de inseguridad y que recibe ayuda yanqui para la represión en volúmenes no igualados (proporcionalmente) por ningún país latinoamericano, a este gobierno que pide a los habitantes la delación hasta de los ruidos raros mientras él no oye los más simples y ensordecedores, a este gobierno se le escaparon, desde mayo a la fecha y en cuatro ocasiones distintas, 146 "sediciosos". Cada fuga debió ser un llamado de alerta, para que no hubiera otra. Pero después de la primera hubo otra, otra y otra. Ya había ocurrido una, de 13 reclusas de la Cárcel de Mujeres, en marzo de 1970. Pero quizás ningún toque de atención debió ser tan alertante como el frustrado intento de evasión de Punta Carretas, en febrero de este año. Entonces lluvias insólitas para la época hicieron literalmente zozobrar el minucioso plan. Luego aparecerían sobrenadando en Trouville algunos de los implementos del audaz operativo. ¿Cómo no pensar que quienes lo habían preparado y estaban empezando a ejecutarlo, reincidirían? Quizás no haya nadie más propenso a la fuga que quien ya intentó y no pudo fugar. Tres meses después los Tupamaros reincidieron, y el resultado es el bochorno del domingo. Todo el mundo pensó que renunciaría el ministro del Interior; pero no, quien quería renunciar era el de Obras Públicas, porque (contribución del humor popular), ¿cómo no dejaron que Pintos Risso inaugurara el túnel? En cambio, el Superior Gobierno está indagando con lupa las huellas de la venalidad y la corrupción del guardián de turno. Pero el problema es otro.

¿Sabe el lector, por ejemplo, a cuánto asciende la población carcelaria de Punta Carretas, y cuántos guardianes tienen a su cargo la vigilancia? Los presos son 800, y usted puede ir calculando, mientras avanza en la lectura del párrafo, cuántos serán sus guardianes. ¿Cómo dijo? ¿Doscientos, cien, ochenta? Perdió, señor... son seis. Sí, seis. De los cuales uno permanece en las oficinas del frente, o Revistoría, otro en la torre de control, un tercero en el hospital y el cuarto es el intendente, el jefe de guardianes. Quedan, pues, sólo dos hombres en la relación, digamos, persona a persona con los 800 reclusos. En la medida en que todo esto es increíble, la fuga misma empieza a tomar cuerpo y a ser verosímil.

Cuando hay requisas, el drama pasa a ser tragicomedia. Todo el personal de guardia —dos guardianes, a los que suele acompañar el intendente— se concentra en la celda a requisar, mientras los 797 reclusos restantes quedan sin vigilancia. Ante estos datos, ¿qué sentido tiene el fuego graneado que desde varias bocas está disparando el Poder Ejecutivo contra el "funcionariado vernal"? ¿qué sentido, las renunciaciones que se aceptan diez minutos después de ser presentadas (la del director de los Institutos Penales) o las vehementes emisiones radiales del ministro, similares a las del director técnico del cuadro que perdió? Todo esto, que no guarda estilo ni sintaxis ni equilibrio, responde a un propósito bien claro: distraer de la responsabilidad propia la atención pública, descargándola sobre un chivo emisario (pero el coronel Cirillo parece tener cosas que decir y ya empezó a decirlas) y sobre los conocidos de siempre, los funcionarios, eternos culpables de lo que pasa en el Piñeyro del Campo, el Vilardebó, la Etchepare, el correo y ahora los Institutos Penales.

Los desaciertos son muchos, pero a otros niveles que el de los funcionarios. Mientras en el interior del Penal, el déficit de personal de guardia debió ser un acicate permanente para los Tupamaros, fugadores vocacionales, afuera, en casetas emplazadas en las cuatro esquinas, bostezan armados a guerra (rifle de repetición del tipo M1, granadas, cuchillo) los integrantes del Personal de Combate. Una denominación exagerada para ese puñado de hombres jóvenes que pasa el tiempo relojeando a las pibas del barrio, y de cuando en cuando, levantando la tapa de alguna cloaca por si un "sedicioso" está a punto de darle ese gusto (sólo que para realizar la operación se vale de un lamentable gancho de alambre retorcido, lo cual quizás lo humaniza un poco pero en desmedro de sus aprestos bélicos). Y no hablemos de los tanques, que para divertido asombro de los mayores y ruidosa alegría de los niños, aparecieron un día por la rambla bajo las órdenes de De Brum Carbajal, pero a bordo de esforzados camiones. Con tan mala suerte que al desembarcar se desarmaron, lo que fue entendido por los pibes de García Cortinas y Guipuzcoa como la señal de ataque, pero de ellos. La escena, inefable, sugiere la más desoladora (para los Tupamaros estimulante) ineficiencia.

El aparato de seguridad parecía creer, según estas evidencias, en un posible intento de liberación de los Tupamaros, organizado desde el exterior. En tanto, las previsiones dentro del recinto carcelario no eran desatinadas pero pecaban de ingenuas. Alejar físicamente de tierra firme a los guerrilleros, ubicándolos en las cel-

das del segundo y del tercer piso, responde a una lógica elemental. Pero supone creer demasiado en las fronteras ideológicas. Primer piso: sólo delinquentes comunes, y las celdas "malditas" de arriba con la cuña de un delincuente común por medio. Débiles obstáculos, sin duda, para quienes habrán decidido librar en ese terreno la "guerrilla dialéctica". Quizás la politización incipiente de unos y el interés de otros por asociarse a la fuga, y aun de otros por la codicia de meros billetes, fueron allanando el camino hasta la celda No. 73, y desde allí el largo camino a la libertad.

¿No es pueril, en esta perspectiva (burocrática, política y psicológicamente realista), imaginar a los protagonistas de la fuga comprometiendo su seguridad y el éxito de ésta, en tratos inciertos con carceleros que rotan y que durante las 16 horas de ausencia podían estar "batiendo" en Inteligencia y Enlace, o simplemente al pie de un mostrador y a la cabeza de unas copas? Es pueril. Pero la pregunta —insistirá el lector— no ha sido contestada:

—¿Cómo fugaron los Tupamaros?

Es lo que yo digo.

(10/IX/971)

TRISTEZAS DE LA CALLE MALLORCA

Los muchachos salen de sus celdas un rato de mañana y otro rato de tarde. Salen de a dos, porque son "peligrosos" (con y sin comillas), y en la pequeña salita del frente el maestro les enseña a leer o trata de mejorar el nivel de sus conocimientos, generalmente muy primarios. Algún sábado juegan a las damas, chirolas de lo que fue el sábado inglés y único esparcimiento permitido. Por iniciativa propia, el maestro lleva un paquete de Republicana y el incentivo de ganarlo anima un poco el "week-end".

Tanto como los cigarrillos les importa, sin embargo, ganar en la salita el lado de la ventana. El que consigue sentarse allí sabe que, cuando los días son lindos, una lengua de sol rodará lentamente mientras juegan, por un costado de su cuerpo. Se explica esa módi-ca obsesión. Las celdas son heladas y el fueguito del hogar en el vestíbulo da algún calor a los vigilantes y al guardiacivil de turno, no a ellos. Ellos permanecen encerrados día y noche en las celdas, excepto ese rato en que estudian o aquel en que se higienizan o lavan la ropa. No tienen recreo, y sólo reciben visitas durante 15 minutos por semana. Pueden transcurrir meses, y ellos viven emparedados en una superficie aproximada de 1,5 x 2,5. No tienen silla ni mesa ni pertenencia alguna; sólo una tarima de cemento y encima el colchón. En lo alto se ven: una ventanita tapiada y una bombita de luz mortecina que a veces está sobre la pared divisoria (cuando ésta no se alza hasta el techo) e ilumina tristemente dos celdas.

En estas condiciones, ir al odontólogo se convierte en una codiciada expedición. Hay que caminar más de una cuadra por el terreno inculto, ya que las dependencias centrales están en otro pabellón. Y esto sí es vida. ¡Patear en el camino los terrones de tierra, pisar el pasto, llenarse los pulmones del aire que haya (no es cosa de ponerse exigentes, pretendiendo el azul de Rubén Darío) y extender la mirada por el cielo, sintiendo que quedan atrás —perro hijo de puta— los ladridos del celoso perro policía, fuertemente amarrado! Son íntimas, pequeñas, incanjeables alegrías que el muchacho, aunque esposado y con custodia, disfruta a pleno cuerpo, a pleno corazón. Allá está el bullicio del "regimen común": otros patios, ventana para afuera, los dormitorios, el comedor, el ajetreo

de los funcionarios, otros muchachos cuya relativa libertad envidia, algunos padres (nunca los suyos). El espectáculo gozoso, en fin, de lo que para él y a pesar de todo, es la vida. Bienvenidas las caries, los dolores de muelas, las extracciones aun sin anestesia, y el ruidito infernal del taladro adentro de la boca — ¡viva la Odontología! —, con tal de poder mezclarse otra vez con la gente y la luz. Como una sombra, después es el regreso: el bullicio va quedando atrás (ni ganas dan de patear la tierra), y los ladridos se van acercando (si hasta parece que el hijo de puta del perro policía me extrañaba). Es, otra vez, la tumba oscura.

No se trata de Miguelete, del Penal de Punta Carretas o de algún orfelinato victoriano extraído del mundo de Dickens. No. Se trata, en 1972, del Pabellón de Seguridad del "Alvarez Cortés", o Centro de Observación No. 1, como lo llama alegremente el Consejo del Niño. Allí van, por disposición del juez, los menores de hasta 18 años que a juicio de éste deben permanecer bajo medidas de seguridad, tras la comisión de delitos que los sindicán como peligrosos. Lo son, ciertamente, en muchos casos; y nada de lo que aquí se diga a favor suyo o en contra del régimen que se les aplica, parte del desconocimiento de ese hecho cierto y menos aun de la idealización del menor delincuente.

Son —ahora que la problemática socio-económica echa leña al fuego de la delincuencia infanto-juvenil— autores de rapiñas a mano armada, de hurtos con lesiones e incluso de homicidios. Pero esto no atenúa sino que agrava la responsabilidad del Consejo. Porque el aislamiento y el desamparo —afectivo, pedagógico y psíquico— que significa el Pabellón de Seguridad para el menor (donde no habla con nadie, mientras tiritita de frío en invierno y se lo comen las moscas en verano), redoblan su agresividad y lo empujan a asumir el papel que (en la soledad de la celda él se convence) la sociedad le tiene reservado.

El borroso delincuente, el delincuente incierto, perfecciona mentalmente sus métodos delictivos en largas horas de ocio, en un rincón del camastro, cuando el placer solitario ya le dio, junto a una cansada tristeza, cuanto podía darle. Planea infatigablemente fugas que no puede emprender, e idealiza —él sí— la escala de valores del cantegril, única tangible en su singular experiencia. ¿Y qué otras pautas tiene para optar? Sería asombroso que, dejado en libertad seis u ocho meses después de semejante tratamiento, haga en la calle otra cosa que delinquir. Por supuesto delinque, y entonces se recibe de menor MUY peligroso. En lugar del Pabellón de Seguridad del "Alvarez Cortés" lo espera el Pabellón Asencio

de la Colonia Suárez. Es el principio del fin o, si ya accedió a la mayoría de edad, el fin del principio. El muchacho se fuga —el cronograma previsto, punto por punto—, roba para vivir y vuelve a las amistades peligrosas, únicas que conoce, y únicas ante las cuales se siente reconocido como ser humano. Si es apresado y todavía no cumplió 18 años, retorna al "Alvarez Cortés", quizás con la aureola a contra mano de ser un "héroe" precoz, la promesa de un Rey del Hampa. Pero mientras ese destino soñado no llega, ya está otra vez en alguna de las 17 celdas del Pabellón de Seguridad, que tan bien conoce: cigarrillos Republicana, odontólogo, ventanita tapiada, la interminable soledad del camastro, todo el repertorio de la frustración.

¿Puede, el Consejo del Niño, dormir tranquilo con estos resultados? Por lo pronto, puede mirar hacia atrás y comprobar cómo eran las cosas en el "Alvarez Cortés", hace unos años, cinco o seis a lo sumo. En efecto, era la época en que iba al Juzgado de Menores una visitadora social y había que mirarla de reojo por si estaba negociando al menor cuya guarda reclamaba para alguien. La época, asimismo, en que los muchachos, como penitencia, pasaban horas y horas el trapo seco por un patio limpio, acto sádico de autoridad que sólo buscaba mortificarlos y agraviarlos, ofenderlos y humillarlos. Poca cosa, con todo, comparado con aquellas noches sigilosas y activas de comercio sexual, generoso en venéreas; o de salidas al exterior y retorno con el botín robado. Si todo eso quedó prácticamente atrás, ¿cómo no hablar, con alivio, de ciertas etapas que se ha ido superando?

Pero es alarmante que se mantengan políticas condenadas, como la que cree recuperar al menor problemático en base al autoritarismo. Tampoco se compadece con las afligentes carencias materiales de hoy, el complejo de Sayago proyectado, con opulencias edilicias ajenas a toda ponderación. El nuevo "Alvarez Cortés", por otra parte, va a consagrar —el día en que sea un hecho— el fortalecimiento de los principios de autoridad e internación, precisamente pilares de toda política represiva. Esto no significa ignorar lo impropio —diría: lo contraindicado— de su emplazamiento actual. Frente al "AC", por la calle Mallorca, se extiende el pabrero de un cantegril. Ranchos miserables de lata o tablas mal avenidas, viviendas de emergencia que duran lo que dure el estoicismo y la resignación de sus moradores (pareja, chiquilines, perros). Y al costado, el santo y seña de los que viven del basural: el montoncito de botellas, la cubierta de auto, zapatos destacados (por falta de taco), apreciados restos de comida y un par de carritos de mano:

—Son toda mi fortuna —dice el muchacho, precozmente convertido en hombre y jefe de familia; y sus palabras son un eco entristecido de las de Gardel en "Melodía de arrabal".

El cantegril de Mallorca parece el epílogo o el prólogo (según uno vaya o venga) del cantegril de Isla de Gaspar y del de la Cante-
ra de los Presos. Son la réplica costanera —"¡El 'Hura' que no ni no!"— de los densos cantegriles del norte, que tienen el poncho de hormigón de Aparicio Saravia por cobijo. Para el pibe que traspone el umbral del "AC" y echa un vistazo en derredor antes de entrar, el cantegril de Mallorca representa todo lo que dejó atrás, lo único que conoce y quiere: el mundo cerril de sus hermanos en sangre y correrías ("fechorias", prefieren decir otros), un mundo de privaciones y peleas, de oscuro y fundado rencor, donde el delito es una defensa natural, no una libre elección. Del lado de adentro del umbral también encontrará privaciones y guerra. Y algo nuevo: soledad y encierro. Y un código de bellas palabras que no entiende y que se dan de patadas con la única realidad, que es él. "Niños difíciles", sin duda.

El código de bellas palabras dice que el "AC" no es un internado sino un lugar de paso, un centro de observación para estudiar al menor de entre 14 y 18 años, abandonado o con problemas conductuales, a fin de derivarlo, en diez o quince días, hacia otros internados del Consejo del Niño o a hogares sustitutos y aun a su propio hogar, según lo que resuelva el equipo de técnicos, o si se trata de menores bajo medidas de seguridad, según lo que resuelva el juez. ¿Qué queda en la realidad de toda esta planificación, teóricamente razonable?

Por lo pronto están ingresando al establecimiento de la calle Mallorca chicos de hasta 12, 10 y 9 años, no porque la niñez, como la juventud, "esté perdida"... sino porque el deterioro económico del Uruguay engendra, precozmente, las condiciones aptas para la conducta delictiva, el abandono y la vagancia. En un centro que ya tenía problemas locativos, esto significa superpoblación, hacinamiento y —rodando de una dificultad a otra— una impotencia de hecho para cumplir sus fines. Es verdad que la fiera concepción carcelaria que impera en el Pabellón de Seguridad no se da más que allí. Melancólico alivio. Porque es el menor, por su propio mérito (al no incurrir en las faltas de los otros), quien escapa al severo régimen carcelario. Cae, en cambio, en el que corresponde a la razón de su ingreso que puede ser, como el abandono, compatible con la inteligencia y la virtud. Y ese régimen, siendo muchísimo menos riguroso que el otro, consagra en los hechos el mismo desamparo

de cada ser concreto y el mismo distanciamiento respecto de los adultos que deberían orientar al muchacho y tratar de comprenderlo y hasta de quererlo un poco. Es la antesala del fracaso. Un fracaso previsible y aceptado por la institución, aunque duela a sus técnicos. Si se la ataca en sus bases, la institución se defiende, argumenta, pretexto atenuantes. Pero en el fondo está ganada por el desaliento; sabe que en el "Alvarez Cortés" están dadas las condiciones para la ineficacia.

A fuego lento

En lugar de diez o quince días, la mayor parte de los muchachos permanece en el "Alvarez" dos, tres, cuatro meses y aún más. ¿Por qué? No hay lugares de derivación. Los buenos están superpoblados, y los malos son malísimos. Derivar al muchacho en esas condiciones es como invitarlo a fugar. El 50% de los que ingresan en la Colonia Suárez fuga en las primeras 24 horas. Este es un plebiscito de campo sobre lo acogedor que los menores encuentran al Consejo del Niño. Pero la verdad es que la fuga —explicable a dos puntas: el encierro del cual se huye y la libertad que se ambiciona— entraña nuevas desventajas porque margina aún más al menor, que se siente —y está— fuera de la ley y perseguido. Antes de largar esa carrera hacia la delincuencia, el equipo de técnicos del "AC" prefiere, razonablemente, retener al muchacho. El lugar de paso se convierte así en lugar de permanencia, sin llegar a ser nunca lo que el rótulo pretende: un centro de observación.

¿Cómo podría serlo? Alrededor de 70 muchachos (a menudo son 100, y la capacidad del local se colma con 60) son sometidos, cuando ingresan, al estudio "integral" de un médico, una psiquiatra, un psicólogo, dos maestros y dos asistentes sociales. Sólo el psicólogo necesitaría disponer de cinco horas para desplegar con cada joven sus baterías. Empieza por carecer del material indispensable para los estudios de personalidad (tiene el TAT, pero le falta el test de Roscharch, y hace en papel de estraza los estudios psicométricos porque no hay papel blanco); y la salita para las entrevistas, que debería ser reservada, apta para una comunicación confiada y fácil, es abierta, ruidosa, concurrida e inhóspita, un llamador para la dispersión. Eso le falta al psicólogo; al médico le faltan medicamentos y a todos lo más elemental.

Como los muchachos son tantos y el técnico uno solo, las cinco horas necesarias se reducen a una, disputada al mundanal ruido.

Casi no se entrevista a los padres, lo que sería básico, y nada se sabe de la conducta del menor dentro del grupo, dato igualmente revelador. Habría que seguir los pasos de ese chico. En cambio, cumplidos los exámenes, se hunde en la masa de sus compañeros y ahí queda. Semanas, meses. Ocioso, inactivo, sin estudiar, solo, en medio de un centenar de solitarios como él. ¿Solo? Más bien intercambiando problemáticas negativas, amén de piojos, pulgas y venéreas. Cada uno carece de apoyo afectivo; la institución desbordada, no tiene rostro, manos, palabras que ofrecerle. Y —con tino— tampoco se anima a derivarlo.

Unos pocos, la cuarta parte, ayudan en la cocina, en la panadería, en la colchonería, en la despensa, y éstos, al menos, matan el tiempo (y le ahorran unos pesos al Consejo del Niño, que no tiene personal de servicio en el "AC"). Los demás deambulan sin objeto, o juegan un partido interminable de fútbol, o se pelean entre sí y con los guardianes, o se alían todos contra un chivo emisario, generalmente "el nuevo". Pero ni el trabajo es laborterapia ni el fútbol es recreación. No hay más plan que cultivar el hastío.

¿Y los instructores? Los guardianes, diré. Mientras pueden, mantienen la distancia. Se manejan con el "no te metás" y el "por las dudas", mezcla de temor y aire de superioridad. Hasta que no tienen más remedio que meterse, y entonces lo hacen con bárbara inocencia acerca del material humano que, sin terapia previa, se les confió. ¿Nociones de psicología? Muchos son analfabetos, arrastran ellos mismos un pasado de desocupación y cantegril. Y cuando se agudizan las tensiones en ese medio explosivo ellos, tranquilos, descargan en el menor sus complejos, entre los cuales no debe figurar el de culpa. Es que no son culpables. Le pidieron al senador algún empletto, no necesariamente éste. Y el senador (o el diputado, o el mandamás del "clú"), más interesado en cumplir con el correligionario que con el servicio, les propone:

— "¿Paseos Públicos", o "Alvarez Cortés"?

— "¿Paseos Públicos", allá por Lucas Obes? ¡No!. Si puede, deme al "Alvarez Cortés". Yo vivo por Camino Carrasco.

A ley de juego, está todo dicho.

EL UNICO CAMINO

Ni altos muros, ni cercas, ni perros de policía, ni siete llaves, ni celdas, ni guardianes. Estamos en Propios, a una cuadra de General Flores. En el No. 3267, el que fuera hace unos años un arrumbado local perteneciente a la Comisión Honoraria para la Lucha Antituberculosa, es ahora el Hogar de Pre-egreso del Consejo del Niño. Se accede al predio que lo rodea, para salir o entrar, sin obstáculo alguno. ¡Cómo! ¿una dependencia del Consejo del Niño en que no hay intentos de fuga? Oigo desde la acera —apagada por la distancia— una mezcla de risas juveniles y música beat. Tras la ventana se recortan bajo la luz las figuras de varios muchachos. Esperan la cena. Es la noche del viernes pasado, y el umbral que traspongo es el de una experiencia insólita.

Allí, donde los principios de autoridad rigen de un modo adulto, flexible y hasta diría alegre, es imposible no tutear a Benzo de entrada (Edgardo Benzo, 32 años, casado, 4 hijos, domiciliado en Propios 3267, maestro, creador y director del Hogar). Recorremos juntos las dependencias de éste, y las primeras comprobaciones no hacen más que ratificar la impresión inicial. Baños aseados, agua caliente, calefacción, dormitorio agradable, camas de cedro, ropero individual, sábanas limpias.

—Che, pero ustedes le tiran el carro al Consejo...

—De este carro tiramos nosotros, perdé cuidado.

Salón comedor. Presentaciones. Me invitan a cenar, por supuesto. Por supuesto, acepto. Bromas acerca de la hora que cierta gente elige para hacer visitas. Mortadela con ensalada (escarola de la quinta, plantada por los muchachos), estofado al horno con papas, crema con azúcar quemada. Agua mineral. Buen provecho. Y ahora una veintena de muchachos rodeando el grabador, más Benzo, su mujer y sus hijos (el mayor 10 años, pretende integrarse al grupo; el menor, 4, resiste heroicamente los embates del sueño, y no saca del grabador los ojos que se le cierran). Disparo la primera pregunta, a ver qué pasa.

—¿Y esto cómo funciona?

Como se miran sin contestar, aclaro:

—No me refiero al grabador. Me refiero al Hogar, me refiero a ustedes.

Antes, el lector debe saber que el Hogar de Pre-egreso trata de colocar, y coloca en el mercado de trabajo, a los muchachos del Consejo del Niño aptos para desempeñarse responsablemente como asalariados. Esa aptitud no consta en un diploma; el señor Pitman no tiene nada que ver. Si dijéramos, en cambio, que otros internados del Consejo — "Alvarez Cortés", "Martirené" o Suárez— sugieren a Benzo el nombre de los muchachos mejor dispuestos o mejor preparados en tal o cual taller, diríamos la verdad, pero no toda la verdad. La verdad es menos burocrática y puede presentarse, inopinadamente, no como una ficha y en horas hábiles, sino como un muchacho y a medianoche. Y con títulos tan poco recomendables, a priori, como el haber fugado del Pabellón de Seguridad del "Alvarez Cortés" o del Pabellón Ariel de la Colonia Suárez, y el estar cayéndose de mugre, hambre y sueño. Pero aclaremos: no suelen ser tan dramáticos los ingresos al Hogar. Ni el inesperado candidato ingresa automáticamente. Sobre este y otros puntos, sin embargo, prefiero que hablen los protagonistas.

—Este es un grupo muy humano, somos todos compañeros. Aquí no hay guardianes, ni regentes, ni empleados. Entre nosotros, que somos 32, hay un grupo de 5 muchachos que dirige, elegido por los demás. Todos los viernes nos reunimos en asamblea.

—Hoy la suspendimos por usted.

—Disculpen.

—Y ahí se discuten los problemas.

—¿Qué problemas?

—Y... un ingreso, una expulsión, un reingreso, problemas de conducta de alguno de nosotros, problemas del trabajo, mantenimiento de la casa.

—¿Y ustedes intervienen en las decisiones para aceptar, rechazar o expulsar a un compañero?

—Nosotros intervenimos en todo. La asamblea es la que decide sobre todo. El maestro (Benzo) interviene en las discusiones y es muy escuchado (risas y bromas). El nos trajo aquí, nos consigue trabajo y siempre nos aconseja. Pero no nos manda; él mismo quiere que nos mandemos nosotros.

Benzo, a un costado, mantiene un silencio activo. Se ve que prefiere no hablar. Que hablen libremente los muchachos. Pero sigue las exposiciones con profundo y divertido interés, como si encontrara en el espejo su imagen en la imagen que los chicos dan de sí mismos.

—Si ustedes trabajan todo el día, ¿quién limpia, quién cocina, quién lava la ropa?

—Hacemos equipos de limpieza que se turnan y que hacen las tareas después de las 5 o las 6, cuando volvemos de la fábrica. Y los sábados hay limpieza general. La ropa de cama la lavamos nosotros mismos y la ropa personal la mandamos a lavar. Y para la comida, tenemos una cocinera contratada.

—¿Contratada? Pero ustedes qué son, ¿proletarios o ejecutivos?

Del fondo salta una vocecita:

—Somos proletarios ejecutivos.

Carcajada general y algunos palmoteos de los más próximos al ocurrente.

—Como el Consejo no nos manda cocinera, tenemos que ponerla nosotros.

—¿La pagan ustedes?

—Sí, de un fondo formado con el 20% de lo que gana cada uno. Ese aporte es obligatorio y da para gastos extras. Por ejemplo, contratar la cocinera, comer pasta los domingos, mantener la pintura en buen estado y esas cosas.

—¿Y eso no tendría que proporcionarlo el Consejo?

—Hay gastos que nosotros decimos: "Esto es para vivir mejor". Eso no se lo reclamamos al Consejo. ¿Se cree que ya nos olvidamos de la bazofia que nos daban en Malvín o en Suárez? Mientras otros compañeros sigan comiendo eso, nosotros no podemos pedir que nos paguen los rabioles del domingo. Otras cosas, sí, debe ponerlas el Consejo, y entonces le pasamos la cuenta.

—¿Y cobran? Con perdón de la pregunta...

—¡Ufa! A veces da más laburo que trabajar.

—Así que ustedes le prestan plata al Consejo del Niño... Esa no la tenía.

—Y qué va a hacer... Pero no le fajamos interés, y el maestro es durísimo con las facturas. No perdona una.

—Seré indiscreto... ¿Qué hacen con el resto de lo que ganan?

—Cada uno lo gasta en lo que quiere: ropa, ir a los bailes, mandarle a la vieja (pausa)... los que tienen... Menos un 30%, que lo ahorramos para que al irnos del Hogar, tengamos para defendernos. Aquí hay algunos que pueden responder hasta 60 o 70 mil pesos.

Murmullos en la sala. Los ahorristas más notorios se la velan venir.

—¿En qué trabajan ustedes y dónde?

—En la herrería de Güida, en la carpintería Faroppa, en Sudamtex, en lo de Ponti, el de los toldos y lonas, en los talleres de

Pablo Ferrando, en la construcción, algunos en el Parque Posadas, y otros aquí, en las obras del pabellón para mujeres, o en la quinta.

—¿Un pabellón para mujeres?

Benzo agarra la posta.

—Sí, es bueno que el Hogar sea mixto. La vida de relación es más natural. Es mucho mejor que muchachos y chicas convivan...

—por supuesto, en pabellones separados— (la aclaración sale con la voz "en negrita", para que la platea se sienta aludida)...

Abucheo general, gritos, protestas; la travesura de Benzo dio en el blanco.

—...es mejor que muchachos y chicas convivan, y no que se "imaginen" unos a otros.

—¿Pero éstos qué edad tienen? No creo que tengan que imaginarse nada.

—Entre 18 y 20 años, aunque hay mayores y menores. Pero cohabitar no es lo mismo que convivir, ¿no te parece? La cohabitación sin convivencia puede destruir el camino hacia la madurez. No olvides que en muchos de estos casos se dieron años de encierro carcelario en plena adolescencia o profundas carencias afectivas desde la niñez.

—Gracias. Round enteramente tuyo.

—Volviendo al nuevo pabellón: las obras están iniciadas y si el Consejo pone el millón que prometió, en un año o menos puede estar funcionando. Pero no se trata sólo de librar de complejos la mente de los muchachos sino, sobre todo, de hacer por las chicas lo mismo que se hace por ellos, en cuanto a su colocación en el mercado de trabajo. Ya hemos hecho algo en ese sentido, pero desde el Hogar Femenino de Pre-egreso podrá hacerse mucho más.

—Me sigue zumbando en la oreja la misma pulga. ¿Los muchachos tienen libertad para salir de noche?

Contestan ellos.

—Después de la merienda, cuando volvemos del trabajo, a las 5 o las 6, algunos pelotean, otros escuchan discos...

—¿Qué discos?

—...música beat o folclórica. Otros prefieren ir a caminar un rato por General Flores, y los que tienen turno de limpieza, limpian. Todo el que sale tiene que volver, como tarde, a las 8 y ½ de la noche. Eso es entre semana. Los sábados tenemos dos horarios de regreso: a la una o a las siete de la mañana del domingo. Esto es para los que van a los bailes. No pueden volver a las 4 o las 5. A veces es bravo decidir a medianoche si dejamos pasar la una, por-

que eso significa quedarse hasta las siete. El propósito es poner cierto orden y no importunar a los que duermen. Y el domingo de noche hay que volver antes de las once. Los que fueron a pasar el fin de semana con su familia, también.

—¿Tienen régimen de visitas?

—No.

—¿Cómo no? ¿Los familiares no pueden venir a verlos?

—Ah, sí. Lo que no tenemos es régimen, horario. Las visitas llegan a cualquier hora, como usted. A cualquier hora, no. Tienen tiempo hasta las ocho y media de la noche. Como nosotros.

—¿Cómo funcionan con el barrio, el Hogar con el barrio, y el barrio con el Hogar?

—Ahora, fenómeno.

—¿Qué quiere decir, ahora?

—Al principio algunos se metían con las muchachas. Ibamos de pesados, ¿entiende? Y notamos en la calle y en el almacén que no nos querían. Entonces discutimos el asunto en la asamblea, y se resolvió cambiar de táctica. Ahora nos ven de otro modo.

Benzo tiene algo que decir.

—Lo que ellos dicen es cierto. Pero hay algo más. El Hogar se estableció aquí en 1969, y ya sabés cómo se mira en todas partes a "los menores del Consejo del Niño". Aquí se creyeron que éste era un reformatorio (también hay una leyenda negra sobre los reformatorios); creyeron que se había instalado en el barrio una banda de delincuentes o algo parecido. Son generosos éstos, al ver sólo sus propias culpas; piropos, afiles y a lo mejor también alguna demasia. Nada grave. El barrio reaccionó bien cuando los fue conociendo. Ahora tienen amigos de la zona que vienen a charlar, varios juegan en el cuadrito de fútbol, y las vecinas vienen a cada rato a pedir una escalera o una herramienta, o a buscar a sus chiquilines que están jugando con los nuestros. Y no siempre la que viene es la mamá, a veces es la hija señorita... Cuéntenle de la Peña de mañana.

Todos interesados. Se superponen las voces. Es el tema del día.

—Es la primera Peña que hacemos. Invitamos a los vecinos, pero no sabemos si vendrán. Queremos que el barrio nos conozca mejor, que vean que sabemos tratar. Pero aquí entre nosotros, eso es lo que nos preocupa: que no estamos acostumbrados, que no sabemos si sabemos tratar. Por timidez o porque nos tuvieron encerrados tanto tiempo o porque la gente le dispara al menor del Consejo, como le decía el señor Benzo. Entonces queremos hablar, relacionarnos. Y se nos ocurrió esto de las Peñas. Prometieron venir varios conjuntos musicales. Esta noche ponemos las guirnalda y

preparamos la masa para hacer pasteles. Va a estar lindo, ¿por qué no se da una vuelta?

—Me gustaría, pero voy a estar ocupado. Precisamente con esta nota.

Sin embargo, fui. Habían convertido el Hogar en un club social. Allí estaban las guirnalas, los pasteles, los matrimonios del barrio, los chiquilines, las jovencitas y "los muchachos de Benzo". Empilchados, contentos, ora ceremoniosos, ora "deschavados". Todo aquello era —ingenua, deliciosamente— su presentación en sociedad.

Pensé: con un poco menos de suerte, estos muchachos estarían liquidados. La mayoría de los hijos del cantegril (los hijos del Consejo) tienen ese cachito menos de la suerte mínima. Y están liquidados. Porque después que cometen las fechorías —lo único que en los hechos les dejamos cometer—, con el mismo dedo índice con que los señalamos, les señalamos el camino de los Pabellones de Seguridad, peores que la cárcel de adultos, y los otros peldaños descendentes; la fuga a mano armada, la rapiña o el robo para vivir; y la vida propia, cuando no la ajena, que se regalan tras una orden de captura.

Ahora marcan el compás batiendo palmas al ritmo de las guitarras y el acordeón-piano. ¿Son tan distintos, por debajo de las camisas rumbosas y las patillas invasoras, de los que padecen frío, soledad y humillación en los internados del Consejo? No. Son los mismos. Volvamos, 24 horas atrás, al ojo iluminado del grabador.

—¿Por qué no cuenta cada uno algo de su historia, dónde andaba y cómo vino al Hogar?

—Yo vine el 25 del mes pasado. Me fugué del "Álvarez Cortés". Estuve tres meses allá. Cuando llegué, me metieron en un calabozo y me tuvieron dos meses encerrado entre muros. Después me consiguieron trabajo en la herrería de Güida; iba del albergue a la herrería, y después de trabajar volvía al albergue. Me estaban probando para venir acá. Pero tuve un problema y me suspendieron. Como no quería perder el trabajo, me fugué. Y dormí una semana en la calle. Pero a la hora de entrar yo estaba en lo de Güida. Que lo diga él. Entonces vine a hablar con el maestro a ver si podía quedarme aquí. Me dio la oportunidad y sigo trabajando.

—Yo, de Malvín me llevaron a Suárez. Todos los días me fugaba de Suárez. Tenía dos o tres fugas de cada Hogar. Entonces me llevaron al Pabellón Ariel. No estuve ni media hora. Me aburría. Me quería ir al mercado. Yo me crié en el mercado, el mercado de Propios, y quería irme a trabajar allí. Tenía una zorra y hacía chan-

gas. Pero conocía acá, y me venía los fines de semana a comer. Fugaba, y para el único lado que agarraba era para el mercado. De noche dormía al sereno. En invierno no sé cómo no espiché... ¡Había un aire por cada lado...! Ahora hace un mes que estoy acá.

Benzo entiende que el caso merece su intervención.

—Se lo ganó por constancia. Los fines de semana participaba en las tareas del Hogar, se iba integrando. Entonces se discutió en la asamblea si se quedaba de una vez por todas, a pesar de que no tenía la edad. Justo surgieron los trabajos en el pabellón femenino. Se quedó. Al principio tuvo importantes problemas de adaptación, pero viene funcionando muy bien.

Ahora es el muchacho que mira, absorto, en el espejo, una imagen que resulta ser la suya.

—Tenemos que esperar a ver qué pasa en el trabajo. Si se afirma, aquí tiene lugar seguro. Lo que prueba que el grupo no se equivocó cuando decidió darle la oportunidad.

—Yo estuve en el "Alvarez Cortés" y en el Pabellón Asencio de Suárez. Estuve un año encerrado. Mucho peor en Malvín. Hay empleados que castigan o buscan a uno que sea medio infeliz. Cuando lo ven un poco que se hace respetar, le buscan la boca para que uno los insulte o algo, o quiera pelear, para meterlo en la celda. Yo vi a un compañero en Malvín que lo agarraron y lo dejaron desmayado chorreando sangre en la cabeza, de darlo contra la pared.

—¿Pero a veces los muchachos son bravos, no?

—Y sí... pero con razón. Como la quematina de colchones. Quemaron los colchones, porque la comida no la comían ni los chanchos. Y las sábanas las cambiaban cada dos o tres meses. Porque va un periodista o va la doctora Reta, y cambian sábanas y arreglan todo. Después se olvidan de los presos, y uno... meta juntar pios.

—¿Qué hacías encerrado?

—Uno pasa amargado, pensando, leyendo revistas, fumando. Sale a buscar la comida y a bañarse, nada más. Lo único que piensa es fugarse. Se pone a hablar con otro compañero: "Pa, me pasa esto, me pasa aquello, mi vieja está así". Y bueno, ¿vamos a irnos? Pudiéndonos fugar, ¿quién va a querer quedarse?

Benzo lo interroga.

—Vos me pediste un poco de plata el otro día, ¿para qué la necesitabas?

—Para llevar algunas cosas: tabaco, galletitas, yerba, a los compañeros que están encerrados allá en Suárez.

—¿Y esta tarde qué me pediste?

—Hacer mañana de mañana el trabajo del sábado, para poder ir de tarde con otros botijas a la colonia. A llevar, también. Casi todos los sábados vamos.

—Y el sábado anterior, que no me pediste plata, ¿cómo compraste el tabaco y lo demás?

—Ah, con los ganchos. Hice ganchos fuera de hora y con lo que gané compramos la yerba.

—¿Qué hubieras pedido en la celda, cuando estabas allá, si hubieras podido pedir algo para estar mejor?

—Una ventana. La que hay está tapiada o está contra el techo. No se puede mirar para afuera.

A la una y media completamos la tercera cinta grabada, pero nadie daba ni pedía tregua. Alguien trajo una guitarra y cuando ya empezaba a ganarnos el repertorio de Los Olimareños, se acordaron de las guirnaldas y de la masa para los pasteles.

¡Adelante Pimienta, Zipitría, Domingo Pérez, Walter Romero, Francisco Rey, Oscar López, Carlos Castro, hermanos Duarte, hermanos, los que no pudieron zafar y los que están zafando! Cuando todo les fue negado, ustedes fueron capaces de dar. Ustedes fueron mejores que sus jueces.

(6/X/972)

CACERIA Y MUERTE DE WENCESLAO PRIETO

—¡Uy! ¡Vienen los del Grupo de Choque No. 1!

La exclamación no partió de los familiares de Wenceslao Prieto, en el dramático asedio del jueves 30 de marzo que costó la vida al muchacho de 27 años. Partió de los propios funcionarios policiales que, apostados frente a la casita No. 4663 de la calle Senén Rodríguez, en Peñarol, participaron en la primera etapa del sangriento operativo. No era por "roperos" sino por ambulancias, ni por metralletas sino por inyecciones, que clamaban a media tarde de ese día los angustiados familiares del Wenso (o Negrito, o Flaco, apodos indistintos que éste recibió del cariño de los suyos). Quienes más lo frecuentaban habían notado los últimos días cierta agresividad nada habitual en él, pero es el mismo jueves cuando aparecen en su mente, de madrugada, las grietas de un desequilibrio que va agudizándose con el transcurso de las horas. Se imaginó a sí mismo tramitando —al nivel más alto y más confidencial— urgentes reuniones con asistencia de Seregni, Trias, Sendic y Arismendi; mientras esperaba instrucciones de fuera, impartía otras al vacío, paseándose al acecho por la casa y después por la vereda, con atuendo de guerrillero y exhibición de armas. Hay que decirlo: el suyo no era un caso fácil como no lo es, a priori, el de ningún demente armado.

¿Cómo llegó Prieto al borde del abismo? Sus allegados rastrean dolorosamente en el pasado de la víctima y en su propia memoria, e iluminan un hecho, unas palabras, una reticencia que ahora parecen reveladores. Prieto fue un estudiante brillante: el mejor de la clase en la Sagrada Familia durante muchos años, como consta en la repisa con medallas que rompe la vista del visitante. E iba temprano a clase (el detalle es significativo) para que sus compañeros copiaran los deberes, si no los habían hecho. Era parco y era locuaz. No le gustaba dispersarse en conversaciones generales (en realidad tenía rasgos de inmadurez y no le era fácil la comunicación con los otros), pero mano a mano charlaba horas con sus amigos íntimos. Se presentó en 1960 a un concurso del Banco Comercial y lo ganó, pasando a trabajar primero en Peñarol y luego en Las Piedras. Fue un militante gremial desde el primer día, y aquí cabe recordar lo que ya ha sido difundido: el despido, que es consecuencia

del conflicto bancario de 1969, lo perturba profundamente. Prieto cae en un pozo depresivo. Pero la militancia gremial, que fue causante del despido (el Banco Comercial había sido implacable con los sindicalistas), lo ayuda después "a salir". Prieto se integra al trabajo sindical en AEBU, con un entusiasmo ligeramente teñido de frenesí: la expresión "Prieto se ofrece" era broma corriente en las reuniones de trabajo, y en alguna época el Flaco llegó a integrar prácticamente todas las comisiones formadas.

Destitución y colapso

En el curso de 1970 sufrió dos cortas (y arbitrarias) detenciones. Una por vender bonos de solidaridad con los obreros de TEM en conflicto, y otra por fotografiar, desde la altura y en plomada, a dos niños que un comisario estrábico insistía en confundir con agentes policiales. Tenía pasión por la fotografía, sobre todo de niños. Y por los niños. Durante el primer semestre del 71 trabaja con otros compañeros en cursos de capacitación para hacerse cargo, por el fin de semana, de pibes asilados en edad pre-escolar. Estos concurren a parques públicos, zoológicos y playas al cuidado del grupo, desarrollando Prieto en esa tarea una vocación docente y un espíritu de cordial comprensión de los pequeños, que sus compañeros de entonces evocan ahora con emoción. Pero a mediados de año —en plena campaña electoral— recae en sus estados depresivos. Prieto es afiliado al Partido Socialista y vota, por supuesto, al Frente Amplio; pero no actúa, no milita, tampoco en el campo sindical. Estaba, desde setiembre, bajo tratamiento psiquiátrico, con buena respuesta del paciente.

El quebranto de la salud de éste es, sin embargo, notorio. Y se agrava en los primeros meses de este año, con la aprobación del convenio entre AEBU y la Asociación de Bancos. Se recordará que el parlamento votó una ley de reintegro de los bancarios privados destituidos como consecuencia del conflicto bancario; el conflicto desconocía de hecho esa ley, al levantar los juicios por daño moral que habían iniciado contra los bancos los damnificados, recibiendo éstos, en compensación por no reintegrarse, el sueldo sin trabajo durante cinco años. Prieto rechaza terminantemente el acuerdo. No le gustaba en su fuero personal esa solución; no le gustaba tampoco que AEBU diera la espalda al parlamento en momentos en que, por una vez, éste enfrentaba la prepotencia del Ejecutivo; y sobre todo, desaprobó el que se quitara a los trabajadores que en el futuro es-

tuvieran en la misma situación, un recurso que los legisladores, después de este precedente, se negarían a arbitrar. Salió maltrecho del episodio, tanto más cuanto que, habiendo el Consejo Central aprobado el convenio, Prieto sintió, por disciplina, el deber de acatarlo.

Después —febrero y marzo últimos— se encierra en sí mismo, habla poco (lo que no resultaba necesariamente llamativo en el ámbito familiar), y sale cada tanto de su mutismo relativo con períodos de locuacidad o frases agresivas, que lo son menos por su contenido que por el tono destemplado y cortante de la alocución. El jueves fatídico llama a las tres de la madrugada a casa de su tío Antonio Cuello, al que lo liga una honda amistad. Y ante la previsible noticia de la esposa de éste de que "el Pocho duerme", Wenceslao le espeta un "Y llámalo...", significativamente ajeno a lo intempestivo de la hora. Hablan hasta las cinco y media en un bar de las inmediaciones del Palacio Legislativo, y después Cuello lo lleva en taxi a Peñarol. Pero vuelve allí a las cuatro de la tarde, para comprobar que el sobrino sólo empeoró en ese lapso. Ahora se pasea armado por la casa y por la acera —lo que configura en sí mismo un extremo cierto de peligrosidad— sordo a la exhortación de todos y a la congoja de su tía Raquel, que vivió los 27 años de Wenceslao para atenderlo y mimarlo como un hijo.

Cuello consulta al médico, y el doctor Ruétalo aconseja pedir, y pide él mismo, una ambulancia al Vilardebó. En el mejor estilo de Salud Pública, de allí contestan no tener más que una y ésta está solicitada por tres pedidos anteriores; el CASMU alega carecer de personal especializado, y el psiquiatra que lo atiende, doctor Martínez Tehaldo, está fuera de Montevideo, en uso de sus vacaciones anuales; Radio Patrulla 890, a su vez, simplemente no atiende esta clase de solicitudes. Como el brote psicótico del enfermo avanza, Ruétalo, después de tentar sin suerte las posibilidades razonables, sugiere pedir ayuda a la seccional de la zona. Contra los dictados más elementales del sentido común, mandan de la 21a. un "ropero" con personal uniformado. Pero los hombres actúan, no sólo con ponderación, sino con humana comprensión del caso. Pertenecen al subcomisario Pedro Olivera estas palabras que lo honran, más allá de la amistad que allí mismo descubrió tener con la familia del muchacho: "Aquí estamos tres días, pero no quiero tiros ni violencia. Hay que sacar al chico sano y salvo" (y conste que el subcomisario llegó y reconoció a sus amigos un rato después de comenzado el procedimiento, correcto siempre).

Los encargados de cumplirlo intentaron reducir a Prieto por las buenas y quizás hubieran podido conseguirlo. Dos hombres se le

presentan, obviamente de particular, con el argumento peregrino, pero que allí pareció eficaz de que pertenecían a la Seguridad del Partido Socialista. Prieto acepta las "credenciales", pero anuncia que tomaría fotos de los hombres y del vehículo, para chequear la identidad. Lo hizo, enfocando sucesivamente los dos objetivos. Estaría vivo ahora si los policías —distantes metro y medio del enfermo— hubieranse abalanzado en ese instante sobre él, desarmándolo. Quizás permanecieron brevemente fascinados por el juego a que el otro los llevó; o acaso se sintieron perplejos ante la necesidad de representar socialistas, un papel que nunca debió figurar entre sus deberes. Lo cierto es que perdieron segundos preciosos, al cabo de los cuales Prieto emerge con un salto atrás, la cámara colgando del cuello en bandolera y esgrimiendo un arma. Todo había vuelto, dramáticamente, a fojas cero.

Y sin embargo con paciencia, con buena voluntad por parte de los funcionarios policiales, se fueron restableciendo los términos de una suerte de paz armada que al menos permitía parlamentar, acercarse. El mismo Prieto, con ciertas actitudes, parecía querer decir: "Ténganme paciencia, vale la pena, voy a terminar rindiéndome". Como si dos fuerzas actuaran en él, y el Flaco estuviera pidiendo clemencia hacia aquella mitad suya que optaba por la vida. Antes de llegar el primer "ropero" había cruzado a casa de una vecina de donde volvió con una camisa mojada que dijo ponerse porque sentía calor, y además con libros, con un florero y un molinete, imágenes de una mente partida pero factible de cercamiento y reducción, si se sabía elegir el momento propicio. Y mucho después, cuando las primeras fuerzas policiales lo rodeaban, invitó a un vecino de 17 años a acompañarlo, ofreciéndole un Winchester (Prieto había sido campeón de tiro y tenía algunas armas autorizadas) para cumplir tareas de "vigilancia". Corajudamente —mientras a sus padres se les cortaba el aliento— el chico aceptó, y por cierto que desempeñó su papel sin sobresaltos (incluso, como empezaba a refrescar, Cuello le alcanzó una campera, sin que a la distancia Prieto se opusiera ni ensayara amenaza alguna). Paciencia y buena voluntad, sí; pero también una terrible ineptia, en la que fueron naufragando una a una las chances de salvar al enfermo. Por ejemplo: en el umbral de lo tragicómico, el funcionario encargado de arrojar los gases lacrimógenos hace estallar la granada poco menos que en su propio rostro, regresando de la misión a lágrima viva y haciendo arcadas. Y con Prieto alertado, cada vez más receloso.

Oficio de tinieblas

A esa altura, cerrada ya la noche —el barrio en vilo—, la situación sufre un vuelco y enfila precipitadamente hacia la tragedia. Desde el “ropero” llaman a Cuello y le piden los datos filiatorios del sobrino: nombre y dirección completos, etcétera; sospecha él que a requerimiento de Jefatura. A los pocos minutos, Cuello y un primo de Wenceslao, Antonio Freitas da Silva, escuchan por el intercomunicador del vehículo policial esta frase, entonces ominosa y ahora —con las sospechas cumplidas—, sublevante: “Wenceslao Antonio Prieto tiene antecedentes ideológicos. Va para ahí el Grupo de Choque No. 1 con instrucciones precisas”. Si el sentido no fuera del todo claro (lo es), la exclamación que resuena en el “ropero” disipa las dudas: “¡Uy! ¡Vienen los del Grupo de Choque No. 1!” (de la Guardia Metropolitana). El propio subcomisario Olivera —ante el anuncio de la visita— insta a sus hombres a proceder con celeridad. Pero la disposición de la casa es poco apta para la concentración de los gases lacrimógenos, y en cuanto a las medidas persuasivas, toman tiempo (“Aquí estamos tres días”, había asegurado el subcomisario...).

Ya es tarde. Pocos minutos después el Grupo de Choque —tan temido— se abre camino por Senén Rodríguez, a sirena abierta y gran velocidad. Conmoción en el barrio, que sigue desde las esquinas, hacia las que fue retirado, la incierta marcha de los hechos; conmoción en la familia del enfermo, que en esta especie de zafarrancho presagia el fin; y —lo más grave, lo más negativo en la emergencia— conmoción en el enfermo, que debió interpretar aquel despliegue como la esperada presencia del “enemigo” (con y sin comillas, porque lo era en su delirio y lo fue en los hechos). Hay un cambio de mando en el operativo. El Grupo de Choque desplaza al —por una vez— simpático “ropero”, y al subcomisario Olivera lo subroga el oficial E.N.B. En ese tren pocos minutos bastan, menos de treinta, para liquidar el caso. Ya no hay testigos. Cuello y los más allegados, que hasta entonces permanecían en las aceras, a corta distancia del procedimiento, son retirados, como los demás, hacia la esquina más próxima. Sólo quedan frente a frente los protagonistas: el enfermo y el pelotón de la Metro. Todo se vuelve expeditivo entonces. Nada de yo-le-dije y él-me-contestó. Explotan granadas de gases, se siente ruido de chapas que entrechocan o caen (son hombres, uno o varios, que rodean a Prieto por el techo), y tres disparos seguidos, bien audibles, percuten en la noche. Ahora sí, se extiende por las calles un silencio de muerte, que anuncia

el fin de Wenceslao Prieto. Cuello avanza resueltamente hacia el domicilio familiar e inquires a un soldado:

—Dígame la verdad.

—Mire, hermano. Todo terminó. Acaba de autoeliminarse. En el tiroteo él se pegó un balazo y el funcionario tiró dos, que no dieron en el blanco.

El cadáver presenta tres impactos de bala, cada uno probablemente mortal: en la sien izquierda, en la garganta y en el corazón. La versión del suicidio se descalifica sola. Pronto los mismos responsables la abandonarían. Días después vuelven a encontrarse en el Juzgado de Instrucción Cuello y el soldado, y vuelve aquél a inquirir a éste:

—Ahora sí, dígame la verdad. ¿Qué pasó?

—¿Ve aquel soldado? —señala a uno que espera turno para prestar declaración. El se hizo responsable único de la muerte de Prieto. Dice que venía por el techo y que éste lo vio, lo enfocó con la linterna y le disparó cuatro balazos que no dieron en el blanco. Luego el funcionario se tiró desde el techo encima del muchacho y ahí tuvieron una lucha cuerpo a cuerpo; su sobrino queda tendido boca arriba, y desde esa posición dispara otra vez y erra. El agente dispara tres veces y no erra. ¿Se da cuenta, hermano? Legítima defensa.

Muerto Prieto, el operativo no había, sin embargo, tocado a su fin. Faltaba la moña. Si la víctima tenía "antecedentes ideológicos", lo mejor era mostrar las pruebas junto con el cadáver. Los hombres dan vuelta la casa patas arriba, sin permitir el acceso de sus ocupantes, excepto Cuello. Encontraron cartas, escritas por Wenceslao en plena crisis, a Seregni y a Raúl Sendic (la de éste, para desencanto de los funcionarios, sólo consistía en un árbol, una estrella y la inscripción "Feliz Navidad"). Frustrado el ocasional allanamiento, las fuerzas del orden se dedican al pillaje. El cuerpo exánime, yacente en la cruz de los senderos del jardincito del fondo en que cayó, no los detiene. Roban cuatro quilos de azúcar, un poco de fideos, comen quesitos Conaprole, de esos individuales que vienen en triángulo, y —el botín que el alma pronuncia— se llevan un anillo de brillantes que Raquel evalúa en cien mil pesos. Mientras tanto, otro funcionario que no podía sacarle los ojos de encima a la cámara fotográfica (los ojos y después las manos) —sosteniendo, mientras la sostenía, que era necesario llevarla a la Técnica, ma qué técnica—, tuvo que lidiar con Cuello que la defendió como un león; ahora la cámara se encuentra entre las queridas pertenencias que la madre y Raquel conservan del hijo muerto.

Broche de plomo

¿Debió necesariamente terminar así, para Prieto, el largo día que empezó con la llamada telefónica de las tres de la madrugada? Pudo terminar así: se trataba de un enfermo mental, un neurótico, con tenencia de armas que esgrimió y con las que llegó a amenazar a su propio tío. Pero no era inevitable el desenlace trágico, porque se estuvo muy lejos de hacer todo lo posible para evitarlo. Es cierto que al cabo de dos horas no había cedido a las tácticas persuasivas de la gente de la 21a. Tácticas rudimentarias, chambonas, pero no exentas de simpatía humana; y en todo caso, largamente excedidas de lo que en estos tiempos podía esperarse de ellos. Lo insensato es haberlo esperado todo sólo de ellos, en tan delicado terreno. Lo insensato es que nadie de los implicados haya aportado ese par de enfermeros, o ese psiquiatra o psicólogo, que en cierto momento pudieron volcar las cosas a favor de la vida. Y lo inadmisible es que San José y Yi subestime la vida de un enfermo mental (aunque es cierto que el estado también la subestima en sus mani-comios), encarando la reducción de Prieto como una tarea burocrática que debe terminar cuanto antes, a tiros si es preciso. Lo inadmisible es que en cierto momento los "antecedentes ideológicos" conviertan al enfermo que Wenceslao Prieto es, en el "sedicioso" o el delincuente que no es, y que a partir de entonces sea arrasado sin contemplaciones.

Este es el estilo de vida que la Ley de Seguridad de blancos y colorados quiere defender.

(14/IV/972)

FIDEL EN DIRECTO

Estamos en enero del 68. La Habana hierve por la invasión de 500 delegados al Congreso Cultural y un buen centenar de periodistas. Pero a Fidel no se lo ha visto en las reuniones, y hay una especie de hambre de su presencia entre los extranjeros, sin contar el apetito natural de los cubanos, que siempre lo disfrutaban y son disfrutados por él. Al término de una larga jornada que nos había llevado hasta San Andrés, en los confines de Pinar del Río, y ocupó todo el día desde la mañana a la noche, nos encontramos en el hotel con la noticia de que, a esa misma hora, Fidel estaba inaugurando las obras de una zona próxima del Cordón de La Habana, a una hora de auto. Era mejor de lo que habíamos deseado: en vez de dialogar con periodistas sobre temas culturales, a través de ese congelador de toda espontaneidad que es el intérprete (ineludible, con tantos colegas no hispanoparlantes), tendríamos a Fidel dialogando con su pueblo, al aire libre, en una asamblea multitudinaria, sobre temas que lo excitaban mucho más: la producción de café en el Cordón, la instalación de un policlínico, de la luz eléctrica y de obras sanitarias en la zona. Era una ocasión imperdible, pero estábamos a punto de perderla.

—Oye, chico, pero Fidel ya está hablando, y el carro te pone una hora larga hasta allá.

—Dale, hermano. ¿Dónde viste un discurso de Fidel que dure menos de dos o tres horas? ¿Y dónde viste un revolucionario burócrata?

Como hubo que estacionar a más de un quilómetro del punto de concentración, y hacer ese trecho a pie (escuchando el discurso por radio a transistores, e hinchando para que Fidel lo alargara un poco más), llegamos al inmenso mitin cuando parecía que el Caballo redondeaba los últimos conceptos (pero con él nunca se puede estar seguro). Ese poco que faltaba es de antología y merece ser recordado.

Seguro de la presencia en el acto de gran cantidad de congresales, Fidel quiso seguramente aprovechar la ocasión para dar un amplio panorama en el que la inauguración de esa noche se inscribiera: convertir a La Habana en abastecedor de sus propias necesidades, a diferencia del pasado y aún el presente, en que la capital

succiona parasitariamente al resto del país. Tema de absorbente interés para todos y más que para nadie, para los vecinos de la zona. Pero por allá, en medio de la multitud, se vio de pronto crecer un pequeño tumulto, cuyo radio de acción iba expandiéndose a medida que nuevos sectores eran ganados por la curiosidad, en perjuicio de la disertación de Fidel. Este no tardó en interesarse también.

—Bueno, pero qué es lo que pasa allá... qué quiere esa mujer...

Como en aquel parlamento no era necesario pedir la palabra, otra voz terció:

—Es por una carta, Fidel. A ver si la escuchas.

—Yo la escucho, con tal de que después ella también deje escuchar. ¿Qué te pasa? Di.

El micrófono de mano avanzó hacia alguien aún sin rostro y los reflectores del ejército hurgaron entre la multitud hasta identificarlo, poniéndolo en el centro de un gran óvalo de luz. Era una mujer de edad mediana, rasgos, léxico y ropa comunes a los de todos sus compañeros allí presentes. Agarró bien el micrófono, lo miró para entrar en recíproca confianza y, en medio del silencio que todos le hicieron, dijo lo suyo con notable desparpajo, inocente por entero al hecho de que su voz saliera multiplicada por los parlantes varias cuerdas a la redonda, y aun al hecho de estar dirigiéndose al jefe de estado (para ella sólo se trataba del compañero Fidel). En cuanto a las notabilidades del mundo internacional de la cultura allí presentes (de Julio Cortázar para adelante), el hecho no debió ser registrado por ella a ningún nivel. Arrancó, pues, a una impresionante velocidad, surgida del hábito, no del apuro, diciendo con voz finita y penetrante:

—Mira, compañero, que está lindo todo lo que pusiste ya y lo que todavía vas a poner aquí. Pero yo te digo que si no pones un buzón como la gente, que uno pueda escribir... ¡y chico, que la carta la reciban! si tú no puedes asegurar eso, entonces, mira, te está faltando algo importante y...

—Escucha, escucha, mujer. Déjame hablar a mí, ahora. Tú viste que hasta ayer nomás estabas viviendo en un bohío, en malas condiciones para ti y tus hijos. En piso de tierra, sin luz eléctrica, sin obras sanitarias. ¿Cuánto caminabas para tener asistencia médica, supermercado o escuela? Ahora tienes una casita decente... ¿te tocó ya, o eres de la otra tanda?... (— ¡Sí, sí, le tocó, ya la tiene!) ...bueno, tienes una casita en un centro de barrio, con todos los servicios importantes. Pierde cuidado que nos vamos a ocupar también del servicio postal. Pero danos tiempo, mujer, no se puede ha-

cer todo a la vez, ¿me consideras?

—Pero tú no has entendido, Fidel. Yo tengo aquí una carta y no puedo esperar a que tú arregles lo del buzón, cuando puedas. ¿Qué hago yo mientras tanto con esta cartica?

Carcajadas, voces que se entrecruzan, caos, diversión. Fidel sonríe y resopla.

—Pues dame la carta. A ver, alcáncenme esa carta. Yo me ocupo de despacharla, descuida. Tú por esta cartica no te preocupes.

Y la cartica pasó de mano en mano de la muchedumbre (certificada por los reflectores, que seguían el pronto despacho) hasta las manos de Fidel, que la depositaron en el buzón de su bolsillo. Cuando las risas y los comentarios generales cesaron (de a poco), aquél retomó, como pudo, el hilo de su discurso, y todo siguió con tanta naturalidad como había empezado.

Atención: no digo que el mejor modo de reclamar un servicio público sea pedirselo a voz en cuello al gobernante de turno que, paternal y todopoderoso, graciosamente lo concede. La enseñanza que se desprende del episodio, su posible grandeza, reside precisamente —pienso— en la naturalidad con que una mujer del pueblo se encara, de igual a igual, con el jefe de estado y dialoga con él sobre asuntos de estado. No tuvo que esforzarse por hacerse digna de la ocasión. No tuvo que ponerse, psicológicamente, de pie para hablar con Fidel, ni éste necesitó bajar, condescendiente, algunos escalones. Las palabras y la actitud mental de ambos eran las de todos los días. Y así es cómo, de pronto, se desvanece el moho y resplandece el concepto de igualdad como algo tangible, algo que la gente usa todos los días y sin darse cuenta, como el respirar. Cuando este ascenso al plano de la dignidad alcanza a millones de personas que habían vivido antes en la ignorancia, el desamparo y la dependencia, entonces cabe hablar también de hombre nuevo, y esperarlo todo de él; no de Fidel, necesariamente.

El remate de ese día señalado terminó para mí de un modo singular. Sin que nadie me lo impidiera (lo que no dejaba de alarmarme) me fui acercando al estrado mientras Fidel decía —ahora sí— las últimas frases de su discurso, hasta quedar a veinte metros de la escalerilla por la que iría a descender. Me veía a mí mismo unas horas antes, lejísimo, en San Andrés, y ahora allí, ante una oportunidad inimaginada. Puesto que la guardia había sido tolerante conmigo, o acaso distraída (deseaba ser detenido y no), yo me había propuesto llegar hasta el fin. Todavía bromeaba por lo bajo: a Caballo regalado... Y efectivamente lo abordé allí mismo, mientras imaginaba la estupefacción de mis amigos, frenados sin duda tras

el cordón de seguridad.

—Soy Fulano de Tal, del semanario "Marcha", de Montevideo. Muchos montevideanos me dieron saludos para usted, cuando supieron de mi viaje a Cuba. Era un saludo simbólico, ellos descontaban que no tendría ocasión de dárselo. Y le confieso que yo también... Pero aquí está el deseo de todos, cumplido.

—Ya ves que fácil fue. Ahora te pido yo que se los retribuyas, y diles que Cuba necesita de los uruguayos y de todos los pueblos latinoamericanos. Y a propósito: los felicito por el "Cuaderno de Marcha" sobre el Che. Acabo de recibirlo y ya lo leí. Es un gran Cuaderno.

Y después sí, fue el gran remolino en el que desapareció una masa color verde olivo, probablemente llamada Fidel Castro. Mientras reaccionaba a la inesperada belleza de lo que me acababa de ocurrir, seguía interrogándome preocupado: ¿cómo puede serle tan fácil a un desconocido llegar así a la distancia de un abrazo de Fidel, y dárselo, sin que nadie tome precauciones? Es seguramente al amparo de tales falencias, que ocurren los atentados. Todo había resultado admirable esa noche, menos el insensato liberalismo del que tan espléndidamente me beneficié. Después lo supe: no hubo tal liberalismo ni tal insensatez. A mis espaldas, mientras avanzaba en pos del estrado, un juego de señas del personal de seguridad me iba abriendo el camino sin que yo lo advirtiera. Antes que un halago, saberlo fue un alivio.

(30/VII/971)

DESCUBRIMIENTO DEL PLURAL

Es una linda comprobación: los Comités de Base del Frente Amplio están como machihembrados en todo lo que pasa en el país.

Hace dos domingos, una docena de brigadistas de Malvín (Amazonas y Orinoco) resolvió limpiar la playa. Con esa determinación invencible con que a veces se levantan las amas de casa, a las 8 de la mañana ya estaban en campaña los militantes comprometidos. Cuatro o cinco banderas del Frente Amplio ondeaban en la arena, marcando los límites del trabajo que pronto empezó a crecer en visibles montículos de basura. Una camioneta realizaba el viaje hasta las canteras, descargaba la basura y volvía por más. Era una hermosa mañana de domingo y la playa fue poblándose. Fuera por razones políticas o deportivas o sanitarias, lo cierto es que fueron incorporándose no pocos voluntarios. Era más de lo que la Prefectura Marítima podía tolerar. A media mañana, entre un revuelo de gaviotas y de chiquilines, los soldados de la marina, portando fusiles M-1, bajaron a la arena con las botas puestas y se la agarraron con el pobre Otorugués, que se desperezaba placenteramente en los maites. "Recolección de basura sí, ya que amanecieron con ese antojito" (mirá qué vivos!). "Pero las banderas, no; están prohibidas en la playa". Y empezaron ellos a hacer bandera, porque el operativo llamó la atención de todo el mundo. Finalmente, con un aire marcial hilarante porque se hundía en la arena, los expedicionarios partieron con los trofeos a playa traviesa, hasta que ganaron tierra firme, en la rambla. Allí, dirigiéndose a destino, pudieron rehacer el paso militar. Con tal convicción, que de pronto se les vio desde la playa empuñando en un brazo el fusil y en el otro las banderas del Frente Amplio, que ondeaban a todo trapo en la mañana luminosa. Parecía el sueño uruguayo del socialismo propio, y daba ganas de fijarlo en la realidad. Pero no duró mucho. Los soldados sin duda advirtieron que estaban encabezando la subversión, y rápidamente bajaron los pabellones y trataron de disimularlos contra su cuerpo, plegando también sin saberlo, la sonrisa de complicidad con que Otorugués había asistido al episodio.

Mientras tanto, iban incorporándose a los brigadistas nuevos voluntarios. Muchos en la playa y uno en la rambla, merecedor de esta mención. Se trata de un camionero que al enterarse de la tarea de los muchachos puso a disposición de éstos su vehículo, para

hacer más rápido el acarreo. Los brigadistas valoran la gauchada, pero sobre todo hacen la evaluación política del gesto, y la suma no podía ser más favorable. Lo que sigue también lo es, pero no se refiere tanto al camionero como a ellos mismos. En el último viaje el camión se atasca (ahora es la camioneta la que ríe a motor batiente) y allí quedan en plena rambla los hombres desconsolados y la basura por llevar. ¿Será posible que la tarea no pueda culminar por un perfecto mecánico? Los brigadistas saltan a tierra, miran de hito en hito las ruedas del camión, se miran entre sí. “¿Lo empujamos?”, “¡Lo empujamos!”. “¡Están locos, muchachos, no van a poder!”. Pero los locos, los “giles”, van tomando posición alrededor de la caja, como midiendo fuerzas. Previo acuerdo le echan mano, muchas manos, todos los quilos para adelante. Y al grito, entre desafiante y cinchador, de **Un pueblo... unido...** ¡no aflojen, carajo!... **jamáshdtss... será vencido** —que recluta en las veredas sorprendidas sonrisas de aprobación y hasta algún adepto— el camión, que no pretende ser, ni mucho menos, el carro de la historia, empieza a desplazarse. Primero por tracción a sudor y sangre; y después ¡al fin! por amor propio. Lo que les permite a todos llegar a las canteras, descargar la basura y volver a la playa. Aquí ya eran cerca de 50, a mediodía, los voluntarios, con señoras que preguntan, niños que se incorporan al grupo sin preguntar y algún viejo que masculla pachequismos (le salen por la boca rueditas, ajos, culebras, sapos, estrellas de mar y de las otras), a propósito de esta loca e irreverente juventud. Ahora es una fiesta: hay rondas, canto, guitarreada, mate, discusión política, y un clima de tolerancia en toda la playa. Y al final un letrado (para dejar constancia, nomás): “Esta playa la limpiaron los vecinos y el Comité de Base de Malvín, del Frente Amplio”. De noche en el Comité (excepto por la insistencia del cronista, que pide detalles) nadie da trascendencia a la labor cumplida. Todo el mundo está atareado preparando murales para la pegatina de la madrugada. Importa lo que hay que hacer, no lo que ya se hizo.

Las máscaras del miedo

Fin de semana siguiente. Sábado de tarde, fogones artiguistas por toda la ciudad. Después, concentración en 18 de Julio hasta medianoche, todo bajo el signo de la alegría y la madurez. Y el domingo, durante toda la jornada, Feria de la Victoria en el Parque Rodó. Inesperadamente precedida por un enfrentamiento con la policía por la “posesión” del parque.

En efecto: a las 3 de la mañana ya había 30 detenidos, que debieron permanecer en la seccional 7a. hasta las 6 de la tarde. ¿Motivos? "Ocupación ilegal del Parque Rodó". Se trataba de los primeros brigadistas con tareas de instalación, por la jornada que daría comienzo horas después. Apenas clareaba, y (como una refutación del follaje, del canto de los pájaros, de los bustos de Florencio y Gardel, del monumento a Rodó y de las últimas parejas demorándose en el césped) ya había internados en el Parque, 40 hombres de la Republicana, 20 policías a pie, 3 chanchitas, 2 roperos y un buen surtido de metralletas. Completaba la escenografía un guardacosta a la vista de la playa —no fueran a desembarcar por allí las fuerzas expedicionarias al mando de Mercedes Sosa— y un par de agentes para controlar cada uno de los juegos infantiles (pues las autoridades del Frente Amplio habían anunciado que los juegos, ese día, pasaban a ser propiedad de los niños).

A las 9, todo el operativo dio marcha atrás. Los oficiales al mando, pidiendo disculpas, dijeron ignorar la autorización emanada de Jefatura de Policía para que el Frente organizara la Feria ésa... sí, de la Victoria. Pero los compañeros brigadistas siguieron presos hasta caer la tarde. Ninguna imagen, sin embargo, más elocuente de la impotencia policial ante la presencia serena, firme y alegre del pueblo, que la del jerarca, tal vez un comisario, que a la hora de la siesta fue buscando él también la sombra cordial de los árboles y terminó tirado en el pastito, desabrochado el uniforme y (esto en voz baja) leyendo "El Popular"...

La imaginación al frente

Es la obra, no exclusiva pero gravitante, de los Comités de Base que, al romper el espinazo de viejos esquemas, están obligando a los vecinos de barrio (los mismos que en la parada del ómnibus se ignoran) a meterse más y más en los problemas de interés general que irremediablemente los implica. Tendidos el domingo en el pasto del parque, codo con codo por falta de sitio, había una gozosa comunicación colectiva. Aquí, Anhelio Hernández dibuja a un pibe, más inocente que su madre sobre la importancia de tal firma al pie de tal retrato; más lejos Irene Maggi, psicóloga de niños, trata con éxito de hacer jugar en grupo a unas ratitas de entre 2 y 3 años. Un equipo de enfermeras del Pereira Rossell atiende en un puesto sanitario y aconseja a las madres sobre atención de sus hijos menores; y en el Patio Andalúz otras madres asisten encantadas a los chapuzones que sus pibes se dan en el agua de la fuente, mientras ellas

pueden charlar sobre barriadas, venta de bonos y otros temas de economía que por esta vez no es doméstica, a Dios gracias. La política todo lo absorbe.

—¿Y el suyo está en el MERF?

—¿El merf? ¿Qué es el merf?

—¿No lo sabe? (Allí todas tienen cara de iniciadas). Es el Movimiento Escolar Revolucionario Frentista.

—¿Escolar!?

—Ay, m'hija... usted no está muy integrada. Escolar, sí, no se alarme. Deje que le cuente (la otra es puro ojo y ella pura labia). Lo del MERF surgió en mi barrio. Muy politizado, ¿vía? Legionarios, por Punta Carretas, habrá oído hablar. Resulta que los chicos con hermanos brigadistas quieren estar con ellos todo el tiempo en el Comité de Base. Y como no hacen más que molestar, los mayores los corrían y hasta les daban algún sopapo. Entonces los chicos entre 7 y 10 o 12 años se reunieron en casa de uno de ellos —que no fue en mi casa porque a mi suegra los ruidos le dan nervios, ella que pone el teleteatro a todo lo que da— como le decía: resolvieron constituir el MERF, hacer pegatinas por su cuenta —lo que "El País" llama encastrar, en este caso con razón— y estar a la orden de los mayores...

—¿Qué me dice, qué unitarios...!

—El problema que tienen ahora es... ¿cómo le llaman?, generacional.

—¿Generacional, tan chiquitos?

—Es que los integrantes del MERF tienen a su vez, algunos de ellos, hermanitos aún más chicos, que ven los conciliábulos de los otros y quieren participar. El signo de los tiempos, ¿vía? Pero un poco porque los chiquitos los molestan y otro poco por darse importancia, lo cierto es que los escolares no los quieren y los alejan con los mismos métodos de los brigadistas: sordomudez y algún empujoncito de cuando en cuando. Ahora temo que se extienda el movimiento a jardinera, ¿no cree?

—Y... está bien. Hay que ampliar las bases.

Por aire sucio

El aire está lleno de presagios. Una pareja se presentó hace varios días en el Comité de Base "Resistencia", de Malvín, manifestando el deseo de realizar allí su casamiento. Mañana se representa en Plaza de los Olímpicos (entrada gratis), "Los fusiles de la patria vieja" (e irá después donde lo pidan), en un acercamiento

del teatro al pueblo. El Comité de Base "Reducto artiguista", en San Martín y Fermín Ferreira, organizó una charla con Daniel Vidart y como el local resultó chico, la gente resolvió mudarse a un gran café vecino, cuyo dueño es frentista. En una barriada por la calle Santander, un hombre de 65 años, tras los vidrios de la ventana de su casa, hace señas a los brigadistas. No puede hablar, le han practicado una traqueotomía. Pero no deben preocuparse, él está con el Frente. Quiere, en cambio, escribirles unas líneas de adhesión que empiezan: "Camaradas brigadistas del Frente Amplio: por primera vez siento envidia. Siento envidia de ustedes, compañeros. Hubiera deseado, como tantas otras veces, ocupar un puesto de lucha..." Ya podrá hacerlo, compañero Miguel A. Brando. Siempre hay trabajo para jóvenes de 65 años, como usted.

El aire está lleno de presagios, sí.

Pero a la misma hora en que culminaban esos dos días memorables, ya había sido atacado en Lascano Emilio Mier y herido de muerte en Castillo el niño Osvaldo Amonte, y se había intentado asesinar en Rocha al general Líber Seregni, hechos sucesivos que estallan al paso de la caravana frentista. ¿Muerto, el viejo Uruguay? Sin duda condenado. Pero dispuesto a dar batalla. Del pueblo organizado depende que éstas sean las últimas.

(12/XI/971)

AIGUA O LA OPRESION COTIDIANA

—Lo malo en Aiguá no es la timba. La timba es buena. Da trabajo, que aquí no hay. Imagínese: el tallador, el que corta, el que baraja, el que ceba mate, los que van de "oreja". No, lo malo no es la timba. Lo malo es que la coima la tira el comisario y eso pudre todo, ¿comprende?

El hombre arma despaciosamente de chala, y con la punta del pulgar levanta el aludo sombrero negro, echándolo para atrás sin necesidad, porque al instante vuelve a encasquetárselo sobre las cejas.

—Además, digamé: ¿cómo le saca usted los pesos a los estancieros, si no es en el juego? ¡No, si la timba es buena!

El orgullo regional de Aiguá tuvo su espaldarazo en 1956, cuando el censo registra una población de seis mil habitantes y el pueblo se vio ascendido a ciudad. Entonces tenía sus propias fuentes de trabajo: la curtiembre y el molino de trigo; y es significativo el hecho de que contara asimismo con una escuela industrial. Todo eso desapareció en estos años. Desapareció además la industria de la construcción, pública y privada. El liceo es alquilado y se llueve, la escuela también, y lo poco que se hace a favor del hospital es obra del esfuerzo de los vecinos. Los ministros y los políticos profesionales se olvidan de Aiguá como de tantos otros sitios del país, excepto en vísperas electorales. El camino hacia Valdivia cobró impulso de setiembre a noviembre del año pasado, pero en diciembre recayó en la parálisis. Las juntas locales no tenían autonomía, y la vida de Aiguá depende de la lejana intendencia de Maldonado. Bajo una ley nacido y a otra sometido, Aiguá se siente miniano por vocación y proximidad geográfica; pero para los trabajos y los días, los dos departamentos —no hablemos de las autoridades nacionales— le dan la espalda. Así, Mariscala, Pirarajá y Aiguá se vuelven un poco fantasmales, hasta por el dato primero de que sus pobladores sólo aspiran a irse, mudando para Maldonado, San Carlos o Minas el domicilio andante de sus penurias. Aiguá, en este proceso, se achicó a un tercio de lo que era hace diez años; ahora tiene poco más de dos mil habitantes. Productores agropecuarios medianos y pequeños, empleados públicos y bancarios, poquíssimos profesionales y docentes, comerciantes que son su propio empleado porque se sobran para atender la carnicería, la panadería, el almacén y un

par de cafés (uno con futbolito y otro con billar), todos contestes en que si esto sigue así la erosión de la crisis va a terminar borrando a Aiguá del mapa. Pirarajá —dicen, con un pálido reflejo de orgullo lugareño— ya casi no existe. Mientras tanto —y no es ningún contrasentido— prospera el juego en medio de la escasez: tolerado y auspiciado por las autoridades, según le oí decir a todo el mundo en Aiguá. Sin embargo me negué a creer —aunque me sorprendió lo unánime de la versión— que el comisario R.O. perciba el 20% de “comisión” en las apuestas, aclarando él mismo que un 10% es para él y el otro para la Jefatura. En este panorama de Todo Vale, no sería la única “extravagancia”: el doctor J.V.T. director del hospital y prohombre de Jorge Batlle en Aiguá, sólo concurre una vez por mes al centro asistencial: los días de pago.

Oscuridad a mediodía

Es en este desdichado rincón del Uruguay donde cayó como un rayo, en la media mañana del jueves anterior a Turismo, un operativo de las Fuerzas Conjuntas que tienen su sede en el cuartel de Minas. Al mando del capitán Reynusso y el mayor Burgueño, cerca de un centenar de soldados, armados a guerra, se apean de yipes y camiones y adoptan posición de ataque frente a las asombradas casitas de Aiguá, para realizar una serie de espectaculares allanamientos. Se meten puerta adentro, al grito de “¡Con permiso, con permiso!”, en la casa de quien fue durante quince años el querido juez de paz de la zona, don Emir Asconeguy, presidente de cuanta comisión vecinal de ayuda (al hospital, al liceo, al Consejo del Niño, a la banda municipal) pudo formarse en Aiguá.

—¿Qué buscaban en su casa, don Emir?

—Estoy por saberlo. A mí me inmovilizaron en una silla, mostrándome un papel sin firma ni membrete del Poder Judicial, que hacía las veces de orden de allanamiento, y se hicieron acompañar por mi esposa a todas las habitaciones de la casa. Ella puede contarles mejor que yo.

La señora de Asconeguy ríe con ganas mientras rememora el episodio.

—Miraron en los roperos, en las mesas de luz, abajo de las camas. Las cosas más naturales les llamaban la atención. Como nos estábamos por mudar para Minas, encontraron valijas hechas, y al tomarles el peso vaya a saber qué pensaron que había adentro. Había ropa y cosas de una mudanza. Imagínese el alboroto cuando entraron al dormitorio de un hijo que está en la policía y vieron el

uniforme y varias gorras. En seguida los tranquilicé; no eran robadas. Después me preguntaron si aquí había armas o sótano. Yo les dije que sótano no había pero armas sí; un revólver de cuando mi esposo era juez de paz. En el dormitorio de la hija encontraron un número de "La Balota" y se pusieron a leerlo. Se ve que no les hizo gracia, estaban muy serios. Vieron también retratos de Artigas, el Che y Martí, pero no les hicieron caso. En cambio miraban, remiraban y daban vueltas, desconfiados, un retrato del abuelo de la chiquilina —mi padre—, de cuando era joven y barbudo. Fue lo más parecido a un sedicioso que encontraron. Después levantaron la tapa del piano y se quedaron mirando para adentro, quizás asombrados por el mecanismo. Probaron unas letras en la máquina de escribir y se fueron. Pero cuando ya estaban en la puerta, vino una contraorden y tuvieron que quedarse una hora más, media adentro y media afuera, vigilándonos.

—¿A qué atribuye el allanamiento, señor Asconeguy? ¿Usted actúa en política?

—Yo militaba en la lista 15. Me inicié en la política al lado del señor Luis Batlle Berres, cuyo sector siempre me pareció el más progresista del Partido Colorado. Después seguí al hijo, y últimamente el doctor Jorge Batlle me instó a que trabajara en política, prometiéndome que una vez realizadas las elecciones internas, se iba a tener en cuenta a la localidad para la representación en la junta, de acuerdo al caudal electoral. Intervine y gané las elecciones internas, pero fui burlado: se dejó a Aiguá sin representación. Hablé por radio El Espectador manifestando mi disgusto y el propósito de formar un sector aparte dentro de la 15. Pero comprendí a tiempo que todo seguiría igual, y me desvinculé del quincismo. En las últimas elecciones acompañé al PDC y a la fracción del doctor Rodríguez Fabregat, o sea Doctrina Batllista, dentro del Frente Amplio. Busqué por ahí la razón de este atropello; o porque siempre defendí los fueros del Poder Judicial ante los ataques del Ejecutivo.

No es descaminado buscar en el Frente Amplio las razones del malón del 23 de marzo. La militancia frentista fue el objetivo principal de las Fuerzas Conjuntas. En ausencia de Orlando Larrosa, apreciado vecino y calificado funcionario de la Dirección de Agronomía, violan su hogar y ocasionan daños en la finca, que ahora se llueve gracias al cortés tratamiento dado a los techos. La hija mejor de Julio Silva (un "sieteoficios" al que todos los vecinos de Aiguá deben algún favor), que escuchaba música y cosía con la cabeza gacha en el cuarto de estar, es presa de una crisis nerviosa cuando, al levantar la vista, se encuentra rodeada de efectivos militares que la

apuntan con armas largas. Pero también la casa parroquial y la iglesia caen en la redada. El padre Mambrilla (catalán, diez años de residencia en el país y cuatro en Aiguá) se ataja ante cualquier interpretación que lo haga aparecer como pidiendo a las Fuerzas Conjuntas un trato especial para él, por su investidura, o para la iglesia. "No señor. No debieron hacérmelo a mí, porque no debieron hacérselo a ningún vecino de Aiguá. Me refiero a la torpeza con que actuaron y no a un procedimiento judicialmente correcto, que nadie hubiera resistido. Pero si actuaron de ese modo con los demás, ¿por qué no iban a hacer lo mismo conmigo?" Lo hicieron. El cura estaba en Minas, no había nadie en la casa parroquial ni en la iglesia, pero los efectivos militares igual entraron. Y parece que se gozaron en sembrar el caos más que en revisar lo que pudiera interesarles. Cuando llegaron el P. Mambrilla y el obispo Quaglia, de Minas, encontraron una ordalía de papeles revueltos, y al mayor Burgueño plácidamente instalado con las piernas y las botas puestas encima del escritorio del párroco. Encontraron algo peor que malos modales: entre los papeles que le dieron a revisar, el cura encontró fotografías presumiblemente comprometedoras, de gente que él no conoce, puestas allí por las fuerzas del orden. Antes de volver a Minas, el obispo Quaglia dejó al cura párroco de Aiguá una carta solidaria que fue leída en la misa del viernes. Al término de la lectura, la concurrencia, contra los hábitos imperantes, prorrumpió en una sostenida ovación.

Los delincuentes y el delito

Hubo otros atropellos, a razón de varios por allanamiento (a la familia Agotti, a Rodolfo Robaina, al Club Democrático), y otras detenciones. El pueblo sufrió una conmoción, y los muchachos del liceo pidieron a un profesor que suspendiera la clase y les permitiera volcarse en las calles para mirar (de lejos) soldados, fusiles y oficiales de verdad... Al anochecer todo Aiguá se agolpa ante la comisaría, y un sordo rumor se expande cuando aparecen en la puerta los cuatro hermanos Agotti (Walter, Washington, Ruben y Juan Ignacio) y Ruben Olivera, todos muchachos conocidos y queridos en el pueblo. Ahora parecen delincuentes, se los llevan a Minas. Peor aún: vendados y entre la doble fila de soldados que les apuntan con sus armas largas, parecen exageradamente los condenados ante el pelotón de fusilamiento. Un gratuito vejamen para ellos, sus familiares y sus amigos. Y una lección intimidatoria para todos los jóvenes de Aiguá y para sus familias: Cuidense; lo que

hicimos hoy aquí es lo que el régimen hace y seguirá haciendo con sus enemigos.

—¿Qué pasó, Juan Ignacio? ¿Qué te imputaban? ¿Vos sos enemigo del régimen?

Juan Ignacio Agotti, 28 años, soltero, bancario, es el único frente-amplista en una familia de nacionalistas "Por la Patria". Celeste el juego del living, celeste la heladera, severa la mirada de Wilson desde una foto adosada a un armario, en el modesto y pulcro ambiente de la casa de sus padres, que es la suya, allí nos recibe Juan Ignacio el sábado 10. de Abril, ocho días después de quedar en libertad.

—¡Claro que soy enemigo del régimen! Como medio país o más, que también lo es. Hay que ver lo que es la vida en Aiguá; la desocupación, la miseria, la falta de porvenir para los muchachos, la sensación de que nos entierran en vida. Yo milito en el Frente, y con los compañeros tratamos de clarificar las cosas, de señalar los responsables de que el país se hunda, de ayudar a pensar, mientras los hechos nos ayudan a pensar a todos. Cuando en este paraíso de la timba que es Aiguá se declaró el monte libre, yo no aguanté más y quise hacer algo. Lo poco que aquí y a nivel personal puede hacerse: unos volantes a máquina, que tiré por ahí. Ni recuerdo bien los textos. Algo así como: "Su porvenir, el proselitismo del voto. Su cultura, la timba y su derivado, la coima. Este es el régimen que usted salvó". Había otros sobre el latifundio y la situación del país. A unos les puse como firma "Fidel" y a otros "Comando Che Guevara". Parece que este último los enloqueció. Habrán pensado que en Aiguá había un nido de tupamaros organizados en comando. O fingieron pensarlo y lo usaron de pretexto para amedrentar a la militancia del Frente. Se pasaron el jueves probando todas las máquinas de escribir de Aiguá y con ese motivo cometieron excesos, depredaciones y arbitrariedades que aquí se desconocían.

—¿Cómo te trataron?

—Mal en Aiguá y relativamente bien en Minas. Digo relativamente, porque no es tratar bien tenerlo a uno de plantón y no darle de comer y beber. Aquí hubo todo eso y golpes además.

—¿Sabés quién te pegó?

—Imposible. Me tuvieron vendado más de dos días. Aun así tengo la certeza —por la gente que intervino al comienzo, cuando me prendieron, y por lo que después supe de los otros allanamientos— que la policía local fue ajena a todo, y que todo es imputable a las Fuerzas Conjuntas, al batallón de Minas. Incluso diría

que quienes me pegaban en los interrogatorios eran tres tipos de particular que habían estado merodeando siempre, al principio, los operativos. Gente especializada, sin duda. Cuando el interrogatorio no les da a los oficiales el resultado que buscan, entonces llaman a éstos para ablandar al detenido. Creo haber reconocido en el que me insultaba al golpearme, la voz de uno de esos de particular que había escuchado al principio.

—¿Y qué es lo que “buscaban” los oficiales en el interrogatorio?

—Probarme —ellos a mí— que yo soy tupamaro y que estoy implicado en ciertos hechos ocurridos aquí y en otras partes. Tuvieron poca suerte, porque no soy tupamaro ni estoy vinculado a esos hechos, como ellos mismos y la justicia reconocieron después.

—¿Hubo golpes fuera de los interrogatorios?

—Constantemente, durante el plantón. Uno no puede estar parado 8 o 10 horas con las piernas bien abiertas y las manos en la nuca, como ellos quieren. A las 2 o 3 horas —pero eso depende del aguante de cada uno, puede ser mucho antes o mucho después— es inevitable, absolutamente inevitable, mover los pies, juntar algo las piernas. Ahí viene el culatazo o el puntapié en los tobillos. O la trompada en los brazos, el abdomen y los riñones. Si no se cae, lo levantan del pelo y a puntapiés, hasta que lo enderezan. Entonces, mal que bien, sigue el plantón otro par de horas, al cabo de las cuales vuelven las piernas a querer juntarse y vuelven los golpes.

—Un estilo de vida bárbaro...

—Yo salí fortalecido de esta experiencia. Y por la actitud de los amigos y hasta el acercamiento de los vecinos en gesto solidario —no sé si exactamente con mis ideas, pero en todo caso como protesta por los abusos cometidos— creo que también sale fortalecido el Frente Amplio en Aiguá. En estos días yo ahondé mis convicciones políticas como no lo había hecho en varios años.

La lección de un “sieteoficios”

Estufas, faroles, cocinas, canillas, armas, aparatos sanitarios, bicicletas, calefones, todo lo que en nuestro mundillo cotidiano puede romperse o descomponerse, lo arregla o intenta arreglarlo don Julio Silva, tal vez el hombre más popular y apreciado de Aiguá, con un pie en los sesenta y unos chispeantes ojos celestes que se destacan contra el rostro y el overol tiznados de trabajo.

—No soy empleado público ni nunca procuré serlo porque no quise empeñar mi libertad cívica. Pero como tengo una familia que

mantener y sólo dos brazos, es por eso que trabajo en tantas cosas a la vez.

Y por amplio que fue el gesto de sus brazos abiertos, no pudo abarcar la variedad de "la enciclopedia", como él llama al atestado tallercito.

—Después del desgraciado episodio con mi hija (en que un oficial llegó a apretar la horquilla del teléfono cuando Silva iba a explicarle a la enfermera del hospital por qué no podía ir él a buscar las inyecciones), las Fuerzas Conjuntas estuvieron un buen rato entretenidas con todo esto. Hicieron inventario de las armas, que tengo en compostura, y se las llevaron, y les costó aceptar que las bolsas de azufre no eran para fabricar explosivos sino para vender como producto agrícola, porque yo soy vendedor de Quimur.

—¿Después del allanamiento lo detuvieron, don Julio?

—Me "invitaron" a pasar por la comisaría. Pero los cumplimientos les duraron poco. Al rato ya me hablaban con prepotencia. Un joven de unos 23 años ordenó: "Póngase de cara a la pared". Le pregunto, ¿cómo? y me contesta con más brusquedad: "Póngase de cara a la pared". Le pregunto, ¿por qué? y me contesta con mayor brusquedad todavía: "Le he dicho que se ponga de cara a la pared". Entonces me pareció correcto obedecer. Me puse de cara a la pared y le pregunté, ¿así? y él dijo: "Sí", y cuando estaba de cara a la pared me puso la venda, una toalla retorcida apretada fuertemente. Me levantó las manos hacia la nuca y me dice: "Póngase así". Le pregunté por qué me hacía eso y me dijo que me tenía que hacer varias preguntas. Y empezó a hacerme abrir las piernas a puntapiés. Sentí que uno que estaba en la puerta le decía: "Dale, dale que da más". Frente a este atropello, me di vuelta bruscamente, me arranqué la venda de los ojos y le dije: En esa posición yo no estoy un minuto más. Entonces volvió a decirme, muy irritado: "Póngase de cara a la pared". Le dije que como hombre no pensaba estar un momento más en esa posición. Si lo que usted quiere es pegar, hágalo. O haga tirar a esos hombres que desde el momento que entré me están apuntando con armas largas; pero le repito que como hombre no estoy un minuto más en esa posición. El hombre hizo un ademán y dijo: "No pienso tocarlo", y cambió totalmente de táctica. Se sentó en el suelo y me invitó a hacer lo mismo, pero como yo le señalé el piso mojado del calabozo, atravesó la toalla con la que me había vendado, para que yo me sentara. Y empezó a platicar. Si conocía a Orlando Larrosa. Si, una persona como debería haber muchas. "Y usted sabe que los hijos de Larrosa son tupamaros?" Conozco esa versión y a ellos también y nunca tuve inconveniente en recibir-

los en casa porque no tenía miedo al contagio. Derivó la conversación hacia el Frente Amplio y yo le dije que soy frentista pero del final. Porque fui ruralista, de la gente de Solari, y quedé decepcionado. Y como quería estar muy seguro de no equivocarme otra vez, investigué muy bien la posición del Frente. Y me convencí de que todo aquel que en este país quiera luchar por la justicia social encuentra un sitio en el Frente Amplio. Me pregunta: "¿Y usted qué entiende por justicia social?" Yo le di vuelta la respuesta. Considero una injusticia social que a un empleado bancario que ha sido procesado por malversación de fondos, se lo premie con una administración de corredor de abasto, en el mismo lugar de los hechos anteriores. Considero una injusticia social que a un profanador de cementerios se le premie con una inspección municipal. Todo eso sentado sobre la toalla, en medio del calabozo.

—Y esos dos que usted mencionó, ¿son casos notorios en Aiguá?

—¡Claro! Y no precisamente de frenteamplistas. Después un señor que aparentaba ser un jerarca, aunque no llevaba charreteras ni distintivo alguno, me empezó a hablar. "Qué raro —me dice— que usted que fue ruralista, ahora esté con el Frente Amplio". Sí, señor; a usted le parece raro. ¿Y no le parece raro que el señor Bordaberry, que fue ruralista y que junto conmigo subió a las tribunas a despotricar contra el batllismo, hoy esté con el batllismo? Me contestó si estaría Bordaberry en el batllismo o si no sería una forma de "entrar"... Interpreté más o menos lo que quiso decirme, y le dije que en buena hora fuera una forma de entrar, para empezar a gobernar con la prédica de Nardone, pero que no creía que eso fuera a suceder. Hablamos todavía otro poco de política y me trató amistosamente. Al despedirse dijo: "Lamento, Silva, haberlo conocido en una circunstancia tan desagradable". Le contesté que quien lamentaba era yo, que había recibido el vejamen en carne propia. Entonces me dio a entender que la vida daba vueltas, y que podíamos encontrarnos en otro momento que fuera más feliz. Le dije que cómo no, que encantado, pero que a la vez me traía a colación una anécdota o un recuerdo que había leído, de cuando los reyes se hacían tirar la carroza por esclavos. Iba un rey en una de esas carrozas y vio que un esclavo miraba fijamente la rueda. Entonces el rey le pregunta: "¿Qué miráis?" El esclavo levanta la cabeza, mira a la cara del rey y le dice: "Su majestad: miro que la parte de arriba de esta rueda por momentos se encuentra abajo y así sucesivamente, la parte que está abajo vuelve a encontrarse arriba. Y creo que a los humanos también les puede pasar lo mismo". El jerarca me mira ex-

trañado y me pregunta: "¿De dónde sacó eso?" Yo le dije, no recuerdo de dónde, y en realidad no recordaba, pero sí le dije que me gustaba. Y le digo que me sigue gustando.

¿Saben las Fuerzas Conjuntas y los señores Rovira, Magnani y Bordaberry que están toreando a hombres de la calidad de Julio Silva? ¿Sabe el país y sobre todo Montevideo, que cuentan hasta en los más escondidos rincones con hombres como él? Un Uruguay muere, pero otro está naciendo.

(7/IV/972)

TELENOVELA: "UNA CHICA EN DAKAR"

Me llaman Gorrión

Yo trabajaba en una tienda. Y un buen día mi compañera me dice: "El chico que yo hablo con él, tiene un amigo y quiere que le presente alguna compañera de buena presencia, porque él es muy guapo, muy churro, ¿sabés? La mayoría que yo conozco hablan idioma lunfardo; vos sos la chica ideal para él".

—Mirá —le dije yo—, yo tengo novio, y la verdad que no lo engaño nunca con nadie. Pero si es para dialogar, si es para entablar una conversación amena, no hay ningún inconveniente.

Entonces salí. Esa tarde no me veía con el chico que yo hablo y me encontré con Roberto (Roberto C. ¿entendiste?), en el Siroco. Era una persona culta, una persona elegante. Yo decía, me encanta hablar con una persona que busca vinculaciones, que tiene un diálogo lindo. A mí me encanta dialogar, es mi manera de ser. Me invitó a bailar y quiso que nos viéramos también al día siguiente. Pero era el día de verme con mi italianito. Roberto quiso cacharme:

—¡No! ¿Cómo vas a dejar a una persona como yo por ése? ¿Es tan churro como yo?

A mí me encantan los italianos —yo misma soy "tana" por mi madre— y estaba loca con mi novio. Así que salí con él el día nuestro de salir, y con Roberto salí al día siguiente. Empezó a hacerme el amor. Que yo no encontré nunca una chica como tú, y que esto y lo otro. Yo le seguía la corriente. "Tá, esperá que lo apunto en un papel y me lo creo todo". Me presentó al padre, una persona de lo más bien. "Te presento a mi novia". Yo seguía el tren. "¿Qué tal, mi suegro?". Para mí era una risa, una fábula más en mi vida. Un día, hablando, me pregunta por mi situación económica, y me empieza a conversar de sus negocios. Casas de venta, tiendas. Y que quería entablar algo que fuera de modelos, chicas que presentaran buena ropa. Y mencionó a Dakar. Un sitio, dijo, adonde iban los libaneses, gente rica a la que él presentaría desfiles de moda.

—¿Y se gana bien?

—En un mes te traés un millón y medio, y si te quedás tres meses, no bajás de cinco millones. A tu novio le decís que vas a Italia a cobrar una herencia de tu mamá y a tu mamá decile que vas

a Italia de modelo y de ahí te vas a Sudáfrica. Aparte tú tenés que pensar en tu madre.

Ahí me tocó los sentimientos. Pero yo no me decidía.

—¿Por qué pensaste en mí para modelo? Hay miles más lindas. Yo soy sencillita pero vistosa, y nada más. Además yo sé que las modelos, quien más, quien menos, se acuestan con fulano y con mengano para poder salir y pasear. Si vos tenés esa intención, a buen puerto vas por agua. Dejame acá.

—Conmigo es distinto, me tenés encantado.

Simplemente María

El ya me había hablado de matrimonio, y yo le dije rotundamente que no. A más cuando lo conocí íntimamente, una única vez, no me gustó, tenía ideas raras, ¿viste? Desde ese momento le dije que no quería salir más con él, y cortamos para siempre el tema sexual. Pero seguimos hablando de sus negocios, de la posibilidad de hacer ese viaje. El asunto, te digo la verdad, me interesaba como novela. A mí dame aventuras, diversión, pero sanamente, te das cuenta. Yo tengo 22 años, y no hice más que la escuela y medio año de liceo, porque tuve que trabajar. Aprendí que en la vida tanto tienes, tanto vales. Y entonces, ya que no tengo estudios, me vinculo con gente que los tiene, y siempre estoy buscando cosas nuevas. Lo de Dakar me fascinó, yo soy muy fantasiosa. Estar de modelo, frecuentar una pila de lugares, conocer libaneses, para mí era otro capítulo de la novela de mi vida. Entonces, con motivo de algunos detalles del viaje, conocí a estos otros chicos del Cambio Menéndez. Empezamos a dialogar, bailamos, tomamos copas. Me gustaba esa gente, eran divertidos y de ley. Billoto te amenazaba con romperte la cabeza y no mataba una mosca; y "el conde" Iván, vos lo oís hablar y resbala las palabras cada cinco minutos. No tiene maldad ninguna. Lo mismo los demás. Son todos inocentes al máximo. Si ellos hubieran sabido a qué iba yo a Dakar, me lo hubieran dicho. Pero no. Yo fui al Cambio Menéndez, en la calle Río Branco y fue Iván que me dio el pasaje, ¿él qué iba a saber? El pasaporte lo conseguí yo. Había colas y colas, pero con mis relaciones y mi labia lo conseguí en dos días. Porque yo estoy en la religión, soy espiritista, y me encontré en el ministerio a uno que lo había ayudado. "No digas nada, que la que me acompañaba en la sesión era mi amante", me recomendó en voz baja. Yo qué iba a decir, quería el pasaporte y nada más. Y pensar que mis "pai" me dijeron que no debía hacer ese viaje. Pero con mi novelería, yo no quería escuchar nada.

El malevo

Roberto había partido dos semanas antes y me esperaba en Las Palmas. Cuando llegué me dice:

—Vení que nos está esperando Carlitos en un Volvagen; vamos a recorrer Las Palmas.

Este Carlitos yo no sé quién era, parecía uruguayo, muy amigo de Roberto. Fuimos por las calles donde están los bares de camareas, como aquí en la Ciudad Vieja, ¿viste? Dale dar vueltas por ahí. Por decir algo, comenté:

—Mirá adónde me traés a pasear. ¿Sabés, Roberto, lo que estoy intuyendo? Dentro de dos horas aquí está lleno de policías.

—No digas bobadas.

Fuimos al hotel. Me bañé, me vestí, me arreglé, me sentía otra. Y salimos los tres, pero otra vez a la misma zona. El pensaría: "Bueno, aquí vas a trabajar vos". Y en eso —¿ves lo que es la religión?— se llena de policías, sirenas, corridas, gritos, y todas las chicas presas. La bobada que yo había dicho. Después comprendí que me había salvado de empezar a trabajar ahí esa misma noche, de pura suerte. Y cuando volvimos al hotel, Roberto se decidió, por fin, a hablar.

—Bueno, Graciela, aquí hay una sola verdad. A vos te sirve ganar unos cinco millones en tres meses, ¿o no? Yo te hice el gran tren, pero no conseguí que te enamoraras como se enamoran de mí todas las mujeres. Así que ahora vas a trabajar para mí, vas a trabajar en la prostitución.

Yo lo miraba: "¿Estás bromeando, no?". Pero las palabras me salían con miedo, como si supiera que no estaba bromeando.

—No estoy bromeando. Vos sos una mujer que atraés a los hombres. No sos la hermosura; pero sos una mujer que a vos se te pone una ropa y te cae bien. Tenés una forma de caminar llamativa, sos una mujer que te gusta dialogar, que te gusta la alegría. Hay un bar en Dakar donde hay mucha alegría y música y se baila español. Sos ideal para ese trabajo, y para eso te hice viajar. Ahora no te podés echar atrás. Si quisieras volver al Uruguay, no tenés un peso en la cartera. Si te quedás aquí, el cónsul te corre al saber a qué viniste. O empezás a rodar de un hombre a otro y te perdés para siempre. Yo te mando a Dakar, pero allá sin mí no podés hacer nada. No conocés a nadie y no sabés francés.

Me retobé:

—No lo hago.

Cuando dije "no lo hago", ¡buuuuum!, rebotó una trompada

y me incrustó en la pared. Me toqué la cara y me dije: "Graciela, tranquila. Una trompada ahora, otra después, dentro de una hora estoy rota y en lo mismo. Mejor me quedo con esta trompada y me ahorro las otras". Dije:

—Pará un poquito. No pegues más.

¿Qué iba a hacer?

—Ah, aflojaste.

Me tuve que reír. Después, lloré, lloré, lloré.

—Mirá, no llores más, porque no hay vuelta que darle. Si te negás no volvés al Uruguay. Y además una persona muy allegada tiene la orden de eliminar a tu madre.

Después de oír eso, al día siguiente tomé la combinación Las Palmas-Dakar. Sin un peso. Ah no, ahora recuerdo: Roberto me había dado plata de Senegal para el taxi.

En el avión me hice amiga de tres chicos españoles. Menos mal, porque la verdad yo estaba aterrada. Ahora que te lo cuento, me río; pero allá no me reía. Llegamos; todos negros. Para peor desgracia yo siempre fui racista. Acepto la gente de color como amistad, pero dialogar con ellos, estar adentro en una casa o frecuentarlos, nunca me gustó. Yo sé que somos todos iguales, pero hay una superioridad del negro que no va, para mí no va, te quieren pasar por arriba. Llegamos a Dakar y como te digo, encuentro lleno de negros. Parecía un castigo. Si estaría triste yo, que no hablaba nada. Cuando salimos del aeropuerto, los chicos españoles me llevaron al centro en taxi. Y al llegar, viendo el hotel, dijeron: pero este hotel no es para ti, ven que te llevamos a otro mejor. No, les dije, tengo que encontrarme aquí con una chica.

La "chica" era Madame Alexandra. La llamé desde el hotel. "Hablo español, soy uruguaya, me manda Roberto C.". Vino a buscarme con una tal Cristina. Alexandra es italiana. Tiene algo menos de 30 años, pero se le nota el baile. Elegante en sí no es; le sacás la ropa y la peluca y no vale nada. Me cayó antipática de entrada, qué querés que te diga. A Cristina la miré y noté que su carita era una carita humilde, morochita, de ojos negros, pelito corto más o menos por acá, muy agraciada ella. Otra uruguaya que se fue... Alexandra me miraba por arriba del hombro. Yo dije, con esta mujer voy a tener lío. Me metió en un taxi, después subieron ellas. La italiana no me hablaba más que lo imprescindible, y Cristina no hablaba nada, no hacía más que obedecer lo que decía la otra. En su casa, le di a Alexandra una carta que Roberto le mandaba. Yo creí que era sobre mí, presentándome, todas esas cosas. Pero no, le mandaba saludos y le decía que no había problemas, que todo es-

taba bien. Era los vientos y el aire, nada más. Las explicaciones las tenía que dar yo. Pero, ¿qué explicaciones? Le dije, ya con asco: "Yo vengo a trabajar, igual que vos". Me hizo desnudar y me observó toda con gran cuidado. Yo decía: si me sigue mirando así, dentro de un rato me invita a la cama. Nada de eso. Me anunció que al día siguiente yo hablaría con la dueña del establecimiento, la famosa Madame Ester. Por fin me acosté a descansar, pero no pegué los ojos en toda la noche. Lloraba. Y decía: me escapo, me voy al aeropuerto, le explico todo a la policía. Pero, ¿qué le explico? Para mejor, todos negros. Lloré, patalié, pero no me sirvió para nada. Tenía que seguir en todo lo que Roberto me había dicho.

Nuestra galleguita

Al otro día llegó Madame Ester, una española cincuentona, llena de plata. Me miró de abajo, por arriba de los lentes. Yo que estoy en la religión, te lo puedo asegurar: el que te mira así, de abajo, o que oculta su mirada, así, con este dedo, dalo por seguro, se está preparando para clavarte el puñal por la espalda. Madame me miró y me dijo: "Ah, pero tu aspecto no me gusta nada". Y tendría razón. Yo estaba con el pelo sucio de tanto viajar y unas ojeras hasta las rodillas, de llorar y no dormir. "Mañana vístete, arréglate, ponte guapa y nos volvemos a ver para llevarte al Edén Bar, donde trabajarás". Al día siguiente vino a buscarme en un auto impresionante. Ahí, por fin, le gusté. "Ay, qué mona estás", y todo eso. "Ahora vas a entrar al bar y quiero que te pongas a dialogar conmigo. Yo sé que tú cantas en español. Quiero que hables con el acento de una española". Y ahí empecé yo. "Ay, mare de mi alma" y todo así.

Puse las maletas en el cuarto que me dieron, un cuarto precioso. Y ¡zás! pisándome los talones, otra vez Madame Ester. Era para presentarme a una francesa. Pero la francesa me miraba por arriba del hombro. Yo pensé furiosa: ¡otra más! Era Clotilde, que después resultó mi mejor amiga en el Edén Bar. Adelante de la dueña, tiraba para la casa; y cuando estaba sola, tiraba para las amigas. Antes de retirarse, Madame Ester le transmitió, en francés, las instrucciones para mí. Después Clotilde me las tradujo. Cuando quedamos solas, me dijo: "No tengas miedo, gorda".

—No, miedo no tengo. En Las Palmas me explicaron a qué venía.

—¿Vos no sabías en qué ibas a trabajar?

—No, si hubiera sabido no estaba acá.

—¡Qué macana! Viniste igual que Cristina... Bueno, ahora tengo que explicarte el trabajo.

El amor tiene cara de hereje

—Me tenés que explicar todo. Yo no sé cómo trabaja una mujer de la vida.

Entonces le mostré todo lo que Alexandra me había hecho comprar: regadores, jeringas, cincuenta mil cosas más.

—Vamos a empezar por lo primero. Todos los días tenés que tomar estas pastillas. De mañana una y de noche otra. Son para estar brillante; con eso estás siempre como un rayo. ¿No ves yo?

E hizo como que se desmoronaba. Reímos a carcajadas. Hacía tiempo que no me reía así.

—Cuando llega un chico a la habitación, tú lo tenés que hacer entrar. Y tenés que desnudarte enseguidita. Nada de besitos o de abrazos.

Fui aprendiendo todo. Había que lavar, revisar, una serie de cosas que, al principio, yo hacía mirando para otro lado. Los dos primeros hombres se acostaron conmigo y con Clotilde. Los clientes no me conocían, era como presentarme en la intimidad. Al tercero ya me largaron sola. Estuve casi media hora con el chico en la habitación. Me golpearon en la puerta. "Hay que salir. O pagar doble". Desde ese momento me puse un reloj en la muñeca. Después de una semana, llegué a sincronizar todo como un mecanismo. A cada cliente lo despachaba en doce o quince minutos. Y me alcanzaba para darme una ducha. Había también que hacer determinadas cosas. No me espanta hacerlas, si yo lo deseo. Pero allá, en el cuarto del Edén Bar, era distinto. Yo las rechazaba con toda mi alma. Clotilde me decía: "No podés negarte". Y cuando una noche un tipo me rompió el florero en la cabeza, vi que Clotilde tenía razón. Venían hombres mayores, hombres de edad, y cuando llegaba un jovenito era como una fiesta; venían españoles, griegos, libaneses, y algunos turistas americanos o europeos. A los libaneses había que dejarlos media hora, en lugar de quince minutos. Como tienen plata, son los mimados de todo el comercio de Dakar. Roberto, que ya estaba en la ciudad desde hacía unos días, se interesaba por saber mi promedio diario de visitas. Pero él había venido a cobrar. No sé cómo repartirían con Madame Ester los tres mil francos de cada visita —y eran unas veinte por día—, pero sí sé, que para mí no había ni un franco ni un peso.

Hermanos coraje

Aquí aparecen en escena Ramón Gutiérrez y Giuseppe Bruni. Un día que las chicas ya habían "trabajado" a todos los clientes, y sólo se trataba de alegrar el lugar, yo estaba cantando una copla española, cuando Ramón (era la primera vez que lo veía) empieza a los gritos:

— ¡Ay, mare de mi arma! Pero qué estoy yo viendo aquí; una española verdadera, lo que me había recetado el médico.

— Lógico, lo que te había recetado el médico. Por eso estoy yo aquí. Aquí me tienes. Ay, mare mía, pero si eres mi vida, eres mi cielo, eres mis entrañas.

Terminamos bailando flamenco juntos. La gente gritaba ¡Bravo! y Madame Ester, sonriendo, miraba por arriba de los lentes. Yo misma sentía brotar en mí la alegría de antes.

— Te invito a cenar, guapa.

— Bueno, guapo. Me voy contigo a los quintos infiernos.

Con tal de que alguien me sacara de allí adentro... Entonces Ramón me presentó a Giuseppe, en francés.

— ¡Pero tú eres tano!

— ¿Y cómo te has dado cuenta que soy tano?

— Porque mi mamma es italiana. lo parlo il italiano.

— ¡Ah, mamma mía!

Yo pasaba del idioma español al italiano, y ellos se pasaban invocando a su madre. Eran como hermanos; muy guapos, pero del tipo maduro ¿viste? unos 45 o 50 años. Y muy influyentes. Mandaban en el puerto, y lo que le aconsejaban a la tripulación de los barcos era palabra santa. Un bar, un burdel, un hotel, prosperaban o se hundían según el "capricho" de estos amigos. Yo salía del bar en horas de trabajo, simplemente porque me pedían Ramón y Giuseppe. Te abrevio. Tuve una relación con Ramón que a Giuseppe no le gustaba nada. Pero el español ya tenía cinco mujeres en Dakar, y aunque seguía persignándose por su "mare" y por la Virgen María cuando nos encontrábamos, terminó cediéndole el terreno a Bruni. Yo lo sorprendía a Giuseppe mirándome en silencio, como intrigado, como si algo no estuviera claro para él.

— ¿Cuál es tu marido?

— ¿Qué marido?

— ¿Cómo qué marido? Todas las mujeres del ambiente tienen marido. Si tú no lo tienes, es que no eres del ambiente.

Yo contestaba con cualquier evasiva. Giuseppe volvía a la carga.

- Quiero saber la verdad. Cómo viniste, quién sos.
- No puedo hablar.
- No me digas toda la verdad. Pero dime cuánto tiempo más vas a seguir en esta vida.
- Voy a trabajar tres meses, nada más. Después me voy.

Papá corazón

Empezó a sacarme del Edén, pagando diez mil y hasta quince mil francos por día. Cuando yo no podía salir, se pasaba sentado en el bar, mordiéndose mientras yo trabajaba. Paraba a los chicos que se acostaban conmigo. Quería saber si mi comportamiento era el de una mujer de la vida. Yo no estaba menos enamorada. Para mí aquello era el sol, las estrellas, el paraíso, todo junto. No estaba desamparada, tenía alguien que llegado el momento me iba a defender. Opté por hablarle, poniéndolo sobre aviso.

—Mirá, Giuseppe, si algún día yo desaparezco de Dakar, sospechá que me sacaron, que me mataron o que me llevaron a otro lado a trabajar. Y no me preguntes más porque no puedo hablar.

Hasta que un día desaparecí del Edén Bar. Me llevaron al departamento de Alexandra, y allí vi a Roberto por primera vez desde el día aquél en Las Palmas. Quería saber de mis relaciones con Giuseppe. Le dije que estaba enamorada.

—Te dejás de pavadas o te voy a romper la cabeza.

Peró yo no me dejé de pavadas y seguí viendo a Giuseppe. Entonces inventaron una "razzia" de la policía francesa, me metieron en un taxi y entonces sí, me hicieron desaparecer. A Giuseppe le dijeron en el Edén Bar que yo no trabajaba más allí, que no sabían de mi vida, que tal vez me hubiera ido a Las Palmas. El corrió al puerto y al aeropuerto. Yo no había salido por allí. Averiguó en los controles de las carreteras. Tampoco. Yo seguía en Dakar. Entonces, ¿qué pasó?

Pobre diablo

Roberto corría de un punto a otro, buscando una salida. No la encontró y me llevó a casa de Alexandra. Después a unos matorrales. Allí me dio una paliza que por poco me mata, me quemó con cigarrillos, me amenazó con tirar al río las maletas con mi pasaporte. Ese infierno duró tres días, y el plazo lo marcó Giuseppe. Le avisó a Silvette, otra francesa del Edén, para que ella se lo hiciera saber a Roberto: "Si a las siete de la tarde Graciela no está conmi-

go, yo tengo doce negros (fijate la ironía, después de todo venían a salvarme los negros), tengo doce negros que la van a buscar viva o muerta. Si no aparece, yo, Giuseppe Bruni, voy a buscar a Roberto Capocasale. Si Roberto Capocasale no aparece, escribo a Italia para que la "maffia" mande gente adonde sea, hasta encontrarlo". Cuando la amenaza llegó a Roberto éste empezó a arrugarse y a pedirme por favor. "Por favor, Graciela, olvidemos todo lo pasado. Yo te voy a dejar libre, vas a poder ir al Uruguay, no te voy a hacer más nada, perdoname, que esto que el otro". Yo me vestí, me arreglé, tenía los ojos así de llorar, pero más o menos quedé "normal". Marcas de los golpes no tenía, porque me había pegado con una toalla mojada. Me lavé la cabeza, me prestó el secador del pelo, me peiné bien. Y fui al encuentro de Giuseppe. En la calle hicimos como que nada había pasado, pero en la habitación lloramos como dos locos. Roberto me mandó el pasaje con Silvette, y Giuseppe me acompañó al aeropuerto. Me mostró los papeles de un apartamento que había comprado y que sería para los dos, si yo resolvía volver a Dakar. Y deseando al mismo tiempoirme y quedarme, partí en el avión rumbo a Montevideo.

La casita de mis viejos

Roberto me había dado instrucciones: "Tú decile a papá que estuvo todo en orden, todo bien; que hubo problemas con la policía francesa, pero nada más". Lo vi al viejo en casa de mis tíos, estuvo charlando conmigo y nada sospechó. Mi madre, que era la que más me preocupaba, tampoco. A los tres días me fui a Buenos Aires; tenía un trauma en la cabeza que no me lo sacaba nadie. Quería un poco de descanso y tranquilidad. Era un cadáver cuando llegué a Montevideo. Una amiga dijo cuando me vio: "No me digas que vos sos la Graciela". En Buenos Aires estuve unos quince días, lo suficiente para recuperarme un poco. Pero como volví a la religión, supe que mi "mai" aconsejaba que yo volviera. Iba a tener muchísimos problemas aquí, iba a perder a casi toda mi familia y muchas cosas que yo había cosechado con sacrificio. Pero debía volver, y al final saldría a flote. Tuve ese aviso justo el día en que le estaba escribiendo a mi madre para que arreglara los papeles y se fuera ella también para la Argentina. Pero me vine yo.

Y a los dos días de llegar, todo se supo. Una chica había salido medio drogada del apartamento de la calle Río Branco; la vio la policía, se la llevó para investigar, y ahí empezó a desenvolverse el

hilo de la madeja.

Yo estaba viviendo aquí y noté que dos hombres me vigilaban. "Bueno, gorda", le dije a mi amiga, "vienen a matarme. Que sea lo que Dios quiera. Decile a mi madre que la adoro". Salí a la puerta y me dicen: "Somos de la policía".

—¿Y ustedes por quién vienen?

—Usted ya sabe.

—No, yo no sé nada.

—Mire que ya se supo todo.

—¿Todo lo qué?

—Respecto a los C., padre e hijo.

Cuando los oí nombrar se me desplomó el alma a los pies y dije, casi sin fuerzas:

—Es cierto. Yo soy la víctima de Roberto C. ¿Lo agarraron?

—Sí.

—Entonces mi madre queda viva.

Y me llevaron a declarar.

—Sí, pero ¿y el italianito, tu novio? ¿Qué se hizo?

—Divino, cada día estoy más metida con él.

(30/XI/973)

DE MAQUINAS E INVENTORES

Hablemos, pues, de las torturas mencionables.

Historia singular ésta, en que resultan procesados los guardianes del orden público, y puestos en libertad los rufianes y las prostitutas. Hagamos primero el reparto de papeles. Guardianes del orden público: subcomisarios J. L. M. y F. B. T. y agentes C. M. J. y A. B. M. Rufianes: F. A. S. R. y W. F. Prostitutas: Margot, G. O. y B. C. B. Juez de Instrucción de Feria: doctor Gervasio Guillot Martínez. Escenarios: la vía pública, las celdas de la Jefatura de Policía y el despacho del Juzgado de Instrucción de 4º Turno. Autos: El Pueblo contra Los Proxenetas.

La historia de la chica de Dakar ya está olvidada (¿también por ella?) y Roberto C., abrumado por las pruebas de su responsabilidad en la trata de blancas, purga en el Miguelete una prisión preventiva que puede culminar en condena de 8 años. Pero la víctima no es sólo una chica, ni el victimario sólo un hombre. Se descuenta que la red aprisiona a muchas mujeres (en Barcelona, en Milán, en Hamburgo, en Amsterdam, en Las Palmas) y que son también muchos quienes mueven los hilos (para sí o para quien banca el negocio, al que los intermediarios seguramente no conocen). Un común denominador, poco dignificante para el orgullo nacional: los protagonistas son uruguayos y uruguayas. Que el que quiera celeste, que le cueste. La chica de Dakar se animó a arrojar la primera piedra, y tras el esclarecimiento del caso Capocasale, la luz cae sobre otros casos. Es que van llegando a Montevideo, en plena misiadura, algunas de las víctimas, casi todas procedentes de Dakar. Y hasta hace su aparición entre nosotros la legendaria (aunque treintañera) Mme. Alexandra, de origen vagamente italiano y vocación fatal, quien a la hora de dar los datos filiatorios, resulta oriunda del humilde si que glorioso departamento de Soriano. También ella vuelve de Dakar "flaca y sin viento". Interpol, por su parte, empieza a dar frecuentes noticias de compatriotas nuestros que, a despecho del país en ruinas, viven rumbosamente en los centros europeos de moda. No son los únicos compatriotas que lo hacen, por cierto. Y si de "alguno más de cuatro" (Catita dixit) se estudiaran los antecedentes, veríase que los rufianes, comparados, son alhajas (flor de alhajas, claro). Pero Interpol tiene sus líneas de trabajo, y es inútil objetar.

Por ahí aparece el nombre de A. S., habiendo vivido en un apartamento de Barcelona con un sujeto de apellido ahora quemante: C. y aparentemente dedicado a explotar a una mujer, Margot. Pero ahora dejamos atrás el océano y el almanaque y nos encontramos, hace 15 días, en las calcinantes calles de Durazno. S. está allí, acompañando a un familiar accidentado. Debe mostrar sus papeles al cordial guardiacivil de facción, simple trámite de rutina. Pero ese nombre está requerido, y el presunto proxeneta cae en manos de la policía.

Margot consigue zafar. Está también en Durazno, y enterada de la detención de S., allí mismo contrata los servicios de una avioneta que la conduce a Paso de los Toros. En esta ciudad (donde nota que la miran; pero es mona y no le llama la atención) toma el ómnibus de ONDA y viene a Montevideo. Va a ver al juez con su abogado, y habla por sí y por Alberto. Le explica (se explica): somos casados, aquí está la libreta, yo ejerzo voluntariamente la prostitución, era prostituta antes de ir a Europa y seguí siéndolo allá; mi marido lo acepta y no me coacciona en ningún sentido. Pero ella también está requerida (para declarar como presunta víctima de su esposo), y el juez la manda a Jefatura. Muy bien. Pero que me vea antes el médico forense; por las dudas, ¿vivo? Finalmente Margot se presenta en San José y Yí el lunes 7 de enero, al anochecer.

No me repita la pregunta

Después de varias horas de espera es interrogada por el subcomisario M. Pero volvamos a Durazno, de donde S. es trasladado a Jefatura por una comisión capitalina que integran el susodicho M., J. y M. Lo traen en la caja de una camioneta, vendado y atado de pies y manos. Esa travesía y los golpes naturales que debió recibir en ella el cuerpo inane de un hombre maniatado, servirán después de explicación, ante el juez, a los funcionarios policiales, por las lesiones que Sosa exhibe y que denuncia como ocasionadas por torturas.

"Largá", "Tu marido ya cantó", "Cantá que él te explotaba, que te llevó a la fuerza", serían algunas de las frases con que interrogó el subcomisario a la mujer de S. Ella reitera su versión. Somos un matrimonio legítimo, él no me obligó a prostituirme, hacía tiempo que yo "ejercía el meretricio", etcétera, etcétera. M. no parece convencido. La agarra del pelo —declara Margot— y la tira al suelo. "Vas al calabozo, incomunicada".

Pasa allí la noche: colchón mojado, malas condiciones de higie-

ne. Pero no la interrogan ni la molestan. El martes permanece incomunicada, no le dan agua ni comida. El miércoles de mañana dos hombres van a buscarla. La vendan, y tras subir y bajar escaleras y atravesar corredores, queda en algún lugar del establecimiento. Vendada, las manos atadas a la espalda, debe permanecer de pie. "Me empiezan a insultar y amenazar: "Hija de p...", "Yegua de m...", "Aquí vas a largar todo". La manosean. Por debajo de la venda vislumbra un par de pantalones a cuadros y un par de pantalones beige. Le desabrochan la camisa —continúa Margot—, le tocan los senos, vuelven a abrocharla. La operación se repite varias veces. No la interrogan; la insultan, la amenazan. "Me empiezan a desnudar". Le quitan la camisa, el pantalón, la ropa interior. Omitimos detalles de la vejación, previsible y —ella dice— consumada. Después la atan con algo elástico, queda como un matambre o una momia, y la hacen acostar sobre una colchoneta cubierta por un nylon húmedo. De pronto la agarran y la meten en un tanque de agua. Dos o tres veces —afirma—, hasta que pierde el conocimiento. Al despertar en su celda, se ve desprolijamente vestida. Ahora la llevan para un nuevo interrogatorio. Otra vez los pantalones a cuadros, otra vez los pantalones beige. Otra vez, también, el mismo interrogatorio. "Tu marido ya cantó". Margot reitera su versión.

Mientras tanto, a S. le habrían administrado "submarino" dos veces por día, durante 3 días. Le detalla al juez brutales, vejatorias torturas. Les advierte a los torturadores que tiene una fisura en la cabeza. ¿De qué lado? Y de ese lado lo golpean más. El jueves el trato es normal y los dos son llevados a juez. Son claramente advertidos: si hablan de torturas, los hacemos desaparecer.

Ese día terminaba el turno del doctor Echeverría. El asunto que tenía entre manos era el de los supuestos casos de proxenetismo, y las actuaciones tocaban a su fin. Entendió necesario, sin embargo, antes de pronunciarse, un careo de los indagados con R. C. La diligencia quedó para el viernes 11, ya dentro del turno siguiente, a cargo del doctor Guillot. Este cumple las últimas actuaciones, tras las cuales decreta la libertad del sospechoso: aunque la conducta de A. S. merece fuertes reservas morales, no cae bajo la ley penal. Absueltos, marido y mujer protagonizan en el recinto judicial las escenas de júbilo, típicas de los finales como éste. Los malos tratos y las humillaciones son cosa del pasado. ¿Es el epílogo? Inesperadamente, no. Los desclasados, los rufianes y las prostitutas, los que se traicionan y todo lo traicionan, quisieran —si es posible— hablar todavía unas palabras con el señor juez. Cómo no, ¿de qué se trata? Denuncian las torturas y están dispuestos a individualizar a los

torturadores. Un nuevo juicio se inicia, ahora con los acusadores en el banquillo de los acusados.

Week-end en la Ciudad Vieja

Todo el mundo citado para el sábado. Por supuesto M., J., M., S y Margot. Pero también W. F. y G.O., absueltos la semana anterior de los mismos cargos, ahora también denunciantes de torturas (hasta Madame Alexandra — ¡ah, fiata gaucha! — había formulado, por cuerda separada, su propio testimonio acusador). F. las habría pasado, más o menos, como S. y M. B., más o menos como Margot. A G. O., en cambio, sumergida de cabeza en un tanque con agua, le provocan una intensa hemorragia vaginal. El asunto se pone feo y de Jefatura piden a Salud Pública una partera; ésta aconseja hospitalizar a la mujer. "De Jefatura no puede salir; atiéndanla aquí, si quieren atenderla", habrían dicho. Se la atiende allí, como se puede, sin que los encargados del "interrogatorio" dejen de sumergirla en el tanque.

La suma de tantos testimonios acordes, decide la investigación.

En el juzgado —donde también comparece el comisario Humberto Rijo, jefe de Orden Público— los denunciantes reiteran su acusación y los acusados rechazan los cargos (Margot, dormida, se habría caído en la celda, golpeándose; y S. también, se golpeó en la camioneta cuando venían de Durazno). Cumplidos por separado los interrogatorios —por allí andan una vez más los pantalones a cuadros y los pantalones beige—, el juez dispone un careo que será decisivo. Pero un hecho espectacular sobreviene.

La carga de Misiones

Cuando concluyó su declaración, S. pidió permiso para ir unos minutos al bar de 25 de Mayo y Misiones, en la esquina del juzgado. Allí estuvo tomando un café con un familiar que días antes (es una familia conflictiva para la policía) había quedado en libertad, pero por asuntos ajenos a los protagonizados por Alberto y Margot. Cuando quisieron acordar, S. y el otro, que no viven para sustos, estaban entre los recios brazos de dos hombres que, sin decir agua va, los estaban secuestrando. Llevados en vilo, fueron a rastras por Misiones hasta Cerrito, donde esperaba una camioneta con chapa brasileña.

Una escena de cine mudo —a la vez excitante, enigmática,

divertida y sombría— se desarrolla entonces a los ojos del espectador casual que la hubiera sorprendido, por ejemplo, desde la esquina en que se encuentra Copicentro, frente al bar Misiones. En momentos en que los cuatro hombres avanzan forcejeando hacia Cerrito, se cruza con ellos, asombrado, el actuario judicial, que también había salido del juzgado por una breve diligencia y regresaba apresuradamente. Reconoce a S. y, voluminoso como es, corre a avisarle al doctor Guillot que están secuestrando a un testigo.

El hipotético observador, cada vez más intrigado, habrá visto enseguida al obeso funcionario salir otra vez del juzgado y correr por Misiones hacia abajo (ni sangre ni lágrimas, pero cuánto sudor), para alcanzar a la camioneta antes de que arrancara. Desde una cuadra de distancia, el curioso sólo pudo distinguir gestos: perentorios, elocuentes, eso sí. Según los cuales el actuario parecía parlamentar con el chofer, poco menos que colgado de la portezuela delantera. Pero la camioneta arranca al fin, desparramando en la vereda los últimos reclamos. El actuario volverá, sin S. y sin aliento.

Fue un trueno del Far-West, o acaso del Chicago de la Ley Seca, estallando en esa cuadra de la calle Misiones que los sábados se vacía de gente, como toda la Ciudad Vieja, para dar paso a melancólicos transeúntes solitarios. Los de esa tarde vivieron un sobresalto inusual.

Un juez

Dentro del juzgado, trueno el juez. A las denuncias de torturas se suma ahora, en sus propias narices, la evidencia de un secuestro. ¿Podrán ser sus responsables gente de Orden Público? El comisario Rijo lo ignora; podría quizás tratarse de una diligencia en averiguación sumaria acerca del familiar de S. y, en relación con esto, verse implicado S. también. La explicación subleva al buen sentido. Sosa no podría ser sometido a una diligencia mientras se encuentra en otra, pero sobre todo: la inusitada violencia del procedimiento desestima cualquier otra consideración. El doctor Guillot exige que el testigo sea devuelto de inmediato al juzgado; sin perjuicio de abrir nuevos autos por el secuestro. El comisario Rijo maneja eficazmente el problema por teléfono, y tres cuartos de hora después llega S. al despacho judicial, y no de tomar un café.

Ahora sí, señores, es el careo. Careo singular, cargado de tensión. Casi no hubo controversia, sin embargo. No podía haberla. Por un lado, el aplastante alud de los testimonios de acusación; y por otro, una cerrada negativa de los acusados que se anulaba a sí mis-

ma en su tozudez uniforme, sin matices, curiosamente crédula de que no le era necesario oponer pruebas o razones. Sin más trámite, el juez dictó autos de procesamiento contra M., J. y B. (el conductor de la camioneta, por desacato). El comisario Rijo, cuyos procedimientos ninguno de los testigos cuestionó, desarmó allí mismo a sus hombres y los llevó consigo a Jefatura.

Pudo haber un cuarto procesamiento (y finalmente lo hubo): el del agente M., que no había podido declarar el día anterior. En consecuencia, volvió Guillot a citar a todo el mundo —testigos y acusados— para el domingo. Otro día muerto en la Ciudad Vieja: ni un alma a lo largo de toda 25 de Mayo, tampoco por las trasversales. Los testigos no comparecieron, ni el domingo ni (vueltos a citar) el lunes. Pero por evidencias que juzgó suficientes, el juez dictó ese último procesamiento.

Ahora bien. Desde el domingo hasta la hora del cierre de esta edición ignórase, incluso en los lugares que frecuentan, el paradero de los rufianes y las prostitutas, denunciante de las torturas, y de su abogado defensor. Se agradecerá a quien proporcione datos o noticias.

(18/1/974)

Once años después

Los rufianes y las prostitutas del caso debieron pasar (verano del 74) una temporadita internados en un establecimiento, no llegué a averiguar si militar o policial. Y su abogado defensor —el doctor Armando Cuervo, extranjero— debió abandonar el país por "indeseable", falleciendo en el exilio.

"PRONTO DESPACHO"

— Ahora no miren para enfrente.

La advertencia surgió, entre risas sofocadas, de un grupo de niñas que jugaba "a la mancha". Todas sabían de qué se trataba, pero una chiquita inquirió:

— ¿Por qué?

— Don Pacheco está haciendo pichi.

Rompieron a reír y siguieron jugando. Son las 5 de la tarde del domingo 7 de mayo, y San Bautista, a mitad de camino entre Santa Rosa y San Ramón, en el departamento de Canelones, bosteza por la boca de sus campánulas. Un ruido blando, como de follaje desgajado, llama la atención de las niñas, obligándolas a mirar hacia el ranchito de don Pacheco. El no está orinando, como otras veces; se balancea colgado de un tirante, junto al parral.

Don Agustín Pacheco (oriental, soltero, 87 años), nació en las cercanías de San Bautista pero pasó gran parte de su vida en el departamento de Soriano, cuidando ganado en varias estancias. Al cabo de unos años pudo guardar alguna plata y comprarse un campito. Y al cabo de otros, vendió el campito y se guardó la plata. Calculó: mientras consigo la jubilación, tengo para ir tirando. Compró un ranchito en San Bautista, donde vivía con su hermana algo menor, y empezó a comerse el capitalito, a la espera de "la pasividad". Los caudillos de la zona —un colorado, un blanco— se ocupaban del trámite. En realidad, fue menos idílico. Un vecino me lo contó así:

— Don Pacheco inició el trámite. Pero la jubilación, bastante perezosa, se hacía desear. Resolvió hablar con un caudillo colorado, don Antonio Delgado. Descontando las promesas, no consiguió nada. Entonces cambió de caudillo. Vio a Bonifacio Alcaín, de la gente de Santoro. Nada. El hombre entró a desesperar.

Seis años duró la desesperación de don Agustín Pacheco. Los años sumaban cada vez más y el capitalito cada vez menos. A los 85, don Pacheco, harto de engaños, resolvió prenderle fuego a la manoseada tarjeta de la Caja y a la esperanza de jubilarse. Coincide con la aparición del reumatismo, el achaque a las piernas, la invalidez. Su hermana lo viste, lo ayuda en todo; ella, que necesitaría a su vez quien la ayudara. Ambos viven en la extrema pobreza. Con-

siguieron, eso sí, la pensión a la vejez, y con los dos mil pesos y pico que percibe cada uno (no olvide el lector: pesos viejos), ven des-puntar los días y caer las noches, un afán desesperanzado, sin alientes. Don Pacheco pasa las horas sentado en una butaca apollada. A su alcance, dos finos troncos de eucalipto le sirven de bastón. De ellos se vale para hacerse la ilusión de que es dueño de sí mismo. No lo es. Cuando, hundido en el sillón, su mirada se pierde, debe estar vagando por los campos de Soriano, tras la imagen del hombre de a caballo que fue. El domingo de tarde, mientras su hermana iba en busca de leche a pocas cuadras de allí, don Pacheco consiguió erguirse y llegar, apoyado en sus toscos bastones, hasta el corredor de entrada al rancho, por el que se extiende también un parral. Debíó forcejear para sacarse el cinto (sus brazos y manos le responden mal), y sólo una obstinada determinación pudo permitirle colocar en el sitio elegido una pesada piedra, el escalón hacia el vacío. Reinaba en la tarde una extraña calma, la calma del Bautista, apenas poblada por las risas infantiles que sonaban lejanas, muy lejanas.

Cuando la atención de las niñas fue llamada por el blando quejido del parral, éstas desconfiadas y curiosas, se acercaron, se detuvieron mirándose, retrocedieron levemente y sin poder dejar de mirar el cuerpo que se balanceaba, dieron voces de alarma. Vino una vecina, que llamó a un hombre. El hombre se acercó a don Pacheco con un cuchillo en la mano. Iba a cortar el nudo de un tajo, pero una niña de 8 o 10 años me dijo:

—Yo no sabía que don Pacheco estaba muerto. Yo creía que el hombre lo iba a matar para que no sufriera más.

¿Acaso no matan a los caballos?

(19/V/972)

FOBAL Y CARRERAS

La quimera de oro

—Cuando hacés un gol, es la locura: lo gritás, lo corrés, parece que quisieras abrazar uno por uno a todos los hinchas. Pero en la jugada misma se te ve frío e implacable. ¿Qué sos: un cerebral o un temperamental?

—En la zona caliente donde yo juego, la zona del área, hay que ser frío para calcular correctamente lo que a uno le conviene. ¿Saltar o no saltar, ante el centro que llega? Contra Central salté, pude cabecear y fue gol. Contra Liverpool (en la primera rueda), el que saltó fue Campos. Yo preferí quedarme al costado del back porque pensé que la pelota lo sobraría; lo sobró y me llegó mansita para rematar (el gol, sin embargo, fue anulado por off-side pasivo de un compañero). ¿Fortuna, frialdad, intuición? Es también sentirse bien parado. Contra Nacional, después que Daniel (Quevedo) amontonó a varios defensas sobre la derecha y me hizo el pase, yo arrastré la pelota desubicando a Barone y a Ubiñas. Me sentí bien parado, con la zurda (mi pierna más hábil) pidiéndome la pelota para patear. Hubiera podido seguir corriendo hacia la izquierda para buscar un ángulo más favorable. Pero era descubrirle a Manga toda mi intención. Preferí patear, cuando todavía Manga no tendría claro lo que yo iba a hacer. ¿A qué esperar más? Uno siente que todo el cuerpo le pide una jugada —esa jugada— y no otra. Y hay que hacerla. Si es gol, después se descarga de alguna manera la tensión de esos segundos decisivos. Yo corro como loco, levanto los brazos, abrazo a los compañeros que me salen al encuentro, me escurro como puedo y sigo corriendo.

Quien habla es Fernando Morena, el muchacho de 22 años por cuyo pase hay clubes —extranjeros, por supuesto— dispuestos a pagar mil millones de pesos. Me interesa saber qué hay en la mente de un "uruguayo que se va" por razones tan distintas... Y me intereso en esa zona mítica del nomenclátor montevidéano: Trabajo, Libertad..., en los lindes de Pocitos. Imposible no dar con la casa de Morena. Al doblar por El Viejo Pancho siempre hay, antes de terminar con la pregunta, un pibe o un vecino cualquiera que rápidamente señala:

—¿Ve aquella señora? Es la madre.

Todavía joven y vistosa, la señora atiende a las mil maravillas las relaciones públicas de su hijo.

—Hay tardes que nos vamos todos de casa, porque el teléfono no nos deja vivir. Amigos, admiradoras, dirigentes, periodistas (aquí me di por aludido). No señor, faltaba más; a las órdenes.

Está encantada con el éxito de Fernando. Son las nueve de la mañana, y mientras él demora unos minutos para la entrevista, la señora me instala en el coqueto living-comedor de la casita de bajos, aparente vivienda de clase media, abierta cordialmente a la llegada de todos, amigos y vecinos. Me muestra, orgullosa, la medalla que acaban de darle a Fernando en España, cuando jugó en el partido América-Europa; y no necesito que me muestre —porque es casi lo primero que se ve al entrar— un gran sombrero de charro mexicano, recuerdo evidente de otras giras. Una pelota de fútbol corona a su vez un centro de mesa, obsequio del fabricante al campeón, después de posar en una foto publicitaria. Sin duda, es la hora de los oportunos. El representante de una marca acreditada de relojes, amigo de Morena, le propone un "tape" para la televisión. (—"No, qué le va a cobrar! Son amigos. Y en todo caso, Fernando lo donaría a la Colonia Echepare, o algo así"). Otro comerciante, un desconocido, le propone un confuso negocio con la venta de corderos para fin de año. En las orillas del éxito, se libra una sorda batalla por las migajas. Por tercera vez en minutos, suena el teléfono, y la señora Morena se levanta para atender.

—No, Fernando Morena no está. Llámelo a mediodía o deme su teléfono para que él lo llame. No señor, faltaba más. A las órdenes.

El fastidio viene envuelto en un halo inequívoco de satisfacción.

—¿Ve? Así es todo el día. Si no contesto que no está, ustedes no podrían hablar tranquilamente.

—Lo malo es cuando no es gol y no se puede descargar la tensión porque el partido sigue. Esa pelota que le pegó a Manga en un pie, ya sobre la hora; o la que erramos primero yo y después Lluzzi, en el primer tiempo, a boca de jarro. Pero frente a la intuición de uno, está la intuición del contrario. Manga, y todos los grandes goleros, "encuentran" pelotas en todos los partidos. Pero eso no es suerte; es que saben tapar el arco. Por eso, para adivinar lo que el contrario piensa hacer y para que él no se lo adivine a uno, hay que mantener todos los músculos en tensión y la mente fría, siempre fría. Después, si las cosas salen bien, hay tiempo de gritar como lo-

co y de salir corriendo''.

La madre de Morena abandona con gusto las tareas matinales, para contarme de su hijo mientras él no aparece. Fernando fue un buen estudiante. Hizo la primaria y el liceo en San Francisco de Sales, el colegio católico del Paso Molino. La familia vivía en Punta Gorda, pero al chico lo mandaban allá porque les gustaba esa escuela. No; ellos, los padres, no son católicos. Fernando sí, al punto de que sus opciones en la vida parecían ser, desde chico, dos: el sacerdocio o el fútbol. Pero el colegio tenía varias canchas, no había que hacerse la rabona para poder jugar, bastaba con ir un poco más temprano y quedarse después de la salida. Y Fernando tenía desde chiquito la pasión del fútbol. Ahora mismo, si los muchachos del barrio se ponen a pelotear en la placita, Fernando se entrevera y a ellos les gusta pila que él se tome el partido "en serio"; a veces se quedan mirando al idolo, un poco asombrados de verse a sí mismos alternando tan naturalmente con él. La religión cedió, pues, un sitio que no hubiera podido conservar. Pero Fernando terminó el liceo e hizo preparatorios de notariado, habiéndole quedado sólo dos materias. Estudió inglés, francés e italiano, y en las giras no pierde ocasión de someter sus conocimientos al fuego de los diálogos circunstanciales.

—Sin embargo, esas carreras que emprendés al convertir, tienen una meta invariable; el sector de la Amsterdam que linda con la América.

—¡Sí, allí hay un grupo de hinchas con el que siempre simpaticé! Jugando todavía en River, el año pasado, me gustaba verlos alentar a su cuadro, en las buenas y en las malas. Y siempre allí, a la lluvia y al sol. Cuando pasé a Peñarol, me sentí totalmente identificado con ellos, y ellos conmigo.

—No los quiero disminuir, pero ¿no será la consecuencia del éxito? El año pasado, y este mismo año hasta no hace mucho, la hinchada silbó a Quevedo hasta la saciedad; y ahora "la tiene" con Romeo Corbo que, sin duda, no está jugando bien. Corbo fue un ídolo el año pasado y Quevedo lo es ahora. Las hinchadas son duras, tornadizas, exitistas...

—Quieren ver siempre bien al jugador (sobre todo si es uno de sus favoritos), y quieren que su cuadro gane siempre. ¿Eso está mal? Es también lo que nosotros queremos. Pero a veces hay un problema personal o un tobillo golpeado que no se termina de curar. Eso lo sabe el jugador y lo ignora el hincha. Por eso la tribuna es dura. Es la ley del juego.

—¿Sos hincha de Nacional?

—Cuando pibe yo era hincha de Nacional. Después empecé a jugar en las divisiones inferiores de River hasta que llegué a primera. Me rompía todo por River, vivía sus problemas (el hincha de un cuadro "grande" ni se imagina los problemas económicos de los cuadros "chicos"). Sin darme cuenta, yo iba dejando de ser hincha de Nacional. Uno aprende a querer al club que defiende. Ahora estoy en Peñarol, y Peñarol es todo para mí, aunque conservo mi cariño por River y por todos los amigos que hice en River. En el fútbol profesional las cosas son así, y el hincha debe comprenderlo.

—¿No es negativa la importancia que se le da aquí al fútbol, y la manija que le dan los diarios al tema deportivo?

—La gente también necesita descargar sus tensiones. Trabaja toda la semana y el domingo quiere el desquite. El fútbol no es peor que otras cosas. Es mejor.

—Contame de tu transferencia.

—Por mi transferencia se interesan varios clubes brasileños y algunos europeos. San Pablo y Fluminense están ahora descartados, pero Vasco da Gama es candidato al firme. Juventus y Milán también, pero los cariocas son los únicos dispuestos a cumplir con los requisitos de River, de Peñarol y de la Asociación.

—¿Qué requisitos?

—Un millón de dólares al contado, y esperar la definición del mundial para contar conmigo.

—En estas tratativas, que no cuentan con tu directa participación, ¿no te sentís cosificado, como si fueras un objeto mercantil?

—No en mi caso, debido a que el señor Castro Quintela (presidente de River Plate), es además mi amigo y mira por mi conveniencia en todo. Lo mismo que los dirigentes de Peñarol. A las condiciones económicas y reglamentarias, debe agregarse mi conformidad con el destino que se me dé, y en ningún momento ellos olvidan eso. Soy un futbolista, no un paquete que se embala y se despacha a cualquier país.

—¿Cuál es tu porcentaje en el monto de la operación (si no te parece impertinente la pregunta)?

—Como en toda transferencia al exterior, el 20% (entre entidades uruguayas es el 10%). Más la prima, que es convencional. El porcentaje lo paga el club vendedor y la prima el comprador.

—De entrada te tocarían, pues, doscientos millones de pesos. Sos un uruguayo que se va, pero en condiciones algo distintas de las de otros que también emigran. ¿Sabés por qué se van del país tantos uruguayos?

—No sé la razón de cada persona que se va. Conozco mucha

gente en muy buenas condiciones económicas que vendió todo y se fue para Europa, Estados Unidos o Australia, que son los países de moda para irse. Me duele que se vayan porque los uruguayos deberíamos seguir aquí todos juntos. Mi caso es especial. La carrera del jugador de fútbol es corta y yo tengo que ir a jugar adonde se me cotice mejor. Pero el dinero no supe a la familia, a los amigos, a los compañeros.

—¿Te interesa lo que pasa en el mundo? ¿Te gusta leer?

—Antes yo leía algo, ¿no? No leía mucho, pero sí leía algunos libros; "Hamlet", sobre todo, era el que más me gustaba. Pero ahora prefiero las actualidades mundiales. Porque si estoy concentrado o descansando en mi casa, trato de leer algo para despejarme: revistas de actualidades; sobre todo si son de deportes, que me permitan distraerme un poco y descansar la mente. Me interesa leer sobre todas las cosas; así es como me mantengo bastante bien informado.

—¿Vas al cine o al teatro?

—Al teatro no, pero al cine sí, voy muy seguido. Pero, igual que la lectura, lo tomo como un pasatiempo. Veo películas policiales o humorísticas, para pasar un rato ameno.

—¿Cómo ves las perspectivas para los muchachos de tu edad, en nuestro país?

—No puedo decirlo, porque desconozco la situación de cada uno. A los que les guste jugar al fútbol les digo que tengan constancia, que se cuiden en todos los aspectos. Porque grandes jugadores con una mala vida, han quedado por el camino; y otros, con menos condiciones pero con gran sentido profesional, trabajaron duro, volcaron todos sus esfuerzos en la carrera deportiva y llegaron a triunfar.

El teléfono suena por centésima vez. Siempre lo atiende la señora Morena (el señor Morena reconoce con tranquila sonrisa las aptitudes de secretaria de su esposa). Pero en esa ocasión se adelanta Fernando, con gran alarma de su madre que queda meneando la cabeza ante la perspectiva de algún vividor o un mero pesado. Ante la sorpresa general Fernando anuncia:

—Mami, es para vos.

Era otro periodista que deseaba concertar un reportaje y sabía a quién dirigirse:

(14/XII/973)

Un día en las carreras

Pertenezco a la especie más detestada por los burreros: la de los que van a Maroñas sólo cuando se corre el "Ramírez". Mi caso es todavía más afligente: éste fue mi primer 6 de enero turfístico. O sea: tuve que preguntar por dónde se entraba a las populares (preferí ver las carreras desde la tribuna en que los mangos duelen más) y después, observar a la gente apostando por si me decidía yo también a jugar un boleto. En realidad me había propuesto ver a Leguisamo una vez en la vida, de una buena vez. No puedo alegar falta de tiempo, me dije, cuando a los setenta años él sigue corriendo (y ganando). Mientras tanto —concluí para decidirme— podría tomar notas para un probable reportaje a la realidad maroñense. Debo decirlo, fracasé en ambos frentes. Leguisamo desistió de intervenir en la única prueba para la que estaba anotado, y la nota periodística resultó difícil de hacer. Había frente a las pizarras y a las ventanillas del sport viejitas chochas, de esas que llenan la Caja de Jubilaciones los días de pago, y a las que uno acompañaría hasta su casa a fin de preservarlas de ubicuos punguistas. En Maroñas, en cambio, tenían el aire sedante de quien es feliz donde está; y, sumergidas en la letra chica de las páginas turfísticas de los diarios, estudiaban montas, tiempos y cábalas posibles, a la sombra de los palpitantes en flor. Era una tentación acercarse a alguna de ellas y por ejemplo preguntarle (fue lo que hice), para ir haciendo boca: —

—Debe hacer muchos años que usted viene a Maroñas, ¿verdad? En cambio yo, soy... debutante (expresión ésta de la jerga turfística con la que pensaba granjearme su simpatía).

—Se nota, dijo secamente la anciana, molesta por mi inoportuna ocurrencia. Y siguió consultando, devota, la biblia burrera.

Era evidente, la cosa no estaba para reportajes. El público, en esa media hora previa a cada carrera en que se da la espalda a la pista, está y quiere estar definitivamente solo, obligado por fin a optar entre las voces de adentro y las de afuera, casi nunca acordes. También yo hube de optar, y lo hice por lo más sensato: ir a la tribuna y disponermé, simplemente, a mirar.

En la segunda es que correría Leguisamo, y no escuché el anuncio de que se daba de baja. De modo que cuando, en el paseo preliminar, vi venir, frente a la "Folle Illa", un alazán manereando orgullosamente bajo la conducción de un jinete que respondía con cariño al aplauso entusiasta de la concurrencia, "¡Legui!", exclamé, incorporándome en mi asiento con emoción. Me acordé de Cocles y de Gardel, sentí el perfume del tiempo perdido y me subí al mi-

to alegremente, como quien toma un tranvía caminando. Yo también aplaudí con ganas: un pedazo viviente de tradición estaba allí, a poco menos de cien metros de distancia. Pero no era Leguisamo, era Suzana Davis, la jockey brasileña, ahora sí discernible a media cuadra. Entre las miradas burlonas de curiosidad y asombro de quienes habían registrado mi pifia, me dispuse a arriar, bastante abochornado, mis pabellones, cuando advertí hasta dónde el público adoraba a aquella jovencita y ella a su vez lo adoraba. Se iba con su cabalgadura casi hasta el fondo de la recta, como si quisiera homenajear al más lejano apostador, y los aplausos brotaban con ganas a su paso. Cambié de mito. Y le jugué a Suzana Davis en esa y en las otras dos carreras en que intervino. Perdimos en las tres. Pero a nadie parecía importarle mucho. En cada retorno para el paseo preliminar de la carrera siguiente Suzana, que venía de fracasar, recogía invariablemente el afecto de los aficionados. Hecho singular (que la galantería no explica del todo), en un deporte donde impera la dura-lex de triunfadores y vencidos. Vencida, Suzana Davis todavía triunfaba. Había algo en esa chica, sin duda. Finalmente, ese sería el reportaje, y el lunes fui a entrevistarla.

—¿Sabés que te confundí con Leguisamo?

—¡Muchas gracias!

(Me abstuve de darle más explicaciones).

—¿Te gustan las carreras?

—No, me aburren. Si no intervengo yo, me aburren. Me gusta correr, no ver correr.

—Pero estás corriendo desde que sos una chiquilina, es decir, desde el año pasado.

—No exageres. Tengo 19 años y debuté en diciembre de 1970.

—¿Hay caballos en tu infancia, no?

—Toda la gama, desde potrillos a percherones. Y adoro a Ya-guari, que tiene 23 años y me acompaña desde que tengo uso de razón.

—¿Cómo empieza esta historia?

—Desde los 5 años ando arriba de los caballos. Mi familia tiene establecimiento de campo en Porto Alegre, donde yo nací (de padre brasileño, hijo de inglés, y de madre argentina); así que perros, gatos, gallinas, conejos, cerdos, vacas y caballos fueron mis amigos de infancia. Los conozco y los quiero, y ellos me conocen y me quieren. Pero ser jockey profesional, eso ni me pasaba por la cabeza.

—¿Jockey, decís? Te llaman "jocketta".

Como las mujeres que habiendo sentido la voz poderosa de la

poesía niegan ser poetisas, porque ven en esa palabra algo decorativo y cursi, también Suzana reacciona vivamente.

—No soy "jocketta", soy jockey. Si yo misma opté por un trabajo que no me diferencia de los hombres, ¿por qué no voy a ser lo mismo que ellos son? No me digas "jocketta" en tu diario.

—Perdó cuidado... la palabra "jocketta" me parece deforme, contrahecha. Estudiabas y dejaste, ¿no?

—Sí, estaba en 4o. de liceo. En ese entonces yo intervenía con otras chicas en carreras de amazonas. Un compositor me vio y me propuso ser jockey. Yo largué la risa. ¿Quién iba a querer a una mujer corriendo en un hipódromo? Insistió. "¿Tenés ganas de luchar?" me preguntó. Yo tenía ganas de luchar. Papá y mamá fueron la primera batalla: no estaban muy convencidos de todo aquello. Pero mi dedicación y mi entusiasmo **barrieron los recelos**. La historia, sin embargo, empieza realmente cuando va a Porto Alegre un uruguayo, Mario Terra, presidente de la Asociación Panamericana de Cronistas de Turf. El le dio otro impulso a mi vocación. Le gustó cómo yo conducía, pero en Brasil las carreras de caballos están muy lejos de interesar al público como el fútbol. Entonces me propuso venir periódicamente al Rio de la Plata. Otra batalla con mis padres, que también gané. Así es como ahora me conocen y me requieren en Maroñas, en Palermo, en Córdoba, en Santiago, en Caracas y en el interior del Uruguay. El señor Terra y su esposa son algo así como mis padres fuera de Porto Alegre. Pero debo decirte: mis padres son divinos. Cuando pueden me acompañan y siempre apuestan por mí a ganador.

—Hablame de tus amigos, los caballos.

—Me transfiguro a su lado y sobre todo encima. Si al caballo le pasa algo, yo tengo el presentimiento. El jockey siempre aprende de los animales. Cuando llego al hipódromo a las seis de la mañana, para el trabajo diario, me basta ver la mirada del caballo. "Hoy está triste". Y no diré que me contagia su estado, pero ese día ya lo miro de otro modo.

—Sos una madre...

—Los caballos son puros; si les hablás con sentimiento ellos te reconocen y te quieren. Aflojales la boca, palmealos con afecto, deciles en cualquier idioma palabras amistosas y ellos te entienden por el tono.

—Suenan un poco idílico para ese duro medio que es el turf...

—Claro, no todo es tan... maternal..., como vos decís. También están los talones en los ijares, las riendas que ordenan y la fusta que castiga. Pero una cosa es la relación entre el caballo y uno, en el

trabajo; y otra la relación cuando ya estás corriendo. En el trabajo somos dos, él y yo, y ahí aprendemos a conocernos. En carrera, en cambio, yo hago parte de él, somos un mismo cuerpo, nos transmitimos la confianza o la tensión de cada momento.

—¿Sentís los nervios cuando llega el turno de la carrera en que vas a intervenir?

—Cuando suena la campana me invaden la calma y la alegría. Hay un mundo a tu alrededor: el público, que todo lo espera de las patas del caballo al que jugó, el propietario, el compositor, los peones, los otros jockeys, los otros caballos. Pero nada importa. Yo ya estoy concentrada en lo mío y siento que el caballo también lo está. Antes de largar podrá ponerse indócil y demorar la partida. Pero es todo lo mismo: el pensamiento fijo en la carrera. El caballo sabe que aquello es el final para el que se estuvo preparando tantos días. Después, ya en carrera, vienen las trompadas, los cierres, los terrones que largan hacia atrás las patas de los caballos que van adelante y que pueden darte en plena cara, los lentes que se te empañan si llueve, el momento de tocar, el de sacar afuera, el de hacer cambiar de mano al caballo en el codo, y al entrar en la recta final el griterío ensordecedor de las tribunas que anuncian el fin de todo, y el hacer lo tuyo sin descuidar una pulgada de lo que hacen los demás.

—¿En esos momentos también le hablás a tu animal?

—Sí, claro: “¡Dale negro!”, “¡A ganar!”, “¡Ajij... caballo!” o interjecciones que nada quieren decir. Pero más que palabras o gritos para el caballo, esas son descargas o desahogos o estímulos para vos mismo. Al caballo le das órdenes con tu cuerpo, tus piernas, tus manos, las riendas y la fusta.

—¿Te duele pegarles?

—No hay más remedio que hacerlo, y hay que hacerlo cuando no hay más remedio. Las carreras son un negocio gigantesco —además de un deporte, una distracción, un fanatismo, o lo que son para mí: una fuente inagotable de alegría—, y tú tenés que defender al máximo los intereses que te confiaron. Esos fustazos te los ordena el público, la Comisión de Carreras y tu propio deber profesional. Si no estás dispuesto a darlos, es mejor que te dediques a otra cosa. Pero me duele pegarles a los caballos, sí. Para consolarme, pienso que algunos sienten la alegría de ganar. ¿Podrás creer?: esos van alegremente al pesaje, las orejas paradas y sin sentir cansancio.

—Es que te ven a vos, tan contenta... ¿No soñás después con la carrera?

—Suelo soñar con una misma carrera. Los otros caballos se alejan y el mío se queda, se queda. Lo estimo, le imploro, no encuentro la fusta, mientras los otros caballos se van... Ahí me despierto angustiada, entre las sábanas revueltas. Otras veces gano todas las carreras. Pero la mayor parte de las noches duermo como un tronco y no sueño nada.

—¿Es sano el ambiente turfístico?

—No todo lo que yo pensaba. Los hipódromos no son limpios. Pero aprendí a conocerlos y a aceptarlos como son. No los idealizo, y en lo personal tengo una línea de conducta conocida.

—Por tu tarea estás "condenada" a vivir en un mundo de hombres. ¿Te gusta?

—Me gusta, y no es tan así. Mis tardes, fuera del domingo, y mis noches, fuera de tener que madrugar, me pertenecen. Hago pues todo lo que hacen otras chicas. Me gusta divertirme, bailar, ir a la playa, al cine (te recomiendo "Adiós, cigüeña, adiós", una de las películas que más me gustó últimamente) y me gusta hacer nuevas relaciones. Hago amigos en todos lados y en el hipódromo tengo a los mejores. Hay bromas sin fin con ellos, pero no hay malicia (y si la hay yo no me entero), y en el trabajo soy un varón como los demás. Si vas por el hipódromo, incluso en día de gala, no vas a encontrarme junto a los poderosos, cuyas invitaciones no me faltan (hasta por la novelaría de presentarles a sus amigos a... ¡la jockey-tta!) **Buscame por los boxes, jugando y riendo junto a los caballos, los jockeys y los peones, es decir, los atorrantes como yo.**

(11/1/974)

REPORTAJES A LA IRREALIDAD

Pobre. Era periodista. Un oficio como cualquier otro, cuando podía ejercerlo. Iba, comprobaba los hechos y después, en redacción, escribía la nota. Al principio se floreaba, después aprendió a eliminar los adjetivos. Se los tachaba el secretario de redacción, simplemente. Y también aprendió a escribir para un espacio determinado. Tantos centímetros, a una o dos columnas, redonda, bastardilla o negrita, cuerpos 8 o 10. En el taller bromeaban: "La última frase siempre se puede tirar". El orgullo profesional lo llevaba, como a todos, a no escribir ni una línea de más. Uno terminaba haciéndose un virtuoso. Contaba El Hachero de un jefe de deportes que le pidió un título a tres líneas, que no tuvieran, cada una, más de tres espacios. De locos. Sufriría del hígado, para ocurrírsele tal extravagancia.

El Hachero, dulcemente, imploraba:

—¿Y qué querés que diga en esa cápsula?

—Arreglátelas como puedas. Tenés que anunciar las peleas de esta noche. Y mirá que hay bruto entierro en el taller; hay que entregar material.

El así condenado mordisqueó su lápiz, garabateó y tachó, tachó y garabateó, y a las cansadas le llevó la solución del acertijo al jefe; éste le echó un rápido vistazo, y con la mayor naturalidad, marcó los cuerpos y mandó todo al taller. El título decía, con elocuente precisión:

**HOY
HAY
BOX**

Cuenta la leyenda negra de las redacciones que una noche dormitaba en el teatro, a dos cuadras del diario, don Carlos Scheck, administrador de "El País", cuando oyó entre sueños que alguien, en el escenario, preguntaba: "¿Adónde van los muertos, Señor, adónde van?" Despertándose sobresaltado, don Carlos exclamó: "¡En página 2, arriba; como siempre, Luján!, ¿adónde van a ir?". Y con la tranquilidad del deber cumplido, dio media vuelta en la butaca y se volvió a dormir.

Es de uso emplear a esta altura la conocida añoranza:

— ¡Qué tiempos, aquéllos!

(Que sirve tanto para fregados como para barridos). Lo que en realidad se impone es exclamar:

— ¡Qué tiempos, éstos!

Ahora no se es periodista. Se era, hasta prueba en contrario. Desde hace unos años está más seguro un periodista clausurado, que uno en actividad. Porque aquél ya sabe lo que no debió decir, y éste sólo lo sospecha. En ese sentido estamos todos en el Nirvana. ¿Qué se puede escribir, y qué no? Sobre todo, qué no. Uno lo siente pero no lo ve, al revés de lo que ocurre con la yilé famosa. Y no vayas a creer que hablando del tiempo quedás a cubierto. Si decís, por ejemplo, mirando al cielo con aire inocente: "Palpito que hay sequía para rato", más bien palpitá que sonaste por sabotear las oraciones del ministro Medero. El tema de la veda también está vedado. Y no hay casi sustitutos (— ¿Vos sos loco? ¡Mirá lo que escribiste! — No te sugerencias, che. Dije que no hay sustitutos para los temas vedados, ¡ufá!).

"Un casual" (que dijera la Chona), el periodista se levanta a las 7 de la mañana. La ducha tibia y el nuevo día le hacen pensar por un momento que no todo está mal, que por lo menos aún no tenemos Consejo de Notables. Bajo ese espejismo y con jirones de la noche todavía en la mente, toma el bus. Pero al llegar a 18 y Cuareim recibe en pleno rostro, como un golpe, la imagen, ya olvidada, de la cola que forman los que tienen perdida la fe y quieren un pasaporte para irse. Entonces sí, recuerda dónde vive e inaugura, de veras, el nuevo día.

Es la misma cola de siempre, pero no la misma gente. La gente se renueva cada noche, desde hace muchísimas noches. En realidad son dos colas las que se van formando, aproximadamente a la misma hora. Están a una cuadra una de otra y se dan la espalda (por no decir la cola): por Cuareim hacia 18, a eso de las diez o las once de la noche, se junta el público para los trámites del día siguiente en Relaciones Exteriores; y por 18 hacia Cuareim, se junta el público para la última vuelta de la pornográfica del cine Ariel (¡por dónde rodó ese nombre, José Enrique Rodó!). Cuando a las siete y media de la mañana pasa el bus frente a esa esquina inconfesable, el periodista (que todavía no tiene puestos los lentes de contacto con la realidad), cree al principio que le invirtieron el rollo o algo por el estilo: en efecto, la cola sale del Ariel en lugar de entrar. Pero no: es que la cola de Cuareim ya dobló el codo y parece que salie-

ra de todas las puertas, como si el país entero se quisiera ir.

¡Qué exagerado! ¡Y qué pesimista! Parece de "Marcha". Así no vamos ni a Colonia Suiza. Mire, mire lo que dice al respecto el matutino caganchó (24/IX/73): "El caso (de las colas) presenta ciertas características que pueden dar lugar a la suposición de que, en buena parte, puede estar influyendo una maniobra publicitaria **destinada a exagerar la magnitud del éxodo de uruguayos hacia otros países** (...) No estaría demás, por lo tanto, que las autoridades trataran de determinar si detrás de esta inusitada cola (esto ya se está confundiendo con la pornográfica del Ariel), no hay algo que no responde a la realidad de la existencia de uruguayos decididos a buscar nuevos horizontes en el extranjero". ¡Pero claro! No hay algo que no responde a la realidad de la existencia. Es, en cambio, la manía de algunos de flagelarse: como de día son tan felices, de noche quieren sufrir un poco.

Ingrato laburo, el del periodista de estos tiempos. Y el alma kolynosista del que le mostró al colega ese recorte de diario, no hizo otra cosa que deprimirlo más. Pero llegó a la oficina (Dirección de Catástrofe), y allí los compañeros se encargaron de levantarle el ánimo. (A propósito: Compañero. Otra palabra sin sustitutos, cuando entre en la veda). Faltaban algunos minutos para las 8 y después de agotar el tema del fútbol, alguien dijo:

—¿Conocen el último chiste griego?

El oficial 5o., un jovencito decidor, entró a pagar:

—¿El de Onassis? Sí, resulta que yo estaba con Irene Papas —la de Subsistencias, ¿se acuerdan?—, pronto para un lance. Y en eso llega Aristófanes Onassis. ¡Zás!, pensé yo. "Zobra el griego"...

—¡Párenlo! No es ése, no te gastes. Es el de Papadópulos. ¿En qué se parecen Papadópulos y la miseria?

—Ya lo empezaste mal. No es en qué se parecen, sino en qué se diferencian, ¿tá?

—Ta. ¿En qué se diferencian?

Silencio en la noche. Pasan dos minutos y el ocurrente desenvuelve la gracia.

—En que Papadópulos es coronel y la miseria es general. Como aquí.

Festejo (también) general. Uno levanta la voz sobre el carcajado de los otros.

—Loco, tenías razón vos. Era nomás en qué se parecen, no en qué se diferencian.

Expectativa y coro (como en las tragedias griegas):

— ¿Por qué?

— Y... porque a los coroneles no los comprenden los generales de la ley, y a la miseria tampoco. ¿Ta claro?

No estaba nada claro, pero daba igual. Lo que le gustó al periodista era el talento jovial, discutiendo y vivo de aquella gente. Y arrancando de ahí pensó que quizás pudiera hacer la nota humorística que le habían encargado. Pobre.

(11/X/973)

VIVIR EN CANA

Eramos un grupo de estudiantes universitarias y alguna liceal también. Cuando nos dejaron en un patio cerrado de la comisaría ya había otras chicas allí, y lo más cómico es que nosotras las tomamos por estudiantes y ellas nos tomaron a nosotras por prostitutas.

—¿Dónde paran?, nos preguntaron de entrada. Y cuando quedaron claras las “diferencias”, los dos grupos se ignoraron por un buen rato. Después nos fuimos integrando.

17, 20 y 31 años. Había una cuarta, con aspecto de tener más de cuarenta; pero no supimos que era prostituta hasta que ellas le empezaron a hablar. Cuando entré me senté a su lado, y por decir algo le pregunté:

—¿A usted cómo la agarraron?

—Yo estaba esperando el ómnibus y pasaron los policías y me agarraron. Estaba esperando el ómnibus.

Y se quedaba muda, como a la defensiva. Pensé: pobre señora. Bueno, en seguida la van a largar; seguramente la trajeron en el montón. Pero las otras empezaron a interrogarla.

—Che, vos dónde trabajás.

—No, yo estaba esperando el ómnibus.

—Sí, estabas esperando el ómnibus pero no te hagas la otaria. Ya la otra vez te vi en Jefatura. ¿Dónde trabajás, vos?

—¿Yo?... Trabajo en Tristán Narvaja.

—Ah, entonces, si trabajás en Tristán Narvaja, lo que podrías hacer en un momento que no tenés viaje es ir a la Caja y gestionar la jubilación. ¿No te das cuenta que ya no estás para trabajar? Además estás muy flaca.

Ella estaba achicada. Recibía las durísimas pullas sin enojarse, como si oyera hablar de otra persona. Hablaba lo menos posible. Pero las otras la arrinconaban con preguntas y tenía que contestar.

—¿Tenés marido, vos? Seguramente tu marido es “fiolo”.

—No, mi marido no es “fiolo”, no me obliga a trabajar. Es laburante. Lo que pasa es que es lustrabotas y gana muy poco. Entonces yo lo ayudo.

La chica de 17 años le pregunta:

—¿No tenés hijos?

—No, todavía no tenemos.

—¿Ves?, ése es el error de la mujer del ambiente. Hay que tener hijos joven porque después, cuando se ponen como vos, pueden trabajar para nosotros. Yo tengo una hija de un año y medio. Me la cuidan mis viejos. ¿Ves? Si vos tuvieras una hija, podría trabajar para vos. Y tu marido, ¿qué hace que ya no te sacó, eh?

Eran crueles con (ellas le decían así) "la veterana". Pero me pareció que no era nada personal, que era como si se ensañaran conmigo mismas o con lo que sería de ellas dentro de unos años. La jovencita, que había sido la más mordaz, me dijo en un aparte:

—Me da mucha pena.

—A mí también. Parece que tuviera mucha más edad de la que tiene.

—Es la vida que llevamos, ¿sabés? Comemos mal, pasamos mucho frío. Nos mojamos si hay que mojarse y no nos cuidamos la cara. Se envejece mucho más rápido. Y siempre corriendo, siempre disparando de la cana.

—Pero, ¿por qué? Carné supongo que tendrás.

—**Algunas no tienen carné, otras somos menores.**

Entre ellas seguían tomándose el pelo.

—Te dejaste agarrar. ¿Por qué no corrés? La única que corre es esta flaca.

"La flaca" empezó a gritar:

—¡No puede ser! Está bien una vez o dos veces por semana. ¡Pero hace tres días que me tienen acá adentro! De la Jefatura a la comisaría, de la comisaría a Orden Público, uno no es chorro. ¡Quiero irme, tengo hambre, no tengo un peso!

—Pero si vos corrés bien, ¿cómo te dejás agarrar?

Más tranquila, la interpelada se defiende:

—Es que ustedes no me creen, pero yo sufro del corazón. Empiezo a correr y corro algunas cuadras. Pero me viene el ahogo y no doy más. Ustedes no me creen, pero a mí la calle me va a matar.

—Y el otro día... que te sentaste en el muro, boba...

—Claro, corrí y corrí hasta que me empezó el corazón y dije bueno, que me lleven. Y me senté en el murito a descansar porque no daba más. Esperé a que me vinieran a buscar pero me había equivocado, no era la cana.

—Lo que pasa es que además sos checata. El otro día venía una mamá con un nenito en auto por el parque y me dijiste corré corré, que vienen los milicos. Y capaz que cuando vienen los milicos no los ves.

Las carcajadas se deben oír desde el despacho del comisario, pero nadie nos molesta. Empiezan a llegar cosas. Para ellas pizza y algunas frazadas. De repente abren la puerta y dejan pila de cosas para nosotras. Yo creí que era para todas. Pero no; era todo para mí. Me senti de lo más incómoda y avergonzada. No por querer compartirlo con todas; eso no, por supuesto. Sino por lo que, a través de esas cosas, mostraba cada una acerca de lo que podía tener o no tener afuera: cuidados maternos, buen abrigo, comida rica. Yo hurgabá en el fondo de los bolsos y sacaba sólo lo que no me "quemaba" demasiado: frazadas, torta pascualina, lo más natural. Después, cuando ya todas nos sentíamos más compañeras, me animé con los pocillitos, sabiendo que se venía la cachada.

—Che, ¡te mandaron toda la porcelana! ¿No tiene servicio haciendo juego? Tené cuidado, mirá que aquí suele haber chorros.

Bromeé, declarándome ofendida porque no me habían mandado la mantelería. La mayor de ellas quiso, entonces, exhibir a la distancia sus propias pertenencias:

—A mí esto me cuesta tres días de cama. Me voy a agarrar una gripe aquí. Yo en casa tengo DOS acolchados Alondra y tengo estufa.

Para qué.

—Sí, seguramente tu marido te está esperando con la casa calentita. Andá, "nena", ¿por qué te saca a trabajar, entonces?

Alrededor de medianoche algunas se recostaron, con los abrigos, a dormir. Yo me quedé en el banco, y nos envolvimos en una frazada con la chica de 17 años. Charlamos de nosotras.

—¡Ustedes son estudiantes! ¡Qué lindo! A mí me hubiera gustado estudiar. Cuando salí de 6o. la maestra habló con mis padres para que me mandaran al liceo, asegurándoles que yo era inteligente. Pero ellos dijeron que no, que en el liceo me iba a relajar.

—¿Y saben lo que hacés ahora?

—¡No, estás loca! Si saben me matan.

—¿Y cómo hacés para explicarles?

—Al principio seguía viviendo con ellos, pero después fue muy difícil. Como paso mucho en cana, faltaba dos por tres de mi casa, decidí venir a vivir con mi hermana. A veces duermo en su casa y a veces en cualquier lado.

Cuando habían pasado algunas horas, llegó otra. Se conocían todas. Descontó que nosotras también éramos del oficio. Dijo al pasar:

—¿Dónde paran éstas? ¿Son nuevas?

—No, ellas no son del ambiente. ¿No ves que son chicas bien? Había más nostalgia que agresividad en la aclaración.

La nueva, que no hacía caso de nosotras, reconoció a la chica de 20 años.

—¿Cómo andás? Hace tanto que no te veo... ¿dónde parás ahora?

—Yo paro en 18.

—¿Tenés marido?

—Sí, tengo.

—¿Y es "fiolo"?

—No, no es "fiolo". Es laburante...

—¿Y le sos fiel a tu marido?

—Por ahora sí.

—Vamos, no vas a decirme que no tenés ningún "garrón"...

—No, no —sonrió—, le soy fiel.

La liceal no pudo contenerse más y preguntó en voz baja:

—¿Qué es "garrón"?

La que alcanzó a escucharla le explicó con delicadeza, consciente de que aquello se le podía decir limpiamente a una criatura:

—"Garrón" es lo que se hace por amor. Entonces no se cobra.

La de 20 años se dirigió a mí:

—¿Sabés que quiero tener un bebito? ¡Me gustan tanto los bebitos! Me tengo que hacer un tratamiento... Dicen que es muy largo, pero voy a ver si me lo hago. Mi marido también quiere que tenga un bebito.

La que ya tiene uno, interviene:

—Sí, a tu marido le gusta. Y después se te planta como me hizo el mío. ¡No seas boba!

—No importa, ¿sabés? porque ahora yo también tengo hijitos. Tengo un perro y un gato chiquitos, que cuando voy a mi casa y tengo plata para cocinar y cocino, siempre les separo antes la comida para ellos. Se la separo en un plato para que se enfríe. Pobres inocentes... Tan chiquitos... que lo vean a uno tan grande comer, y ellos con hambre.

Una de "las nuestras", que no recibió nada de afuera, protesta:

—Cuando salga los mato. Nadie se acordó de mandarme algo. Gran coro de las chicas.

—¡Ay, de mí tampoco se acuerdan! Mi papito no se acuerda de mí, qué malo. Cuando salga lo mato. ¿A vos (dirigiéndose a mí) cuando vuelvas, tu marido te da la biaba porque te encanaron?

—Callate nena, podían respetar. ¿No ves que hay gente? Podías corregir tu lenguaje. Parecés una mujer del ambiente, hablás como una prostituta. ¿No ves que hay chicas bien?

—De veras, qué suerte. ¡Cuántas chicas bien! Cuando salgamos de acá nos cargamos a los botones en inglés.

Son tormentas eléctricas que se disipan pronto. En otro momento les preguntamos cómo hacen para no quedar embarazadas.

—¡Ah, lo que pasa es que a los giles les hacemos fiasco! Nosotras gozamos solamente con nuestro marido. Y así no nos quedamos embarazadas.

El método nos pareció muy poco científico y de un alarmante sentimentalismo. Tratamos de decirles que así iban a quedar muchas veces embarazadas. Pero insistieron. A ellas les daba resultado. Una, sólo había quedado dos veces embarazada y otra, sólo una vez. Las demás no habían tenido problemas. Era inexplicable. A no ser que fuera por sus órganos sexuales ya muy comprometidos, debido a las infecciones reiteradas o quizás por obturación de las trompas. La explicación más verosímil es que hayan querido hacer-nos una gran tomadura de pelo.

—¿Las llevan presas a menudo?

—Y, sí. Así nos pasamos: de la comisaría para Orden Público o para la Jefatura. Y cuando volvemos a la calle, volvemos también a la comisaría. Antes podíamos arreglar. Si veíamos la camioneta, en lugar de rajar íbamos en su encuentro. Dándoles una luca nos largaban. Después se armó lío, descubrieron a un milico y se acabó el arreglo.

—¿Se acabó?

—Bueno, en esta zona se acabó... por ahora.

Después contaron de sus andanzas, sus historias. Habían pasado las horas y avanzaban las primeras luces del día.

—Cuando yo la miraba de afuera, qué fácil parecía la vida de las prostitutas. Es acostarse y nada más. Pero después que estás adentro... Tenés que pararte en una esquina, tomar frío, correr de la cana, esperar que vengan los giles, cualquier mugriento, cualquier degenerado, capaz que hasta te asesinan, y en los diarios lo arreglan diciéndole "loco sexual". Y después... bueno: tenés que hacer cualquier cosa porque para eso te pagan. Claro que cobrás más...

La jovencita recuerda:

—Cuando yo empecé, un día estaba parada en la esquina y se me acercó una mujer. Me dijo: "¿Salís?" y yo le dije: "Por qué

no te vas a la mierda. Buscate un macho''. Entonces cobrábamos dos lucas, pero ella quería pagar cinco. Yo la saqué pitando aceite. Lo que es ahora no se me escapaba...

Todas tienen alguna experiencia rara.

—Hay cada gil... Uno quería que me riera. ¿Vos te reis?... Que mientras estábamos, yo me riera todo el tiempo. Ni que me lo tuviera que pedir... el gil me daba una risa que yo no podía aguantarme. Pero tuvo que pagar más porque le hice el gusto. Son todos medios tarados. Y nosotras los aguantamos.

Por primera vez se hace un largo silencio. No sé si era el cansancio o que se quedaron pensativas.

—Ser mujer del ambiente no es nada lindo. Pero, ¿en qué otra cosa vas a laburar? Te ponés a hacer limpiezas y fregás todo el mes por treinta mil pesos. Te morís de hambre.

—O de bronca, ¡porque hay cada patrona...!

La que así remató la frase de su compañera, cobra cuatro mil pesos y el mueble, por salida. Se viste, paga el hotel y le manda a sus viejos unos ochenta mil por mes. Saca de la cartera una foto del nene para mostrarla.

—Ven, por este pibe yo no laburo los fines de semana. Me dedico a pasear con él. Aquí está en el zoológico. Durante la semana se pone insoportable porque casi no me ve. Cuando salís está durmiendo y cuando llegás también está durmiendo. El espera los fines de semana igual que yo. No saben cómo llora si yo caigo en cana un sábado...

Algunas cabeceamos, sin querer reconocerlo. Sentíamos la calavereada. Nuestra compañera la liceal empieza a ponerse nerviosa. Que qué pensarán sus padres, que le van a pegar, que la van a echar de su casa. Las demás, que no queremos parecer blandas frente a nuestras experimentadas amigas, reprendemos autoritariamente a la gurisa, como quizás no lo hubiéramos hecho sin público.

—Ahora no te pongas histérica, no te pongas a llorar. No te van a decir nada, no embromes más.

Ellas se acercan, más comprensivas.

—Pero che, no sean malas. Déjenla llorar que se desahoga. Vos no te preocupes, ¿no ves que te trajeron cosas, no ves que te quieren? Llorá si querés, pero no te van a hacer nada. Además, mirá: les decís que conociste a cuatro muchachas fenómenas, todas macanudas, que llorábamos por ver a mamita y a papito. Eso les va a gustar.

Cuando más o menos se cumplieron 24 horas de su detención, nuestras amigas fueron puestas en libertad. Gran despedida. Bromeábamos todas, pero sentíamos separarnos.

— No se preocupen, las van a largar pronto. Y si se quedan hasta mañana, capaz que nos agarran otra vez y volvemos a vernos. Por las dudas, les vamos a avisar a las otras otarias que si caen las traten bien, que ustedes son macanudas. Ellas nos dan veinte vueltas a nosotras, ¿saben? y capaz que vienen y las agarran de número. Entonces vamos a correr la voz para que no se pongan pesadas. Pero no se preocupen, las van a largar antes.

Por mis tareas yo había tratado con prostitutas y siempre pensé que estaba muy cerca de ellas y que las entendía. Los demás no las trataban muy bien y yo, por tratarlas mejor, me idealizaba y las idealizaba. Ahora veo lo poco que las conozco. No viven maldiciendo a la sociedad que hizo de ellas lo que son. La aceptan y se aceptan. Hoy pagan por estar libres, mañana tratan de trabajar más. Y si no tienen plata, sacrifican un día de descanso y ya está. Mientras nosotras nos damos el lujo de explicarlo todo —los cómo y los por qué de nuestra alienación y de la alienación de las prostitutas—, a ellas se les ha quitado hasta la posibilidad de cuestionar su propia vida.

Días después de nuestro encuentro a la sombra, descubrí a "la flaca" sentada en un banco. La reconocí desde media cuadra y me encaminé hacia ella para saludarla y charlar. Me parece que no me vio. Pero antes de llegar vi que se paraba y súbitamente salía corriendo como loca. Atravesó temerariamente la ancha calle, subió por los terraplenes de césped que hay pasando el Parque Rodó y corrió, corrió hasta desaparecer. Entonces miré para atrás tratando de averiguar, e imaginándome, la causa de aquella patética conducta. Y vi acercarse, y luego detenerse cerca de mí, una camioneta de la que descendió un indiferente hombre de portafolios. No era, por supuesto, la camioneta policial. Y yo también sentí alivio.

(Contado al periodista por la estudiante,
después de la detención).

(24/VIII/973)

EL CANTO DE LAS FICHAS

—Al Parque Hotel, por favor.

Suben al taxi una señora mayor y un chico de unos 7 u 8 años, ambos elegantemente vestidos. No paquetes; sino, por el contrario, luciendo el desenfado sentador que corresponde a esa hora de la tarde. Una hermosa tarde montevideana de verano. El taxista (quizás sometido al hechizo de Rolando Rivas, el personaje de la telenovela) echa por el retrovisor un discreto vistazo a los pasajeros y calcula: "Abuela y nieto van a tomar el té al Parque Hotel. Qué lindo". Pero no. Al llegar, la señora se inclina sobre el asiento delantero y con voz ligeramente baja, que da a la escena un aire confidencial, explica:

—Yo bajo aquí. Y al chico haga el favor de llevarlo hasta Carrasco y de traerlo otra vez. Al regreso, yo vuelvo a subir. ¿Cuánto calcula que demorará? Yendo despacio".

A Rolando Rivas se le viene al suelo la imagen del té intergeneracional. Y sustituye la postal idílica por otra, más realista. "La vieja viene a timbear, y manda al chiquilín a hacer tiempo. ¿Por qué no lo dejará en el barrio, aunque rompa vidrios jugando al fútbol?" Lo de ir despacio lo interpreta, ya volcado del todo a la malicia, no como la actitud protectora de una abuela hacia su nieto, sino como la promesa de un plazo mayor que el jugador vicioso se da a sí mismo.

—Una hora. ¿Está bien?

—Sí, cómo no. Llévelo con cuidado, ¿eh? Y vos portate con juicio Ricardito. Ricardito, veterano a su corta edad en estas lides, había aprovechado las tratativas para trepar por el respaldo y pasarse al asiento delantero, donde vivirá su propia aventura de taxista ad-hoc.

Si, a media tarde ya se empieza a jugar en el casino. A las cuatro abre sus puertas el del Parque Rodó. Pero unos minutos antes el jefe de sala permite al público (que ha estado haciendo cola desde las 3 o 3 y media, contra viento, canícula y marea, en la vereda exterior) pasar a la antesala, de modo que a las 4 en punto pueda ingresar a las mesas de juego. Son pocas las habilitadas a esta hora, porque no es mucho el público. Pero ese poco, cuando las puertas se abren, avanza en tumultuosa carrera por si la suerte, que es gre-

la, fallando y fallando, se fuera a espantar. Algunos corren para no quedar sin las fichas más baratas (apuesta mínima \$200, después de abonar la entrada de \$800). Pero es sobre todo la cábala, que mueve el motor de esta quimera.

Hay el que sólo juega en una mesa determinada; el que sigue a un tallador que tira parejas negras; el que sólo juega en la mesa 1 con fichas moradas de aro (y si no hay ese color en esa mesa, ¿a qué jugar? sería tirar la plata). La señora del taxi, devota a su manera, lleva consigo un rosario; y no cesa de pasar las 37 piedritas, fundando sus apuestas en el número de las que contó cuando llega el No Va Más (y asociando su calvario al de Jesús). Hay reglas sagradas de comportamiento. Si usted, jugador advenedizo o mero curioso, va al casino para divertirse o a pasar el rato, debe tomar ciertas precauciones si no quiere verse envuelto en enojosos incidentes. No vaya a tocar el codo del apostador más próximo cuando éste desparrama las fichas por el paño, y sobre todo no le hable. Puede ser acremente interpelado. Y no espere de quienes los rodean algún gesto de simpatía o comprensión, ante lo que usted considera exagerada reacción del otro. Todos piensan como él. Yo fui a entretenerme un rato a una mesa de Punto y Banca —pero, bienentendido: sólo a mirar— y me apoyé distraidamente sobre el respaldo de la silla del jugador que tenía delante. Debí transmitirle a través del varillado algún poderoso maleficio, porque el buen hombre se dio vuelta y me fulminó con la mirada.

En fin, hay que saber jugar. ¿Y cómo se aprende? No como en la vida, a golpes. Usted puede ver casi todas las noches, en el Parque Hotel y presumo que en cualquier casino, una fila de respetables señores que sin perder la calma anotan en atiborradas libretitas todo el juego que se da. Son “los profesores”. Cuando el cálculo de probabilidades lo aconseja, deciden en conciliábulo arriesgar una ficha a negro el 20. Por supuesto sale colorado el 34. Pero, igual que la señora del rosario, su fe (la de ellos se funda en la ciencia) no flaquea jamás. Otros apostadores son un tanto barrocos en sus tácticas. Se esconden tras las columnas alejadas de la mesa en que juegan, tapándose los oídos para no escuchar la sentencia del tallador. Masoquista, este ejemplar prefiere acercarse de a poco a la mesa, como si la orejeara, e intuye por el movimiento de la pala u otros signos reveladores (como espiar entre los hombros de los demás) si arrasan con la parte del paño que él cubrió. Generalmente arrasan.

Hace unas pocas semanas se vio operar en el casino a un parti-

dario de la acción directa. Debutaba como pagador un profesional y, con el nerviosismo del principiante, era todo ojos sobre el paño a su cargo. Cantaron negro el 8, y el hombre empezó a juntar rápidamente las numerosas fichas perdedoras. En eso estaba, cuando advirtió que una ficha fantasmal de diez mil pesos, que estaba en Mayor, se desplazaba sola hacia la chance Negro, que está al lado. "¡Paren esa ficha, que está caminando!", gritaba el profesional, presa de un sudor frío. Un compañero la levantó, entregándola al jefe de mesa. Seguramente sustraída del juego en otra ocasión, se le había practicado con una aguja al rojo vivo un pequeño orificio por el cual era fácil accionarla con un hilo de cerda; el hilo, prácticamente invisible sobre una mesa polícroma, enganchaba la ficha sin necesidad de penetrarla, zafando al menor requerimiento del conductor. Cuando fue descubierto la otra noche (el delito, no el delincuente), ¿cuántas bolas habría "acertado" ya?

Pero hay que tener los nervios templados para acometer estas pequeñas grandes maniobras. Más plácido resulta el método empleado por respetables matronas que se sientan al lado suyo, en Punto y Banca y cuando llega hasta usted el "sabot", le piden tirar ellas las cartas. ¿Cómo negarse? La señora aparenta pertenecer, por lo menos al Comité Uruguayo de Ayuda al Niño del Campo; y se trata en realidad de una obra benéfica: la de ayudarse ella en esta mi-siadura. Si pierde, perdió usted, lo siento señor. Y si gana, alguna ficha es para la venerable señora, que la guarda en su bolso de mostacilla a la espera de tiempos mejores (estás arreglado si creés que va a arriesgarla en otra apuesta).

El "punto", en cambio, desprecia todo conservatismo. Y en ese tren puede llegar a extremos de locura. No hace mucho uno de ellos, en ruleta (así me la contaron), fue doblando la apuesta a chances, seguro de que antes de llegar al máximo permitido se daría su juego. ¿Hace falta decirlo?: no se dio. Agarró entonces la bola —no es tan grande— y ante el asombro de todos exclamó: "Hasta aquí me tragaste vos; hija de tal por cual; ahora te trago yo". Y se la tragó nomás, retirándose con un gran entripado.

¿Juega mucha gente en los casinos? Y esa gente que juega, ¿juega mucho? Algunas cifras van a orientarnos. En 1972 se vendieron, entre Carrasco y Parque Hotel, 652 mil entradas; en 1973, 644 mil por año. O sea, 1780 personas por día; o sea, el 1,2 por mil de la población del departamento. Considerando el porcentaje de extranjeros (brasileños y sobre todo argentinos) que entra en la composición de esas cifras, y el elevado porcentaje de reinciden-

tes, puede decirse que es una cantidad muy pequeña de montevideanos la que se arrima a las mesas de ruleta y Punta y Banca. Ahora bien: cuando se arrima, es con todo. Para seguir con cifras de los dos últimos años: en 1972 se vendieron fichas por valor de 12.580 millones de pesos, y en el 73, por valor de 28.140 millones (es más razonable atribuir este formidable incremento a la desvalorización del peso que al frenesí timbero de una cantidad de apostadores inferior, por otra parte, a la del 72). ¿Y con cuánto se queda la banca? La utilidad sobre los 12.580 millones del 72, fue de 3.700 millones (el 29,4%) y sobre los 28.140 millones del 73, fue de 5.542 millones (el 19,6%). Una "coima" relativamente chica; la más baja que rige en los juegos oficializados. Pero no hay problema, la casa no quiebra. La determinación de apuesta máxima, por un lado, y por otro el re- juego, que permite a la "coima" actuar una y otra vez sobre la misma masa de dinero, son las armas secretas de los casinos, aquellas que vuelven alienante el sueño universal de hacer saltar la banca.

La ruleta, dicen, es el juego más dramático. Mientras la disputa de nueve carreras en un hipódromo mueve un pesado aparato y ocupa toda una morosa tarde, en una hora de ruleta se tiran expeditivamente alrededor de veinte bolas (más de 200 bolas por día, todos los días). El "ideal" (para la casa) es un tiro cada tres minutos. El lapso entre la edificación de una expectativa y su derrumbe es, pues, cortísimo. Y el rastrillar de la pala llevándose los escombros, ya anuncia el despuntar de otra ilusión. Por eso el apostador de ruleta está, generalmente, tenso. No le gusta hablar ni que le hablen, ni que le toquen el codo y menos el hombro para que se dé vuelta, requerido por un pesado que — ¡en esos momentos! — le recuerda que fueron compañeros de escuela, hace cincuenta años; incluso se demora tratando de "sacarle" el apellido:

— A ver, a ver... vos "eras" Rodríguez, ¿no?

— Sí, hombre, sí. Y sigo siéndolo, ¿de qué me voy a avergonzar?

Son solitarios que forman una multitud. Y es en la mala cuando están más compartimentados. Porque un gran acierto se publicita solo. Pero varios fracasos, que pueden brevemente llevar a alguien a la ruina, se pierden en el anonimato de un puño crispado o una exagerada palidez. En medio del bullicio eléctrico que generan los casinos, un drama individual es algo que no cuenta. La ruleta debe ser el juego que genera más trastornos psíquicos, desvanecimientos, infartos y suicidios.

Pero de algo hay que morir, filosofa el timbero (la frase es capicúa: de algo hay que vivir, también). Y — autojustificado — no se

cansa de timbear. El estado, a su vez, en su voracidad fiscal, antes que limitar multiplica las oportunidades de juego. Además de los dos casinos montevidianos, hay ruleta y Punto y Banca en Rivera, Carmelo, Colonia, Punta del Este (Nogaró y San Rafael), Piriápolis, Atlántida y La Paloma. Hay cuatro reuniones hípicas por semana en Maroñas (martes, jueves, sábados y domingos), y una nocturna, los miércoles, en Las Piedras. Hay dos sorteos semanales de quiniela (lunes y miércoles) y uno de lotería, los viernes, que pronto serán dos, según se anuncia. Autorizadas, aunque fuera de la órbita estatal, operan también las rifas de gran alcance (Arquitectura, Ciencias Económicas, Neptuno, Pereira Rossell, Nacional, etcétera) y las tómbolas en los tablados (tan importantes que hay quien va sólo por ellas, y considera a los conjuntos carnavalescos apenas un pasatiempo entre sorteo y sorteo). El uruguayo también juega por plata al póker, seven-eleven, monte (inglés y criollo), mosqueta, truco, riña de gallos, gofo, bochas, pelota vasca, conga, generala, judía, lotería de cartones, siete y medio, escoba, y hasta al Prode argentino, pagando entre 600 y 1000 pesos las boletas que en Buenos Aires cuestan 300 nacionales. Aquello de "No es la plata, es el hecho", se cumple aquí puntualmente. Se juega para ganar, pero sobre todo se juega para jugar. Jugar al azar es la única ilusión que se retroalimenta con desilusiones.

Este panorama, en que el mapa del Uruguay semeja otro paño verde, podrá mostrar rasgos pintorescos y hasta disfrutables del carácter nacional. Pero también revela —y los clubes sociales de los pueblos y ciudades del interior arrojan una luz taciturna sobre el tema—, también revela un vacío de expectativas comunes, la falta de un proyecto nacional convincente y querible. El panorama se torna sombrío y, persona a persona, patético, cuando a las cuatro de la mañana cierra el juego oficial y abre el clandestino. Un Montevideo oculto entreabre entonces sus puertas a los visitantes de la noche. El "punto" no quiere —no puede— irse a dormir. Si ganó en el casino, sólo desea seguir jugando ("Estoy en racha... ¡no voy a cortarla!"). Y si perdió y tiene crédito —"¡Pero doctor...!, ¿cuánto quiere?"— no van a faltarle solícitos prestamistas nocheros que merodean el lugar con usurarias intenciones (¿y qué le va a hacer?, ellos también son "laburantes"). Muy bien, pero, ¿ir a jugar adónde? Es el turno de los "troperos". Aparecen en sala para "las tres últimas", y allí detectan a los candidatos. No hay que confundir, sin embargo, las dos filas que se forman frente a las ventanillas de canje: una, de los presuntos ganadores que tienen fichas para cambiar, y otra, paralela, de los que perdieron todo y le piden para el

taxi a los que van cobrando. Nadie se niega (hoy por vos, mañana por mí). Y para quienes, por timidez o por decoro, es preferible caminar, todavía queda ese muro móvil de los lamentos que es el coche No. 1 de AMDET, último viaje a Plaza Independencia. Es el "ahora o nunca" del tropero. Propone a los "puntos" una sesión de póker, un seven o un monte, en un lugar que él sabe. O — si son muy de segunda división — una ruleta en uno de esos rústicos paños que los días de elecciones salen impunemente a la calle, estableciéndose a lo largo de 18 de Julio para divertida alarma (cuando no, enfurruñado desplume) de los burgueses que se pasean entre Ejido y Plaza Libertad. El resto del año los "clande" trabajan a la sombra, detrás de postigos rigurosamente vigilados, o atreviéndose a mostrar la cara en las ferias suburbanas, las cercanías del hipódromo o las canchitas de fútbol amateur, donde no suele comparecer la policía. De madrugada, esa banca incierta espera al "ganado" que hayan podido arrear los troperos. Estos, en el casino, habían puesto el auto y ofrecido copas y mujeres. Y el "punto" agarra viaje con tal de seguir escuchando el canto de las fichas, aun en la versión degradada, y acaso degradante, del nuevo escenario. A las 7, 8 o 9 de la mañana, con la barba crecida y una sensación de frío que no es sólo corporal, el tipo se desliza por las calles como huyéndole al sol alto. Pero mañana — es decir hoy, después de arrojar al ducto del sueño los restos de la noche: boca pastosa, negro el 17, aquella rubia alta y No Va Más — será el primero en entrar otra vez a sus fieles moradas.

— Moradas de aro, por favor.

(8/II/974)

INDICE

Puntualización	7
La otra cara del Chueco Maciel.....	9
El pozo.....	17
El Galleguito	21
Historia en dos ciudades	30
La sombra.....	40
Felicia y Mercedes.....	47
Hombres del basural	52
"Si he de morir luchando"	63
Internarse en el Vilardebó	71
La vuelta del Pocho.....	80
Lo que el fuego se debió llevar	92
El arte de la fuga.....	101
Tristezas de la calle Mallorca	107
El único camino	113
Cacería y muerte de Wenceslao Prieto	121
Fidel en directo	128
Descubrimiento del plural.....	132
Aguá o la opresión cotidiana.....	137
Telenovela: "Una chica en Dakar".....	146
De máquinas e inventores	156
"Pronto despacho".....	162
Fobal y carreras	164
Reportajes a la irrealidad	174
Vivir en cana	178
El canto de las fichas	185

en el mes de octubre de 1985
 Edición impagada en el art. 79
 de la ley 13.349
 (Comisión del Pape) D. L. 250.990

480

Se terminó de imprimir
en Prisma Ltda. Gaboto 1582 Montevideo,
en el mes de octubre de 1985
Edición amparada en el art. 79
de la ley 13.349
(Comision del Papel) D.L. 210.990





Estos Reportajes a la Realidad ya fueron publicados en el semanario "Marcha", entre 1971 y 1974; es decir, los años pre-golpe, golpe y post-golpe. Algunos, por otra parte, habían visto la luz en 1972, en un tomito de la colección Vacanmigo, de la Biblioteca de Marcha.

Reunirlos ahora tiene el sentido de una mirada crítica al pasado de nuestro país muy precisamente ubicado en las vísperas de la ruptura institucional de junio de 1973 y hasta un año largo más, cuando "Marcha" es clausurada en noviembre del 74.

No pretendo que se desprenda de estas páginas ninguna lección. Apenas el recuerdo de que, mucho antes de la quiebra institucional, el país ya estaba quebrado en sus condiciones de vida, de las cuales las instituciones son la cáscara reseca si no pueden actuar sobre ellas para modificarlas. Ahora, cuando nuestro pueblo recupera vigorosamente el derecho de decidir por sí qué quiere (aunque sobreviven alarmantes resabios de la dictadura), quizás no sea del todo inútil enfrentarnos a aquel simulacro de democracia, para abolirlo como modelo y como nostalgia. Las garantías formales son garantía cuando no son sólo formales. Y por ser letra muerta es que aquellas cayeron, antes de la calda del 73. El futuro entraña un desafío demasiado grave para olvidar el pasado; sobre todo el ayer, pero no sólo el ayer.



Foto de tapa: Amílcar Persichetti.

Foto de contratapa: Marcelo Isarrualde.

Diseño de portada: A. Villa